
3 1761 05303373 4

IMPRESIONES

Y RECUERDOS

IMPRESIONES
Y RECUERDOS

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural, Esbozos Contemporáneos, E. Gómez de la Puente, editor, 3ª edición, México, 1915, (6,000)........................... 1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892, (2,000)................................ agotada
Impresiones y Recuerdos, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición, México, 1922, (2,000).. 1 volumen
Suprema Ley, Nueva edición (15,000), E. Gómez de la Puente, editor, México, 1920...... 1 volumen
Metamorfosis, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición, (10,000), México, 1921........ 1 volumen
Santa, E. Gómez de la Puente, editor, 6ª edición, México, 1919, (30,000)................. 1 volumen
Reconquista, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1908, (2,000)................ 1 volumen
La Llaga, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición, México, 1922, (6,000)............ 1 volumen
Mi Diario, E. Gómez de la Puente, editor, México, 1920 (5,000), primera serie............. 3 volúmenes
La Novela Mexicana, Conferencia, E. Gómez de la Puente, editor, México, 1914, (1,000).. 1 folleto

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta "**Mamz'lle Nitouche,**" México, 1888.. agotado
La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville "**Le Fiacre 117,**" Guatemala, 1889.......... agotado
La Ultima Campaña, comedia original en tres actos y en prosa, México, 1894, 2ª edicion, Guatemala, 1900........................... agotada
Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894.................................. agotado
La Venganza de la Gleba, drama original en tres actos y en prosa, Wáshington, D. C., (E. U. de A.), 1904........................ agotado
A Buena Cuenta, drama original en tres actos y en prosa, San Salvador, C. A., 1907..... 1 volumen

EN PRENSA:

Apariencias, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición (5,000), México, 1922......... 1 volumen

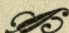
PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario, 1er. tomo de la segunda serie...... 1 volumen

EN PREPARACION:

La Confesión de un Palacio, Ensayo sobre Historia Nacional.............................. 3 volúmenes

FEDERICO GAMBOA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



IMPRESIONES Y RECUERDOS

NUEVA EDICION





MEXICO, D. F.
E. GOMEZ DE LA PUENTE, Editor
Apartado 59, bis

MCMXXII



México.—Establecimiento tipográfico. Aranda, 65.

IMPRESIONES Y RECUERDOS

I

LA ULTIMA ARMONIA

Me parece que fué ayer, y sin embargo, tenía yo entonces 14 años.

Un tío mío, con sus dos hijos, se trasladó, por uno de esos reveses de la suerte tan comunes en personas sin fortuna, al tercer piso de una casa de la calle de San Juan. Un verdadero nido: cinco piezas, sin contar la cocina, recién tapizado, las puertas flamantes, los techos blanquísimos. Acomodáronse en una semana, con los náufragos restos del antiguo mobiliario, y resultó la salita la más favorecida. El piano sobre todo, un piano vertical de Rachals, que había sido contemporáneo del carruaje en que iban a la escuela cuando pasaban por niños ricos, hacía en la sala un papel solemne de majestad caída; echaba de menos sus vecinos, los muebles de lujo que ya no miraría más, y envuelto en una funda de sarga verde, diríase que llorara su actual orfandad.

Era tan grande, que no cupo entre los dos balcones, y hubo que dejarlo algo alejado de ellos; sin duda temía que le lastimaran sus primorosas molduras y su arrogante tapa.

El resto de las habitaciones pudieron llenarlo fácilmente, a causa de su pequeñez. En la de mi tío, colocaron su mesa-escritorio, sus libros, el sillón de sus lecturas y de sus meditaciones, que lo mismo conocía a sus hijos que a nosotros; en la de mi prima, sus muebles todos, que su padre salvó por el cariño inmenso que la tenía, y en la de Alberto, su cama, su papelera, su armario y una máquina de coser, a la que cobramos especial ojeriza; disputábanos la posesión absoluta de esos dominios y nos obligaba a soportar una costurera, tres veces por semana.

Fuera de esto, la casita respiraba alegría; el sol y el aire la hacían reir. Sus inquilinos no podían moverse con holgura, pero, en cambio, a cada paso tropezaban los unos con los otros, y es muy grato tropezar con las personas amadas. En las casas grandes, los afectos pueden extraviarse, salir y no volver, en las pequeñas, al contrario, acaban por vivir en tierno y dulcísimo abrazo.

De suerte que, en lugar de quejarse, conceptuábanse por muy dichosos, y había razón. Tenía mi prima ilusiones de niña, pájaros y flores: Alberto tenía mi edad, 14 años, y su padre, su padre los tenía a entrambos.

Mi prima estaba de veras enamorada del piano, que era única y exclusivamante suyo; comprado para ella, cuando pudo tocar delante de la gente. Cuidaba de él con puerilidades y delicadezas femeninas, lo aseaba con esmero y lo tocaba con cariño. Charlábale por lo menos dos horas diarias, mientras su padre leía a la luz de la lámpara, y Alberto y yo eje-

cutábamos travesuras con los muchachos de las viviendas vecinas.

¡Cuántas noches en que la lluvia inundaba la calle y azotaba las vidrieras de los balcones, el piano y mi prima se decían mil cosas, en tanto que su padre nos entretenía narrándonos sus campañas de militar, sus heridas de soldado, o nos dejaba adivinar las otras, las amargas, las batallas de la vida!

Alberto gustaba más de las primeras, soñaba con la milicia, con llegar a general; y a mí, que las segundas me ponían caviloso, aunque las comprendiera apenas, el tío me miraba, pasaba sus manos por mi frente de niño, dulcificaba su ironía:

—No creas, no todo es malo en la vida; ofrece también momentos inefables que no olvidamos nunca.

Y mi prima, atraída por el relato, abandonaba el piano sin cerrarlo, como para que tampoco él perdiera detalle de las pláticas del anciano, quien al ver nuestro aspecto meditabundo, sonreía a sus hijos y variaba de rumbos.

Otras noches, iba yo de visita con mi familia, y todos se acercaban al piano como a un antiguo conocido. Sólo Alberto y yo no debíamos tratarlo con confianza, por superior determinación.

De pronto, el tío se puso sombrío; dos o tres días comió silencioso, y a ninguno de sus hijos confesaba el motivo. Hiciéronme partícipe de sus dudas ¿qué podría ser? No pudimos dar con la solución del enigma. En estas cavilaciones, los sorprendió la nueva, que su padre les comunicó en la mesa, a la hora de comer. Inclinado el rostro sobre su plato e insegura la voz, dijo a su hija:

—Tenemos que empeñar tu piano....

Mi prima empalideció mucho, tanto, que Alberto le preguntó a señas si se sentía mal, alarmado por

su palidez. A viva fuerza logró serenarse, y tomando una mano de su padre, que no le daba la cara, repuso:

—Y haces muy bien, precisamente quería yo proponértelo. No estamos para piano, y se concluyó. Cuando mejores, lo sacarás y volverás a dármelo; eso sí, no quiero ningún otro, aunque sea mejor que éste....

Però al través de su discurso, se dejaba ver una hondísima pena, sofocada y cruel. En seguida, saltaron los consuelos relativos; prestaban seiscientos pesos, la separación sería por corto tiempo, unos cuantos días. Y se interrumpió la comida; mi tío encendió el cigarro, se paseaba nervioso, y mi prima, en su cuarto, se puso a bordar, aunque presumo que nada bordaría; de cuando en cuando, caía una lágrima en el blanco y estirado lienzo, furtiva, sin ruido, para luego extenderse y extenderse como el sudario de un sueño que termina.

Nadie en aquella noche tocó ni se acercó al piano; dirigíansele, a lo sumo, miradas de soslayo y adioses postrimeros en la velada muda. Cual atacado de repentina y mortal dolencia, temerosos de que nos oyera y se enterara de su gravedad, no lo mencionamos. Quizá porque se marchaba, le descubríamos nuevos encantos y atractivos nuevos.

Creo que en la casa no durmieron; hasta el sueño de Alberto, pesado de ordinario, fué medroso e intranquilo, y una o dos veces que despertó en las altas horas, juróme haber oído sollozos fugitivos en el cuarto de su hermana.

El drama principió a la mañana siguiente. A eso de las 10, presentóse el valuador del Monte de Piedad, lleno de cumplimientos y actitudes cursis, con afán manifiesto de disculparse ¿disculparse de qué,

si no tenía la culpa de nada? Mi prima no quiso verlo, y mi tío lo recibió de pie, ceñudo, lacónico, dándole a entender que anhelaba una entrevista corta. El pobre hombre, todo encogido, sin imaginarse la herida que iba a causar ni lo sangriento del contraste, se acercó al mueble, que le despertó, con su contacto, su oficio y sus brusquedades de perito. Sus manos comerciantes lo recorrían groseramente, sin omitir pormenor, pedales, forros, bisagras, candelabros; acercó el banquillo para la prueba final, abrió la tapa, y entresacando de su reducido repertorio lo mejorcito en su sentir, tocó una polka de moda, cuyas notas cancanescas y acanalladas parecían mofarse del fúnebre silencio que embargaba a los dueños....

Concluído el trato, despidióse el valuador; esa misma tarde mandarían por el piano, a las 5 ó las 6, según lo desearan.

—A las 6 será mejor, exclamó mi tío, y procure usted que lo saquen con el menor ruido posible.

Una jornada interminable; comióse mal, muy mal, con más lágrimas que alimentos.

—¿Quieres que alquilemos un piano cualquiera mientras éste regresa?....

—¿Para qué, si acordándome de éste no tocaré ninguno?

Y no se habló más; todas las palabras las suponían alusivas, y prefirieron no cambiarlas. Sólo el canario cantó la tarde entera; sus mejores piezas, sus improvisaciones más sentidas llenaban la casita, mecían las flores del corredor y se marchaban por los balcones abiertos, después de ofrecer a mi prima esa especie de compensación.

Quiso el tío obligarla a salir, que fuera a pagar visitas:

—Anda, te distraerás; al fin no han de sacarlo hasta mañana....

—Déjame aquí, te lo ruego; ya sé que se va esta tarde, te oí cuando fijabas la hora. Déjame que lo vea salir, temo que lo maltraten....

Mi tío se fué a su cuarto, y mi prima, armada de valor, púsose junto al piano, alistó la funda, le sacó los candelabros; aquí, soplaba el polvo, allá, le ponía la mano como si a escondidas lo acariciara; en realidad, prolongando la postrer entrevista.

Me asomé a ver lo que hacía mi tío; estaba en su sillón, apoyada la cabeza en el respaldo, y los ojos cerrados, muy cerrados, cual si temiera encontrarse, al abrirlos, con desagradable espectáculo, o cual si se mirara por dentro, allá en el fondo de su pecho atribulado y melancólico. Y a mí, que era muchacho, superficial e intranquilo, el asunto acabó por llegarme a lo vivo; hízome valorizar los sufrimientos que a mi alrededor gemían; comprender la sublimidad de los grandes sacrificios íntimos, de esos que nunca van al vulgo, sino que se quedan en el hogar y lo engrandecen y santifican. ¡Qué impresión me hizo el cuadro!

Salí a un balcón, para divisar de lejos a los cargadores, que no tardarían en venir por el piano; por ninguna de las dos esquinas de la calle los divisé. ¿Acaso se habrían olvidado, o los del Montepío prescindirían del negocio? Principió el sol a abandonar la ciudad; doraba ya las torres de los templos, los pisos superiores de los edificios y la cima de las montañas en el horizonte desvanecido y lejano, cuando descubrí a los cargadores en alegre grupo, por en medio del arroyo, y sobre la acera, el valuador de por la mañana, flaco, apresurado, rectificando el número de las casas.

Indeciso entre comunicar o no mi descubrimiento, les dí tiempo de subir, y, a poco, todos sentimos que llamaban a los cristales de la salita. Sin acuerdo previo, reuniéronse mi tío y sus dos hijos, como para aumentar la resistencia; y quedaron de pie, buscándose las manos con estremecimientos de dolor.

Hízose la operación en silencio; el valuador, ni se atrevió a saludarnos. El piano, se hallaba delicadamente amortajado dentro de su propia funda, con pedazos de periódicos doblados en los sitios salientes, para aminorar la presión de las ligaduras de las cuerdas, que, a los cuántos minutos, resbalaban con un rumor apagado y siniestro; lo abrazaban, entraban, salían, lo abrazaban de nuevo, hasta que quedaron sujetándolo en todos sentidos, como se ata y martiriza a lo insensible, a lo que no puede quejarse.

—Ya está, – declararon los cargadores.

Todavía hasta la puerta, el piano fué deslizándose sobre sus carretillas, que, de cuando en cuando, rechinaban y se despedían; y por patética coincidencia, a la vez se marchaban el piano y la luz, las ilusiones de una virgen y el crepúsculo de una tarde!

Cuando el piano franqueó la puerta, mi prima no pudo más; dobló la cabeza sobre el hombro de su padre, y un llanto desgarrador y contenido le brotó a raudales. En el mismo momento, los cuatro cargadores luchaban con el piano, que parecía resistirse a la fuga. Lo dominaron al fin, en contra de su voluntad; vi que se doblegaba, que materialmente se iba de espaldas, y me acerqué a contemplarlo hasta lo último.

Muy lento fué el descenso; bufaban los hombres en los seis tramos de la escalera, y en cada meseta,

deteníanse a tomar resuello. Del fondo negro de la escalera, subían roncos resoplidos, fragmentos de esas frases que la fatiga corporal recorta:

—Vuelta!.... Saca la mano!.... Álzalo más!

Un resoplido múltiple, anuncióme que habían concluído la escalera y que se daban el descanso final.

Y entonces, sin que nadie se acercara al piano, el piano produjo un sonido intenso y apacible. Creí que alguna de las cuerdas metálicas se rompía, y de ahí la vibración; pero al volverme, mi pobre prima, que no sé cuánto tiempo llevaba de contemplar lo mismo que contemplaba yo, me aseguró que era ese sonido la despedida de su piano, una brevísima y verdadera romanza sin palabras, asunto de decir adiós a su dueña, la última armonía....!

II

LA CONQUISTA DE NUEVA YORK

A los seis meses de vivir en Nueva York, y después de haber pasado yo por dos o tres colegios particulares, se resolvió mi padre a ponerme en uno del gobierno; quería a todo trance, que yo aprendiera de veras el inglés, y lo logró, en efecto, en esta escuela, que era nocturna y para adultos. Él mismo me acompañó la noche de la inscripción; nos sentamos juntos en uno de los bancos del inmenso salón principal, y allí esperamos nuestro turno, que al fin llegó con su interrogatorio seco, higienista, de lleno en el asunto.

—¿Está usted vacunado?.... ¿Qué materias conoce?.... ¿Cuáles desea aprender?.... ¿De dónde es usted?

Y al contestar que mexicano, el director, un tal Mr. Babckoc, levantó la cara y me contempló, curioso y asombrado. Abundan los mexicanos en los colegios particulares de los Estados Unidos, pero en los del gobierno, creo que era yo el primer caso.

—Queda usted inscripto en la clase de gramática del señor Golday. *¡Next!*

Eso fué todo; los pretendientes que me seguían, nos hicieron abandonar la plataforma. Era yo alumno de número de la *Evening High School*, y como tal, me enteré de mis obligaciones: asistencia todas las noches, de 7 a 10; dentro de la escuela, prohibido el uso del tabaco; un cuarto de hora de descanso, abajo, en el *yard*, allí se podía fumar.

—Con que, – me dijo mi padre cuando salimos a la calle, – ya estás enterado; ahora, a aprovechar el tiempo.

Comenzaba el invierno; pero un invierno muy diferente del de mi México, en que el sol y las personas se ríen a carcajadas de las chimeneas y de las estufas; en el que las flores, asociadas en ramilletes, persisten en perfumar el ambiente y en poetizar el pecho de las mujeres; en el que la gente pobre no se muere de frío; en el que la única nieve que nos asusta es la de los volcanes, allá muy a distancia de la ciudad. Este otro, no; era un invierno formal, el invierno de los países del Norte; lleno de cierzos asesinos, de horrores y de crueldades; estación tremenda, que diezma a los habitantes de los barrios miserables; que hace aumentar los crímenes y la venta de alcoholes; que multiplica el número de niñas menesterosas que se prostituyen, más por el abrigo que les proporciona el vicio, que por el vicio mismo, y envolviéndolo todo – la ciudad inclusive – un manto de nieve, tenaz, inconsiderado, eterno; que dificulta el tráfico, entristece el ánimo y hiela hasta el pensamiento.

Por dicha, sólo tres cuadras me separaban de la escuela; y sin embargo, qué duro se me hacía el arrancarme del hotel en que vivíamos; prescindir

de la charla, del sabroso run run de los caloríferos, del té que servían a las 9, y de un proyecto de novia que me endulzaba la permanencia dentro de casa. La calle, que miraba yo al través de los grandes cristales del *parlor*, a los que parecía que se les congelara un llanto fantástico, inspirábame un miedo invencible. No había escape: mi padre veía el reloj, y así me hiciera el distraído, se me acercaba:

—Van a dar las 7....

Y yo me levantaba, me hundía en un *ulster* que me llegaba hasta los pies y que me doblegaba con su peso; me calzaba los guantes, sonreía a mi novia —o por mejor decir, a mis dieciséis años— y el viento polar de la calle me hacía apretar el paso y llegar cuanto antes a la escuela.

Forzosamente tenía yo que cruzar una cuadra de la Sexta Avenida, y quieras que no, estaba tan bella a esas horas, que me olvidaba del frío, y mis ojos y mi pensamiento nunca se saciaban de tanto contraste, tanta luz, tanta animación y tanta vida. Los *restaurants*, arrojaban un ruido peculiar de platos que entrechocan, cubiertos que funcionan, botellas que se descorchan; de conversación a voces; y de cuando en cuando, con alguien que pisaba sus umbrales y encendido el cigarro de la digestión se subía el embozo del abrigo, salía también un vaho pesado que el frío evaporaba. Las joyerías, cuajadas de relojes, de piedras más o menos preciosas, detenían a los transeuntes, unos segundos por lo menos, y quién sabe cuánto mal pensamiento no harían nacer en los que no habían comido ni sabían dónde dormir. Los demás establecimientos, sin interrupción, puerta a puerta y vidriera a vidriera, lucían sus géneros, sus mercaderías, detrás de los cristales, siempre empañados, delatados por el gas, siempre

tembloroso, como si a él igualmente el frío le hiciera daño. La acera de enfrente, la ocupaba en su totalidad la opulenta tienda de Macy, iluminada con luz eléctrica, y manteniendo mil y quinientos empleados de ambos sexos, gracias a sus miles y miles de parroquianos. Por el medio de la calle, dos líneas de tranvías incesantes, y por sobre el conjunto, el ferrocarril elevado de vapor, que, cada vez que pasa, diríase que se le viene a uno el cielo encima. Yo me detenía, sobrecogido en los primeros tiempos, pegándome a los muros, sin saber qué actitud tomar; mirando las estalactitas de hielo que pendían del camino aéreo, cual brillantes mal recortados de algún monstruo de hierro; estremecido en mi interior, del contacto humano y masculino que me mareaba por la cantidad, mientras el femenino me subyugaba, me prometía mil quimeras, que aunque desconocidas materialmente, mi sangre juvenil me las forjaba realizables. Entonces, y por no atreverme a más, dilataba la nariz para hacer provisión de esas ráfagas de perfume que casi toda mujer despide a su paso, o bien, las devoraba con los ojos hasta que doblaban en la esquina o la distancia las empequeñecía; lo mismo a las que pasaban envueltas en pieles ricas, que a las que pasaban envueltas en su propia belleza – para mí la más rica de las pieles.

Al fin seguía yo mi camino, pero fatigado y sombrío; como si ya presintiera que el mundo, a la larga, es eso lo que da: sombras y fatigas!

Ignoro si fué casual o ex profeso, el hecho es que mi asiento resultó en una papelera de primera fila, a pocos pasos del pizarrón y de la cátedra. Nos sentábamos dos en cada una de ellas, y habría cuarenta; mi vecino, era cojo, se llamaba Powell, y durante

el día trabajaba en una oficina de trasatlánticos; en los demás bancos abundaban los hombres hechos y derechos; en un rincón, figuraba un par de ancianos. Una lámpara de gas, con seis mecheros, daba luz suficiente para que leyéramos sin abandonar nuestros lugares; y dos caloríferos, mantenían la estancia en una atmósfera tibia y hospitalaria.

La noche primera, al sonar las 7, un repique de campanillas eléctricas diseminadas en todas las clases, anunció que nuestras labores principiaban, y apareció en la puerta el profesor, Mr. Golday, que me fué simpático desde ese momento. Era viejo ya, muy aseado, enhiesto, algo calvo, el bigote afeitado; la barba a la yanqui; de mirar inteligente y vivísimo. Debía haber sido guapo cuando muchacho.

Nos dirigió la alocución universal y eterna; no sería nuestro maestro; iba a estudiar con nosotros; a convertirse en nuestro compañero y en nuestro amigo.

Sin duda el director algo le había dicho respecto de mí, porque se me acercó, y sonriente, benévolo, me preguntó:

—¿Usted es Mr. Gámbol?

—Gamboa, – me atreví a replicar.

—Eso es, Mr. Gámbol – repitió muy satisfecho, y nunca volvió a llamarme de otro modo.

La clase consistía en lectura en alta voz y análisis gramatical, junto al pizarrón, donde el mismo míster Golday escribía largos y complicados períodos; tres veces a la semana, lectura e interpretación libre de los poetas ingleses y americanos, Longfellow muy especialmente; y los jueves, fueron los grandes días, los de las emociones y el estímulo. Ocho días antes se ponía un tema cualquiera – por lo general histó-

rico – y se nombraba a cuatro de los alumnos para dilucidarlo; dos a favor y dos en contra. A este ejercicio ellos le llamaban *debate*, a mí me entretenía mucho, y permitía a Mr. Golday lucir en las rectificaciones y enmiendas su propia erudición.

Y el idioma inglés, que me era odioso, se me iba adhiriendo, poco a poco; mostrándome hoy un giro enrevesado, mañana un modismo pintoresco; y me envolvía, se instalaba en mi memoria, en mis oídos y en mi lengua. Sus durezas de bárbaro del Norte, sus latrocinios en los demás idiomas del universo – síntesis de la raza, que se apropia cuanto le conviene, sin escrúpulos ni remordimientos – se declaraban mis inquilinos y me hacían buena cara; insensiblemente, se enseñorearon de mí. Esto no obstante, había mucho de amargo en mis tres horas diarias de colegio; acentuábase mi calidad de extranjero; me dominaba una nostalgia inmensa; echaba de menos mi tierra, con sus cualidades y sus defectos, con sus caras amigas y sus celajes diáfanos; me sentía yo muy aislado en medio de tantos hombres corpulentos y rubios.

Durante el cuarto de hora de recreo, en el *yard* enorme, de techo bajo, débilmente alumbrado por dos mecheros de gas, cuando todos fumábamos el pestilente tabaco de Virginia y sus espirales de humo nos sumían en una neblina perezosa y azulada, muchos condiscípulos me rodeaban, curiosos de oirme hablar y de verme de cerca. Llovíanme las preguntas, unas preguntas desamoradas, prácticas, que traicionaban el interés de ganarse una fortuna al otro lado de la frontera, entre los míos, donde se alzó mi hogar y donde las ilusiones de mi niñez espéranme acurrucadas en los campos, en la ciudad, en sus moradores, en el azul del cielo y hasta en el

aire respirable. Antes de responder, fingíame sordo, preocupado, como si no entendiera bien el inglés; pero ellos insistían, insistían, y yo entonces adulteraba los hechos, calumniaba a México, para que se horrorizaran y desistieran de ir a habitarlo nunca.

—¿En México hay muchas minas, verdad?

—Nó, ahora ya no hay muchas; una que otra, y muy trabajada, en vías de anegarse.

—¿Y es cierto que hay ladrones?....

—Eso sí es cierto, por desgracia; hay muchos, muchísimos, no sólo en los caminos, sino hasta en las calles de las ciudades. En el mismo México, para cruzar de una acera a otra, casi todo el mundo saca su revólver.

Ellos se confundían, discutían entre sí sin acalorarse, citándose informes periodísticos y correspondencias apócrifas, de los que se desprendía lo contrario, en los que se abultaba la prosperidad de México, su fiebre ferrocarrilera, su noble afán de engrandecerse. Pero yo persistía ¿no había de saber lo que por allá pasaba, siendo mexicano? Y al mirarme tan serio, algunos me daban la razón, otros atribuían mi ignorancia a mis pocos años, y se alejaban todos, desengañados y mohinos, con quién sabe cuántos proyectos de riqueza o de lucro echados abajo con mis palabras.

Las más de las veces, terminaba nuestra conversación con asuntos más agradables. Los calaveras, me ponían al corriente de los misterios nocturnos de Nueva York; enumerábanme los cafés cantantes y subterráneos, los jardines de cerveza servidos por mujeres, las casas baratas y los sitios infames. Yo no perdía ripio, preguntaba detalles, direcciones, precios; esbozábamos proyectos de correrías colectivas, para después, al concluir las clases, y al pre-

sentir lo gigante de la vida y de la ciudad que debía mostrármela, temblaba yo, no sé si a causa del invierno que se colaba por los intersticios de las puertas del *yard* o a causa del vicio lejano que quería colarse por los intersticios de mi adolescencia. Volvíamos a la clase, y yo continuaba preocupado melancólicamente; las explicaciones del profesor pasaban inadvertidas; los ruegos de Powell, mi vecino, para que mascara yo tabaco, también; y en el pizarrón, en los muros, en todas partes, sólo miraba muchos americanos que llegaban a México y absorbían empleos, industrias, comercios, y muchas mujeres, muchísimas, incontables, infinitas, que absorbían mi cuerpo, mi espíritu, mi voluntad, mis anhelos, premiándome con caricias y dolores de todos géneros....

De esta especie de alucinación me sacó una vez la tesis para el *debate* que tendría lugar en la siguiente semana. Aun la veo escrita sobre la pizarra, con los caracteres nítidos de Mr. Golday:

—*¿ Who was greater man, Washington or Napoleon?*

Para mí, la pregunta resultaba pueril; opiné *a priori* que Napoleón había sido más grande que Wáshington, cuestión de simpatías, y lástima me produjeron los que se declararon en favor de este último. De fijo, iban a triunfar los otros, los afrancesados.

Pasóse la semana sin novedad, y al cabo de ella, en la noche del torneo internacional, los cuatro campeones fueron objeto, desde un principio, de una muy acentuada expectativa. La discusión iba a ser para la última hora, de 9 a 10, por lo que nuestra charla habitual en el *yard*, durante los quince minutos de intermedio, en lugar de interrumpirse, estuvo más animada que de ordinario. Yo quedé invitado a ir a tomar algo con los que triunfaran – fueran

los que fuesen – a un cafetín de la calle 23, donde cantaban *minstrels* de ambos sexos, es decir, hombres, negros por fuera, y mujeres, negras por dentro.

Fué esa misma noche, cuando pude darme cuenta de la noble protección que imparte el gobierno a los que desean instruirse. Aparte de lo que cuesta el sinnúmero de esas escuelas nocturnas para adultos, éstos nada pagan. Instrucción, libros, útiles, alumbrado, combustible, todo es gratuito; y además, para que ni la lejanía ni la inclemencia del tiempo sirvan de excusa a los reacios, repártense en cada clase, tres abonos valederos por seis meses, para los ferrocarriles elevados de Nueva York; donación que representa un gasto de importancia.

Al terminarse la primera parte de nuestras labores, Mr. Golday se llegó a mí:

—Mr. Gámbol, en la repartición del director le ha tocado a usted este billete de abono – y me alargó una de las tarjetas.

—Perdone usted señor, pero ¿a qué quedo abonado?....

Y él me explicó la cosa, sin grandes frases, encareciendo las ventajas para el poseedor.

—Todos los profesores tenemos uno idéntico – agregó.

—Yo, señor, – le dije – vivo muy cerca, en la calle 14, y no creo justo el aceptar. Hay muchos que viven lejos y que de veras lo necesitan. De todos modos, lo agradezco.

—No importa, guárdelo usted, lo puede utilizar durante el día.

Comprendí la insistencia; querían deslumbrar al extranjero y lo consiguieron, pero el extranjero, admirado y agradecido, no aceptó. Devolví el billete, y muy satisfecho con mi pequeño rasgo de orgullo,

lo narraba yo a los compañeros, cuando las campanillas nos llamaron de nuevo, y nos precipitamos a la clase.

Ibamos a saber quién había sido más grande: Napoleón o Wáshington.

Hablaron primero, los napoleonistas, y, allá como pudieron, según su leal saber y entender, pasaron en rápida revista las proezas grandiosas, inverosímiles y homicidas del genio corso. Hasta feliz estuvo uno de ellos al mencionar la patética retirada de Rusia; los ánimos encontrábanse ya bien dispuestos y se escucharon nutridos aplausos.

Los partidarios de Wáshington, vinieron después, y justo es consignar que para ellos los aplausos anduvieron más espontáneos, más cariñosos. A cada instante, interrumpían su discurso para dejar paso a la ruidosa y patriótica manifestación. El mismo míster Golday, sonreía y animaba a sus compatriotas; de algunos bancos salían gritos entusiastas:

--¡Viva Wáshington! ¡Vivan los Estados Unidos!

Yo encontraba aquello muy natural, festejaban una gran figura, una figura universal que honraría a cualquier país, el creador de la patria de ellos, y la patria, al fin y al cabo, es lo más levantado que cada uno tiene. De suerte que aplaudía su patriotismo para demostrarles que yo también tenía el mío, y muy agrandado, precisamente porque México no estaba lejos de mí, sino al contrario, muy cerca, en el fondo de mi alma!

Halagado el orador con su éxito, lanzóse a la improvisación; siguió mencionando a sus grandes hombres, llegó hasta Grant, y de improviso, un grito anónimo me heló la sangre:

—¡La guerra de México! ¡Que hable de la guerra de México!

Sin duda el otro iba a darle gusto, cuando yo me interpuse. Me levanté y pedí la palabra, vibrante de emoción, en medio de americanos, decidido a impedirlo; a muchas leguas de mi patria y a muchos años del 47.

Hubo un momento de alboroto; Mr. Golday hízome seña de que me esperara, y con voz reposada y solemne, dijo:

—La guerra de México nada tiene que ver con Wáshington, de consiguiente está fuera del programa. Y aun cuando no lo estuviera, ustedes la pondrían; tenemos aquí a un mexicano, seríamos muchos en su contra, es nuestro huésped y nuestro compañero.

Al terminar, le salté al cuello, lo abracé, creo que lo habría besado; y mientras él me acariciaba el pelo, tan conmovido como yo, de pie sobre la cátedra, erguido y anciano, los ochenta americanos prorrumpieron en nuevos aplausos, con los ojos humedecidos, y llenó la estancia un grito poderoso que me hizo un bien inmenso, que me hizo quererlos a todos, que realizaba una conquista inesperada:

—¡Viva México! ¡Viva nuestra república hermana!

III

EN PRIMERAS LETRAS

También el corazón aprende a leer, como cualquier chiquillo, y el mío no escapó a la regla general.

Aún lo tenía yo muy inculto, no conocía las letras; pero deseaba ser sabio, leer de corrido, cual si no le valiera más conservarse de eterno ignorante.

A su maestra de instrucción primaria, la conocí en Nueva York, a bordo del vapor «*Newport.*» Fuimos a despedir a una señorita que partía para la Habana, y allí, en la cubierta del barco, me presentaron a ella. Era hija de un caudillo de la insurrección de Cuba, habanera de nacimiento y celestialmente bella. Creo que no le dirigí ninguna galantería — cuando admiro o cuando amo soy mudo — mas, en cambio, no le quitaba la vista; la miré mucho, muchísimo, sin saciarme y sin segunda intención; encantado; creyendo que una criatura así, no podía ser la novia ni la esposa de nadie, sino la adoración de todo el mundo. Y al separarnos en medio del mue-

lle, lleno de ruidos mercaderes y de despedidas a los viajeros, le dí la mano con respetuosa timidez, como si me hubieran obligado a dársela, allá de muy niño, a la imagen de la Virgen a quien ofrecí flores en la parroquia de mi barrio....

Después, nada; me quedó una dulce impresión del encuentro; un deseo casto y vago de repetirlo; una delicia interna que me hacía mucho bien. Cuando menos lo pensaba, a la mitad de una calle o a la mitad de una conversación, su imagen me visitaba de nuevo, unos cuantos minutos, como a bordo del «*Newport*» y volvían mis actos y mis pensamientos a seguir su camino. Durante varios días no la vi más, y aunque no la olvidé, la prosa diaria de la vida —con la que siempre me he nutrido a disgusto— principió a desvanecerme sus contornos, a alejarla de mi memoria; la coloqué al lado de los recuerdos sonrosados, y allí se acomodó, entre las horas puras de mi infancia y el dejo amante de las caricias de mi madre.

Me aseguraron que se llamaba Luisa, y me resistí a creerlo; me era más grato llamarla mi dicha.

Amigo yo de otra familia cubana, en cierta ocasión me la encontré de visita en casa de ésta, acompañada de su madre y de su hermano. Ofreciéronme la casa de ellos, y mientras duró la visita, la contemplé sin cesar, al través de un espejo; no me atrevía a mirarla frente a frente!

Procuré que mi hermana la tratara, simpatizaron, y así multipliqué las ocasiones de hallarme cerca de ella. Y por cierto que debía yo de hacer un papel bien desairado, hablando apenas, encogido y tembloroso. A solas, me reñía a mí mismo con dureza; la cortedad no conduce a ningún cobertizo; siendo muchacho, debía ser arrojado ¿acaso no lo

era yo con las otras mujeres, las de la calle, las que incendiaban mi pubertad con su mirar canalla y sus modales provocativos? Todo inútil; si ella me hablaba, su voz musical me sonaba a armonías sagradas; y si me miraba, entonces sentía yo fenómenos extraños, que en vez de asustarme, me hacían pensar en cosas que ahora, a los tantos años, todavía me parecen muy serias.

Ella, mujer al fin, se dió cuenta exacta del efecto que me producía, con lo que dicho queda que procuró aumentármelo, volverme el juicio; y no por maldad, sino por ley fatal de su sexo, que necesita, para vivir, de la lisonja, de la adoración y de los sufrimientos del hombre.

Su madre no se preocupó mayormente del idilio. Sonreía con benevolencia de mi turbación y de mis congojas cuando me daban bromas con su hija, sin atribuirles importancia, creyéndolas «niñerías,» y aun me dijo alguna vez:

—No les haga usted caso a estas muchachas, ríase con ellas y visítenos siempre que quiera.

¡Cómo le agradecí su invitación y con qué afán comencé mis visitas! No eran muchas, no, ni con mucha frecuencia; pero, en cambio, las valorizaba en sus detalles más nimios, en sus minutos más inofensivos; soñaba yo mil cosas, allí, al lado de ella, la veía reir, conversar, discurrir por las habitaciones, lidiar con sus hermanos menores, y muy de cuando en cuando, mirarme a mí, así, como suena, y luego sonreirse cual si le inspirara lástima mi religioso mutismo. Generalmente, iba yo a visitarla dos veces por semana, a la tarde, y para llegar más pronto, tomaba el ferrocarril elevado, hasta la calle 42, y aun tenía que caminar a pie seis o siete cuadras. Su casa estaba en la calle 45, entre las avenidas

7ª y la 8ª; era un tercer piso, en uno de esos inmensos edificios tan abundantes en las ciudades norteamericanas que albergan diversas familias sin que se note la menor promiscuidad, ni ruido de voces, ni charla de vecinos. El ingreso, un largo corredor alfombrado y con lámparas de gas pendientes del techo, tenía a ambos lados, puertas de cristales que daban entrada a las viviendas; las escaleras, limpias, de caracol; y en cada meseta, los llamadores, nikelados, y el nombre del inquilino. Son casas que convidan a instalarse en ellas; adivínanse una tranquidad y una independencia absolutas, y hasta ése no sé qué de templo protestante en ejercicio, que predomina en todo lo de los países sajones, aquí impone y seduce. Allá por excepción, al subir las escaleras, se escucha un piano, un arpegio fugaz que acaricia el oído y orea la frente, o se tiene una sorpresa, una mujer blanca, rubia, que nos acaricia la ropa con la suya y nos alumbra el espíritu con sus ojos; unos ojos azules, expresivos, que acaso no volveremos a encontrarnos nunca...

Ya en la sala, me recibía la familia toda; la madre, los demás chicos. Sentábase *ella* a mi lado o a distancia, y cualquier cosa le servía de pretexto para no hacerme caso, lo mismo una labor de manos que un periódico ilustrado, lo misma los sucesos de la calle que las molduras del techo o las pillerías de la gente menuda. Sufría yo horriblemente con su despego; aventuraba alguna indirecta alusiva; en cierta ocasión, y el pobre me lo perdone, hasta me equiparé a Gustavo Adolfo Bécquer. Excusado sería decir mi entusiasmo por la independencia de Cuba, mis deseos de que triunfara una causa, que si siempre me ha sido simpática, entonces me parecía adorable, caballeresca, necesaria. El padre de Luisa

mandaba a su familia poquísimas cartas, y aun éstas, lacónicas, escritas apresuradamente, traicionándose el cariño por los suyos, y las esperanzas de triunfar en su empresa. Llegaban las misivas plegadas en mil dobleces, dentro del forro del saco de algún insurrecto decidido; y como yo echaba pestes contra España, como en México se había refugiado tanto cubano, como era yo amigo de la casa, entré a formar parte de los iniciados y me enteraron de secretos, planes e ilusiones.

¡Qué hermoso resultaba el cuadro! Licenciábase a los muchachos, se les autorizaba a ir a jugar al parque vecino; cerrábanse las puertas de la sala, y agrupados todos, aparecía el papel, que pasaba de mano en mano, mientras un individuo se llegaba al piano, y para evitar que hasta los rumores fueran a hospedarse en oídos indiscretos y enemigos, tocaba una o dos danzas habaneras, de ésas que nos hacen estremecer, porque a la vez acarician el corazón y la médula; que traen entre sus notas el eco de una tierra que sólo sabe sufrir porque sólo sabe amar; que respiran voluptuosidad, nostalgias y deseos.... El pianista, se posesionaba y seguía tocando, pero muy blandamente, cual si echara de menos las noches de su patria, estrelladas y tibias, o como si su novia le dijera adiós desde las ventanas de su quinta.

Por lo común, las epístolas no satisfacían a nadie. «Estoy bien,» «continuamos sin novedad,» «cuídense mucho,» eran los términos en que venían concebidas; queríase más, ansiábanse los detalles, las menudencias de la travesía clandestina, los por menores del arriesgado desembarco. Sólo la esposa se conformaba, volvía a leer los apiñados renglones, los desvanecía con su llanto, y este llanto

contrastaba amargamente con la danza que moría en el piano.

Cuando no había noticias, mi visita duraba una hora, y al marcharme, la actitud de Luisa para conmigo variaba a un punto, que casi me creía yo correspondido. Teníamos una despedida afectuosa de veras; oprimíanse nuestras manos algunos segundos; la de ella, con coqueto abandono; la mía, con temblores de creyente. Después, llegábamos juntos hasta el recibidor, me abría ella misma la puerta, y aun se colgaba por sobre el barandal para gritarme:

—Hasta pronto ¿verdad? hasta muy pronto!....

Salía yo tropezando en los últimos peldaños, desvanecido de esperanzas, ebrio de dicha. El eco de su voz y el perfume de su mano acompañábanme en mi regreso, que verificaba a pie, por las calles más solitarias, para evitar que el contacto humano me los arrebatara en un instante.

No sé quién me dijo en cierta ocasión, que Luisa se casaba; sentí un dolor muy hondo, muy agudo, el que ha de sentirse a la hora de la muerte, y volé a su casa, sin fingimientos ni temores, resuelto a conocer toda la verdad. Y *ex abrupto*, delante de los que allí se hallaban, le pregunté:

—¿Es cierto, Luisa, que se casa usted?....

Prolongó ella mi martirio; ni afirmaba ni negaba tampoco; ¿quién me lo había dicho? ¿por dónde lo sabía? ¿por qué quería saberlo?

Y a mí, que me parecía la cosa una monstruosidad, una de esas pesadillas que al despertarnos nos adoloran todavía, su interrogatorio me volvió loco.

—¿Pero es posible, —le agregué,— que adopte usted resolución semejante?

Entonces mi dolor la hirió en su sensibilidad fe-

menina, y me contestó con la mirada perdida en los arabescos de la alfombra, la cabeza inclinada:

—No he de casarme nunca, yo sólo sirvo para un convento!

Mi pena se borró un punto; la amaba tanto, que como un rayo, pasó por mi cerebro la visión neta del claustro; percibí rumor de lágrimas, aroma fúnebre de cirios apagados y de flores marchitas, y maldije el convento.

El convento también quería disputármela.

* * *

Los calores neoyorkinos, que allá se van con los del Senegal, nos obligaron a emigrar, a refugiarnos en algún punto balneario o veraniego. Elegimos Bath, en Long-Island, porque reunía entrambas condiciones, y muy principalmente, por la abundancia de hispanoamericanos. La comunidad de idioma es un poderosísimo elemento de atracción; se busca uno por instinto; creemos encontrarnos con compatriotas, con amigos, y cuántos desengaños no se cosechan!

Es este Bath, un pueblecito como casi todos los de los Estados Unidos, es decir, una preciosidad. Sus calles, enarenadas; defendidas las aceras, por álamos corpulentos y rumorosos; bordadas por casas de madera, construídas al capricho, que respiran *comfort* y alegría; sus puertas y ventanas, medio asomándose por entre las trepadoras y las enredaderas, y en el jardincillo delantero, cual adorno adecuado al nido, algún niño encantador y rubio, como un ángel bueno, que grita y corretea como un ángel rebelde.

Todas las calles siguen lo mismo, con sombra amiga y agradables encuentros; ayas que empujan cochecitos, campesinos, señoras con grandes sombreros de paja; así se llega al Correo, establecido en algún almacén de comestibles; a la peluquería, desde cuyas ventanas puede verse el ferrocarril, que arriba jadeante, como fatigado del viaje, al paradero mismo, en donde los lunes a la noche, hay música militar, helados y cerveza; y rumbo a la plaza, distínguese el muelle del pueblo, un muelle rústico, inmóvil, de maderos toscos, que parece haber convencido de algo trascendental a las embarcaciones que lo rodean, las que aprueban y vuelven a aprobar con sus cabeceos, la misteriosa charla de las olas.

La casa en que nosotros fuimos a vivir, no podía estar mejor situada. El frente y un costado, dando al campo; su parte posterior, al mar.

Unida a nosotros, vino la familia cubana por cuyo conducto había yo conocido a Luisa. Formábanla tres personas: una señora mayor, tía carnal de dos hermanos, Felicia y Juan, que, en cuestión de años, no nos sacarían mucha ventaja a mi hermana y a mí. Nos instalamos según el sexo; las señoras, en dos habitaciones, y en otras dos, mi padre, Juan y yo. Por supuesto, que en el comedor nos colocaron juntos, y sólo así pudimos resistir el insostenible silencio que es de buen tono guardar a las horas de comer en los comedores públicos de Norte-América. Pugna tanto con mi temperamento costumbre tal, que el primer día en que pude, me vengué de ella en la persona de una de las criadas que servían la mesa. Acercábase a cada huésped, desdeñosa y rígida, y nos soplaba al oído la pregunta sacramental e invariable, después de la sopa:

—*¿Roast-beef or roast-lamb?*

—A mí me servirá usted de los dos, – le contesté en voz alta, y jamás volvió a preguntarme nada.

La primera mañana que pasé en la casa, tuve una sorpresa que me dejó trastornado hasta que me acostumbré a ella. A eso de las 11 y mientras me mecía en un sillón de mimbres, la vista hundida en el océano y la memoria en Luisa, sentí ruido de voces femeninas, de risas, de carreras por las escaleras. Era un grupo de señoras, que se dirigía al baño. Pasaron a mi lado, bajaron a la playa y se hundieron en los cuartuchos de tablas que allí había para desnudarse. Me alarmó la maniobra ¡cáspita! a los 16 años, un espectáculo de esa especie nos desequilibra; y aunque desde el sitio en que estaba podía yo observar a mis anchas el delicioso panorama, fuí a colocarme a la playa misma, en el último peldaño de la insegura escalera, por la que todas tenían que pasar dos veces forzosamente. Sí creí provocar iras, imprecaciones; quizá me desalojarían con un discurso filosófico-moral, pero ¡qué diantres! algo había yo de arriesgar; hasta entonces las únicas mujeres vistas por mí en el baño, estaban pintadas en periódicos europeos. Aparecieron todas a la vez, envueltas en el traje de carácter, y una a una llegó a la arena; había algunas feas, pero a mí se me antojaron hechiceras, sin un defecto, sin una imperfección. Ninguna me riñó, al contrario, dos o tres me dijeron:

—*Good morning*.

¡Cómo padecí durante el baño! Las veía nadar, tomarse de la mano, gritar con lo frío del agua, dejarse derribar por las olas fuertes y acariciar por las débiles; hacer piruetas, verdaderas proezas. Y cuando al fin salieron chorreando agua, empapadas, las ropas adheridas al cuerpo y siguiendo los contornos

de la forma, yo, mentalmente, le fuí infiel a Luisa ¡oh muy infiel!

¡Lo que es la novedad! al mes, ya no me llamaba la atención el hecho, ni bañarnos juntos hombres y señoras; pero aplaudí el que mi padre decretara, con gran contentamiento de ellas, el que ni mi hermana ni Felicia formaran parte de las náyades. Cuestión de razas.

Para mí, el momento más agradable de nuestra permanencia en el campo, era el que seguía a la comida, al obscurecer, cuando todos los huéspedes nos sentábamos en la *veranda* que daba al mar, y en ella nos quedábamos hasta bien entrada la noche. Sobre todo, las noches de luna me sumían en dulcísimas cavilaciones. Charlábase por grupos, a media voz; el mar venía a decirnos un mundo de cosas, allí a nuestros pies; a la izquierda y a regular distancia, se descubría Coney-Island, iluminada con luz eléctrica, descollando sus faros, los minaretes de sus regios hoteles, las innumerables lucecitas de su muelle metálico y atrevido; y de tiempo en tiempo, como chiquillo que da a otro el trozo de una golosina, nos enviaba en el viento, fragmentos de la música de sus conciertos, ecos de sus festivales nocturnos, que a poco se perdían, quién sabe si entre el follaje de los árboles, pues algo murmuraban, o allá muy lejos, lejísimos, en el horizonte impenetrable y negro.

Otras noches, se hacía tertulia en el salón, y los sábados se bailaba hasta las 12 en punto, en que el dueño de la casa, un irlandés llamado Mr. Lowry, entraba a interrumpirlo, en debido acatamiento de las prácticas nacionales y protestantes.

Al mes y medio de esta vida, fué Luisa a pasar una semana con Felicia, y a darme a mí unos días llenos de luz y de dicha. Prescindí de lecturas, de

viajes a Nueva York, de escarceos amorosos, de baños, de cuanto hay. Desde que bajaba de su cuarto hasta que regresaba a él, mi sola ocupación estribaba en seguirla, en mirarla, en oirla. Comprendo que ella se fastidiara, que tuviera instantes de violencia o frases de aburrimiento que me destrozaban; no debe ser grato un fantasma perpetuo; agradará uno al principio, nada más que al principio. Mas yo, que ni de nombre conocía la psicología, procuraba complacer a mis impulsos. Si mi corazón me mandaba darle gusto ¿por qué contrariarlo? Además ¿cómo sospechar que podía cansarse de mí, si yo me sentía incapaz de cansarme nunca de ella?....

Gracias a un alemán, huésped también de la casa, que se prendó de Luisa, conocí los celos; unos celos tremendos por lo juveniles, que me robaron el sueño, que no me dejaban vivir, que me ponían en ridículo y despertaron en ella la compasión hacia mí, sin que mi vanidad de masculino se rebelara. Lejos de esto; con tal de no perderla de vista, toleraba yo la corte tenaz que le hacía el alemán, sonreía, cuando hubiera querido quejarme, y con impaciencia visible, como marido que ama y a quien crucifican los hábitos mundanos, tragaba yo las necedades del tudesco. Una noche, en que íbamos todos a tomar helados a la estación, se nos incorporó en el jardín de la casa el nuevo Don Juan, y se acercó a Luisa para ofrecerla el brazo. El dolor inmenso que experimenté debió asomárseme al rostro, darme una expresión interesante, pues Luisa se arrepintió, y volviéndose a mí, me dijo en alta voz:

—No, Federico, no, pobre de usted; a usted le corresponde acompañarme....

Y yo, en lugar de decirle adiós, de separarme de ella para siempre, de no mirarla más; me le acer-

qué, le dí mi brazo y, al oprimir el suyo, me sentí en el cielo.

*
* *

Pasó el verano, y nos volvimos a Nueva York; lo que a mí no me pasaba, era mi cariño por Luisa. Disminuí las visitas, me las echaba de altivo, de indiferente, pero a solas, sin que me viera nadie, la obsesión me atenaceaba, principió a tronchar mis mejores ilusiones, las que nos nacen de muchachos y que una vez marchitas, no tornan jamás. Fué de balde que yo tuviera otra novia; apenas si con ella, medio olvidaba a Luisa. Apelé entonces a un recurso que venía tentándome de tiempo atrás y que quizá esperaba, para salir a flote, cualquier pretexto. Me dí a frecuentar todos los sitios de diversión nocturna, acompañado de un español tuno y corrido, que gratuitamente me inició en esos misterios.

Todo lo conocí, desde los *Cremorn-Gardens* hasta el *Bukingham Palace;* el *Koster and Bial's* y las casas de la *Great Jones Street;* los conciertos del *Metropolitan* y los salones de cerveza del *Bowery*. Burlaba la vigilancia de mi padre, diciéndole que me iba al teatro, y en la esquina me reunía yo con Gervasio, tomábamos un tranvía y llegábamos a nuestro negocio. ¡Los golpes y roturas que recibió mi natural pudor de adolescente con los cuadros que presenciaba, hambriento de amor, con tendencias muy pronnnciadas a codear e impregnarme del «eterno femenino,» explican en gran parte mis dramas posteriores y mi escepticismo actual! Era yo tan joven, tenía mi rostro tal aspecto de pureza e infan-

cia, que en algunos sitios se resistían a venderme el billete de entrada; y Gervasio discutía con el expendedor, me aumentaba los años, sacaba a relucir mi calidad de extranjero, hasta que el otro cedía, alzaba los hombros, pues en el fondo, nada podía yo importarle, y nos hacía un guiño malicioso al guardar su dinero.

Los salones llenos de luz, de ruido ensordecedor, de mujeres solas y acompañadas; la atmósfera pesada, más que tibia, oliendo a caricias, a licores, a transpiración humana; la música cayendo a raudales sobre aquel gentío, y el idioma inglés agazapado hasta en los últimos rincones, me inspiraban un miedo gigante, parecíame que aquello me haría mucho daño, y no me equivocaba, me adelantaron el peor de los daños: el desencanto prematuro.

Por nada soltaba yo a Gervasio, no habría podido dirigirme solo; él se burlaba de mis miedos, me llamaba «nene,» y de repente se me escurría en pos de alguna rubia que lo saludaba como a viejo conocido. Las concurrentes me hacían buena cara, se disputaban mi vecindad, gozaban lo que no es decible con mis rubores de inexperto y mis candideces de novicio, hasta que desaparecieron éstos, hasta que mi temperamento de meridional precoz y voluptuoso, se dió a luz y reclamó sus fueros. Perdí entonces mis atractivos, dejé de ser para ellas el fruto que no madura aún, pero que ya puede comerse, y yo, en cambio, mordí la vida sin clasificar sus frutos, por el placer de morder, que es el placer de los pocos años. Sólo de tiempo en tiempo, el recuerdo de Luisa venía a amargar mi iniciación; y Luisa que no me quería, que nunca se decidió a aceptar mis primeros amores, podía más que la fiesta; entrábanme ganas de marcharme de allí y

pensar en ella en un lugar puro, ignorado y solitario.

Cuando mi padre descubrió en qué pasaba yo mis noches, cortó el mal de raíz, con un golpe enérgico y certero, que aunque a mí me dolió mucho, a él, que no vivía en tierra extraña sino con mi hermana y conmigo, le dolió más. Sin palabras vanas ni avisos previos, un día, después de almorzar, me comunicó la irrevocable nueva:

—Pasado mañana te vuelves solo a México, en el «*City of Alexandría.*» Aquí tienes tu pasaje. No vas a vivir con ninguno de tus hermanos, vas de interno al colegio del señor Baz!

A pesar de lo repentino del derrumbamiento, nada objeté ni repuse nada. De antiguo practicaba y sabía que las órdenes de mi padre no tenían réplica. Y entre tristezas, recomendaciones y arreglo de baúles, pasaron las horas que debían preceder a mi partida.

Sombrío fué el día del viaje: desde temprano, algunas amistades fueron a despedirme al hotel, otras a acompañar a mi hermana, que lloraba sin consuelo y me obligaba a cada instante a sentarme a su lado. También llegó Luisa, con un abrigo de pieles, casto y bienaventurado, que la envolvía toda, que le daba con su calor, algo como una caricia ideal e inmensa.

A cierta hora, mi padre no pudo dominar su nerviosidad, se levantó del asiento, y en un ángulo del *parlor*, me dijo:

—No, no quiero despedidas, me voy a mi cuarto porque tengo algo que hacer, no subas a buscarme....

Tomó entonces mi cabeza entre sus manos, e imprimió en ella un beso apasionado, silencioso, y pa-

ra disimular su emoción hondísima, me agregó desde la puerta, sin mirarme, muy insegura la voz:

—Sé bueno, que no me manden quejas de tí.

Yo quise abreviar, me ahogaba la pena, necesitaba hallarme solo, desahogarme en el camarote, sin más testigos que el cielo y el mar. Con un supremo esfuerzo me arranqué de allí, y en el instante solemne del adiós, ignoro de dónde saqué fuerzas, pero el hecho fué que le dije a Luisa delante de los que estaban presentes, lo que no me había atrevido a decirle jamás, lo que era indispensable que le dijera alguna vez:

—Luisa, antes de separarme de usted, quizá para siempre, necesito decirle que la quiero mucho, que ha sido usted mi primera ilusión, lo más puro que he sentido hasta hoy....

Y sin dejarla protestar ni oponerse, agregué:

—Mi confesión en nada puede ofenderla, y usted, en compensación, puede hacerme un gran obsequio.

—¡Yo! ¿Cuál?....

—Míreme usted con cariño por primera y última vez, será su mirada la compañera de mi viaje.

Ella me dió la mano, me aseguró que sólo amigos podíamos ser, pero sus ojos, ¡oh! sus ojos me miraron como yo había soñado, me premiaron en un minuto un año de pasión; con esa limosna de amor yo salí capitalista de ventura.

Dos o tres personas me acompañaron hasta el muelle; no recuerdo quiénes eran ni qué me dijeron. Oía el murmullo de sus voces, es cierto, pero no podía borrarse de mi espíritu el cuadro del hotel: mi hermana y sus amigas agrupadas en una ventana, diciéndome adiós hasta que doblé la esquina, mientras mi padre, allá en la soledad de su cuarto, me

bendecía con el corazón, encomendaba a Dios al último de sus hijos, pidiéndole que me sacara con bien de la travesía del océano Atlántico y de la del océano de la existencia....

De tal suerte, que el vapor ya aparejado, se me hizo odioso; no me satisfacía que me devolviera a la patria ¿qué es la patria sin la familia y sin la mujer querida?

Apoyado en la borda, miraba yo la gente que desde el muelle despedía a los viajeros; muchos besos al aire, muchas lágrimas; recomendaciones postrimeras, muchos pañuelos blancos, agitándose con curvas de palomas....

Comenzamos a andar, comenzó todo a empequeñecerse, gentes, objetos, edificios; únicamente mi pena se agrandaba.

De entonces acá, ha ido mi corazón tan de prisa, que ahora sí puede decir que es un sabio, que posee la mayor de las sabidurías: no sólo sabe leer, nó, también ha aprendido a llorar....

IV

ME HACEN PERIODISTA

De mala gana, sin ningún aliciente, me preparaba yo para el examen de 4º año de Derecho, al quehabía llegado gracias aldeseo de mipadre de verme con alguna carrera, pero con descalabros en las calificaciones anuales, no me seducía calcularme de notario o de abogado, y de ahí mi escaso empeño en obtener el título. Y mepreparaba sin ningún aliciente, porque ya había yo quedado huérfano, ya no tenía a quien obedecer ni a quien dar gusto; podía seguir mis impulsos propios, tan malos y tan románticos como los de cualquier muchacho de mi edad. La escuela y un humilde empleo, se disputaban mi tiempo, y destruían, cada cual a su manera, mis ideas acerca del mundo y sus pobladores. Quedábanme libres las más de las tardes, que yo aprovechaba con lecturas heteróclitas y solitarios paseos. Durante éstos, tímidos instintos literarios se asomaban a mi interior y me alegraban el pecho; me veía yo periodista, novelista, autor dramático,

historiador, poeta, sabio; seguía con envidioso mirar a los literatos en ejercicio, a las reputaciones hechas, y me llamaba yo al orden, traía a mi memoria los bancos helados del colegio, los maltratados escritorios de la oficina, y el ensueño volaba, desaparecía ¿quién había de publicar las lucubraciones que escondía yo como se esconden los actos reprobados? Había dos novelas y un drama a medio concluir, material para un tomazo de versos, y una composición poética también, publicada en un periodiquillo de caricaturas. Claro que todo valía muy poco, nada si se quiere, mas siquiera simbolizaban lo que me dura todavía, un entrañable amor a la literatura, sin duda porque es femenina desde el nombre, y como tal, exigente, cruel, olvidadiza, y, cuando se entrega, apasionada y soberana.

En este estado de ánimo, Alfredo Volante, que por entonces escribía de vez en cuando en *El Diario del Hogar* y posteriormente dirigió el efímero *México-Crema*, me trastornó un buen día con sus proposiciones:

—¿Quieres ganarte unos cuantos pesos?....

—Eso no se pregunta ¿cómo y dónde?

—Traduciendo del inglés para *El Diario del Hogar.* ¿Te conviene?

¡Yo en un periódico! Con tal de formar parte de una redacción constituída, no digo traducciones de artículos serios, habría aceptado el traducir avisos. Y en el acto nos dirigimos a la imprenta, situada en la esquina del callejón de Betlemitas y de la calle de San Andrés. Por el camino, Alfredo me preparaba; no debía yo manifestar mucho entusiasmo ni mucho desprendimiento; modestias a un lado, él me consideraba competente para la materia, nada insuperable por cierto.

—Fija unas condiciones dignas, y quizá después te ofrezcan otra cosa.

Llegamos a la redacción, o más bien dicho, a la administración; la redacción estaba en las piezas interiores, de las que vi salir algunos cajistas en mangas de camisa, sin sombrero, con unas tiras impresas que parecían anhelantes por marchárseles de las manos, según lo que se agitaban y las cabriolas que hacían.

—¿Y el editor? – preguntó Alfredo.

—Anda por la imprenta, – le contestó alguien, sin levantar la cabeza de su labor.

La imprenta se me hizo inmensa, y en efecto lo era; tres piezas y dos galerías, la de los cajistas y la de la prensas. Ahí conocí a Filomeno Mata, editor y dueño del diario; tenía el sombrero echado para atrás, y hablaba con la movilidad que le era peculiar, a uno de los regentes.

—Le esperaba yo a usted – exclamó en cuanto me presentaron a él – dígale a Morales que le dé unos periódicos yanquis, ya sabe cuáles son, y póngase a traducir en seguida una excursión al Polo Norte; urge el material para esta misma noche.

Nada le repliqué ni le hablé de condiciones; volví a la redacción, pregunté por Morales, le dí el recado y me señalaron una mesa desocupada. El trabajo era miel sobre hojuelas, elemental; en un par de horas entregué más material del que solicitaban.

Había en la redacción cuatro escritorios, un sofá y dos sillones formando estrado, un gran estante con libros y folletos, y clavados en las paredes, todos los periódicos de la ciudad de México, y uno que otro de alguno de los Estados más importantes. En la pieza anterior, se hallaba el despacho del editor, donde también se recibía a las personas de suposi-

ción; y en la posterior, el archivo, húmedo, polvoriento, lleno de papel embalado, de cosas inservibles; de telarañas viejas y de versos jóvenes; de poemas condenados al olvido y de olvidos que significan un poema.

Fuí, naturalmente, objeto de curiosidad al instalarme a trabajar; saludáronme los redactores, con mucho de protección en el gesto y en la palabra. Sólo Francisco R. Morales me abordó con afectuosa llaneza, me hizo los honores de la casa, me ofreció cigarrillos y me dió la mano.

—No me tome usted a lo serio en mi papel de administrador; soy administrador cuando firmo los recibos, nada más. Y se retiró, disertando sobre diversos temas, zumbón, epigramático, risueño; como siempre lo fué durante su corta vida.

Por mi desgracia, pronto concluí el trabajo y se dió mi misión por terminada. Liquidóme Filomeno Mata, y al entregarme el dinero, me contempló un momento y me dijo:

—¿Quiere usted encargarse de corregir *El Foro?* Ganará usted $30 al mes, pero tiene que trabajar hasta las 11 de la noche. El corrector que había, se ha despedido hoy.

¿Cómo no aceptar, si aparte de que la proposición halagaba mis tendencias, los $30 me venían de molde para nivelar mi pobre presupuesto? Y comenzó entonces uno de los períodos de mi existencia en que he trabajado más. Por la mañana, de las 9 a la 1, en la oficina; y por la tarde, desde las 3 hasta las 11 de la noche, en la imprenta, con un pequeño intervalo de las 8 a las 9, en que salía a tomar café cuando los dineros lo permitían, y cuando nó, a tomar el aire.

El tal «Foro,» *periódico de legislación y jurispru-*

dencia—según rezaban su título y subtítulo—a pesar de que lleva dos años de muerto, para mí será eterno, se me grabó a perpetuidad. Formábanlo cuatro hojas con dieciséis columnas, que había que corregir íntegras, sin omitir ni los avisos, que eran otros tantos edictos, citatorios y notificaciones judiciales. Corregía yo dos veces; las *primeras* y las *segundas*, claro, como en todas las imprentas se hace, pero era yo solo; y cuando ya en la noche me sentía abrumada la cabeza, la espalda adolorida, y aun los cajistas continuaban su procesión, siempre con *pruebas* nuevas, ¡oh! entonces me ganaba un desaliento invencible que ennegrecía mi juventud y se burlaba de mis afanes.

Dos compensaciones tuve, sin embargo; la lectura a que me entregaba mientras me llevaban pruebas, y el trato de Aurelio Garay, un espíritu delicado y susceptible, que he perdido de vista hace bastante tiempo. En aquella época, escribía las gacetillas de *El Diario del Hogar*, y si Luis G. Iza dejaba de hacer sus crónicas semanales, él las suplía. Nadie al ver a Garay hubiera podido creer todo lo que encerraba; su exterior era un perpetuo engaño: siempre desaliñado, la barba sin afeitar, con apabullos el sombrero y la cara de pocos amigos. Tampoco era accesible al principio, sino huraño y desconfiado, pero si se entregaba sin reservas, como se nos entregó a Alfredo y a mí, su trato lo hacía delicioso y amable. Su manera de ser, reconocía una causa simpática: un orgullo ilimitado personal y literario. Para evitar que los redactores lo miraran mal, eligió una especie de tapanco o buhardilla que estaba al fondo de la imprenta, más cerca del techo que del piso; y para evitar que las letras lo desdeñaran, leía y estudiaba sin cesar. Él era el

dueño de aquel zaquizamí, tapizado con telarañas y con revoque de cal, alfombrado con un polvo antiquísimo, sin más muebles que dos mesas viejas y maltrechas, colocadas ahí de puro inservibles, y tres sillas de estera ordinaria, pintadas de amarillo, de ésas que únicamente pueden comprarse en los baratillos de la calle de la Canoa. Todas las reservas de Garay, nacían de que había principiado su carrera de simple cajista, y sus méritos y su inteligencia lo fueron ascendiendo poco a poco, hasta el puesto de corrector del «Diario» y redactor de planta, que desempeñaba a maravilla cuando le conocí. Aun me admiro de que me aceptara como coinquilino de su prosaica morada; de que en unión del carpintero le pusiera a la mesa que me cedió, las dos patas y media que le faltaban; de que me sonriera al llegar y de que muchas noches se fuera conmigo, del brazo, por las calles desiertas y sombrías.

Quedaron nuestras mesas, una al lado de la otra, podíamos pasarnos mútuamente los fósforos, las tijeras o el diccionario; de cuando en cuando, nos consultábamos alguna duda, encendíamos un cigarrillo e iniciábamos una charla sabrosa, expansiva, pero el trabajo enorme nos caía de nuevo, nos encorvábamos sobre las *pruebas*, y sólo se escuchaba el tartamudeo del cajista que leía alto, mientras nosotros corregíamos. Al venir la noche, encendíamos las velas y aprovechábamos el entreacto de las *primeras* a las *segundas*, comunicándonos las impresiones de nuestras lecturas o los manuscriptos de nuestros ensayos. ¡Cómo me sirvió Garay entonces! Él, que era veterano del periodismo, un cronista de *esprit* y un artista instintivo, puede decirse que pulimentó mi estilo incipiente, que me hizo co-

nocer los encantos y las armonías de la frase espontánea. Rasgaba sin misericordia casi todos mis versos, y sujetaba mi prosa a más de una prueba.

—Escriba usted como habla, – me decía, – no haga períodos largos ni académicos. Lo que le venga primero, traducir la sensación, ése es el gran secreto.

Garay practicaba su doctrina, porque había *vivido*, porque odiaba la prosa de la vida y amaba a la mujer, porque luchaba con la pobreza, porque tenía una hijita que le costaba lágrimas y privaciones, porque sufría mucho. De ahí el atractivo de sus crónicas, la ligera y elegante amargura de sus revistas teatrales, las caricias discretas y voluptuosas que prodigaba a las artistas, su *verismo* para narrar los sainetes y los dramas callejeros. Estaba tan arraigado en él el culto a la mujer, que sentía por casi todas una atracción benévola, con uno que otro arranque materialista; arranques que, en su casa, los rizos negros y las preguntas blancas de su hija se los borraban por completo.

Comenzaba ya a acostumbrarme a mi nuevo género de vida; al exceso de trabajo; a distinguir los errores tipográficos, de una sola ojeada; a corregir una cosa y pensar en otra; a llamar al regente por su nombre y a querer a los cajistas, no obstante que son—en todas partes del mundo—los obreros más viciosos, a pesar de su continuo roce con las teorías levantadas, con las ideas humanitarias y progresistas, – cuando me llamaron una tarde de la administración. Era el mismo Filomeno Mata quien me necesitaba; le hallé de pie, y me habló como de costumbre, con algo de imperio en la palabra rápida, rapidísima, cual si siempre tuviera encima algún quehacer trascendental.

Por el tren de esta noche, llegan unos chinos que vienen a proponer negocios al gobierno. Es indispensable que *El Diario del Hogar* sea el primer periódico que se ocupe de ellos. No hablan más que inglés; váyase usted a verlos a la estación o al hotel en que paren, y véngase a escribir lo que le digan, para que salga en el número de mañana. Está usted despachado.

Comprendí que si desperdiciaba esa ocasión, me eternizaría corrigiendo pruebas de *El Foro*, y no vacilé.

—Pero editor,—repuse,—no tengo carácter ninguno en el periódico, que me autorice a lo que usted quiere; esos señores no me recibirán, y harán muy bien.

Sonrió Mata, escribió algo en un papel y ordenó:

—Que impriman en el acto cien tarjetas según este modelo.

Y a la media hora me las entregaron a mí, a su legítimo dueño, y no dí crédito a mi vista. Sin embargo, no cabía duda, era mi ascenso, mi nombramiento, claro se leía:

FEDERICO GAMBOA
Redactor de *El Diario del Hogar*

—¿Podré firmar mi trabajo?—le pregunté al editor, bendiciendo por dentro al Celeste Imperio.

—Ese ya no es cuento mío, de usted depende.

* * *

Inútil declarar que el artículo salió bastante mediano, con balbuceos de niño que aprende, con pedanterías de principiante, circunstancias que a mí no me importaron lo más mínimo, preocupado como lo estaba con la realización de uno de mis primeros ideales literarios.

En dos días repartí, por lo menos, unas cincuenta tarjetas. Cualquier motivo servíame de pretexto: indicar un domicilio ajeno, un autor célebre, una cita con masculinos, el nombre de algún diario. Tenía yo hambre de que el mundo se enterara de que contaba con un periodista más, con un periodista entusiasta y decidido.

En la imprenta, cambió de golpe mi situación. Pasé de la buhardilla de Aurelio Garay, al saloncito de los redactores; se me dió una mesa nueva; algunas noches, los billetes para uno de los teatros. Las delicias del periodismo, que las tiene y mucho, me sonreían conforme se me acercaban, recompensábanme de mis contratiempos antiguos, y, aunque toda mi preparación para la carrera reducíase a buenos deseos, sobrenadaba una opinión autorizada, la de Alfredo Chavero, cuando leyó mi *reportazgo* a los chinos. Fundado en el parentesco que nos une y en su innegable competencia literaria, me había dicho:

—Tu artículo está muy mal escrito, pero así y todo se deja leer, podrás escribir si estudias y te corriges.

Del grupo de redactores de entonces, no queda actualmente ninguno en el «Diario.» Eramos varios: Luis G. Iza, siempre acompañado del «viejo Ramírez,» Aurelio Garay, Félix M. Alcérreca, Barraza, Angel Pola, Enrique Aragón, uno de los Arriola y yo. Además, colaboraban, casi diariamen-

te, el mismo Mata y Francisco R. Morales; y allá, muy de cuando en cuando, en los momentos solemnes y culminantes, Hilarión Frías y Soto se dejaba caer con un artículo que levantaba ámpula, por lo acerado de su estilo. Nunca firmaba sus escritos, y en la conversación sostenía no haberlos escrito él, pero era de balde; su esgrima intelectual dejaba huellas dolorosas, y por lo bajo lo designaba todo el mundo como autor del dardo. Por supuesto que era él la figura principal en la redacción, con nadie se codeaba, trataba a Mata de igual a igual, y si alguna vez se dignaba visitarnos en nuestra estancia, para fumar un cigarro o charlar un rato, lo rodeábamos sin interrumpirle, encantados con su título eterno, el que vale más que los otros: hombre de talento. Porque lo tiene en abundancia, del bueno, del que atrae, del que borra otros defectos. Principiaba sus charlas con la vivisección de algún prójimo conocido, para concluir fatalmente con uno de sus dos grandes odios: el clero y los españoles. En ocasiones, se entusiasmaba, convertía la plática en discurso, reaparecía el parlamentario de raza, el pensador compañero de Ignacio Ramírez, el descreído, y nosotros nos amotinábamos espantados, excepción hecha de Barraza, que, en estas materias, daba treinta y raya al más pintado. Para mí, tenía Frías y Soto dos atractivos poderosísimos, sus novelas y su reputación de calavera; sobre las primeras le preguntaba yo muchas cosas, sobre la segunda no, porque él no daba entrada; escapábasele, a lo sumo, una que otra sátira acerca de los maridos, uno que otro escepticismo acerca de las mujeres, y se volvía a su lugar, una papelera de colegial que tenía en la administración, frente a la puerta de entrada. Allí escribía la tarde entera, con plumas de

ave, que cortaba él mismo; acumulaba sus manuscritos, los releía, y en seguida los encerraba.

Al irse la tarde le llegaba una visita invariable, la del magistrado Luis G. Malanco. Parece que eran amigos de antaño, y sólo así se comprende que no riñeran setenta veces por lo desemejante de sus caracteres. Es Frías y Soto, fogoso, y Malanco era plácido; librepensador convencido aquél, y católico practicante éste; doctor en medicina el uno, y doctor en leyes el otro: sin embargo, no podían dejar de verse, ni de discutir, ni de apreciarse. También a Malanco lo queríamos todos, le halagábamos su débil: la conversación; una vez que se posesionaba de la palabra, le tenía a uno encantado horas y horas. Conversador eximio, sabía mezclar con raro talento lo vivido a lo imaginado, los recuerdos con los anhelos, las reminiscencias de su viaje a Oriente—publicado en una obra de dos tomos—con las de su permanencia en Europa como secretario de legación. Añádase a esto un modo de decir reposado, acariciador, unos modales de persona distinguida, y se tendrá una idea de la magia de sus narraciones.

Con semejantes elementos yo andaba muy satisfecho; las amarguras de mi odioso empleo en un juzgado de lo criminal, me desaparecían como por encanto en esta otra atmósfera, que respiraba a plenos pulmones, para que me fortificara contra mis naturales desalientos de literato novel e ignorado. Sucesivamente, en los tres años que permanecí en *El Diario del Hogar* fuí reportero, gacetillero, hice cuatro o cinco boletines contra la municipalidad y llegué a cronista de alternativa, que era toda mi ambición. Ir a los teatros, entrar en sus bastidores, conocer artistas, describir fiestas, maldecir de tiempo en tiem-

po de las pasiones y sus estragos, aunque no los conociera, ¿qué más podía pedir? Fué Aurelio Garay quien bautizó mis crónicas, y yo quien me busqué pseudónimo; intituláronse «Desde mi mesa» y las firmaba «La Cocardiére.» ¡Ah, el primer domingo que me vi impreso en el lugar preferente del diario, cuántos ensueños se alzaron en mi cuarto, qué alegría de vivir! ¡Lástima que la imprenta nos despierte tantas vanidades y tantas pretensiones; sin ellas, sería de veras una bendición el escribir para el público!

Llegó una ocasión, en que ya no me bastó el que los amigos supieran que yo estaba en el periodismo; ni que verdaderos príncipes de la crónica, como Manuel Gutiérrez Nájera, me aplaudiera, por estimularme, tal o cual párrafo de alguna mía; ni que determinad a coristilla me tolerara proposiciones anacreónticas, – y me lancé a incenzar a cuanta *primadonna* pasó por México. Y como el incienso nada me trajo en cambio, varié de rumbo, y puse a una diva de ópera italiana poco menos que sin voz, ni escuela, ni nada – para algo era yo cronista! La maniobra surtió, un médico muy conocido intervino en el asunto y me llevó a ver a la pobre señora, que era, en efecto, una medianía; hicimos las paces, se tomó una copa de Marsala, se habló de arte, y el empresario me dejó una tarjeta en la redacción. ¡Oh poder ciego de la prensa!

A renglón seguido, tuvimos a Luisa Théo, que dió al traste con mis propósitos de severidad; me gustó tanto la mujer, que me olvidé de juzgar a la artista. Creí que la Théo era un enviado extraordinario del París que yo conocía al través de novelas malas y revistas verdes, del París ése con que deliramos todos los hispanoamericanos cuando somos jóve-

nes, es decir, una ciudad que sólo ofrece muy buen champagne y muy lindas mujeres. En los artículos que domingo a domingo le dedicaba yo, palpitaban los deseos más que las alabanzas, y en premio de ellos me otorgó la Théo, amén de sus agradecimientos verbales, el permiso de que le besara una mejilla. La casualidad me permitió algo más: que la sorprendiera una vez en su cuarto del teatro, cuando la camarera, de rodillas, le ataba una liga.

Con la Judic, mis relaciones revistieron otra forma; fuimos casi amigos, algunas ocasiones le envié flores al hotel, y ella me hizo una confidencia que me dió a conocer el ningún cariño que los artistas europeos sienten por nuestra pobre América, en las *tournées* anuales que practican. Llevaba un diario íntimo de sus impresiones americanas, y en las dos últimas hojas, repetidos los números desde el 1 hasta el 31, con tachos algunos y los demás intactos.

—Y esto ¿qué significa?—le pregunté.

—Los números tachados son los días que llevo de viaje, y los otros, son los que me faltan *¡hélas!* para volver a París....

En escala ascendente, conocí y traté a Sarah Bernhardt y Adelina Patti, y en descendente, a cuanto actor y actriz, propio o extraño, trabajó por entonces en nuestros teatros; circunstancia que indudablemente ha contribuído a hacerme amar, como amo, todo lo que con el teatro se relaciona. Y cuando las compañías recién llegadas o las acabadas de formarse, me mandaban mi tarjeta personal de entrada, estuve a punto de suponerme—en minutos de frecuente vanidad—un crítico teatral y no de porvenir, sino de presente.

Así fué cómo le metí la mano a un drama de José de Jesús Cuevas, que no lo merecía; cómo flagelé la

«Pasionaria» y «El Gran Galeoto,» que sí lo merecen; cómo discerní premios y castigos.

Representando siempre a *El Diario del Hogar*, asistí a banquetes oficiales y oficiosos, a inauguraciones de edificios y de caminos de hierro, a paseos políticos, a exámenes, a conferencias, a entierros; hasta a un célebre baile que hubo en Palacio!

¡Qué despertar tan duro, al día siguiente, allá en un juzgado de locriminal, junto al pupitre ennegrecido, y, esclavo del sueldo, escribir y escribir sin levantar la mano del papel, sin que mis ilusiones intentaran siquiera tender el vuelo! Puede decirse que vivía yo dos vidas, sin parecidos ni puntos de contacto; la una, el más grato de los sueños; las otra, la más penetrante de las realidades. Creo que hasta adquirí dos caracteres; por la mañana, serio, sin hablar; las tardes y las noches, alegre, comunicativo, con ansia de desquitar el tiempo perdido.

Por entonces, principió *El Diario del Hogar* a vacilar sobre sus bases; aquellos sábados al obscurecer en que llegaba Mata con la cartera congestionada de billetes de banco, que se convertían a poco en pilas tentadoras de pesos duros, flamantes, prometiendo muchas cosas con su sonido blandamente armonioso, con las águilas de su anverso y los gorros frigios de su reverso, se marcharon poco a poco; dejaron su sitio a otros sábados sombríos, el presupuesto ya desnivelado, en que Mata llegaba de mal humor, reñía a los cobradores, desenterraba monedas olvidadas en los fondos de los cajones de su mesa, entre un artículo manuscripto y el *menú* de algún banquete, y hacía un prorrateo de las existencias de la caja, nos conocía en la cara quién era el más necesitado, prodigaba sonrisas, y sin lamentarse nunca, prefería a los cajistas, a los repartidores, a

la gente menuda, procuraba pagarles su jornal íntegro, alegándonos entre broma y broma:

—Lo necesitan más que nosotros!

Prueba de que Mata sabe darse a querer, fué, que nadie pensó en abandonarle, a pesar de que el dinero nos huía; al contrario, nos entró como una especie de estímulo, nos ingeniamos de mil maneras para disfrazar la mala fortuna, se redobló nuestro cariño al diario; Angel Pola tuvo un duelo, y yo sacrifiqué unas cenas semanales en el Café de París, con que obsequiaba a mi primera querida, y en las que llegaron a figurar, por excepción, tres docenas de ostras veracruzanas. Estaba roto el fuego.

Hasta que un día nos reunió Mata a todos los redactores, y visiblemente conmovido, nos significó la situación:

—El gobierno—estabámos en época de elecciones—acaba de realizar una maniobra con la que yo no estoy de acuerdo. Pero, como no quería perjudicar a nadie, nos notificaba que su periódico iba a comenzar una guerra sin cuartel contra la administración. Si nosotros no queríamos o no podíamos seguirlo, quedábamos en la más absoluta libertad; él no guardaría rencor a los que se fueran, no lo reputaría una deserción. Y nos tendió la mano a todos, mudos y reflexivos, el semblante solemne, como siempre que se trata de adoptar una seria resolución.

Yo fuí de los que se separaron; así se lo significqué al día siguiente, y al despedirnos, nos dímos un abrazo estrecho y prolongado.

—¿Vendrá usted a verme de tiempo en tiempo?

—Pues ya lo creo ¿acaso dejamos de ser amigos? ....

Y cuando cruzaba yo la puerta, me llamó, tomó de

su biblioteca giratoria *El Sacerdote, la Mujer y la Familia*, de Michelet, que todavía conservo, y me lo regaló con esta dedicatoria de su puño y letra:

Al Benjamín de los redactores de «El Diario del Hogar.»—Filomeno Mata.

V

MALAS COMPAÑIAS

Después de comer en casa de mi hermano, alguien narró el caso que tenía escandalizada a la sociedad de México. Tratábase de una señora casada, de buena cuna, que había caído estruendosamente, sin nada que la disculpara, por el placer de enlodarse, de probar el vicio.

—¿Y tiene chicos?—pregunté yo.

—Sí tiene, uno o dos.

En mi fuero interno la condené, porque desde entonces me apuntaba la convicción que he ido robusteciendo con el tiempo y mis observaciones, de que la maternidad es un santo derivativo. Y sin lógica, por absurda asociación de ideas, tuve lo que el vulgo llama una «corazonada,» me vi con esa mujer, en relaciones amorosas contra mi voluntad, pasando un período que debía dejarme hondas huellas en el espíritu. Y lo que sucede siempre con tales fenómenos; primero, me reí de mí mismo, me llamé visionario, y luego, lo olvidé, no volvió a preocuparme

lo más mínimo. Andaba yo en las emociones primordiales que nos proporciona el trato de las pecadoras, cuando nos acercamos a ellas con palabras de perdidos prematuros y actitudes de niño; con las flores que olvidamos de dar a nuestra novia y los cinismos ideados en nuestras noches de insomnio, allá en el hogar, cuando aún no podíamos recogernos tarde!

Las veía ir y venir dentro de sus carruajes, al medio día, por las calles de Plateros y San Francisco, en los inmorales paseos que por tanto tiempo han existido en México, y me extasiaba en su contemplación, me sentía atraído por ellas, ejercían sobre mí inexplicable y misterioso atractivo. De nada servían las predicaciones escuchadas en su contra; lo que uno oye de boca de las señoras antiguas y de los hombres hipócritas; la multitud de consejas que andan por ahí pintándonos a esas pobres excomulgadas de la dicha, como monstruos de maldad y de odio. Yo las quería, éranme simpáticas, parecíanme todas las hijas legítimas de la infortunada Margarita Gauthier y me sorprendía no mirarlas envueltas en lágrimas y camelias. Además, quería ejercitar mi práctica adquirida en los Estados Unidos; demostrar que no era yo un chicuelo ni un principiante, sino un hombre como cualquier otro. De tal suerte, que me hice amigo de los calaveras profesionales, de los privilegiados que monopolizaban sus sonrisas, de los que las saludaban en público y las llevaban a cenar, al concluir de los teatros, a los gabinetes altos de «La Concordia,» o si sus recursos no permitían lujos tales, iban a verlas de la una de la mañana en adelante, a los bailes nocturnos, y con justísima razón mal afamados, del «Tívoli Central» y «Capellanes.»

¡Cosa singular! no obstante mi empeño en pasar por un gran empecatado, no obstante mis aires de vicioso precoz y empedernido, me acercaba yo a ellas, y en sus caras risueñas o cínicas, en la acogida que me dispensaban, en sus palabras libres y multicolores, descubría un fondo de tristeza infinita, algo como el recuerdo esfumado de días sin pan y noches sin abrigo, un secreto afán de que las trataran con cariño, siquiera unos segundos, de que las hicieran olvidar su oficio, su desgracia inmensa. Y como no lo obtienen nunca, descubría yo también, al venirles la reacción, una especie de odio a los masculinos; un odio reconcentrado, de represalias, eterno; odio de víctima a verdugo, de quien reconoce en una persona que nos da de comer y a la que estamos encadenados, el autor de una falta que cometimos cuando mozos, y que después, a la larga, nos ahoga, nos pesa, nos martiriza. Entonces, me inundaba un romanticismo dulcísimo, el que en la juventud quiere decir honradez, en la edad madura fingimiento y en la vejez reminiscencia amiga; creía en la regeneración por el amor, me suponía el llamado a realizar el altruísmo, a sacrificarme purificando espíritus descarriados; ¿elegiría ésta o aquélla? Y mi simpatía por todas, mi deseo insaciable de amar el mayor número de mujeres posible, destruía mi ensueño, limitaba la juvenil ambición, y, por el momento, me concretaba yo a comérmelas con los ojos o a dar un beso, desabrido y frío, a la que en la cara le conocía que había de permitírmelo.

Quién sabe si por fortuna o por desgracia, mi escasez de dineros apenas me permitía visitarlas muy de tarde en tarde, y aun esas visitas me significaban privaciones y economías. Nunca salía desilusionado ni con asco moral o desprecio, al contrario:

minero inconsciente del amor, cualquier terreno me parecía propicio para desentrañar alguna partícula de ese metal por excelencia, que acaba por dárnos la peor de las muertes, dejándonos con vida.

En tan buenas disposiciones me sorprendió el arribo del Carnaval, y resolví no faltar a ninguno de sus bailes, precisamente porque me habían representado en muchos años un fruto prohibido. Me veía yo de chiquillo, en unión de mi familia, presenciando en el pórtico del Teatro Nacional la entrada de las máscaras—costumbre tradicional que existía en México y de la que sólo quedan un rasgo que otro—en medio de una muchedumbre de gente conocida; empinado sobre una silla para alcanzar a descubrir, por entre los huecos del antifaz, un par de ojazos incendiarios y negros, o por entre los hombres acompañantes, un pecho femenino enhiesto y medio desnudo; mientras afuera, pendiente de los balcones del hotel, se balanceaba la farola inmensa con sus figurones pintarrajeados en la tela, y abundaban los gritos, las bromas, las risas, los carruajes de alquiler, los gendarmes de a caballo, hasta que el viento de las noches de marzo disolvía los grupos y desterraba a los curiosos, en tanto que por las puertas entreabiertas salían, confusos y tentadores, ecos de músicas y de personas que se divierten. A esto hay que agregar el entredicho social de los tales bailes, concurridos únicamente por «esas mujeres,» llevándose a cabo durante la cuaresma, siendo la perdición de solteros y casados, y la pesadilla de madres y esposas, para que yo no resistiera y me colara en ellos un martes de carnaval, desde temprano, cuando campeaba ya por mis respetos.

Entré con miedo, fuerza es confesarlo, pero a los pocos minutos me sentí en un medio hospitalario y

amable. Aunque lo conocía por primera vez, hízome buena cara y no se preocupó de mí, dejóme a mis anchas. En lugar del monstruo temido, me encontré un salón adornado, lleno de luces, de flores, de armonías y de mujeres; lleno de caballeros que pasan por serios en las calles, de caballeros casados, solteros, ricos, pobres; hasta de caballeros de industria. De tiempo en tiempo, una nota discordante rompía el conjunto, eran dos masculinos que dirimían diferencias de poca monta, a bofetada limpia. La interrupción era muy parcial, en un reducido espacio; acudían los gendarmes, apaciguaban aquello, la mayoría continuaba sin haberse enterado del incidente, y los enterados, encontrábanlo muy natural. Otras ocasiones, escuchaba muy cerca de mí el incitante y delicioso rumor de un beso; volvíame, y nada, la pareja iba a distancia, él abrazándole el talle, y ella apoyada en su hombro, la mirada perdida, su cuerpo allí, al lado del que paga, el espíritu lejos, sin dueño ni tarifas. En los paseos que dí por el salón, me topé con tipos rarísimos: ancianos, que descabezaban sueños intranquilos; taciturnos, que contemplaban la fiesta sin manifestar gusto ni disgusto; soñadores, que perseguían con la vista, la silueta fugitiva de alguna máscara muy cortejada. Y por todas partes «el yo te quiero,» la canción eterna que recorría el salón, los palcos, los techos; que se adhería a las ropas, que le envolvía a uno como en una caricia infinita y gigantesca.

Calló la orquesta, y en el alud que se precipitaba a la cantina, vi pasar a la señora casada recién caída; seguíala un grupo de varones elegantes, miembros del Jockey Club o del Casino, y ella azotaba con la careta a los más cercanos, charlaba con los demás y reía, reía como si le hiciera gracia despertar tan-

tos apetitos, o como si quisiera olvidarse de su derrumbamiento. A poco, la vi junto a mí, provocativa, los ojos brillantes y pálida la tez; un oficioso nos presentó:

—¿Y usted, por qué no baila?

—Porque no conozco a nadie, —contesté ruborizado.

—¿Quiere usted bailar conmigo?....

—Bailar, nó, pero le daré a usted el brazo.

Y nos lanzamos por la sala, hablando de tonterías; ella, ligeramente excitada por el abuso del alcohol; yo, excitado con su vecindad y con que me vieran de compañero de la reina del baile. Tuvo, sin embargo, un rasgo que me demostró su estado social anterior, la suavidad propia de una dama que se siente lastimada con las crudezas de algún espectáculo brutal —y el que presenciábamos lo era por sus cuatro costados.

—¿A usted le gusta esto?.... —me preguntó.

Y yo, por dármelas de algo, me las dí de erudito; ya que no podía ofrecerle una copa de champagne, le ofrecí un pequeñísimo curso de historia contemporánea.

—Pues no crea usted, —le dije, —los bailes de carnaval no han sido siempre así; antes, hace bastante tiempo, venían las mejores familias y se podía bailar con las señoritas, cenar en los palcos, gastar bromas espirituales y de buen tono. Fué a partir de la intervención francesa, que la cosa se echó a perder; entre los oficiales y sus queridas, convirtieron la fiesta en palenque de gallos y de indecencias; en su criminal afán de invadirnos, invadieron hasta nuestros teatros ¡y así nos los dejaron!

Hubiéramos continuado departiendo decentemente, si a un importuno no le ocurre arrebatármela.

Teníamos un punto de contacto que nos ligaba; ni ella ni yo estábamos iniciados en esa vida, aunque fingíamos conocerla a fondo; a mí, me faltaba mucho aún para calavera de oficio, a ella, le sobraba más todavía de honesta y de señora. Y al despedirnos, sin duda recordó su nuevo papel, quiso ponerse en carácter, suprimió el tratamiento.

—¿Irás a verme?....

—Sí, mañana mismo.

—Nó, mañana nó, porque he de levantarme muy tarde.

—Iré entonces pasado mañana.

—¿De veras? – agregó oprimiéndome la mano.

—Te lo prometo.

*
* *

Concluían de comer cuando llegué. Ella, Carlota, ocupaba la cabecera de la mesa; a la derecha, una amiga suya, co-inquilina, también de origen decente, la fecha de su caída muy anterior, y en su historia, dos o tres campañas de resonancia; a la izquierda, un individuo que sin duda había comido con ellas, pues alababa un plato y consumía a pequeños sorbos una copa de cognac. Las dos mujeres fumaban haciendo visajes, tosiendo siempre que el humo confundía la salida.

—¿Por qué fuma usted si ve que le hace daño?

—Porque me entretiene; pero háblame de tú, haz de cuenta que somos amigos viejos.

A mí no me salía la cuenta; no éramos amigos ni éramos viejos; se me resistía el tutearla, mas hube de ceder ante sus instancias. En el criterio que conservaba de mujer honrada, suponía que no de otra

manera deben hablarse entre sí las que caen y los que las hacemos caer.

La tarde la pasamos en el saloncito, bastante acompañados, pues sin cesar anunciaba la campanilla nuevos visitantes. Dominaban las personas de alto coturno: magistrados, padres de la patria, un general y varios jóvenes ricos, necios, inaguantables. Todos parecían empeñados en hacer *esprit*, y resultaba la charla o pesada e insubstancial, o grosera y brusca, sin miramientos, intercalando una que otra broma de las que se oyen por la calle a la gente baja, y que nos lastiman el oído como pudiera hacerlo un guijarro. Carlota estaba contentísima; aplaudía, avivaba tímidos, mandó servir café, rogó a un señor que tocara el piano; sólo allá de tiempo en tiempo, rápida y fugaz, una sombra le obscurecía la mirada, un rubor le coloreaba las mejillas. ¡Quién sabe si sería el recuerdo del hogar destruído o el de la última sonrisa de sus hijos, a los que no volvería a ver!

A las seis anunciaron el carruaje, y la reunión se disolvió.

—¿Quieres ir tú?—le preguntó a su amiga—yo no salgo hoy.

La otra sí salía, tenía que ver a un individuo en la reja del bosque.

—Ya sabes quién, el de la otra noche.

Nos asomamos al balcón, y mientras Luz nos decía adiós con la mano, vimos cómo se despidieron los hombres, que también salían. Los graves, se aislaron en un momento, cual si no se conocieran, cual si no hubieran pasado juntos horas y horas en la más íntima de las intimidades, la que a todo autoriza; y los señoritos ricos, se dirigieron en grupo hasta la esquina, donde los esperaban sus respectivos carruajes—por pudor—en poder de los lacayos, al-

taneros y rígidos dentro de las libreas. Al rato obscureció, y entramos otra vez en la sala; no habían encendido las lámparas, el piano continuaba abierto, resaltando la blancura mate del teclado en la media tinta de la estancia. Me llegué a él, y por hacer algo, púseme a canturrear una danza tristísima, de Yucatán; la historia de dos enamorados que surcan un lago al caer de la tarde, y se besan y se adoran en un bosque de naranjos. De pronto, sentí los brazos de Carlota sobre mis hombros, su aliento en mi nuca, sus labios muy cerca de mi oído.

—¿Me quieres? —exclamó por lo bajo, como avergonzada de su pregunta.

—No —le dije— pero me interesas mucho, muchísimo. Y continué el acompañamiento de la danza, lánguido y apasionado de suyo.

—¿Me querrás alguna vez?.... —insistió ella.

—¡Ojalá que no!

Pidióme entonces que la acompañara unas calles, pasó a ponerse el sombrero, y cuando volvió a salir a la sala, iluminada ya, tenía los ojos enrojecidos y el semblante risueño. Por el camino, colgada de mi brazo, se le escapó una indiscreción; también ella concurría a una cita galante, con una personalidad que no podía dejarse ver. Y repentinamente, con un desencanto prematuro, murmuró como hablando consigo misma:

—No es que valga yo más que las otras, demasiado lo sé; me buscan por la novedad, por los residuos de honestidad que pueden arrancarme del corsé....

En una esquina se detuvo, exigióme que no la siguiera:

—Ven a verme cuando lo desees, seremos amigos. Y su silueta de mujer elegante, se fué perdiendo poco a poco en la ancha y sombría calle de las Artes.

A mi tercera o cuarta visita, sucedió lo que de suceder tenía: el sol de la mañana siguiente me sorprendió en la alcoba de Carlota. ¡Cuántas veces, después, me arrepentí de esa locura! Pero estaba yo en la edad en que todo se arrolla ante la perspectiva de ser el dueño de una mujer bonita; aunque no la queramos, aunque el corazón nos reproche el fraude. ¡Quién va a rehusar, con el apetito de los veinte años, una fruta que pende del tallo, al alcance de la mano, y que nada ambiciona sino dejarse comer!....

Entré en terreno desconocido, mas con el necio afán de nunca declararlo; y en la calle, en el café, a solas en mi cuarto, sonábame de especial y dulcísima manera esta frase común:

—Tengo una querida.

Cierto es que de cuando en cuando me asaltaba la duda; un hombre decente no puede pronunciar esa frase, si no son por su cuenta todos los gastos de la mujer; mi sueldo no bastaría a cubrir ni un solo mes de renta de la casa de Carlota; y para conciliar los reclamos de mi conciencia con mi vanidad de masculino que está apenas asomándose a la vida, corregía la frase en esta forma:

—Será entonces un principio de querida.

Ella, como toda mujer nerviosa y enamorada, era romántica; ocurríansele mil cosas extraordinarias, mil refinamientos que a mí me venían de perlas. Si íbamos al teatro, habíamos de contemplarnos con el anteojo durante la representación, ella desde su palco y yo desde mi butaca; si comíamos en el *restaurant*, ordenaba un solo plato para los dos, una sola copa, y pedía agua, a fin de que la cuenta fuera muy moderada; por las tardes, íbamos invariablemente en un carruaje al bosque de Chapultepec.

Perdidos allí, en las seculares alamedas, bajo la encanecida y rumorosa bóveda de los gigantes ahuehuetes, comunicábame Carlota sus ensueños y sus anhelos; recordaba a sus hijos, y no los mencionaba con los labios, el llanto se le venía a los ojos, y muy por lo bajo, me decía:

—Ya sabes por qué lloro, por ellos....

Y diríase que los chiquillós acudían al llamado, pues retardábamos el andar como si corretearan por delante de nosotros y temiéramos hacerles daño; nos olvidábamos de acariciarnos; por un momento, enmudecíamos, el carruaje nos seguía paso a paso; allá, muy alto, el sol incendiaba los cristales del alcázar, por entre el follaje de los árboles, se escuchaba un constante trinar de pájaros, y en la atmósfera flotaba un perfume de amor, de campo y primavera.

A la vez nos marchábamos el crepúsculo y nosotros, de la mano dentro del coche, jurándonos lo que siempre se jura en casos tales, y arrojando por las ventanillas a la Calzada de la Reforma, silenciosa y negra, un beso que otro de los que nos sobraban en nuestra dicha. Al llegar a la casa, Carlota, contentísima, declaraba que no recibiría.

—Lo que se llama a nadie—le gritaba al portero.

Y volviéndose a mí, me decía estas palabras simbólicas y delicadas:

—Me sabes a novio!

Con sus celos y mis infidelidades, nacieron los disgustos que afianzaron nuestras relaciones. Diariamente teníamos alguna escena, apaciguada por Luz o por los amigos; diariamente resolvía yo terminar, y una nueva prueba de cariño de ella me ataba más y más. No había forma de sacudir el yugo; para todo tenía respuestas que me aterraban, pa-

saba por cualquier exigencia mía, con tal de no perderme. Hasta aceptó el vivir conmigo, en una casa humilde y lejana.

—¿Pero no sabes que sólo gano cincuenta pesos?

—¿Y qué me importa si yo te gano a tí?....

Otra ocasión, en que un disgusto nos alejó ocho días, le dije al cabo de ellos que me olvidara, y al siguiente, recibía su retrato con unos versos hechos por ella, versos que concluían:

«todo puedes pedirme, hasta la muerte,
pero pedirme que te olvide, nó!»

Dí principio, entonces, a una maquinación bárbara. Entre los restos mundanos que Carlota conservaba, tenía en predilección el de ofrecer una taza de té a sus visitas de la tarde, y entre éstas, había una irredenta de profesión, bellísima, que de antiguo me gustaba. Inicié su conquista delante de Carlota, quien, con el instinto adivinatorio de los que aman, lo comprendió en el acto; no había gesto ni detalle que le pasaran inadvertidos, y sufría sin echarme nada en cara, llegada ya a ese grado en que toleramos cuanto hay, siempre que no nos exijan la separación material de la persona amada. Reconozco que he de haber estado extraordinariamente cruel, pues no hay en la creación un bicho más malo que el hombre o la mujer, cuando no ama. Parece que nos complacemos en torturar al sér que nos adora, y no hay tal; es que como nuestra sensibilidad amorosa ha desaparecido, no podemos apreciar la magnitud ni el alcance de nuestros actos; obramos así, a la buena de Dios, y si acaso un remordimiento nos importuna, pronto lo desterramos a ese páramo espantoso y desierto que se llama el olvido.

Sólo una noche tuve un presentimiento funesto que pasó pronto, pero que por mi desgracia, se ha cumplido al pie de la letra. Fué en la obscuridad del lecho, después de un altercado con Carlota, cuando andábamos ya en las postrimerías de nuestra unión, y puede palparse una cosa horrible: que dos personas acostadas en una misma cama, cubiertas con unas mismas ropas, lado a lado, se hallen sin embargo a millones de leguas una de otra! Carlota lloraba, debía haber empapado la almohada, y sus sollozos no me conmovían. De pronto, y a la mortecina luz de la mustia veladora, la ví incorporarse, fantásticamente agrandada en la penumbra, y exclamar como si me maldijera:

—¿Ves cuánto sufro? ¿Ves que me estoy muriendo? Pues esto y más lo pasarás tú; has de tener tu infierno; otra mujer me vengará con creces....

La profecía se realizó, la pobre de Carlota ha sido vengada y bien vengada.

VI

UN SALON ARTISTICO

La había yo encontrado muchas veces en la calle, en el teatro; elegante siempre, siempre con su hija, una rubia canadiense como de 18 años, alta, bien hecha, deliciosa. Y la gentil pareja me regocijaba la vista, esa estrecha unión se me hizo simpática. Aunque la madre escribía por entonces en *El Diario del Hogar*, y yo también, no nos conocíamos sin embargo; nos leíamos mutuamente, cada semana, lo que equivalía a un cambio periódico de esquelas e impresiones. Sí sabía que los lunes en su casa, pasábanse algunas horas muy agradables, un genuino *five o'clock tea*, con concurrentes varios, desde la esposa de un ministro extranjero, hasta periodistas de la víspera y nulidades perpetuas. Pero sobre todo, dominaba el elemento artístico; iban las divas de la ópera, cantantes mexicanos, dos de nuestros grandes músicos, Gustavo Campa y Ricardo Castro; dos de nuestras *primadonnas*, Soledad Goyzueta y Rosa Palacios, recién llegada de Roma, conservando todavía recuerdos vivos de la ciudad italiana.

Y un día, en la calle de San Francisco, me presentaron a las dos:

—La señora Natali de Testa, la señorita Rita Testa....

Ante mi reverencia muda, la señora me interpeló:

—Usted es *La Cocardiére* ¿verdad? ¿Cómo es que no lo han llevado a usted a mi casa? Siendo compañeros de diario, no puede usted faltarme. Ya sabe usted dónde y cuándo; los lunes, de 6 a 10, hotel de Iturbide.

A partir de mi primera visita, inicióse entre Fanny y yo una de esas intimidades que parece que nos premiaran de los desengaños cosechados y de los que tienen que venirnos después; los inciertos, los que nos acechan detrás de cada sonrisa femenina, entre las flores de los sombreros de paja que guardan y defienden cabecitas que han de sernos idolatradas. Nos separaban muchos años, para que el diablillo de las flechas pudiera hacernos una de las suyas, y como no podíamos dañarnos, nos dimos a querernos, en virtud de la eterna atracción de los sexos; un cariño franco, abundante.

Fanny había llegado a México con una compañía de ópera, y se nos quedó para siempre; tan para siempre, que hasta su cuerpo reposa en tierra mexicana, desde hace dos años, en que un antiguo mal de corazón la arrebató del mundo. En la época a que me refiero, nada hacía sospechar su enfermedad; cuerpo y espíritu se hallaban en armónico equilibrio.

Yo no faltaba ningún lunes; aunque fuera un momento, ya tarde, iba a tomar mi taza de té, a conversar cuatro palabras con todo el mundo, y a bailar un *boston* con la señorita Testa. Fanny misma, servía y preparaba el té; era su orgullo de ama de casa, segura de que habían de alabárselo, por lo bien que

lo hacía. Y por unos instantes, la reunión revestía un carácter especial; las señoras y las señoritas, sentadas en las habitaciones, la taza en la mano, la servilleta roja, como una mancha de sangre sobre la falda, vuelta la cara a los que las atendíamos; Fanny, de pie junto a la tetera, reluciente y gruñidora; alguien en el piano, paseando con talento las manos por el teclado; dos individuos, fumando en el balcón un cigarrillo con libre cambio de intimidades, y dos o tres idiomas hablados indistintamente, una risa de mujer, un conato de discusión teatral, un abanico que se cierra como con pereza, con leve rumor de alas invisibles.....

Era Fanny la personificación del trabajo. Retirada del teatro con su marido y sus dos hijos, compartió con aquél los malos tiempos, se esmeró en educar a su hija Rita, mandándola a un convento del *Sacré-Cœur* de Norte-América, y artista hasta la médula, se consagró a formar artistas, abrió una academia de canto, daba lecciones a domicilio y todavía podía escribir crónicas artístico-musicales en *El Diario del Hogar*, primero, y en *El Nacional*, después. De ahí su influencia; en sus crónicas, traslucíase la pericia de quien conoce a fondo el oficio; puntualizaba defectos que el público no advertía; realzaba cualidades; fundó una o dos reputaciones, y, mujer al fin, salían sus revistas, aun las severas, con un aura de benevolencia desvanecida y dulce. Esto, y sus descripciones técnicas de las *toilettes* femeninas en las fiestas del gran mundo — a que siempre estuvo invitada — acabaron de grangearle las generales simpatías; las señoras se desvivían por saludarla, los caballeros por servirla, y ella, amable, sonriente, ilustrada, vivía contenta. Cuando su hija Rita regresó de los Estados-Unidos, hubo su peque-

ña revolución entre los hombres; escucháronse suspiros, pero Rita plantó a los suspirantes, quería disfrutar sus 18 años, no admitió novios ni cortejadores. Fué de balde que un joven crítico, muy conocido en México, insistiera más de un año y le dedicara más de un verso; que un aprendiz de abogado quisiera sacrificarle el Digesto; que otros astros menores le pusieran tiernos los ojos y la asediaran con galanterías. Rita resistió, a nadie hizo caso, halagada en el fondo, de despertar ese culto, decidida a no dejarse vencer sino lo más tarde posible.

—Y, – le pregunté una vez – ¿por qué no le corresponde usted a Fulano?

—Porque no me gustan los novios, me gustan los amigos.

¡Cuánta fisonomía inteligente, cuánta mujer bonita vi pasar por el salón de Fanny! Allí vi una noche a Luisa Théo, poco antes de su beneficio, cuando Fanny le enseñaba la canción mexicana de «El Palomito;» entró arrebujada en un abrigo negro, con un cartucho de bombones en la mano, sus ojos impregnados del *boulevard* parisiense, maliciosos y acariciadores, causando estragos; dos novios estuvieron a punto de disgustarse, y un caballero volcó una taza de té.

Allí, la Judic, nos tuvo embelesados con su charla espiritual y anecdótica, diciéndonos a cada paso, cual si temiera que no la entendiéramos:

—Mais vous comprenez ¿n'est pas?

Allí Clementina de Vére, por poco no se enamora de una barítono aficionado, mexicano y rico.

Allí Adela Gini, me informó de la poética costumbre veneciana, de dar de comer a miles de palomas en la plaza de San Marcos, palomas que se acercan a los transeuntes, sin recelos, sin desconfianzas, y se

les suben a los hombros, los acarician con el cuello, las alas plegadas y tendido el pico; pero mientras la Gini contaba esto, desde la otra habitación el tenor Pizzorni, que fué luego su marido, no le apartaba la vista, todo el temperamento amoroso de la raza, asomándosele, haciéndole traición, dejando adivinar unos celos enteramente italianos, al través de sus pestañas negras y rizadas.

Allí Soledad Goyzueta, la mente llena de esperanzas y la garganta de notas aterciopeladas, firmada ya su primera contrata, nos cantó una noche algo muy triste y muy bonito, que todos le pedimos que repitiera.

Allí Rosa Palacios, sentados junto al balcón, lloró conmigo un llanto amargo y sofocado; una sucesión de contrariedades la obligaba a dejar la ópera y escriturarse en la zarzuela.

—Pero no lo haga usted nunca ¿por qué?

—Porque en la zarzuela me pagan mucho más, y no puedo desairar a la fortuna, porque sin dinero no puede uno vivir.

Comprendí su llanto; una artista pensionada en Roma, que veía derrumbarse sus mejores ensueños, toda una juventud consagrada al arte, por la razón grosera, imperiosa, perdurable, el dinero!...,

Allí Adelina Patti, con sus modales de gran dama, sus ojos de andaluza, su conjunto de reina, cantó, vuelta a nosotros, su célebre vals del *Bacio*, y mientras su voz nos acariciaba el alma, un completo silencio dominaba en la estancia, yo pensaba en mujeres que no conocía, en ciudades que jamás había visto, en mundos que no existen; en casta adoración por la Patti, una adoración *sui generis*, sin la menor idea carnal, sin el menor deseo grosero, como si de repente hubiera vuelto yo a ser niño y el

ángel de mi guarda, ese ángel que sólo existe al borde de la cuna, me cantara sus goces y sus juegos. El vals continuaba, y al continuar, desgarró mi quimera, me devolvió a la realidad, hízome reaccionar, valorizarlo; hasta que no se extinguió, hasta que los últimos gorgeos no se desvanecieron, y entonces, hablando conmigo mismo, me repetí la frase que aún zumbaba en mis oídos:

—Sí, sí—me dije—así, sólo así puede existir el amor: *sulle labra!*...

Otra noche, hizo su aparición Altamirano, el Maestro, a quien no conocía sino de nombre y de lejos. Y a pesar de que su reputación debía pesarle ya, no lo demostraba, al contrario, a todos habló, de preferencia a nosotros, los pequeños, los que nos le acercábamos vacilantes, a él, cargado de triunfos, en el otro extremo de la azarosa carrera, con cicatrices en lugar de heridas, descansando después de la lucha. De cuando en cuando, sacudía su melena, su cara de león se animaba, crecido ya con la propia plática, y exclamaba regocijado, contentísimo:

—Soy indio, indio puro, indio por los cuatro costados!

Por eso su conversación era más atractiva y más brillante, por venir de un indio, que, sin pontificar, sino con una naturalidad encantadora, hablaba de clásicos griegos y latinos, de literaturas extranjeras, de la nacional, con un aplomo que demostraba su conocimiento antiguo de ellos, la ilimitada confianza que tenemos con los que vemos diariamente y son nuestros amigos y nuestros preferidos. Como aquella noche quedábamos nada más que los íntimos, fundiéronse los dos círculos, el de señoras y el de nosotros, rodeamos a Altamirano, que char-

laba de cuanto hay, y pasó a hablarnos de los bosques de su tierra, del puerto de Acapulco, de noches estrelladas y tibias, del mar y de sus versos. Luego, habló de la intervención francesa, de la parte que él asumió en su contra, de los peligros corridos, de cómo una vez cruzó con un látigo el rostro de un oficial austriaco, cuyo retrato conservaba en el álbum de su casa.

—Y lo tengo de cabeza—añadió con risa infantil.

A intervalos, nos esbozaba una que otra aventurilla galante—en las que es fama tuvo siempre el Maestro buena estrella—sin consecuencias, borradores de dúos de amor en los que sólo llegó a escribir el título, y volviéndose a su esposa, sentada en el sofá, al lado de Fanny, decía como para borrar sus inquietudes:

—Ésta lo sabe.

Debía saberlo, en efecto, pues lo escuchaba sonriente, satisfecha, acusando su legítimo orgullo de ser la esposa del grande hombre.

También allí hizo Pepe Vigil sus primeras armas, antes de lanzarse al teatro; y allí Gustavo Campa y Ricardo Castro tocaban, juntos o solos, trozos escogidos de sus mejores composiciones, de las composiciones que les han valido tanto y tan justo renombre.

El resto de los jóvenes se divertía a su manera; con pequeños celos, preferencias y dos o tres noviazgos. Si mi memoria no miente, juraría que un matrimonio salió de las reuniones. Mientras duraba la parte artística, piano y canto, o piano solo, la juventud tenía que guardar compostura, hasta que Alberto Michel quedaba autorizado para tocar su repertorio de baile, piezas compuestas por él, que aquietaban a los señoritos de ambos sexos. ¡Pobre

Fanny! Aún la veo dirigiendo los lanceros reglamentarios con que se daba principio a la *sauterie*, y a las 10 de la noche, recordándonos con el piano que en Inglaterra, su país, terminan todas las fiestas con el nunca bien ponderado *God save the Queen*. Al partir, no había nadie que no saliera contento; esperábase por grupos el descenso del ascensor del hotel, nos acomodábamos de cuatro en cuatro, los sexos y las edades alternados, y en la puerta del edificio nos decíamos adiós, hasta el lunes siguiente.

Cuando una de mis borrascas de juventud me arrojó lejos de la casa de mi hermano, me alojé en el mismo hotel de Iturbide, dos pisos más alto que Fanny y dos aposentos menos; pero esto aumentó nuestra amistad, hacíamos juntos las escaleras, nos encontrábamos en el patio, y algunos sábados, hasta nos mostramos las pruebas impresas de nuestras revistas respectivas; ella, para que le corrigiera yo uno que otro extranjerismo muy disculpable; yo, para que me corrigiera ella mis abundantes disparates en asuntos musicales.

Todas las empresas de teatros, a pedimento de los mismos artistas y por conveniencia de los empresarios, obsequiaban a Fanny con un palco para la temporada; sus artículos valían más, y en cuanto a su independencia, ni por el obsequio la encadenó. Tres o cuatro veces que estimó prudente fustigar, fustigó. Iba con Rita, y las acompañábamos Campa, Castro, Vigil o yo; los que habían ido por su lado, jamás dejaban de visitarla en los entreactos, lo mismo que sus demás relaciones. Y daba gusto mirarla saludar con idéntico cariño, a las damas del buen tono, que le hacían grandes reverencias desde sus palcos, y a las artistas que le sonreían y con la

mirada, le pedían su aplauso desde el escenario. Si escuchaba una nota de mérito, una *fermata* de su agrado, no podía contenerse, abandonaba el abanico y aplaudía con las manos enguantadas, radiante, enternecida, como si estimulara a las que empiezan o admirara a las dignas de admiración....

A mi regreso de Centroamérica, después de dos años de ausencia, estuve a visitarla, a darle las gracias por la bienvenida que me había dirigido en *El Nacional*, y por la lisonjera crítica hecha a mi libro *Del Natural.* Me encontré la amiga de siempre, franca, amable, contenta de verme ya encarrilado, en muy buena salud ¡cómo sospechar que no la vería más!

En la conversación, Fanny me dijo sonriendo:

—Rita no le encuentra a usted de su gusto, ahora que lo ve de serio y de diplomático.

—Es la verdad—repuso ésta en su media lengua—me gustaba usted antes, cuando era usted un bohemio.

Sin duda no sabía que estábamos de acuerdo; también yo gustaba más de mí entonces, cuando fuí bohemio.

VII

«EL LUNES»

Mi salida de *El Diario del Hogar*, hízome andar de periodista cesante por algún tiempo; y como no me acostumbraba a la tal cesantía, para combatirla, vistaba todas las redaciones en que tenía yo conocidos, y con especialidad la de *El Combate*, un semanario fundado por el general Rocha, y a cargo de Eduardo Velázquez, amigo mío de infancia.

Eduardo Velázquez convirtió la redacción en un concurridísimo centro de periodistas y literatos; la tenía muy bien instalada; el general Rocha y él, hacían muy buena cara a sus visitas, y éstas aumentaban noche a noche en cantidad y calidad. Allí iba Juan de Dios Peza, y allí Emilio E. García me presentó a él, me recomendó, se hizo lenguas en tono de broma, de mis ambiciosas intenciones.

—Quiere conquistar el mundo desde un periódico, pero por fortuna nuestra, es un périódico lo que le falta actualmente.

Peza sonreía escuchándonos, dejaba que García diera libre curso a su verba juguetona, se la excitaba sin perderme de vista, cual si estudiara los efectos que las bromas me producían. Y el efecto debió de ser bueno, porque Peza se volvió a mí, recordó que había sido condiscípulo de mi hermano, y me propuso un puesto de redactor en su semanario.

—¿Quiere usted venirse a trabajar conmigo? Somos unos cuantos viciosos, que moriremos escribiendo; el sueldo será corto, porque no puede ser largo. ¿Qué opina usted?

—Opino que acepto, que desde ahora me considero redactor de *El Lunes.*

Salió mi primer artículo, notificando al público mi mudanza de casa, ni más ni menos que si acabara yo de apuntalar mi mesa y lo hiciera saber a los lectores—a los que, en definitiva, poco o nada ha de haberles importado mi traslación ni mi nuevo domicilio periodístico. A quien sí le importó fué a Peza, y ese interés suyo me ha reportado positivos beneficios: acabó él la obra empezada por Aurelio Garay, corrigió mis defectos culminantes, es decir, a ellos debo el que se convirtieran mis escritos siquiera en legibles. Por vía de estímulo, me nombró secretario del periódico.

—Es usted el más joven—me dijo—y ha de tomar la cosa con el calor que ella requiere.

Y a cada semana, me extasiaba yo ante mi nombre y mi cargo, impresos a renglón seguido del título de la publicación; no sé qué ideas de ascenso y de progreso me despertaba aquello; parecíame que el diario y yo, habíamos dado un paso, y que en los teatros y demás periódicos la reforma no pasaba inadvertida. Otro favor de importancia me prestó Peza; me suprimió el uso del pseudónimo, con razones que

me convencieron de la inutilidad de esa manía en todo escritor novel.

—¿No ve usted, —decíame Peza, —que aun soponiendo que los artículos de usted lleguen a ser de fama, sólo sus amigos sabrán de quién son? No digo en el extranjero, ni en los Estados de la República sabrán quién es *La Cocardiére*, y tendrá usted entonces que ganarse dos reputaciones; primero, para el pseudónimo, después, para el nombre.

¡Qué tardes tan entretenidas me pasé en la morada del poeta! Vivía en la 3ª calle Ancha, en una casa nueva, de dos pisos, con una terraza sobre la calle, adornada con grandes estatuas de yeso, macetas llenas de flores y barandales de hierro cubiertos por enredaderas. Al fondo del zaguán, arrancando del centro del patio, se hallaba la escalera, una escalera de esqueleto, al descubierto, con mucha luz, bifurcada en su primer meseta. Después, los corredores, de esqueleto también, se multiplicaban y entrecruzaban, ciñendo a las diferentes viviendas; y por dondequiera tiestos con plantas, jaulas con pájaros, cortinas listadas; la deliciosa costumbre mexicana de convertir en jardines los corredores de las casas, en todo su esplendor.

La habitación de Peza, caía a la calle y la formaban: una pequeña antesala, que él tenía tapizada de libros, una sala con dos balcones espaciosos, dos dormitorios, el comedor, y al fondo, las dependencias del servicio. Él recibía en la sala, en la sala escribía, y si se hallaba con visitas, lo esperábamos los de confianza, en el comedor, siempre invadido por pilas de números sobrantes de *El Lunes*. Nos sentábamos al rededor de la mesa, en la que encontrábamos preparadas las copas, una botella del clásico aguardiente de Jalisco, el tequila, y papel, tintero y plumas, por si

nos ocurría escribir algo. Cuando las visitas se despedían, cuando Peza las saludaba desde su vidriera, pasábamos a la sala y prolongábamos la reunión hasta el obscurecer. Llegaban, un muchacho Gómez, Eduardo Velázquez, Emilio García, Villasana, el célebre caricaturista, y algunos más. Generalizábase la charla en los balcones, durante el verano, o dentro de la estancia, durante el invierno, y principiaba Peza a hacer proyectos literarios de periódicos y libros, de zarzuelas y de ateneos; Villasana ofrecía su lápiz, reclamaba las ilustraciones.

—Conozco todo México, sus hombres y sus cosas —exclamaba nervioso, y, en un momento, sobre un trozo de papel cualquiera, sobre el mármol de la mesa, nos trazaba un personaje, un suceso, con tanto detalle grotesco, tanta verdad y tanta fineza, que en el acto reconocíamos lo hecho, y él repetía su estribillo:

—Conozco todo México, mi palabra de honor!

Apaciguado el entusiasmo, volvía Peza a su tema, nos citaba cifras, datos de lo que le habían costado y producido sus dos últimas zarzuelas, *La fiesta en Santa Anita* y *El Capitán Miguel*, para concluir invariablemente, hablándonos de sus recuerdos de España, de su vida de Madrid como literato y como secretario de nuestra legación, de los escritores de por allá y de su amistad con ellos, de la *Lira Mexicana* publicada por él, también allá. Lo mismo nos describía una velada en el Ateneo que una corrida de toros o una romería de San Isidro; nos paseaba por algunas provincias, nos introducía en algunos estudios de celebridades contemporáneas, y sin fatigarse ni fatigarnos —él por su cariño a España, y nosotros por cariño a él— pasábanse las horas, casi vivíamos su relato, que de repente era interrumpi-

do por ráfagas de muy concentrada melancolía, frecuentes en Peza, y que aumentan sin que él lo sepa, el interés que inspira.

Otras tardes, la visita de sus tres hijos, María, Margot y Juan, variaba los rumbos de nuestras pláticas habituales. Se necesita haber tratado a Peza íntimamente, para medio adivinar los tesoros de ternura inmensa que tiene por sus hijos, para comprender que sus versos son un trasunto de la realidad y un retrato de los caracteres de sus criaturas, las que, por instintivo y amante afán, diríase que desean con sus mimos y halagos, desvanecer las amarguras del padre y ahuyentar las nubes que de tiempo en tiempo ennegrecen la mente del poeta. Esas tardes se abría el piano, supriméndose los chascarrillos equívocos, disminuía el tequila; mas, en cambio, Peza debía gozar muchísimo con las discusiones, pedimentos y risas de los chiquillos, que recorrían la casa entera llenándola con su parloteo. Peza entonces no hablaba; hundido en un sillón, dejaba que sus hijos hicieran cuanto quisieran, y sólo los miraba mucho, pero esa mirada muda, agradecida y acariciadora, es el mejor de los poemas de Peza, aunque nunca haya aparecido en sus libros impresos....

Por entonces, cambió de local la imprenta de *El Lunes;* la trasladamos lejos, a las cercanías de la plazuela de Villamil, y yo, en mi calidad de secretario, presidí la nueva instalación, que quedó realizada en menos de tres días. Como el local no era espacioso, apenas si cupieron la prensa y los cajistas; por lo común, redactábamos el periódico en la casa de Juan de Dios, y a mi cuarto del hotel, venía el *regente* los sábados, para saber qué distribución ordenaba yo en el número por salir. A Eduardo Noriega, redactor activo cuyos trabajos y versos leía

yo siempre, no lo conocía; las buenas ausencias que de él me hacían, avivaron mi gana de acercármele, y una noche, casualmente, nos presentaron en el escenario del Teatro Nacional, a la media luz de los bastidores, codeados por las coristas y magullados por los maquinistas y teloneros que alistaban la decoración. Pepe Austri, maestro mexicano con quien andaba yo en los arreglos preparatorios de mi primer trabajo para teatro, fué el que nos acercó.

—Voy a presentar a usted a Eduardo Noriega—me dijo—su compañero de periódico.

Volvió a poco, acompañado de Eduardo, nos presentó, y en vez de los cumplimientos de estilo, en vez de las frases huecas de rigor en casos tales, un fenómeno de mutua y sincera simpatía hizo que nos tuteáramos en seguida, así, como dos condiscípulos que se ven después de varios años de ausencia, impotentes, sin embargo, para destruir la franca intimidad de la infancia. Austri, se resistía a creer el que nunca nos hubiéramos visto Eduardo y yo; no era natural que nos abordáramos con semejante llaneza, y nosotros, aunque le concedíamos la razón, persistimos en el tuteo, regocijados por lo que éste nos significaba, un hallazgo raro, rarísimo, el de una espontánea amistad.

Es Eduardo uno de esos corazones sanos que nos reconcilian con la especie humana, cuando los encontramos en nuestro camino. Cree en todos los sentimientos nobles, y lo que es más aún, los practica. Es poeta por una ley fatal, porque si no lo fuera, sería, con razón, el más convencido de los misántropos. Entre sus versos, sus hijos y sus amigos destruye los naturales escepticismos que todos recogemos al borde de los senderos de la existencia; y ante los desengaños que cosecha, ríe, cree y quie-

re. Nosotros nos hemos amado de veras; mis pequeños progresos lo alegraban como suyos, y mis lágrimas, las muchas lágrimas que con él he derramado, me las enjugó siempre con frases salidas de muy hondo, de las que traen aroma de corazón y bálsamo de cariñoso consuelo. Desde la noche en que nos presentaron, nos llamamos hermanos, y como hermanos seguimos tratándonos; a las criaturas que han brotado de mi pluma, él las considera sus sobrinas, las mima, las defiende, y a mí, con algunas acciones íntimas, me ha conmovido y demostrado cuánto puede valer un hombre que se resuelve a ser bueno. Su obra literaria es corta, pero muy intensa; fórmanla un tomo de poesías, con prólogo de Juan de Dios Peza, algunos monólogos delicadísimos, una traducción de *Carmen*, un drama en colaboración con el malogrado Julio Espinosa, y dos o tres comedias originales. Nuestra intimidad siguió en aumento hasta que yo partí de México; teníamos necesidad el uno del otro; nos buscábamos diariamente y diariamente íbamos a la casa de Peza o a pasear por la Alameda y la Reforma, al caer de la tarde, con un cambio de ideas y de impresiones tan franco, que parecía más bien que pensáramos en alta voz. Una enfermedad me hizo guardar cama cerca de dos meses, y en ellos, tuve siempre a Eduardo por compañero, á Eduardo que almorzaba en mi cuarto, que en mi cuarto se pasaba las tardes y las noches. Ignoro cómo se da tiempo para todo, hasta para ir al teatro, del que es idólatra; pues es empleado en la Gobernación, dirige el *México Gráfico*, y un semanario taurino, *La Muleta*. ¡Cómo no estarle grato a *El Lunes*, que me hizo obsequio semejante!

Fiel a su promesa, Peza me ayudó a ascender, a

salir de mi humilde condición de escribiente, y en la ausencia, aun me manda una carta que otra. En una de nuestras penúltimas entrevistas – porque volví a verle a mi regreso, ocupando él una curul en la cámara de Diputados – acababa de perder a alguien, y estaba triste, de pocas palabras, con un papel entre las manos.

—¿Qué lleva usted allí?—le pregunté.

—Una página de mi vida.

No quería leérmela, era el borrador de una de sus mejores composiciones, la que se titula: *En mi barrio.* Cada vez que recuerdo a Peza, recuerdo esos versos, su conmoción cuando me los leía, y estos renglones, que me impresionaron hondamente:

....
«la misma torre con su campana
que entre mis brazos la despertó....»

VIII

IGNORADO

Dos o tres veces lo había yo visto cruzar el café de Iturbide, hablar con alguien en los billares y marcharse por el patio del hotel. En mis insaciables curiosidades de neófito, pregunté quién era.

—Es Teófilo Pomar, el pianista, el autor de las danzas que tanto te gustan.

Hice que nos presentaran, y nada interesante descubrí en la presentación, hasta me pareció que el maestro presumía un poco. Luego, me lo encontré en algunas tertulias honestas y de confianza, en las que se baila sin orquesta, con el piano solo. Nos saludábamos Pomar y yo, y durante sus descansos y los míos, fumábamos un cigarrillo por los corredores o tomábamos juntos una copita de licor en la antesala. Muchachos los dos, de ahí a las semi-confidencias y a los proyectos de calaveradas, no tardamos mucho.

Inspirábame Pomar respetos y simpatías; respe-

tos, porque conocía a todas las Magdalenas, porque era pianista en los bailes de trueno; y simpatías, porque era artista, porque sus composiciones – las danzas muy especialmente – me despertaban ansias y deseos, halagaban mi idolatría innata por la mujer, me prometían mil cosas confusas y encantadoras. De tal suerte, que la primera ocasión en que pisé un baile público, lleno de congojas y de temores, verle en el piano me tranquilizó un tanto, y me acerqué a él como a un aliado natural y poderoso.

—¿Al fin vino usted? – me preguntó sin dejar de tocar. Lo que es ahora, ya no dejará usted de venir nunca; va usted a encariñarse con estas reuniones, a necesitarlas; pero a la larga – agregó bajando la voz, y obligándome a acercarme al teclado – las odiará usted y se arrepentirá de haber venido.

Y ante mi asombro, se puso a mover la cabeza cual si llevara el compás, sin dejar de decirme:

—Créame usted, créame usted; ya lo verá más tarde.

Como yo, por lo pronto, no veía sino muchas mujeres que me tuteaban o no reparaban en mí – ambas cosas con la mayor naturalidad del mundo – que me permitían caricias o se las permitían ellas; como sólo escuchaba la conjugación del verbo amar en su forma más espontánea, y los masculinos me asqueaban y las femeninas me entristecían, no tuve libre el espíritu para valorizar las profecías de Pomar, ya muy lejos de mí, allá en el otro extremo del salón, siempre sobre el teclado, la mirada dis traída en la multitud, la cara seria.

En cuanto concluía, los concurrentes lo rodeaban; disputábanselo, lo mareaban a amabilidades, a invitaciones; todos querían darle algo, una copa, un cigarro, las buenas noches. Las mujeres, más in-

sistentes, se le colgaban de los brazos, lo arrastraban a los gabinetes donde la manzanilla o una cena fría esperaban a los consumidores, y él agradecía, rehusaba a los más, complacía a los menos.

—Gracias, de veras gracias; lo que quiero, es descansar un instante....

Y se quedaba solo, apoyado sobre los barandales del corredor desierto, a un paso de esa ruidosa y ficticia alegría de las orgías; habituado a éstas, a las riñas que traen, a las ilusiones que se llevan. Allí fumaba cigarrillo tras cigarrillo, hasta que la gente se impacientaba, quería bailar.

—Pomar, que venga Pomar....!

Pomar entraba ceñudo, cual si bruscamente lo hubieran despertado de algún dulce sueño, y se llegaba al piano con tan visibles muestras de mal humor, que cualquiera habría temido una armonía ingrata, un arpegio discordante; y en su lugar, brotaban tibias, voluptuosas, delicadas, las danzas que estaban haciéndole célebre, sus danzas, pensadas y compuestas por él, las que le daban de comer y lo premiaban a él solo, de tanta prosa, de tanta amargura. Y entonces, se abstraía por completo, no respondía a nadie; noche hubo en que improvisara una nueva danza, así, en medio de los gritos destemplados, con la excitación de la desvelada y del desencanto interno, cuando la aurora sonreía desde la azotea y las lámparas de petróleo se apagaban amarillentas y tétricas....

Y es que no tenía muchas horas libres para componer su música, ni piano en qué estudiarla. Aprovechábase del de sus raros discípulos, del de los amigos, y cuando unos y otros desaparecieron, hubo de recurrir a los pianos del trabajo, manchados de vino y de estearina, con notas como gemidos de

sér que sufre, cuerdas crispadas, teclas ausentes y candelabros rotos. Nadie al verlo en la labor, hubiera sospechado que componía; tenía uno que estar en el secreto, para seguir con afán su inspiración, para apreciar cuánto talento necesitaría a fin de no perder el ritmo del baile, y dar vida al mismo tiempo a las piezas nuevas, que salían sin ser advertidas de los bailadores, ni del público nocturno, ni de las mujerzuelas que todo lo absorbían y lo llenaban todo. Como el compás no variaba, se le decía «bravo» por costumbre, en agradecimiento bestial de los contactos que procuraba.

Era Pomar incansable; tocaba cuatro o cinco horas sin gran fatiga y con ligerísimas interrupciones. Sólo una vez recuerdo que se quejara conmigo, al concluir.

—Mira cómo tengo los dedos,—me dijo.

Y en efecto, los tenía rígidos, inflamados, brotándoles sangre.

Nosotros intimamos pronto, porque principiaba yo a tener la experiencia del dolor, después de haber tenido desde muy niño, el instinto del mismo. Eso explica muchas de mis amistades, muchas de mis preferencias; cuando se adivina o se sabe lo que es sufrir, quisiéramos aminorar el sufrimiento ajeno, quizá con el deseo secreto y egoísta de que nos aminoren el nuestro o siquiera no lo exacerben. Así como hay personas que se detienen extasiadas ante los cristales de una joyería, yo me detengo enternecido, y me he detenido siempre, ante un hombre que llora; y a Pomar le vi llorar, una madrugada en que juntos salimos de uno de los bailes semanales de «Capellanes.»

No sé por qué me quedé hasta tan tarde, ni por qué salía solo; ello es que mientras encendía un ci-

garro en la cantina, en medio de los rezagados de ambos sexos, de los que apuran de pie una taza de café sin azúcar, para disiparse la borrachera, de los que se disputan por una palabra tonta o por una mala mirada imaginaria; mientras me juraba no volver más, para hacerlo sin embargo a la noche siguiente; mientras mi cama, fresca y limpia, me llamaba desde muy lejos, Pomar concluyó su liquidación con el propietario del establecimiento, y me preguntó:

—¿Quieres que te acompañe?....

Salimos del brazo, sin hablarnos unas cuantas calles; él, con la mirada fija en las baldosas, caídos los brazos, presa de un desaliento profundo; yo, herido por el exceso de luz, sin arrepentimientos ni temores, dueño absoluto de mi salud y de mis actos—por lo cual, sin duda, los trataba tan mal—envidiando a los obreros, a los madrugadores, a la gente de razón, y distraído, sin querer, con el delicioso espectáculo que toda ciudad ofrece al despertar.

—¿Vas a dormir?—inquirióme Teófilo.

—Sí ¿y tú?....

—Yo voy antes a tomar algo. ¡Te convido!

Nos entramos en un cafetín del Coliseo Viejo, que se hallaba completamente lleno; empleados de ferrocarriles, de casas de comercio, un desplumado que otro, de los garitos vecinos, que devoraban nerviosos su desayuno.

—¿Ganaste mucho?—le pregunté a Teófilo, por alegrarlo.

—Sí, dieciséis pesos; ha sido una buena noche. ¿Pero, sabes lo que haría, si pudiera, con el dinero éste? Lo tiraría a la calle, y no volvería a ser pianista en esos bailes, ni a pasar por la calle....

Y se desbordó con sus confidencias. Ya no tenía

discípulos ni le llamaban a tocar en los bailes decentes, porque se sabía en México que era el profesor obligado de los sitios pecaminosos, de las reuniones mal afamadas.

—¡Cómo si les hiciera yo algún mal!—continuó exaltado. ¿Acaso me iban a dar ellos el dinero que me dan éstos? ¿Acaso ellos pueden vivir sin dinero? Pues yo tampoco, porque lo que hago es música, no hago milagros. Ni me purificaba yo en aquellas regiones, ni me mancho en éstas; en unas y otras, soy los que soy ¿no te parece?.... ¿Por qué, entonces, no me llaman? ¿qué pueden echarme en cara? Y mira, si supieran la causa, no se conducirían así; la causa es una mujer que idolatro, que vive conmigo; una mujer a la que, con tal de que no le falte nada, dejo que a mí me falte todo ¿crees que muchos de los que me censuran harían otro tanto? ¿lo crees?....

Seguían sus quejas; unas quejas amargas, que denotaban hiel almacenada de tiempo atrás. Se premiaba a sí mismo, componiendo mucho, lo más posible; por eso sus últimas producciones estaban impregnadas de melancolía, era la melancolía suya que se le iba a los dedos, que no podía dominar. Y ya en este terreno, se perdió en nebulosas y en anhelos; dos o tres veces mencionó Italia, me habló de proyectos de ópera, de viajes repentinos, de protectores inverosímiles que lo mandaran a Europa.

—¿Pero tus danzas que todo el mundo toca, no te producen nada?

Sí le producían, lo suficiente para costear la impresión y para que él vegetara. Su gran proyecto consistía en que alguna casa editora de los Estados Unidos, le imprimiera la colección completa; así podría hasta realizar su viaje, su educación artística, sus ideales.

Toda su vida fué una sucesión de alternativas. Veíasele, de repente, en victoria de lujo, vestido de nuevo, ir al Paseo, comer en las mejores fondas, gastar dinero con profusión. Y luego, al mes o dos, volvía al yunque, a lo que él llamaba su cadena, a tocar en los bailes públicos. Fuera de dos «Nocturnos,» sus composiciones eran bailables.

—Es lo que da dinero, —exclamaba.

Las danzas eran su especialidad; no creo que nadie hasta ahora, le haya superado, y cuenta que abundan en México los buenos cultores del género; pero él las hacía de manera, que a la legua se reconocen como suyas, no hay medio de equivocarse; diríase que cada una de sus notas, lleva la firma del autor. A pesar de que son muchísimas y de que todas tienen el mismo estilo, no se encuentran dos iguales, les pasa lo que a los hijos numerosos de un matrimonio vigoroso y amante: ostentan en la cara el aire de familia. Verificó con ellas una verdadera conquista del público, conquista lenta, casi una infiltración. En los primeros bailes en que las dió a conocer, la gente las encontró deliciosas, originales, nuevas; con un sabor mixto de voluptuosidad y de delicadeza, como si una virgen contara en secreto, muy cerca sus labios de nuestro oído, alguna frase cruda aprendida en la calle. Y aunque se comprendía que aquello no estaba bien, cuando quería uno formalizarse, ya la danza terminaba, decía adiós con sus armonías más puras, y a uno lo ganaba una impresión de vaga melancolía, de ésas que nos inspiran los grandes dolores de una querida abandonada, o el entierro municipal y solitario de una pecadora.

Después de la alarma, resultó que no podían pasársela sin la nueva música, que se puso de moda; y Pomar, tuvo el talento de no hacerla imprimir; si que-

rían su música, tenían que llamarlo a él, que pagarle a buen precio sus horas de trabajo. Durante medio año produjo cantidad de valses, *schottisches*, mazurcas y danzas; hasta que se decidió a publicarlos, a «vestirlos de negro» — como él mismo decía, refiriéndose a la tinta de imprenta. Pero la cosa no fué tan fácil cual se creía; no todo el mundo pudo tocar las producciones del maestro, y entonces aparecieron los discípulos, la buena época. ¿Cómo pasó de esta atmósfera de popularidad de buen tono, a la dudosa de la gente de trueno? Ni él se lo explicaba; quizá fué el alto precio que le ofrecieron, quizá porque se supuso que nada ya le estorbaría el camino. A poco, se enamoró perdidamente de la mujer que lo acompañó hasta su muerte, y ése fué el comienzo de las amarguras de su carrera. Artista, y por consiguiente apasionado, no se detuvo Pomar a considerar si esta mujer le convenía o nó. Joven, libre y con dinero, encontró un cariño y se hundió en él, dejando a un lado las preocupaciones burguesas, que empequeñecen los impulsos nobles y ridiculizan los nobles sacrificios. Halló un corazón que se le entregaba y, en los transportes del hallazgo, se olvidó de entrar en la Vicaría y en el Registro Civil; ¿para qué, si cuando la dicha nos sale al paso, no es preciso que nos lo certifiquen por papel los indiferentes y los extraños?

Tuvo una luna de miel encantadora, por lo rápida y por lo intensa. El cuarto de un hotel convertido en rincón de cielo; en la ventana, pájaros y flores; en la mesa de trabajo, el papel rayado, la pluma lista, el periódico que lo alababa; el piano abierto, en espera de las caricias de su dueño; sobre el velador, la comida traída a hurtadillas de la fonda más próxima, con un solo vaso para aumentar los pretextos

de besarse; y en las paredes, en los muebles, en todas partes, ella, la mujer amada, que ríe de nuestras locuras, y las comparte y nos arrulla y nos enloquece!....

Según él mismo me confesó más de una vez, a partir de aquel día produjo sus composiciones más inspiradas, y también a partir de aquel día, sobrellevó con menos disgusto las contrariedades y fatigas de su profesión. El recuerdo de su nido – que lo traía siempre consigo, como un amuleto – servíale para no envidiar a los novios que se decían ternezas en las casas decentes, ni a las parejas que se acariciaban frenéticamente en los sitios *non sanctos*. En unos y otros, él tocaba sonriendo en su interior, pensando en la vuelta al hotel, en la cena íntima, en los proyectos que haría con ella a la luz de la luna, allá en su ventana, mientras él fumara el último cigarro y ella le contara, por la millonésima vez, que de chiquilla había sufrido mucho, mucho....

Después de unos meses deslizados así, el desquiciamiento que no se anuncia y que nos anonada; la vida con su anverso y su reverso, el contraste que se impone. En la ventana, el pájaro muerto, las flores marchitas; en la mesa de trabajo, la pluma rota, las papeletas del montepío; el piano, ausente, dejando un hueco inmenso; en una silla, ella, la mujer amada, que llora nuestros dolores, y los comparte y nos martiriza....

Lo notable del caso, lo que pinta el carácter de Pomar, es que nunca hizo partícipe a nadie de su dicha ni de su desgracia; era un avaro de amor, es decir, un celoso, y apenas si dos o tres elegidos traspasamos, por excepción, los umbrales de su casa. Es más, la mayoría de los que le trataron, no sospecharon que vivía con una compañera; creíase-

le ligero, voluble, con conquistas mujeriles variadas y de corta duración; lo que ha de haber contribuído a malquistarlo con los pudibundos, a ahuyentar los discípulos, a dejarlo solo con sus quimeras.

Nosotros nos veíamos muy de tarde en tarde, excepción hecha de los bailes nocturnos, a los que yo era concurrente asiduo, y en los que él tocaba invariablemente. Pero no hablábamos ahí; un saludo a lo sumo, asunto de darse las buenas noches, y él tornaba al piano; yo, a perderme entre los bailadores. Se me quedó tan grabado, que el pianista que pinto en *Apariencias*, en la orgía a que hago asistir a Pedro, con pequeñas variantes, es el retrato de Pomar. Esa escena de la mujer que exige dinero a los concurrentes, que explota la forzada liberalidad del calavera y obsequia al músico con la suma recogida, para ablandarle, para que venza al cansancio y continúe tocando, la vi repetirse varias ocasiones, y me encantó por la complicada y triste psicología que encierra.

En cierta época, de dolorosa e instructiva experiencia para mí, Pomar y yo nos tratamos diariamente. Era el maestro de piano de una mujer a quien adoré; que me hizo gustar la inefable delicia del primer amor, en que recibimos juntos una alma y un cuerpo, a cambio de los nuestros; que me hizo bendecir la vida, porque nos permite besar a nuestra querida; y que me hizo maldecir la existencia, a los veintiún años, porque a los veintiún años probé el acíbar de la infidelidad, que para siempre nos separa de la que todavía ayer nos juraba amor eterno.

Fué un drama de tres meses de duración, y que sin embargo, me dejó en el alma una aureola negra de desconfianza. Y eso, que el golpe no debía sorprenderme ¿quién me mandó querer a una mujer

descarriada? Pero vaya usted a meterse en filosofías, a decirle al corazón que no quiera, cuando la juventud nos impone sus exigencias, cuando vivimos con una mujer linda, y en la traidora intimidad, nos dormimos en medio de una cascada de caricias, de juramentos de amor; nos despertamos con los mismos juramentos y las mismas caricias, y al despedirse nos preguntan:

—¿Volverás esta noche?....

Sale uno a la calle orgulloso, deseando que todos nos conozcan en la cara el triunfo reciente, la realización de la vida, la conquista del mundo. Es que, por dentro, nos sentimos hombres; algo interior nos asegura que por allí han pasado y pasarán todos, y aunque la moral casera, la que nos ha nutrido desde niños, repruebe el hecho, encogemos los hombros, el recuerdo está demasiado vivo, aún tenemos impresas las facciones de la amante, el eco de su voz, sus promesas, y nos sentimos atraídos, vencidos antes de luchar; una atracción muy distinta de la de la novia, mucho menos pura—¡oh! no hay comparación,—pero que nos seduce más, precisamente por eso. Si acaso, para acallar los desvanecidos remordimientos de la conciencia, soñamos con regeneraciones imposibles y dichas inverosímiles, muy lejos, en algún país donde nadie nos conozca, donde nadie venga a enturbiar la ventura que ambicionamos. ¿Que es cosa de la edad?.... Ya lo sé, y por lo tanto disculpable. No haya cuidado, la ilusión ha de desvanecerse más pronto de lo que deseáramos, y el desencanto anticipado, el más espantoso de todos los castigos, vendrá a quitarnos una venda que no debiera perderse nunca.

¡Ah! pero mientras el desencanto llega, nos abandonamos por completo, prescindimos de todo lo que

no esté en relación directa o indirecta con la sirena que nos aprisiona. La opinión, la sociedad, los parientes, los amigos, nos espantan con sus consejos y sus reflexiones; cerramos los oídos, sabiendo que hacemos mal; huimos de aquéllos, como de malhechores que quisieran arrebatarnos nuestro tesoro; como puede huir un chiquillo, cuando posee un juguete que lo deleita, y no atiende a los que le aseguran que debajo del barniz, existen clavos y asperezas que han de herirlo a su menor descuido.

Y amar a una de estas mujeres, es horrible. El amor, que es celoso de suyo, aquí nos atormenta, pues no tememos el tener de rival a Fulano o a Zutano, sino que sabemos que nuestro rival es múltiple, variado, infinito: el público. ¿Quién va a luchar con esa masa despiadada, brutal e irresponsable? Entonces, se pasan horas sombrías; el suicidio nos hace buena cara; se nos olvida que tuvimos infancia, y religión, y pureza; se mira uno muy abajo; el individuo más miserable que pasea con su mujer y con sus hijos, nos inspira envidia, una envidia destructora y malsana; se considera uno tan solo, que hasta los instantes pasados con la querida, lado a lado, nos acentúan la soledad, por la diferencia radical en educación. Luego, se contraen fatalmente pseudo-amistades, que más tarde nos enrojecerán con sólo su saludo, y que por lo pronto nos explotan; vienen a flote los instintos perversos, que en número mayor o menor tenemos todos los humanos; la influencia del medio nos agosta, para salir, al fin, de la borrasca, – cuando se sale con vida, – como un verdadero náufrago. Hemos tirado muchas cosas al mar; los que se nos acercan, notan que nos faltan, mientras nosotros notamos algo más, que es

mucho peor: lo que nos falta por dentro, y que también tiramos en el ansia suprema de salvarnos . . .

Pomar presenció mi catástrofe, desde sus comienzos hasta el desenlace, y quizá esto contribuyó a que aumentara mi simpatía por él. No fué mi confidente, porque los asuntos que son del dominio público no lo requieren; fué un espectador, que se interesó con el argumento y con el desempeño de la pieza. Algunas tardes, que él y yo esperábamos a su discípula, se sentaba al piano, en tanto que yo, acostado en un canapé, le oía confusamente, por estar absorto ante la solución de mi problema: arrancarme aquella espina que había ido a clavárseme tan hondo.

Y cuando logré arrancármela; cuando me aislé de todo el mundo, en la desesperación inmediata a la ruptura; cuando me decidí a volver por mi crédito, medio olvidado en algunos *boudoirs* de tarifa, entre uno que otro billete de Banco y uno que otro pedazo del corazón, me encontré con Pomar, muy de tiempo en tiempo, y nos saludábamos de lejos, con la mano, cada cual preocupado con lo suyo, sin acercarnos ¿para qué?. . . .

Yo me receté campo, porque el campo me ha curado siempre de mis mayores dolencias morales. Viéneme, primero, un exacerbamiento de mi dolor, como si fuera yo a estallar; y luego, poco a poco, la enfermedad disminuye con la tristeza de los crepúsculos; con el rumor misterioso de las sementeras; con los dramas y los idilios mudos, de los animales; con la maligna imbecilidad de los campesinos; con el silencio imponente de las noches, que sólo turban los ladridos lejanos de perros ignorados, y las agitadas discusiones de los árboles con el viento. Y uno, se acurruca en la cama — el cuarto ya en

tinieblas—aprieta los ojos, y hasta los quejidos del espíritu desaparecen, para dejar el sitio a un pavor físico, no exento de deleites, por peligros quiméricos e irrealizables. Y así, lo que en un principio era enfermedad grave, tórnaseme en recuerdo grato, que me beneficia, me predispone al trabajo—verdadera y única panacea de nuestras neurosis de refinados.

Un día, que fuí a la ciudad, me topé con Pomar en un *restaurant;* almorzaba en una mesa alegre, de muchachos bulliciosos. Vino a la mía, a tomar el café conmigo.

—¿Cómo te sientes?—me preguntó.

—En plena convalecencia ¿ y tú?

—Yo, como siempre, viviendo con ella; le he compuesto y dedicado un vals, que se llama «Feliz Encuentro,» en memoria del nuestro.

Y siguió por ahí, mencionándola a ella a cada paso; ya no era su querida, era su culto; no le importaban sus pobrezas ni nada, con tal de no perderla, con tal de que la infidelidad o la muerte no se la hicieran imposible. Ahora, su gran temor consistía en una vanidad de artista.

—No quiero morir ignorado—repetíame—es una idea que me martiriza.

—Pero si no puede ser,—repuse,—podrás haber vivido ignorado, pero morir de la misma manera.... Imposible, tus danzas te salvan.

No lo vi más. A los dos años de esto, alguien me escribió a Guatemala, que Pomar había muerto; sin darme detalles ni pormenores, la noticia seca, un solo renglón. A mi vuelta a México, me narraron el suceso. Agobiado Pomar con sus dificultades monetarias; suficientemente digno para no descender, prefirió sacrificar sus dos idolatrías: su querida y la música, y consiguió que lo nombraran subtenien-

te de Infantería. De destacamento en Toluca, una fiebre tifoidea lo mató en pocos días, y él, el artista y el enamorado, el que soñaba con Italia y con producir óperas, independiente y orgulloso, sabe Dios lo que habrá sufrido en medio de la prosa de un cuartel, esclavizado por la despiadada Ordenanza, por las promiscuidades de un regimiento....!

Antes de entrar en el ejército, compuso su última danza; y cual si presintiera su fin próximo, le puso este título, que acusa un mundo de dolor, por el renunciamiento que encierra, no obstante su apariencia espiritual y frívola:

—«¡Colgué los hábitos!»

IX

UN RAPTO

La idea me asaltó al salir del Teatro Arbeu, donde representaban entonces «El Juramento de Amor», recién traducido.

La epidemia reinante, era la traducción de operetas; casi cada semana aparecía en el cartel una nueva, hecha por Javier Osorno, por Manuel Caballero o por algún individuo desconocido. Como es de suponer, unas agradaban y otras nó, pero unas y otras significaban dinero, que un empresario excepcional pagaba a los traductores.

Este empresario, que de buenas a primeras pagaba el trabajo ajeno, en contraposición con sus antecesores que el extranjero se lo apropiaban y al nacional no le hacían caso, fué el causante de la epidemia. Súpose que pagaba, y acudieron muchos, atraídos por esa novedad, que no debía serlo; y así pasaron por nuestra escena, el mencionado «Juramento de Amor,» «El Estudiante Polaco,» «El Gran Mogol,» «Lilí,» y qué sé yo cuántas más.

Aquella tarde que yo salía del teatro, un amigo me preguntó:

—¿Por qué tú no traduces alguna pieza, ya ves lo bien que las aceptan?

—Pues no lo sé, pero voy a tratar de hacerlo.

Nada dije a nadie, temeroso de que los unos se me adelantaran, y de que los otros no me tomaran a lo serio. Era necesario, ante todo, tener una elección acertadísima, hallarse una opereta que hubiera entusiasmado al público, que su música la salvara a ella, y a mí de paso. Pronto dí con lo que me hacía falta: «*Mamz'lle Nitouche.*» Los aplausos a la Judic y a una artista belga, Mary Pirard, únicas que hasta entonces y sucesivamente la habían representado en México, viniéronme a la memoria; viniéronme también las alabanzas de la prensa; el deleite del público cuando la escuchaba, las finezas del argumento, y un trozo que otro de su música picaresca e irrespetuosa.

Isidoro Pastor – el empresario-fénix – me conocía apenas, por más que me supiera periodista en ejercicio, y por más que me encontrara a cada paso entre bastidores. Gustavo Baz se encargó de conquistarlo, y una noche nos recibió a los dos en su despacho particular, con gorra de borla en la cabeza, y una bata bordada, de banquero retirado. Pocos muebles; un canapé y dos butacas; un pupitre cuajado de papeles, de programas, de billetes multicolores; un gran armario, abierto, con gruesos legajos atados separadamente; en el centro de la habitación, un velador con una lámpara de petróleo, y los periódicos del día marcados en determinados sitios, con toscas rayas de lápiz azul; junto a la puerta, volcado, el cochecito de alguno de sus hijos; y frente al balcón, abierto por lo tibio de la noche, la Avenida del 5 de

Mayo con sus edificios a la moderna, de cuatro y cinco pisos, y su doble fila de focos eléctricos, como si marcharan al asalto, de dos en fondo, de la Catedral que se divisa al término de la misma avenida.

Pastor estaba en los mejores términos con Gustavo Baz, y Baz y yo, en cotidiana amistad; de suerte que la campaña, en caso de ofrecer dificultades, no serían insuperables. Pasó la presentación, el ofrecimiento de cigarros, las frases de costumbre.

—Aquí tiene usted al futuro traductor de la «Nitouche;» le he traído para que ustedes se arreglen.

Y comenzó el arreglo, ceremonioso, con desconfianzas; había muchas piezas nuevas, muchos gastos y exigencias de decoraciones y vestuarios, la temporada concluiría pronto, el público principiaba a fastidiarse de las obras traducidas; hasta que surgieron las condiciones claras, con sabor mercantil, sonando a dinero.

—Pero en fin, éste se empeña (*por Gustavo*), y admito la traducción, que concluirá dentro de un mes.... vaya dos (*al notar mi protesta*). Son de mi cuenta, los gastos de la instrumentación y los de las representaciones; a usted, le doy $25 por acto, $10 por cada función durante un año, y usted hará el reparto y dirigirá los ensayos, en compañía del director de escena. ¡Ah! hay que suprimir los caballos del tercer acto, por lo menos de la escena; las tiples que tengo, no están para esos ejercicios. Pásese usted mañana, en la mañana, por el despacho de la empresa, aquí en el corredor de cristales, en el primer piso, y firmaremos el contrato.

Creí soñar! Yo en contratos formales, con empresarios de verdad, de carne y hueso, con tantos pesos en perspectiva, y quién sabe si no también, aplausos y reputación! Con qué afán me puse a trabajar

desde el día siguiente, allá, en mi papelera ennegrecida del juzgado de lo criminal; con mi libreto, pues la partitura, venía en camino, pedida por telégrafo a una casa editora. Y no sé cómo tuve cabeza para entenderme con los delincuentes que examinaba yo al través de la reja de hierro, para escribir sus declaraciones pérfidas, engañosas, falseando sucesos y personas, y para charlar en los ratos de descanso, que no eran muchos — ¡oh no! — con la traviesa colegiala *du Couvent des Hirondelles*. Y así, en ese medio anti-artístico por excelencia, agobiado por una labor horripilante y continua, trabé conocimiento con todos los personajes de la opereta, mis ahijados próximos, y les enseñé el español, o más bien dicho, lo estudié con ellos. Me hallaba entre dos corrientes desemejantes, espantosa la una, mostrándome las úlceras incurables de la humanidad, lesiones, homicidios, robos; y la otra, encantadora, mostrándome las galas del ingenio, los chispazos de dos hombres de talento. Salía, por ejemplo, del examen de un homicida obstinado en negar, con la conciencia de que la falta de pruebas podían salvarlo, o del de una ladrona que gimoteaba e invocaba toda la corte celestial para que la sacara con bien del apurado trance, el robado allí, delante de ella, acumulando cargos; y me entraba yo, con inefables delicias, en las páginas impresas de la «Nitouche.» Los personajes, como compadecidos de mí, prestábanse de buen grado a que les alterara su nacionalidad, poníanme al desnudo sus reconditeces parisienses, sus cómicos contratiempos, sus intenciones segundas y terceras en el decir, en el gesto; y la obra avanzaba, un poco cada día; concluí el primer acto, el segundo, cuando llegó la partitura, nuevecita, oliendo a libro, las hojas sin cortar, la cubierta amarilla.

Vino, entonces, el período más entretenido de mi trabajo, y también el de mayores dificultades: adaptar los versos traducidos, a la música escrita para el original francés. Quedó encargado de la instrumentación, un maestro italiano Vincenzo d'Alessio, tipo curiosísimo y muy inteligente en su profesión. Llegado como director de orquesta en una de las diversas compañías de ópera llevadas a México por el empresario Napoleón Sieni, no sé qué contratiempos graves de orden íntimo, le obligaron a renunciar a su puesto; ello fué que en cuanto su supo el hecho, y dada su competencia reconocida, los otros empresarios, los de zarzuela, se lo disputaron con ventajosas proposiciones para él. Triunfó Pastor, en aquella época el empresario-rey, el que tenía arrendados los principales teatros, y el favor del público, y las dotes de los artistas; el que cedía productos monetarios, a favor de los establecimientos de beneficencia; el que permitió un baile patriótico en el Teatro Nacional, sin cobrar nada por el ornato; el mimado de los periódicos, el soberano de los bastidores. Vincenzo d'Alessio, se hizo pronto a su nuevo género de vida; era querido y respetado de los músicos, sus subordinados; trataba a los empresarios de igual a igual, y no pidió más. Es de imaginación viva, enteramente meridional; de espíritu elevado, y artista de raza; según él mismo me contaba, todo lo había sacrificado a la música, sin imaginarse jamás que pararía en maestro *al cembalo* de zarzuela. Debe haber *vivido* mucho, en el sentido moderno de la palabra, y su escepticismo lo lleva a un grado desconsolador, a un grado que acusa lluvia de desengaños y desprecio profundo por nuestra humana especie. Cuando perdió a su hijito, y que alguna persona

lo acompañó moral y materialmente en su dolor, refiriéndose a ésta, me decía:

—No lo puedo sufrir; odio al que me favorece, porque adivino en él a un enemigo!

En cambio, tiene arranques que destruyen su teoría; liberalidades de bohemio, que nunca comprenderán las personas arregladas y de buena conciencia: gastar los únicos cinco pesos que contenía su bolsillc, en una botella de champagne, o vestir a una chiquilla que le pidió limosna en una noche lluviosa y fría, al salir del ensayo. A mí, me prometió esmerarse en la instrumentación de «Nitouche,» contribuir al éxito del estreno, y cumplió su palabra al pie de la letra.

Para la adaptación material de los versos, me consignaron a José Austri, director substituto entonces, maestro de coros, y autor de varias zarzuelas mexicanas. Diariamente, nos reuníamos en el escenario del Teatro Nacional, en el cuarto de algún actor, o arriba, en la «Utilería,» una pieza enorme, llena de monstruos de cartón, de árboles desgajados, de los sepulcros del «Tenorio,» de escalinatas apolilladas, de muebles inservibles, de un mundo de objetos polvorientos, destruídos, con olor a humedad, a vejez y a cansancio. Si le encontraba yo aquí, tenía que esperar a que terminara su repaso; él junto al piano, la partitura en el atril, y rodeándolo, sofocándolo casi, el coro de señoras, en semicírculo, sentadas algunas, otras de pie, mal vestidas todas, con los pañolones negros apenas detenidos sobre los hombros, en la cintura, en los respaldos de las sillas; el papel en la mano, cantando perezosamente, interrumpiéndose con bostezos, con alusiones picantes, con secretos y risas. Encolerizábase Austri, golpeaba con la diestra en el atril, mientras

con la izquierda continuaba el acompañamiento, y con su voz desafinada les corregía el error.

—Vamos, otra vez, desde «En la feria del pueblo mañana....»

Y repetían todas el estribillo, siempre algún verso cojo y disparatado, y al fin el trozo salía tal cual, con trompicones y regaños, a fuerza de repasos. Concluído el ensayo, dispersábanse las coristas escaleras abajo, con chillidos sofocados y despedidas a voces.

—Hasta la noche, no te olvides de las horquillas. Traete el vestido de marinero y los alfileres negros.

Austri se enjugaba el sudor y el fastidio, en un instante, pues es incapaz de tener mal humor; encendíamos una vela del piano y le mostraba el trabajo hecho; lo corregía, lo cantábamos los dos, para notar mejor la cesura, y aprobaba o tachaba mis cuartillas manuscriptas. Al obscurecer, salíamos a tientas; los maquinistas, preparando ya las decoraciones, a la escasa luz de algunas candilejas, la pareja de bomberos en apartada charla, el portero en su sitio. Afuera, en los pasillos y en el vestíbulo, daban los barrenderos su última mano, los encendedores circulaban con sus escaleras, mirábamos brillar una luz que otra, recién encendida, y en la atmósfera flotaba un olor pesado, del gas que huía de los mecheros abiertos.

Íbamos de ordinario, a parar a una lechería del 5 de Mayo, donde tomábamos chocolate con Eduardo Noriega, que nos esperaba ahí. Y entre sorbo y sopa, nos brotaban proyectos halagüeños de traducciones y zarzuelas originales; la letra, escrita por Noriega y por mí, la música por Austri, y la trinidad cosechando aplausos y dineros. Fuera de estas fantasías, quedóme de positivo un caudal de observa-

ción directa y constante de nuestra vida teatral. Hice un completo estudio de lo que es un escenario entre nosotros; estudio que aproveché en mi esbozo «Uno de Tantos,» al pintar los amores de un cajero de Banco con una diva de ópera francesa, y que ha de servirme, aun más, en alguno de mis libros posteriores. Es de veras un medio curiosísimo, un mundo enteramente aparte, una existencia original y como inverosímil. Por mucho que en raras ocasiones lleguen hasta el público, los ecos de una rivalidad contenida largo tiempo, el desenlace siniestro de una tragedia sospechada apenas, la noticia de un matrimonio imprevisto, quédanse en la sombra los casos más notables, los que no se comprenderían ni tendrían razón de ser lejos de un escenario. Diríase que todo el fingimiento que es de rigor en las tablas, obliga a los cómicos de ambos sexos a desquitarse, de telones adentro, a emplear en sus pasiones e intimidades, la naturalidad que poseen, como cualquier hijo de vecino, y la que economizan delante de los espectadores. Sólo así se explica una porción de cosas, que aisladamente formarían una novela. Amores rápidos como una caricia, o dilatados como una maldición; chiquillos sin padres y padres sin chiquillos; fraternidades apócrifas, que terminan en mancebías; odios inextinguibles; amistades raras, de las que van hasta el sacrificio; desprendimientos que deslumbran; apartes que ciegan; talentos que se marchitan; vírgenes que se salvan sin que ellas mismas sepan cómo, y por sobre todo, fundiendo odios y borrando distancias, una hermandad muy tenue, pero existente, que en los momentos supremos de hambre, enfermedades o infortunios, aparece y los reconcilia, los acerca, los

reconforta; la hermandad de todos los cuerpos que juntos viven y luchan juntos.

Ya mi traducción hallábase concluída, cuando dí con el título que me pareció más adecuado, que conservaba más la doble significación de *Mamz'lle Nitouche*. Púsele «La Señorita Inocencia,» pues además de que *La Mosquita Muerta* me sonaba de los diablos, tiene la *Nitouche* en su cuarto acto, unas coplas en que Dionisia se recomienda a *Sainte Nitouche*, y yo me vi obligado a encontrarle un santo de verdad, San Inocencio, quien se dignó sacarnos del apuro. En cuanto supo Pastor el título, anunció la obra con profusión, como anunciaba todas las de su empresa; cartelones policromos en las esquinas, en las tiendas, en los cafés; granujas paseándolos por las calles, a guisa de estandartes. ¿Por qué no decirlo? la sensación que me embargaba con tales encuentros y con tales anuncios, fué deliciosa. Aunque mi nombre no sonara; aunque sólo se leyera: «Próximamente ¡¡¡La Señorita Inocencia!!!», yo sabía que esa señorita era mi conquista, la criatura robada a sus padres, Meilhac y Millaud, sin que pudieran echarme en cara el menor desmán; es la única señorita que puede vanagloriarse de haber pasado castamente tantas noches en mi cuarto, desvelándome a mí, que aquí le agregaba una palabra, allá le recorté un verbo, y acaricié su cuerpo entero mucho, muchísimo, hasta que me pareció presentable, hasta que no temí que el público se enterara de nuestros amoríos.

Por supuesto que en el Teatro Nacional, mis bonos comenzaban a cotizarse con estimación, gracias a mi doble título de periodista y de traductor de una pieza aceptada y próxima a subir a las tablas. El clásico tuteo de los habitantes de los bastidores,

se hizo extensivo a mí; las tiples me admitieron en sus cuartos, a la hora de la charla; adquirí el derecho de permanecer entre telones durante la representación; Pastor, en alta voz, se enteraba de mi salud; las coristas me pedían refrescos—aunque nunca los consiguieran—y en los cuartos de los hombres me colaba yo como Pedro por su casa, lo mismo cuando se vestían, que cuando estaban riñendo con la querida. Y me encontraba a mis anchas, contentísimo; cual aspirante a artista o cual cómico retirado; me acostumbré a todo, a las piernas de las coristas y bailarinas, que esperan la «salida» amontonadas junto a un bastidor; a que la tiple se quejara de los botines y de las exigencias del empresario; a que el traspunte tratara a todo el mundo poco menos que a empellones; a que el barítono largara un terno al entrar en escena; a las brusquedades de los maquinistas; a las indecencias de los comparsas; al olor de gas, humedad y colorete que lo envuelve a uno, le coge la garganta, y lo asfixia en los primeros tiempos.

Al fin, se procedió a la repartición de los papeles, previa consulta conmigo, en el salón de ensayos del primer piso. Y a pesar de que no debiera habérseme olvidado el reparto, nada más me acuerdo de las partes principales. A *Dionisia*, la hizo Enriqueta Alemany; Labrada a *Celestino;* Perié al *Mayor;* Gutierritos al *Vizconde;* la Ors a *Corina*. Llevaron los ensayos a paso de carga, porque, como me lo había anunciado Pastor, la temporada agonizaba. ¡Con qué afán iba yo a escuchar, al lado del piano, el colorido que daban a mi obra! ¡Cómo me desesperaba la eterna frialdad de los artistas en los ensayos parciales! Y se reían, los inhumanos, de mis candores de principiante.

—No te apures, hombre, no te apures. Ya nos verás la noche del estreno!

Antes llegaron, el ensayo general de la orquesta y el de la orquesta y partes, el definitivo. El ensayo de orquesta lo presencié desde el escenario, acompañado de Alfredo Volante y de uno de mis hermanos políticos, muy versado en eso de fusas y corcheas. El maestro d'Alessio, obtuvo un positivo triunfo con su instrumentación; todos los de la orquesta lo aplaudieron cariñosamente, y Pablo Sánchez, que era y sigue siendo primer violín, me aseguró que la instrmentación de d'Alessio discrepaba apenas de la de Hervé, que es el autor de la partitura. Yo me canté íntegra la opereta, sin mover los labios, para cerciorarme de que mis llamados versos estaban en buena amistad con las notas musicales.

A la noche siguiente, el ensayo general, con la orquesta y con el escenario iluminado; la sala sombría, con periodistas burlones y espectadores vergonzantes; los actores listos; el apuntador dentro de la concha, y yo en el sillón del empresario, al lado de ésta, de espaldas a la sala. Son los ensayos generales, como las sesiones privadas de los parlamentos, en que el público es la única formalidad suprimida; de tal suerte, que yo gocé más y sufrí menos que en el estreno. Y no es imaginable, se necesita haber pasado por ahí, para valorizar las sensaciones múltiples que le invaden a uno, cuando los mismos actores nos aprueban y los vemos encariñados con la pieza, representándola a gusto; cuando la tiple o el tenor o alguno de los *primeros*, se nos acerca en consulta, allí, delante de todo el mundo, como a mí se me acercó Enriqueta Alemany, y a propósito de sus coplas

del segundo acto, me preguntó con una monería encantadora, después de haberlas cantado:

—¿Estoy bien así o tiene usted que corregirme algo?....

Acabó el ensayo en medio de aplausos; hasta las coristas me sonreían, solamente Labrada, que era el alma de la pieza, quien la había dirigido y aun corregido en detalles, se mantuvo impenetrable.

—No lo felicito a usted, – me dijo al acercármele, – mientras el estreno no tenga lugar.

—Pues, qué ¿teme usted?....

—El público es el gran caprichoso, nunca pueden adivinarse sus fallos.

En compensación, d'Alessio, el escéptico y el desengañado, me estrechó la mano.

—Este es el principio, – agregó, – mañana te daré un abrazo.

La mañana y la tarde siguientes, hiciéronseme eternas. En el juzgado, donde se sabía la cosa, me acabaron a preguntas; quizá el cumplimiento de mis deberes se resintió un poquillo de mi justificada nerviosidad, no estaba mi espíritu para declaraciones ni careos. Tuve, sin embargo, un rasgo de honradez: ni en la oficina ni fuera de ella obsequié con billetes a mis numerosos conocidos. No quise *claque*, y ofrecí billetes para las representacionss posteriores. A la tarde, y siempre por las crueles tiranías de mi empleo, no pude abstenerme de concurrir al hospital de San Pablo; había que examinar a un preso muy mal herido, en el fondo de la sala número 10, llena de camas ocupadas y quejumbrosas, con centinelas armados en las puertas, y abajo de cada ventana; con su olor de desinfectantes y sus enfermeros impasibles; con todo su aspecto horrible que, si Dios

me concede vagar y ánimos, he de describir pormenorizadamente en mi novela próxima.

Con el partir de la tarde, mis inquietudes subieron de punto; tomé algo en un café, y fuí a encerrarme en el teatro; aun faltaba una hora para que aquello comenzara. Vi en el vestíbulo a Pastor, se hallaba contentísimo.

—Esto marcha, – me gritó, señalando hacia los expendios de boletos, – mira....

Y vi los rótulos que aparecn en las grandes ocasiones, se balanceaban suspendidos de la taquilla:

—*No hay localidades.*

—Pero entonces ¿tenemos lleno?

—Un lleno absoluto; estoy haciendo que coloquen sillas suplementarias. Prepárate a lo que salga, — terminó riendo.

Me refugié en el cuarto de Labrada, vestido ya de organista del convento, quejándose de reumatismo y dándome alientos.

—No hay que acobardarse, hombre, supóngase usted que lo revienten ¿y qué? ¿es usted el primero? ¿será usted el último? Al fin y al cabo, no es usted más que traductor de una obra ajena ¿cree usted que los traductores son llamados a la escena? Es raro, rarísimo, una excepción.

No tuve tiempo de defenderme, de decir que aunque traductor, me iba mucho en el éxito de la traducción, pues la campanilla de aviso se puso a repicar implacable, estridente, como si se burlara de mis miedos. Ignoro quién me llevó a ver a la *fiera*, por los agujeros del telón; pero vi el teatro lleno, desde el patio hasta la galería; muy iluminado, con mucho ruido; un mar de cabezas con ondulaciones y encrespamientos de tempestad. A punto de concluir la obertura, me agazapé tras de la simulada

tapia del convento, y tan emocionado, que a pesar de los rumores extraños, oía distintamente los saltos que me daba el corazón.

Aplaudió el público el dueto entre la Alemany y Labrada, lo hicieron repetir, mas pasado éste, se acentuó una frialdad casi hostil, y al final del primer actos, enérgicos ceceos sofocaron un aplauso que otro, tímido y asustadizo. Labrada, mi paño de lágrimas, continuaba de esfinge, con respuestas evasivas. En el segundo acto, prodújose la reacción; el público «mordió,» como gráficamente se dice entre bastidores, mucho aplaudió a la Alemany y a Labrada, y, por fin, cuando el telón caía lentamente, de acuerdo con las exigencias del argumento, estalló una salva de aplausos, de esas que ensordecen, y que en el escenario suenan a tormenta, a descarga de fusilería, a adoración y a premio. Luego, los gritos:

—¡El traductor! ¡Que salga el traductor!

Confusión en la escena. Perié me llama; la Alemany y Labrada me dan el brazo; alguien ordena: «arriba telón;» yo estoy hecho un sonámbulo, y de repente, cual mágico conjuro, me ciega el exceso de luz, me ciegan los aplausos, los «bravos,» ese mismo mar de cabezas que ahora me acaricia; nada distingo, agradezco todo, con reverencias cursis de quien no está habituado a hacerlas.

Cuatro veces me llamó el público; d'Alessio me aplaudía también, desde su asiento prominente de director de orquesta; no vi por todas partes, sino manos que se unían para desvanecerme, que disculpaban el rapto y aplaudían mi delito.

Al caer de nuevo el telón y quedarnos medio a obscuras, la Alemany vuelta a mí, observó mis ojos humedecidos.

—¿Por qué llora usted?....

Y Labrada, el actor mexicano que había estado desanimándome, que nunca me había tuteado ni nunca volvió a hacerlo, me abrazó murmurando:

—Llora, sí, llora; te has ganado ese llanto, que es el más dulce de los llantos!....

X

DE VIAJE

FIGÚRENSE ustedes un deseo de siete años, que se realiza en unos cuantos días, y se explicarán mi satisfacción al verme admitido en nuestro Cuerpo Diplomático. Porque ese tiempo fué el que estuve deseándolo, sin que me lo conocieran ni mis amigos íntimos; un deseo oculto y pertinaz, que me obligaba a estar pendiente de las vacantes que surgían, de los candidatos; a llevar una estadística minuciosa e ignorada de los empleados que se retiraban y de los que entraban a substituirlos. ¡Cuánto viajé en los tales siete años! Sin moverme de México, recorrí todas nuestras legaciones, y en unas me hallé contento, disgustado en otras; algunos jefes me fueron simpáticos, vivíamos juntos en los mejores términos; con otros, llegué hasta tener altercados, que pusieron en peligro mi estabilidad....

Y hé aquí que de repente, la nueva ley de la materia, me abrió una puerta anchísima, despejada y noble. Cualquier individuo, previo examen en el mi-

nisterio, podía aspirar a un nombramiento, sin favoritismos ni recomendaciones, con sólo ser aprobado, y siempre que no resultara perjuicio de tercero. La cosa, pues, quedaba al alcance de todo aquel que no saliera notoriamente incapaz, y no había sino aprovechar la oportunidad primera.

Un soplo me puso al cabo de que en Guatemala iba a vacar la segunda secretaría, y yo removí cielo y tierra para que me aceptaran como candidato; se logra esto, me examinan, y a la semana justa recibí el nombramiento por tantos años anhelado, que entró en mi cuarto, como un risueño rayo de sol en el invierno. Conducido el pliego por un rollizo dragón de gendarmes del ejército, hubo su alarma en el llavero del hotel, cuando preguntaron por mí; resístese el gendarme a subir por el ascensor (desconfiando del mecanismo), y se echa a pechos las escaleras, paso a paso, su prolongado sable en perpetua colisión con los escalones. Mi criado entró fuera de sí:

—Señor, un soldado pregunta por usted!

—Que pase, hombre, que pase.

Pasó, recibí el pliego, firmé en el libro, y descubrí una peseta, que deslicé al portador con una de mis más afables sonrisas. Con esa propina se marchaba mi humor alegre; se marchaban mis hábitos de bohemio; mi vida tenía que transformarse, tomaba otra faz, perdía mi juventud con sus independencias y sus irresponsabilidades, con todos los encantos de los 20 años. Y de pie en el corredor del hotel, mientras el gendarme bajaba y su sable volvía a sonar en los escalones, me despedí de aquello con cariño, con algo de melancolía en el renunciamiento: *adieu Mignon!....*

En seguida, el período precursor de la ausencia; la nerviosidad de los preparativos; el adiós sucesivo

a personas, sitios y objetos; la repartición, entre los allegados, de las pequeñeces que acompañaron nuestra soledad; las cartas que se queman y los rizos de cabello que se besan; los retratos que se guardan, como a los futuros co-partícipes del voluntario destierro; afectos que creíamos extraviados, que reaparecen y nos duele el dejarlos; la familia que llora; las hermanas que nos recomiendan un mundo de cosas íntimas y encantadoras; alguna novia que nos llena el alma de perfume; las calles, que nos parecen más bellas, los árboles más lozanos, los volcanes meditabundos, el cielo más azul, y allá, en cercana perspectiva, lo incierto, lo remoto, lo desconocido! Luego, los baúles, en los que caen revueltos ropas, anhelos frustrados, sueños desvanecidos, temores y deseos. Entonces, casi nos arrepentimos; pensamos en los que mueren solos en los hoteles y hospitales de tierras extrañas; en los riesgos del mar y de otros climas; en muchas probabilidades que nos amedrentan. Es la patria que nos echa en cara nuestra ingratitud, que nos retiene ¿por qué la abandonamos? ¿para ser más felices? ¿acaso puede uno ser completamente feliz en alguna parte?.... Pero ya no hay tiempo; los billetes están comprados, el equipaje en el coche; ya estamos en la estación; hay mucho ruido, mucha luz eléctrica, muchos viajeros, muchos que se van y muchos que se quedan; lágrimas y promesas; juramentos y sonrisas. De pronto, el tren se estremece, comienza a andar; desde la plataforma, contemplo el conjunto y siento que me arrancan algo, algo que tenía muy adentro y que me duele mucho; algunos pañuelos me saludan, yo agito el mío hasta que entramos en plena sombra, hasta que la ciudad se divisa apenas, cual un incendio gigantesco, hasta que el tren, a todo

correr, desgarra la noche negra, y una lluvia de chispas, como enloquecidas, se enroscan en el aire, se abrazan, y abrazadas caen en el inofensivo césped de los campos....

A los dos días crucé la frontera, y a los cinco, pisaba yo el desembarcadero de Oakland, en San Francisco de California; hago que un chino se encargue de mi equipaje, me obligan a subir a la diligencia de un hotel, y a las cuantas calles, me encuentro en la *Russ House*, dueño de un cuarto y a la mitad de mi viaje.

***

San Francisco de California es un paraíso, pero por desgracia para México, un «Paraíso Perdido.» Quizá por eso, lo miré con cierto encono, y no lo disfruté como se merece; en sus paseos, y en sus teatros, y en sus edificios, me acompañaba la espina de que «aquello ha sido nuestro.» Y no es consuelo la consideración, que aunque nos lastime se impone, de que en nuestras manos no habría pasado en mucho tiempo de perico perro, nó ¿cuándo se ha visto a un amante, consolarse de que la mujer querida se ponga más hechicera en ajenas manos? Esto, en vez de consolarnos, nos desespera; nos hace odiar al poseedor feliz que no se acuerda de nosotros, que procura eternizarse una inesperada y sonriente luna de miel. Pero California ¡mujer al fin! no ha hecho más que premiar y premiar a su actual poseedor; al año de haber abandonado el hogar paterno, entregó su dote, una dote fabulosa: el descubrimiento del oro; y no contenta todavía, lo obsequia y obsequiándolo sigue con la riqueza incalcula-

ble de su fecundo seno; la agricultura, ha realizado prodigios, y adelantádose, con mucho, a los beneficios del oro. No ha vuelto a pensar en nosotros; su preocupación constante, a partir de su boda, ha consistido en rodear de dicha a su dueño; en rodearle de hijos tan lindos como Los Angeles y San Diego; en convertir a San Francisco en una ciudad encantadora y deliciosa. Jamás le ocurrió cometer adulterio, ni coquetear siquiera; salió esposa fiel, de las que no alimentan más pasión que la conyugal, y su marido, a los pocos años del matrimonio, en el 1850, la presentó a sus demás hermanas, que la admitieron en seguida en la gran familia, porque la vieron joven, rica, bella y buena.

Y allá en casa, entre nosotros, en nuestras fiestas íntimas, en nuestros dolores, pensamos siempre en la mala hija, y sin mencionarla, miramos su lugar vacío, su alcoba de virgen, sus juguetes de niña, y la lloramos a solas, cada cual en su cuarto, por ingrata y porque está perdida para siempre. De suerte que, en cuanto me sentí en sus dominios, fruncí el ceño y me propuse hablarle lo menos posible; no podía ser difícil, porque ha olvidado hasta el idioma que la arrulló en su cuna, lo pronuncia mal en los pocos términos que aun conserva en calles y regiones, para perpetuo testimonio de su origen.

Por el camino, reanudamos amistades un muchacho Miguel Calvo, y yo; iba aquél empleado a la aduana marítima de Todos Santos, en la Baja California, y en obsequio mío, siguió hasta San Francisco en vez de doblar en la frontera. Juntos nos alojamos y juntos anduvimos por todas partes; primero, a informarnos de la salida de nuestros vapores respectivos, a tomar los pasajes para el caso en

que nuestros fondos, se comprometieran en los mil y un alicientes de la ciudad; después, a meternos en rincones y agujeros. Entre las varias impresiones que recogí durante mi permanencia, descuella, por razón natural, una pequeña aventura con una descendiente legítima de la tribu de Israel. Aun la veo, con sus ojazos negros, incendiarios, llenos de rayos y de ternura, empeñada en convencerme de que me quería de veras, y de que hablaba el español; diciéndome *senior*, tuteándome desde la segunda entrevista, por espíritu de raza y por espíritu de mujer que satisface un capricho. No me preocupé de saber de dónde venía, de si su nombre era supuesto o no, de si era casada, de por qué vivía en mi mismo hotel ¿para qué? ¿para precipitar el desengaño? Me pareció más cuerdo abandonarme a ella los días que pasara en San Francisco; ni preguntarle ni contestarle nada; creer que, en efecto, nos queríamos los dos, y luego, separarnos como nos habíamos encontrado, con un beso y un apretón de manos. Conocedora de San Francisco y de sus alrededores, ella organizaba nuestros paseos, nuestras excursiones; ella nos llevó una noche al lago de Oakland, un lago perdido en medio del pueblo, bordeado por *chalets* y quintas, que hacen soñar en muchos imposibles; con curvas y con islotes; suficientemente grande para que los curiosos no turben las caricias y las declaraciones de los que se alejan; con un oleaje ligerísimo, que imprime dulce vaivén a los botes, y con el cual, el lago, si fuera posible suponerlo una persona, parecería decir, complaciente y filósofo, por lo que se verifica sobre sus ondas:

—Y a mí ¿qué me importa?.... Los dejaré que gocen.

A él llegamos mi judía y yo, Calvo y una conocida

suya. Alquilamos un bote sin remeros, precisamente porque no sabíamos remar; y las muchachas en la popa, dueñas del timón, y Miguel y yo empuñando los remos, salimos del muelle y comenzamos a bogar sin rumbo y sin temores. ¿No era la nuestra, una embarcación simbólica? No había luna, pero en cambio había muchas estrellas, una tenue claridad en la atmósfera; de las ventanas y puertas de algunas quintas, salían rayas de luz a tomar su baño, quedando extendidas y temblorosas sobre la superficie, cual si el frío del agua las dañara; de cuando en cuando, a nuestro lado, rozándonos casi, una lancha de velas pasaba con discreto ruido, o bien un bote con los remos sueltos, dejaba vislumbrar a sus tripulantes, en coloquios íntimos y fugaces. Entonces, nosotros hacíamos lo propio; soltábamos los remos, para tomar las manos de nuestras compañeras, y la voz de mi judía, decíame bajo, muy bajito:

—*¿Don't you love me, senior?*

Sin advertirlo, nos alejábamos del muelle diminuto; sus faroles y los de las calles de Oakland, se empequeñecían; a bordo, aumentaba la confianza y disminuían nuestras fuerzas; ya no remábamos, preferimos descansar en el regazo de nuestras amigas, que, como siempre acontece con esta clase de amistades momentáneas, en las que a lo sumo se interesa la fantasía, a pesar de tenernos tan cerca de ellas, se pusieron a hablar en su idioma, de sus asuntos propios, mientras Calvo y yo, por lo reciente de la expatriación, nos preguntábamos a cada instante:

—¿Te acuerdas de México?....

Poco a poco, nos ganó a todos la poética hermosura del paseo, que en las mujeres se tradujo por

una crisis de ternura a nuestro favor, y en nosotros, por un bienestar inexplicable, de los que nos invitan a la inmovilidad y al silencio, a cerrar los ojos, para que la mano que nos acaricia se nos convierta en la de la mujer querida, si es que ya hemos querido, o en la de la mujer soñada, si es que aún andamos sin encontrarla. Por eso, yo le rogué a mi judía que continuara acariciándome:

—Hazme muchos cariños, así, en la frente, aunque yo no te los devuelva, aunque yo no te hable....

De súbito, una música oculta, que sonaba a distancia, nos hizo enderezanos, aguzar el oído; ignorantes de lo que pudiera significar allí, donde ya no había quintas ni *chalets*, donde los árboles se agrupaban, en espera de las casas por construir y que los separarían para siempre. ¿Sería en algún bote? ¿Serían los retrasados de algún día de campo? Y conforme avanzábamos, la música aquella aumentaba en intensidad y en dulzura; aunque nos llegara mutilada y confusa, no eran sus fragmentos los que por lo general emplea la gente cuando se divierte, parecía más bien música sagrada, música de órgano de iglesia, y, sin embargo, ni nosotros mirábamos torre que nos la indicara, ni nuestras compañeras sabían si por ahí había iglesias.

—Si no es algún convento,—concluyó la conocida de Calvo,—no sé qué puede ser.

Seguimos bogando, y al doblar una curva pronunciada, en el fondo de una bahía semicircular, la fachada de un convento se nos apareció como en un teatro, a pocos pasos de la orilla; en eterna coquetería con las aguas del lago, que le servía de espejo, que le servía para estar tan graciosamente cubierto de enredaderas. A la media luz de la noche, hubimos menester de un rato de observación para ana-

lizar lo que al pronto no era sino una mancha gris en el conjunto obscuro, para apreciar los detalles de la fachada, que no eran muchos: tres series de ventanas iguales, con las persianas abiertas; abajo, una reja defendiendo un jardín; sobre la puerta de entrada, una escultura de tamaño natural, que no alcanzamos a distinguir, y que, con la blancura mate de su mármol, comunicaba al edificio entero una expresión de infinita melancolía.

Ahora ya, las armonías del órgano nos llegaban claras, íntegras, con algo de pureza entre sus notas; y nosotros las escuchábamos, las dejábamos pasar por sobre nuestras cabezas e ir a confundirse con el perpetuo beso de las ondas a la tierra. Sin duda la capilla quedaba del otro lado del convento, pues determinados trozos de la música, apenas si eran perceptibles. Repentinamente, el eco de una plegaria cantada, acabó de extasiarnos; eran voces de niñas, voces que adquirieron extraña resonancia en aquellos sitios, que difundieron tristeza, respeto y recogimiento. Sin saber cuándo, nuestras amigas huyeron de nuestros brazos, yendo a sentarse en el extremo opuesto de la barca, que se balanceaba y se balanceaba sin ruido casi, cual si ella también hubiera resuelto no interrumpir la inesperada sorpresa. Mientras duró el servicio nocturno, al que asistíamos sin mirarlo, no nos ocurrió regresar, irnos al tren, a San Francisco, hacer el programa de la cena con que debía cerrarse el paseo. Y cuando concluyó, cuando enmudeció el órgano y sonó una campana; cuando las persianas se cerraron con estrépito, con risas y despedidas de criaturas; cuando el convento quedó en un silencio y en una obscuridad de tumba, entonces Miguel y yo nos pusimos a remar de veras, como remeros de oficio. A punto de

salir de la pequeña bahía, cuando de una sola mirada se abarcaba el cuadro, vi lo que al principio no había visto, una inmensa cruz de hierro sobre el techo del convento. Y aquella cruz, más adivinada que vista, con sus brazos extendidos cual si ofreciera en su seno una fuente perdurable de consuelo, repartía una esperanza, daba un tinte de paz majestuosa y eterna!....

* * *

Otra de mis impresiones inolvidables de San Francisco, fué mi visita al barrio chino; visita que nos ocupó dos días, pues quise hacerla minuciosa y completa, ya que, al decir de los entendidos en la materia, el tal barrio puede hacerle a uno creer que se encuentra en alguno de los que tanto abundan en ese hormiguero humano que se llama Pekín. Y tal es, en efecto, lo que primero representa el barrio chino: un hormiguero colosal, de grandes hormigas vestidas con trajes talares, o una aglomeración de ratones adiestrados, con cola y todo, que anduvieran ocupadísimos en empresas roedoras y subterráneas. Quince mil chinos encerrados en unas cuantas calles, que van y vienen, que hablan un idioma gutural, que gesticulan, compran, venden, ríen, se agrupan o se aislan, me parecieron, por lo pronto, una pesadilla que no podía durar, y a poco, entráronme ímpetus de doblar en la esquina próxima, de ir a despertar en las calles yanquis, entre gentes iguales a mí, en un salón de cerveza o en una tienda servida por señoritas lindas, rubias y risueñas.

Dímos principio al paseo, visitando el comercio, desde las carnicerías y almacenes, hasta las casas importadoras exclusivamente de efectos chinos.

Reina en todas un orden meticuloso y admirable; todo revela una paciencia inaudita, llevada a un punto que nunca alcanzaremos los que no somos hijos del Celeste Imperio; lo mismo los botones de camisa que las frutas y las legumbres, que las porcelanas, los bronces y esos objetos delicadísimos de marfil, que simulan encajes y filigranas, todo está ordenado, clasificado, en su sitio, sin una partícula de polvo, ni una mancha, ni una torcedura. Por doquiera, se disfruta de buena acogida; por doquiera, se presencia idéntica escena: tras de un mostrador pequeño, el patrón haciendo cuentas en unas tiras de papel de seda, con una vara en vez de lápiz o pluma. Si uno se acerca, no oculta sus manuscriptos, seguro de que no es fácil entenderlos, y entonces se ve que no escriben como nosotros, de izquierda a derecha, sino de arriba abajo. Los dependientes, tras de los otros mostradores, son capaces de enseñar la tienda entera, sin demostrar cóleras ni impaciencias; sonríen, sonríen a menudo, por más que sepan que la mitad de los compradores nada compran, que son atraídos por una curiosidad infantil, por mirarlos de cerca, a ellos, que persisten en su sonrisa, y quién sabe si no, burlándose de nosotros, los civilizados. Hecho el trato, cuando el trato se hace, se dicen entre sí una porción de cosas, sus ojitos de ardilla adquieren una movilidad extraordinaria, el dueño interviene desde su asiento; y con ademanes de prestidigitador, envuelve el dependiente lo que uno ha comprado, cobra y acompaña al parroquiano hasta la puerta, dándole las gracias, las tarjetas de la casa, y a uno se le queda el tipo grabado, con su traje amplio, sombrío, sus zapatos curvos y su cara amarilla, sardónica, como de persona enferma y mal intencionada.

Para la noche dejamos Calvo y yo lo más pintoresco de nuestra visita: el templo, el teatro y el *restaurant*. El cónsul de México, nos hizo dar un policía secreto (*detective*) que nos acompañara, y nosotros nos procuramos un intérprete chino, que, en sus tarjetas decía, a renglón seguido de un nombre imposible:

—«Tiene bigote.»

Y alguno nos explicó que eso era prueba de jerarquía o emancipación, pero a mí, cuando con el intérprete nos apersonamos, se me antojó que su jerarquía no había de ser gran cosa: a pesar del anuncio, tenía más bigote la tarjeta que el individuo. Si todos los templos chinos son, más o menos, como el de San Francisco, la verdad son horrorosos; con unas deidades muy parecidas a nuestros ídolos aztecas, es decir, como personas de madera o de piedra sorprendidas en algún momento de dolores físicos inimaginables; con altares colgados de *ex-votos* fantásticos, enteramente chinos; un aroma penetrante y que marea, de algún perfume desconocido; una luz verdosa, y unos discos de metal en los que golpean los sacerdotes, para ablandar al dios de piedra que los contempla con muecas de condenado, y no de quien dispensa la salvación de sus creaturas. A cambio de unos centavos de limosna, el encargado del templo nos regaló unos trozos de madera con inscripciones burdas, dibujadas a la ligera, y que el intérprete nos aseguró que eran porta-dichas eficasísimos.

Al salir de aquí, siempre caminando por callejuelas y encrucijadas, con casas de juego llenas de concurrentes, las tiendas con mucha luz, el gas de sus mecheros cayendo a raudales sobre el empedrado, nos dirigimos al teatro. Ya comenzada la represen-

tación, las puertas de entrada estaban cerradas, y gracias al policía secreto, logramos que nos admitieran por una de las laterales. ¡Qué cosa tan horrible! Diríase, que todas las concepciones calenturientas de un Ponson du Terrail o de un Fernández y González se habían encarnado en el edificio aquél; una puertecita, por la que con dificultades pasamos uno a uno; después, un pasadizo con puertas en ambos lados, dando acceso a unas covachas tristemente iluminadas por una luz de aceite; y allí, sobre una tarima en declive, distinguimos a los fumadores de opio, la larga pipa entre los labios, apoyada la cabeza en un banquillo de palo, la mirada estúpida y vaga. Nos ofrecieron dos covachas vacías; por 25 centavos puede uno olvidar sus penas, pasar una noche en el Olimpo, presa de deleites y de quimeras ¿no queríamos?

—Nó, gracias; me conformo con verlo, pobres hombres!

Al cabo de cinco o seis tramos de escaleras estrechísimas, nos hallamos de improviso en el vestuario de los artistas, y yo retrocedí por instinto, como si los tales padecieran de contagiosa dolencia, espantado de sus caras pintarrajeadas, de sus trajes, de los aullidos que nos llegaban del escenario, y al través de un tabique. Creí que había de todo, hombres y mujeres mezclados; pero me sacaron del error, en China está prohibido que las mujeres sean *cómicas*—prohición bienaventurada y muy digna de imitarse en el resto del mundo—y son los hombres los que se disfrazan y cambian de sexo, según las exigencias de las obras. Un último esfuerzo, nos arrojó a un piso más alto, a una especie de mirador encima de la escena, que nos permitió contemplar a un mismo tiempo, ésta y la sala. Redúcese la sala, a un inmen-

so patio cuajado de bancas y a una sola galería superior; abajo, están los hombres, las mujeres en la galería; nunca juntos unos y otros. Había tantos espectadores de ambos sexos, pero tantos, tantos, que aquello me hizo pensar en una gigantesca lata de sardinas, negras y movedizas. El teatro chino es muy primitivo, su escena completamente convencional; una mesa, representa una pared; una silla, una casa; un bastón, una cerca. Y así, en ocho o diez varas cuadradas los actores chillan, hacen contorsiones; una música infernal ensordece y asusta, mientras los espectadores masculinos fuman, las femeninas se abanican, y todos ríen, lloran y aplauden. ¡Hay para volverse loco! No sé por qué me ocurrió que podía declararse un incendio, y nos entró tal pánico, que nos echamos a la calle a la carrera, tropezando en aquel dédalo maldecido de corredores, rincones y escaleras.

Indecible lo bien que nos supo la vagabunda y tibia brisa de las calles.

El *restaurant*, que es de suyo grandioso y original, nos lo pareció más todavía, por lo brusco de la transición. La fachada, el vestíbulo, las escaleras y los salones, todo es chino, vale decir, que todo es pintoresco, delicado y bien hecho; por todas partes dibujos, faroles y adornos con sucesos, personas y sitios de por allá; con actitudes y posturas inverosímiles; con bordados y pinturas. Nuestro intérprete, no podía disimular su contento ante el *gaudeamus* que seguramente había organizado en su imaginación; nos preguntó qué íbamos a tomar, haciéndose lenguas acerca de guisos especiales de la casa, y nosotros, claro, pedimos té, y a él le rogué que pidiera nidos de golondrina, no obstante que siempre los supuse una superchería. Mientras alis-

taban nuestro pedido, unos músicos ambulantes, chinos también, nos rompieron los tímpanos con lo más selecto de su repertorio, y nosotros, con todo respeto, los mandamos callar, previo un dólar que se embolsaron en el acto ¿qué opinión se formarían de nosotros?

Sirvieron primero, el té; unas tacitas de porcelana, muy pequeñas, llenas de un brevaje amargo y espantoso, el té legítimo, el té de los mandarines y de los elegantes de Pekín; para endulzarlo, rodearon cada taza de una porción de fuentes, tan pequeñas como las tazas – algo así como el servicio de té de una casa de muñecas – llenas de pastas y dulces barnizados, que se asemejaban a vértebras de bichos domésticos, y para engullir esto, unos tridentes de madera, inutilizables después de haber servido, y que nosotros guardamos en recuerdo. ¿A qué hablar de los célebres nidos de golondrina, que el intérprete devoró en un instante? Se hallaba tan asombrado de que no le hiciéramos al té ¡la bebida celeste! los honores que se merece, de que ni lo probáramos, que a una señal nuestra, dió cuenta él solo del contenido de tazas y fuentes. Al salir, sus ojos picarescos se animaron, nos sonreía con malicia, nos daba con el codo.

—Ahora, si ustedes quieren, iremos a ver muchachas chinas....

Y fuimos; Calvo, por seguir la broma; yo, por curiosidad artística de viajero. ¡Triste desengaño! Optamos por la castidad más absoluta, y con ella me quedaría para siempre, si las únicas mujeres a mi alcance fueran mujeres chinas. Decididamente, de China sólo su industria debe admitirse, nada más que su industria.

Ya en nuestro cuarto del hotel, así que nos des-

pojamos de nuestras compras: puñales ocultos dentro de abanicos; gemelos de camisa; cajas de laca, que se multiplican hasta la inutilidad; así que apagamos el gas y que nos dimos las buenas noches, ni Calvo ni yo podíamos conciliar el sueño. Y cuando a mí me venció al fin, mi última sensación fué la de que había caído, sin saber cómo, y sin salida posible, entre las paredes de cristales de un kaleidoscopio.

Al día siguiente, a las doce, partí de San Francisco, a bordo del vapor *Colima*, de la Mala del Pacífico. Calvo se despidió de mí en el muelle, pues su vapor salía dos días después, y nada me hizo presumir su trágico fin, un año y medio más tarde; al contrario, lo dejé lleno de esperanzas y de proyectos.

Si yo hubiera creído en presagios, no me embarco ¡era martes, y martes 13!

Sin embargo, no tuve de qué quejarme; en los siete días de San Francisco a Mazatlán, una compatriota viuda se encargó de amenizarme el camino. Juntos nuestros sillones, y medio mareados ella y yo, charlamos de muchísimas materias, con la intimidad que pronto se establece entre gente joven. Hablamos de sus amistades y las mías, de las cosas de México, de las nuestras; y alguna que otra vez, del amor, que es la más grata de las conversaciones y la esencia eterna de la vida. Y así, perdidos en la cubierta del *Colima*, no carecía de encantos nuestra plática, al blando rumor de las olas, en medio del más hermoso de los océanos, bajo un cielo estrellado, y con un viento fresco que arrebataba nuestras confidencias, apenas nacidas, como para ponerlas a salvo de indiscreciones futuras. Hablar con una viuda, cuando como en mi caso, se trata de una viu-

da inteligente, es dulcemente instructivo; comprenden la existencia mucho mejor que las demás mujeres, fingen menos, saben a qué atenerse respecto de nuestras amabilidades, y con ligera dosis de ironía, nos ponen a raya si nos descompasamos, o nos aleccionan con la coquetería hechicera que es inherente a su sexo, si las escuchamos quietecitos y obedientes.

De Mazatlán a Acapulco y de Acapulco a Guatemala, viajé solo; pues a esto equivalen las efímeras relaciones que contraemos en los buques. Al abandonar Acapulco, que fué para mí una poética revelación – no lo suponía tan bello – exclamé lo que exclamó Lord Byron, cuando abandonaba Inglaterra:

—*Native land, good bye!*

Estaba ya fuera de la patria.

Desde la víspera del término de mi viaje, desde que nos detuvimos en Champerico, por este rumbo el primer puerto de altura guatemalteco, siempre el mismo panorama: la costa muy lejos, recta, esfumada; un calor africano, intenso; grandes barcas de carga para los pasajeros y las mercancías; en el comedor del vapor, taponazos del *champagne* que bebían algunos centroamericanos, de regreso a sus lares; en la cubierta, dos *ladies* de San Francisco, con guarda-polvo y paraguas, que no cesaban de preguntarme:

—¿Usted sabe por dónde se desembarca?....

Y el desembarco al fin, a las 7 de la mañana, en el fondo de una barca, confundido entre señoras que se marean, chiquillos y baúles; escuchando un idioma despedazado por los marineros, que se dan tratamiento de español antiguo, que se dicen «vos» en lugar de tutearse. Después de una hora de navegar con grandes tumbos, arribamos al muelle, un

muelle elevadísimo, de acero, como el esqueleto de un gigante de hierro, mientras en la costa, el mar rompíase con estruendo de artillería.

Mi primera impresión fué melancólica: las playas son inhospitalarias!

De pronto, baja hasta la barca un aparato que parece jaula de aves corpulentas y bravías; allí nos acomodan por grupos sucesivos de seis personas, y asidos a los barrotes, comienzan a izar aquello, que tiembla y se estremece, suspendido en los aires; son dos o tres minutos de ansiedad, ya pasó todo, se siente la tierra firme, se escuchan risas nerviosas, de las que siguen a los grandes peligros.

Luego, seis horas de camino de hierro, almuerzo inclusive, en una estación; y a las 3 de la tarde, la máquina silba saludando a la ciudad. Disminuye la velocidad, el caserío se acerca, nos detenemos.

Un individuo, sombrero en mano, asoma su cabeza por el ventanillo:

—¿El señor Gamboa?

—Yo soy ¿qué se le ofrece a usted?

—Soy el criado de la legación ¿quiere usted darme el talón de sus equipajes?

Bajo al andén; don Platón Roa, entonces encargado de negocios, se acerca y me saluda; tomamos un tranvía, me lleva al cuarto que me ha apartado en un hotel, y exclama al despedirse:

—Me alegro de que haya usted llegado, porque tenemos mucho que hacer. No le doy vacaciones, hasta mañana!

XI

EN GUATEMALA

Cuando tengo que habitar alguna ciudad, acostumbro el no enterarme con anticipación del nombre de sus calles, plazas y paseos. Dejo al tiempo ese cuidado, y por lo pronto, me es gratísimo caminar sin rumbo, aventurarme por cualquiera parte, descubrir hoy un templo, mañana un monumento, para que sea la ciudad la que poco a poco se me vaya entregando. Y así, me fabrico una especie de luna de miel con mi nueva amiga; no la violento ni trato de disfrutarla en un par de días, sino que me complazco en que ella despliegue sus coqueterías, con vacilaciones y pudores de mujer que defiende sus atractivos.

Pero Guatemala es franca, en una semana se la posee enteramente, y en dos o tres se la sabe uno de memoria; no hay manera de extraviarse, a los pocos rodeos vuelve uno a encontrar su casa, y a mirar los sitios acabados de recorrer. El aspecto general, no es seductor: calles rectas, tiradas a cor-

del, como en casi todas las ciudades hispanoamericanas; casas bajas, de un solo piso, con ventanas enrejadas y techo de tejas. Las casas altas no abundan, al contrario, y aunque esto no sea culpa de los guatemaltecos, sino de los temblores, tan frecuentes en todo Centro-América, el hecho existe y afea la ciudad. Hay cuatro o cinco líneas de tranvías, y como originalidad extraordinaria, carece de coches de plaza. El que necesita alguno, debe pedirlo desde la víspera, a los dos únicos depósitos en que se encuentran. En cambio, no escasean las carretas tiradas por bueyes, lo que contribuye a dar a la ciudad un pintoresco aspecto de aldea enriquecida. Sus edificios principales, en mi sentir al menos, son: la Catedral, en primer término; el teatro, aislado en medio de un jardín y con muy desvanecidas reminiscencias de la Magdalena de París; la Universidad; la legación de México y las casas construídas por el Banco Internacional. En compensación, los alrededores son encantadores; con una vegetación exuberante y tropical; árboles seculares, plantas raras, congestionadas de savia y de perfumes, montañas siempre verdes, precipicios tremendos, que atraen por su profundidad y por los árboles y flores que alcanzan a distinguirse, como paraísos fantásticos que le brindaran a uno quién sabe qué clase de delicias soñadas y extraterrenas. El mismo abandono en que se encuentran los caminos, aumenta y poetiza sus encantos; aquello, cuidado, con cercos y requilorios, perdería un setenta y cinco por ciento, perdería el sello de grandiosidad salvaje que lo singulariza.

Yo había llegado con desconfianzas, porque sé que en Guatemala nos odian a los mexicanos; odio que por una parte, me explico perfectísimamente: somos pa-

ra ellos, *el coloso del Norte*, y por experiencia patria he aprendido que no son nada cómodas, vecindades semejantes; pero por la otra, México, con su política contemplativa y casi maternal en los enojosos asuntos de sus fronteras con Centro-América, debía ya haberse ganado el cariño de los guatemaltecos. Mis desconfianzas, desaparecieron conforme fuí tratando a la gente, y con razón; las guatemaltecas, sobre todo, son capaces, con su belleza, de borrar odios y fronteras; y cuando en un país, sus mujeres son bellas, pueden perdonársele sus demás defectos, por muchos que ellos sean.

Mientras me relacioné, mi vida no era alegre, ni siquiera entretenida. Gracias al exceso de trabajo en la legación, y a una buena amistad que contraje con Roa y con un señor Le Brun, secretario de la legación de Francia, y mi vecino de cuarto, pude sobrellevar el destierro, y un principio de nostalgia, que se me anunciaba incurable. La labor me tenía unido a Roa cinco o seis horas diarias, en la cancillería, escribiendo notas, reclamaciones y mensajes telegráficos en clave. Con Le Brun, almorzaba y comía yo en la misma mesa, y en la mayor cordialidad. Después de comer, iba Roa a buscarnos, y nos salíamos a caminar calles, a dar vueltas y vueltas en la plaza del teatro, iluminadas unas y otra con focos de luz eléctrica, unas y otra desiertas. Poco partidario yo del ejercicio corporal, los dejaba en sus vueltas higienistas, y sentado en una de las banquetas de piedra que limitan el jardín, poníame a contemplar las estrellas, a revivir el ayer y a forjar el mañana. Luego, al retorno, nos entrábamos en «El Progreso», a tomar una cerveza y a hacer cálculos, más o menos fundados, de una próxima y halagüeña traslación. Le Brun, por ser parisiense, y Roa por haber

vivido muchos años en Paris, sólo me hablaban de esta ciudad, que tanto nos deslumbra de lejos; y yo preguntaba, preguntaba siempre, insaciable y tenaz; paseaba por los bulevares, recorría teatros, cafés, diversiones, y me acostaba rendido de la excursión mental, oyendo la risa franca de Le Brun que me desaba *bonne nuit* desde su cama; vivíamos tabique de por medio.

El mismo Le Brun, me despertaba todas las mañanas sin salir de su cuarto; daba su lección de guitarra entre 8 y 9, y yo abría los ojos bajo la grata impresión de las notas tristes, que el profesor arrancaba al instrumento con una marcha torera. Con Le Brun salí a caballo algunas mañanas, y otras fuimos a bañarnos hasta «El Zapote,» a dos leguas de la ciudad, en una serranía primorosa; el camino, lleno de peligros y de hermosura; el baño – un inmenso estanque al aire libre – de agua fresca y limpísima. Atábamos los caballos bajo un rústico cobertizo, y sin criados que nos atendieran, sirviéndonos de la ropa llevada al efecto, tomábamos el gran baño y dábamos el gran paseo.

Resulté un empleado puntualísimo; permanecía en la legación más horas de las reglamentarias, porque en la casa de la legación era donde me encontraba yo a gusto; donde escribí la mayor parte de mi primer libro, después de que terminábamos las labores oficiales. Veía desde mi mesa, uno de los amplios corredores; un ángulo del jardín; una de las fuentecitas de bronce, la que tiene a dos rapaces descalzos y bajo un solo paraguas. Y me sentía bien, con un ambiente de tranquilidad y silencio, indispensables para la producción; Roa y yo, dueños del inmenso y vasto edificio.

Los domingos, pasaba yo el día en el cuarto de Le

Brun, con sus libros, en amena charla acerca de los hombres, las mujeres y las cosas de Europa. Juntos leíamos el teatro y las poesías de Alfredo de Musset, en alta voz, declamando los versos, leyendo dos y tres veces una misma pieza, ejemplo: *On ne badine pas avec l'amour.* Otras tardes, las consagrábamos a la historia palpitante siempre de la Revolución Francesa; leíamos íntegros los discursos de los hombres de entonces, de Danton, de Robespierre, y yo me entusiasmaba, aplaudía con nobles arranques de estudiante recién salido de las aulas, creyendo de buena fe que la república, la ideal, existe de veras en alguna parte.... Toda la pequeña biblioteca de Le Brun, lo que de ella me interesaba, pasó por mis manos. Así conocí esa eterna joya literaria, esa obra maestra de la novela contemporánea, la *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert.

Roa, por su lado, me encargó a París *Las Confesiones* de J. J. Rousseau y *Les femmes d'artistes* de Alfonso Daudet, sin decirme nada; una verdadera sorpresa que hallé un buen día sobre mi mesa de trabajo.

En estas, emprendí una segunda traducción, la del *vaudeville* «*Le Fiacre 117*,» que yo bauticé de «La moral eléctrica;» engreído con el éxito de «La Señorita Inocencia,» pero sobre todo, deseoso de que me recordaran en México; de que la ausencia y la distancia, no me borraran de la memoria de los míos. Y a México partió la tal traducción, dirigida a Pastor, en paquete certificado; con más lacre, más sellos y más hilos que pliego portador de respetable herencia. ¡Qué distintas sensaciones! En lugar de la punzante ansiedad experimentada cuando «La Señorita Inocencia,» apenas ahora una ligera y sabrosa inquietud en los días de correo, un temblorcillo al rasgar las

cubiertas de las cartas y las fajas de los periódicos, hasta que a los dos meses llegó la carta de Pastor, corta, explícita, ni triunfo ni desastre; aplausos, y mi nombre arrojado al público por uno de los actores, desde lo alto del escenario, durante un entreacto; la comedia, inmoral según la prensa y los concurrentes; sólo seis representaciones; producto pecuniario: nulo. Quedé muy satisfecho, había logrado lo que buscaba, y ya no levanté la pluma de mi libro.

Sin duda los negocios del hotel no marchaban nada bien, pues una mañana su dueño nos significó a Le Brun y a mí, que iba a suprimir el hospedaje, a no conservar más que el *restaurant*. Nos mudamos a una «Casa de Huéspedes» acabada de abrir en un edificio nuevo, frente al mercado, y propiedad de una señora alemana apellidada Heine, aunque sin ningún parentesco con el célebre poeta de aquel nombre. La mayoría de los huéspedes era de Norte-América, de San Francisco; además, un médico alemán, coleccionista de bichos, pidiendo permiso para atrapar una mosca o una araña en la habitación de uno, así lo sorprendiera en ocupaciones del orden privado; y otros ocho alemanes, empleados de comercio, dueños de la mesa grande del fondo del comedor, en donde por la noche, vaciaban un sinnúmero de botellas de cerveza y armaban una batahola de todos los diablos. Para que se conozca el carácter de esos tudescos, debo consignar un rasgo de originalidad cómica. Los cuartos que ocupaban tenían, al frente de sus ventanas, la chimenea de una panadería con chimenea de zinc, pintada de negro, destacándose del conjunto. ¿Cómo pudo ocurrirles el tomarla de blanco, para adiestrarse en el tiro del rifle? El caso es que la tomaron, y la acribillaron a tiros, la dejaron inválida,

saliéndole el humo por las multiplicadas heridas. Lo cómico fué, que se sorprendieron de que el panadero chillara, de que en unión de un policía fuera a suspenderles el pasatiempo, y de que en la comisaría los obligaran a reponer la chimenea!

A poco de instalados, Le Brun regresó a Francia, con licencia. Su partida no me fué tan dolorosa, debido a que, por entonces, los pedazos intactos que me quedaban en el corazón, los obsequié a una mujer; debilidad que me salió, como siempre salen esas debilidades. ¡Qué atrocidad! En vez de guardarlos para que me sirvieran a la larga, supuesto que estamos condenados a ofrecer eternamente aquella víscera en cambio de placeres, de horas que vuelan y de caricias que nos rejuvenecen al recordarlas, no señor, los junté todos, y dentro de la mano, de un solo golpe, fueron a caer, palpitantes y esclavos, en ese abismo insondable que se llama el capricho femenino! Sin embargo, no envidio a los que se vanaglorian de haber salido ilesos de ese combate tremendo que libramos con el otro sexo, desde los dieciocho años, y hasta los cuarenta o cuarenta y cinco. No los envidio, los compadezco de su misma fuerza; como compadezco al que no llora con la música, al que no se pasma con un cuadro, al que no sueña con una estrofa, al que no se entusiasma con el crepúsculo, con el mar, con las flores, con las montañas. Esos, para mí, no son fuertes; son los impotentes del sentimiento, los desheredados de lo exquisito, los ciegos de la vida. Yo he sido siempre débil con las mujeres, a un grado extremo; y mi mayor deseo consiste en que nunca me abandone esta debilidad, que ilumine mi vejez, si es que la alcanzo, y me acompañe adondequiera que esté. Vivimos un día, un minuto; siendo, pues, tan corta la

vida ¿qué importa que el desengaño se halle próximo y el corazón a punto de estallar, si ya gozamos? ¿quién se preocupa en medio de una fiesta, del malhechor que a nuestra salida y en sombría encrucijada, ha de arrebatarnos el reloj o la existencia? Mientras más intensos son los placeres, más intensos deben ser también los dolores que le sirven de séquito, en esta procesión tragi-grotesca de la humanidad por el mundo. ¿Se ha descubierto, por ventura, algo que pueda equipararse a esa dicha incomparable, de querer sintiéndose querido? Pues entonces ¿a qué lamentarnos de que una mujer, débil y tornadiza hasta fisiológicamente, nos encuentre en la gran ruta, deshoje con nosotros las margaritas del amor, un año, un mes, una hora, y siga su viaje sin hacer caso a nuestros ruegos, cuando íbamos a prodigarle nuestras caricias más suaves, a decirle las palabras imaginadas, las que nunca salen, a las que nunca damos forma, las eternas prisioneras del cerebro? .... Quizá por esto, jamás he guardado rencor a la mujer que me abandona, ni a la que me olvida; todas me dejan un legado de altísima estima, un caudal de recuerdos dulces y amargos a un mismo tiempo, que me permite evocarlas en el silencio negro de la alcoba, cuando el sueño no viene y la noche se eterniza; que me permite revivir el pasado, y me entorna al fin los párpados con delicadezas de quimera. Por desgracia, esta doliente tranquilidad no me llega en el primer momento; en el primer momento, creo que hasta mataría; me llega después, a fuerza de reflexión.

Y cuando Le Brun partía, estaba yo en plena pasión; con las inquietudes y los sobresaltos de estilo; con los celos que nos lastiman, y las reconciliaciones que nos obligan a bendecirlos; con los

saludos fríos ante el público, y en lo privado, los besos que queman; con los furtivos apretones de manos y las citas clandestinas en parajes solitarios. Posee Guatemala una infinidad de estos últimos, en los que indistintamente mi querida y yo nos veíamos. Fué el preferido, para las mañanas sobre todo, el Cerrito del Carmen, pequeña prominencia situada, allá, en los arrabales, con una iglesia medio derruída y poéticamente mezquina; el cuartucho del sacristán, asido a uno de los flancos del templo, y curvas y senderos y árboles y enredaderas y sol. Si uno se sienta, así, sobre la yerba o sobre alguna piedra escondida, nadie puede descubrirlo—a menos de no habérselo propuesto—y si está de pie, el panorama que se contempla es encantador: los techos de las casas, las torres de la Catedral, las de las otras iglesias; más lejos, los volcanes y las montañas; el Cerrito, circundado de casas humildes y de campos verdes. Allí, los dos solos, sin más testigos que las flores y el cielo ¡cuánto nos dijimos y cuánto nos quisimos! Hasta a las mariposas blancas que se interponían entre sus palabras y mis labios, ella les encontraba significación:

—¡Son el amuleto de nuestros amores!—me decía.

Otra mañana—¡ay, sólo una!—nos aventuramos por rumbo opuesto, a bastante distancia de la Parroquia, en un camino que conducía no sé a dónde, pero que ambos encontramos muy superior en bellezas al Cerrito del Carmen, nuestro viejo amigo. A la sombra de árboles corpulentísimos; apoyándose en cercos de «órganos» y de rosales, caminamos mucho, como caminan los enamorados, mi brazo al rededor de su talle, de cuando en cuando, su cabeza en mi hombro; vueltos sus ojos a los míos, sin ha-

blar, el alma en la mirada. Quizá algunos indios, arreando mulas de carga, nos verían pasar con asombro; nosotros no lo advertimos, pues de antemano sabíamos que sólo esos inofensivos encuentros habían de cruzar ante nuestros pasos. Recuerdo que ella me rogaba no visitar determinada casa, y recuerdo también que su español guatemalteco, me sonaba delicioso, diciéndome «vos» en lugar de «tú» y «vení» en lugar de «ven.»

La última impresión que conservo, es la de un paseo vespertino, su partida ya muy próxima; mi jefe, el ministro de México, acabado de llegar, y con él, aumento de trabajo, de visitas oficiales; mi relativa independencia de cinco meses, con las alas cortadas. Hacía días que no podíamos vernos, a causa de los preparativos de su viaje, fijado para la siguiente semana, y aquella tarde, sin previo acuerdo, fuimos a parar a una calzada detrás del Hospital, que, cuidada, sería un *boulevard* grandioso; es anchísima, bordeada de árboles, con sitio más que suficiente para carruajes y gente de a pie. Y es un dolor que la hayan convertido en basurero, toda una acera hállase llena de promontorios de basura; por fortuna, la naturaleza se ríe de tales incurias, y hermosea lo que mejor le place. Gracias a ella, la calzada es bella, bellísima, y el mismo descuido en que la tienen, hace resaltar esa belleza, que es indescriptible. En la acera opuesta, vegetan miserables habitaciones de inquilinos pobres; la fachada, blanqueada de cal; los huecos de la puerta y de las ventanas, como otras tantas manchas obscuras; a corta distancia, unos mal llamados bancos, muy primitivos, una tabla entre dos troncos de árbol, una piedra a medio hundir en la tierra. Por ahí nos sentamos ella y yo, cuando caía la tarde; la indefini-

da y cercana separación, imponiéndosenos cual lo que en realidad era: un hecho brutal, de los que carecen de remedio, los que nos tornan mudos, hurańos, pensativos. Nos habíamos tomado de la mano, mientras yo, con la que me quedaba libre, azotaba las yerbas enhiestas, que se doblaban de prisa y se enderezaban despacio, con algo de reproche en la lentitud, como si me reprobaran mi barbarie. Andábamos en los encargos postrimeros, en las postrimeras promesas, insegura la voz, los ojos húmedos:

—¿Me escribirás? ¿Pensarás siempre en mí? ¿A nadie querrás tanto?....

De tiempo en tiempo, indios transeuntes pasaban por el camino; nos daban las «buenas tardes» con respeto, quitándose el sombrero y admirando quizá, para sus adentros, la elegancia y la figura de mi querida.

De súbito, desfiló delante de nosotros un batallón de huérfanas, resguardado por cinco o seis hermanas de la caridad, indiferentes, abstraídas, pura la mirada, casi tan blanca como sus cofias; las niñas, parleras y contentas en medio a su desgracia, coloreadas las mejillas por el paseo; sus risas y vocecitas contrastando con el toque de «oraciones» allá en los templos, y que nos llegó con mucho de piedad en el eco, vagabundo y triste....

Nos separamos conmovidos, en la primera esquina; sin querer comunicarnos los presagios que nos habían asaltado.

Después, la despedida en la estación; yo, solo en el andén; tres meses de ensueño.

Cuando ya en mi cuarto, a solas con mi dolor, le dí libre curso, me pareció no haber sido sino un muchacho, que desde el colegio oye desfilar solda-

dos y música militar, sale, corre, ya pasó; apenas si divisa, al volver de la calle, los últimos dorados; apenas si escucha la música que se desvanece; lo que ve claramente, es el polvo levantado por la tropa en su marcha!....

***

Fuera de la Academia correspondiente de la Real Española de la Lengua, no existían en Guatemala ateneos ni centros literarios; los literatos, trabajan en sus casas y costean las ediciones de sus obras. Yo trabé buenas relaciones con don Salvador Falla, don Antonio Batres Jáuregui, y, sobre todo, con don Agustín Gómez Carrillo. De literatos extranjeros, allí domiciliados, conocí y traté con bastante intimidad, a J. J. Palma, el dulcísimo poeta cubano, que por razones de política, según presumo, no puede volver a Cuba. Lo vi por primera vez en un baile de tono, donde las señoras le obligaron a recitar versos suyos a la hora del *buffet;* el *champagne*, hirviendo dentro de las copas; los hombres de pie; las señoras, escotadas y sonrientes. Adelantóse Palma, y con la voz simpática que posee y a la que sabe prestar modulaciones casi musicales, dió principio a una de sus composiciones, no recuerdo cuál; lo que sí recuerdo, es que nos emocionó a todos; que por un rato, desterró de todos los semblantes esa alegría inmotivada e idiota de los bailes. A partir de aquella noche, y hasta que salí de Guatemala, lo veía con frecuencia y con cariño; algunos domingos los pasamos juntos, en la casa de don Ramón Uriarte, antiguo diplomático guatemalteco, poeta en ocasiones y autor de la «Galería Poética Centro-Americana.»

A don Agustín Gómez Carrillo, lo conocí en un pueblecito veraniego apellidado «Chinautla,» en la casa de un personaje del gobierno de entonces, a la que me llevó un compatriota mío. Hizo el regreso con nosotros, en el carruaje que nos había conducido; un regreso que nos salió fantásticamente peligroso; el cochero, «ebrio como la justicia humana,» roncando en su asiento; el camino, con precipicios negros; la noche, más negra todavía; yo, en el pescante, con las riendas en mi poder y las vidas de todos en las manos.

Seguimos tratándonos don Agustín y yo; algunos días almorzaba conmigo; muchas noches, las pasábamos en mi cuarto, con dos tazas de chocolate y una gran borrachera de literatura. A causa de su origen y de un viaje, don Agustín profesa a España una verdadera idolatría, un culto de enamorado; en sus conversaciones y en sus obras, la cita a cada paso con transportes y respetos de amante que vive lejos de su querida, y que, sin embargo, la tiene hondamente grabada. De suerte que nuestras charlas versaban, por lo general, sobre España y los españoles, y para no flaquear en su pasión, almorzaba los domingos en la casa del encargado de negocios de España, quien fué, para él y para mí, un excelente amigo. Mi libro, en tanto, avanzaba; el prólogo, concluído desde México, se lo mostré a don Agustín, no pude resistir a esa manía que ataca a todos los literatos, de leer y consultar lo que han escrito. Buscaba yo, además, una crítica levantada, que me estimulara o me prohibiera dar a la estampa aquel primogénito por nacer. ¿Quién mejor que don Agustín? Amén de sus obras publicadas, que atestiguan sus estudios y su preparación; amén de la «Historia de Centro-América,» que viene trabajando de tiem-

po atrás y que será la obra de su vida, es tanto su fanatismo literario, que no desdeña hasta leer un artículo de periódico, y elogiarlo, si en su sentir vale la pena. Oyó mi prólogo en silencio, me lo aplaudió fríamente, y me pidió permiso para llevárselo y enseñarlo a unos amigos. A las pocas tardes volvió con él, había gustado; y como si me ofreciera uno de sus cigarillos de hoja de maíz, sin prevenirme ni andarse con circunloquios, me formuló esta pregunta:

—¿Quiere usted que lo propongamos a España para académico correspondiente?....

Me repetí la pregunta, deletreándola tontamente, como hacemos con las cosas ininteligibles. ¿Yo en la Academia?.... Y recordé que de muy muchacho lo había ambicionado, sin sospechar que lo alcanzaría tan pronto. Aquello era un honor que se entraba de rondón en mi individuo; el premio gordo de una lotería, sin haber siquiera comprado el billete. Como distinción, no la merecía; sin merecerla sigo, ahí están mis pocos libros que no me dejarán mentir, en los que a cada página el lector tropieza con giros regionales, enteramente caseros, mexicanismos de que me enorgullezco y que me parecen naturalísimos. Si hasta ahora la mayor parte de mi vida la he pasado en México; si mexicano soy y para México escribo esencial y principalmente ¿no sería chocante y pedantesco que me expresara en madrileño moderno o en fabla antigua, que apenas si conozco al través de conversaciones y de impresos? Con todo y todo, confieso que me desvanecí ante propuesta semejante; que no fuí superior a la puerilidad de regocijarme con lo que del suceso dirían la prensa y los «mirones;» que mi vanidad se exaltó. Por eso mi resistencia fué floja y corta, deseando en el fondo que don Agustín no se arrepintiera.

—¿Lo ha pensado usted bien?—le repuse,—¿ha pensado usted que mi primer libro está aún por salir; que ni en España, ni aquí, ni en ninguna parte saben quién soy, excepción hecha de dos o tres redacciones de periódicos de mi tierra?

Don Agustín, encariñado con el prólogo, no cejó; a todo le hallaba respuesta y salida.

—Deje usted la responsabilidad a mi cargo, no le garantizo que logremos el título; voy a procurarlo, porque lo estimo de justicia, porque si es cierto que comienza usted a producir, es usted trabajador, y basta. De esa madera debían de ser los candidatos todos.

Y él, don Salvador Falla y don Antonio Batres Jáuregui, académicos correspondientes los tres, me propusieron a los de allá. A vuelta de correo, recibí el diploma de miembro «en la clase de correspondiente extranjero,» y acompañándolo, una comunicación subscripta por la mayor gloria del teatro español moderno, Manuel Tamayo y Baus, en la que me hacía saber que: «a propuesta de los excelentísimos señores don Juan Valera, don Manuel Silvela y Conde de Casa Valencia,» la Academia me aceptaba en su seno. Al pronto, antojóseme contraer con el nombramiento un compromiso enorme; la obligación de ir a podrirme en las bibliotecas; de manosear clásicos y sabios sueltos; de aprender un poco de lo mucho que ignoro, y sólo a fuerza de toparme por el mundo con cada académico de los que por él andan, se ha tranquilizado mi conciencia. En definitiva y con mi tal nombramiento, la Academia no hizo sino aumentar el número de sus malos correspondientes; a ella y a mí nos lo tenga Dios en cuenta. Lo que no ha de tenerme, y con razón sobrada, es una debilidad imperdonable; debilidad de niño o de adulto su-

perficial: retratarme, años después, con el uniforme de secretario de legación y con la medalla de la Academia, es decir, retratar la medalla y el uniforme! ¿Por qué no se rompería el negativo?

Por lo demás, llegué a vivir en Guatemala bastante complacido, y, si a mi salud le acontece lo propio, mi permanencia allí se habría prolongado indefinidamente. Guatemala, en mi tiempo, se hallaba dividida en dos bandos enemigos, dos bandos que se profesaban uno de los odios más cordiales que me haya sido dable admirar; el bando de los «cachurecos» o conservadores, y el de los «panteristas» o liberales; denominación gráfica y que comprueba la especialidad que tiene Guatemala de los motes espirituales; siempre encuentra el vocablo cáustico, la palabra adecuada; lo mismo para un partido que para un individuo, para un defecto que para una virtud. El movimiento social de que yo pude participar, era nulo; las señoras no «se quedan en su casa» determinado día; el teatro no ofrece sino una buena temporada anual; son contadas las familias que pueden visitarse por las noches, el uso ha establecido que las visitas se hagan los domingos, a partir de la una y hasta la hora de comer; dos veces a la semana había «retreta» en la «Plaza de la Concordia» — un parque pequeño dentro de la ciudad — a la que concurre todo el mundo: da uno vueltas por avenidas de plátanos, se saluda a las amigas, la noche está apacible, voluptuosa, y la música toca bien; pero, a la hora a que debía comenzar el paseo, las ocho y media o las nueve, era la hora a que concluía; entonces, se aplaudía la última pieza; oíanse, por entre el follaje, las risas de las señoras que se prestaban a la broma, y, el director de la banda, dándoselas de galante, cedía y prolongaba el concierto con otra pieza más, sólo una.

A pesar de lo expuesto, el guatemalteco es sociable, y más que él, la guatemalteca, que sabe vestirse, sabe conversar y baila con elegante abandono, pues cuando por excepción hay un gran baile, la diversión resulta digna de cualquier centro culto y refinado. Desgraciadamente, éstos son muy escasos; tiene uno que conformarse con tratarla en el teatro, durante los intermedios, y en los toros algunas ocasiones, en las corridas notables, en las de beneficencia o en las de aficionados.

Lo que es para un soltero, Guatemala no presenta atractivos, a menos que no sea partidario del aislamiento y de la vida reconcentrada. En el año y medio que la habité, y no obstante su hipódromo aceptable, no vi ni unas carreras medianas. Aseguráronme que las habían disfrutado antes, en tiempos mejores.

Lo que es pasmoso, es la potente vida póstuma del que fué presidente de la República, don J. Rufino Barrios. Personas hay, que tiemblan aún al recordarlo; y si son ciertos los horrores y los crímenes que de él se cuentan, resulta un tristísimo personaje, una equivocación de la humanidad, una errata de la raza, un monstruo y no un hombre. Palizas, prisiones, tormentos y espionajes eran la ración cotidiana que él suministraba; el régimen del terror en toda su plenitud. Yo lamento no haber alcanzado el gobierno de Barrios, haber ido a Guatemala después de su muerte, porque me hubiera complacido verle de cerca, como me complace el detenerme junto a una fiera cuando puedo estudiarla sin riesgos – y mi investidura poníame a salvo de sus arranques. Me limité, pues, a visitar su tumba, sobre la que se levanta un monumento irónico: una columna tronchada! . . . .

Entre las impresiones pintorescas que de allá con-

servo, descuella la de las procesiones religiosas de la Semana Santa. Yo no las conocía, porque en México están prohibidas desde el 67, y sólo en los pueblos de campo, dentro de las dependencias de los templos rurales, existen todavía, más como recuerdo grotesco de los antiguos boatos y esplendores, que como ceremonia destinada a despertar devociones y entusiasmos. Para saber lo que fueron, es necesario acudir a la abuela, a los parientes viejos; a los que llaman «masones» a los liberales; a los que perpetúan en nosotros ese cariño nacional e histórico por nuestra virgen de Guadalupe, la virgen india, el estandarte del ejército insurgente y la madrina de nuestra independencia.

Así es que esperé con alborozo la Semana Santa de Guatemala; contribuí a los adornos de la casa de huéspedes; ayudé a la patrona y a sus hijas en la colocación de las cortinas, de las flores, de los farolitos. Para las ventanas laterales, y a falta de más cortinas, echamos mano de sobrecamas blancas, las recién entregadas por la lavandera. De abajo, la fachada ha de haber parecido cosa mejor, pues la gente humilde hasta se detenía a verla, y continuaba su camino con gestos aprobatorios. Instalado en un balcón, presencié el desfile, no perdí ripio. Sobre las aceras, el pueblo en masa, hombres, mujeres y chiquillos, tenidos a raya por los agentes de policía; los uniformes azules de éstos, y sus rostros color de bronce, en artística disonancia con el conjunto movedizo y abigarrado de la multitud. Las calles, adornadas; cada vecino, deseando quedar por encima de los demás, en materia de ornato; algunas casas, sin nada, un hueco desnudo, el dueño es librepensador, o indiferente, o funcionario. Ventanas y balcones, coronados de curiosos. El empedra-

do, cubierto de flores. De repente, las campanas de la Catedral anuncian la salida de la procesión; oleaje, gritos:

—Ya ha salido! Ya viene!

La procesión, al fin. Primero, una orquesta de músicos del Conservatorio, tocando con trabajos, a causa de lo incómodo de la postura, un aire triste. Luego, las personalidades más conspicuas del clero (pues el obispo vive en el destierro), cubiertas de casullas y prendas de valor, bordadas de relieve, marchando paso a paso, bajo palios de telas riquísimas, afeitadas las caras, y por entre los labios, esa eterna sonrisa de los grandes dignatarios de la Iglesia, sonrisa que es mezcla de triunfo y de mansedumbre. Luego, imágenes de la Virgen, vestidas con regio lujo, ostentando alhajas verdaderas, una fortuna en pedrería, sobre andas de terciopelo y seda, llevadas en hombros por los fieles; la imagen de la Trinidad, y la imagen de Cristo, la cruz a cuestas, el rostro ensangrentado, la corona de espinas; una escultura bellísima, que me conmovió profundamente. Entre imagen e imagen, un grupo de sacerdotes revestidos; y en el centro de la procesión, bajo palio también, un padre conduciendo la custodia, en alto, las manos enclavijadas, mientras, una campanilla sonaba y sonaba, como grito de niño, y el pueblo caía arrodillado, por grupos, cual si lo doblegara un huracán; los policías, impasibles dentro de sus uniformes azules, y con sus rostros de color de bronce. A los flancos de la procesión, dos hileras de penitentes, vestidos de sambenitos negros, un gorro cónico en la cabeza, la fisonomía enmascarada, un cirio encendido en la mano, silenciosos, fúnebres, horribles.

Aquello duró varias horas; pasaba y pasaba, sin

acabarse nunca, con ondulaciones de pesadilla, con rumor sordo de plegaria; y en tanto, en la Catedral persistía el repique, los ánimos se hallaban tristes. Por vía de descanso, levanté la cara ¡qué delicia! el sol me consoló; más poderoso que la ceremonia, inundaba la ciudad entera, hacía empalidecer los cirios, embellecía la procesión misma, y allá, en las cercanas montañas, pródigo y risueño, se extendía como una promesa de eterna vida y rejuvenecimiento eterno.....

Al mes siguiente, mi partida; los inconvenientes de la carrera, de bulto. No podemos, o mejor dicho, no debemos contraer en ciudad ninguna amistades ni afectos; ni recrearnos con sus paisajes; ni asimilarnos lo que de sus hábitos nos convenga. El ministerio está ahí que nos llama, nos traslada y nos aleja. La hospitalidad con que nos brindan, nulificada; las caras bellas y los brazos amigos, incapaces de retenernos. Soldados a nuestra manera, somos esclavos de la consigna, que nos manda viajar, viajar siempre, con la certeza de no trasponer dos veces el mismo umbral. País que hemos habitado y que abandonamos, no volvemos a verlo; tenemos que suplir con recuerdos, que apelar a la memoria, voluble de suyo, el placer de un retorno imaginativo, si estuvimos contentos.

El mismo vapor que me condujo a Centro-América, el *Colima*, fué el que me devolvió a San Francisco de California. Embarcado ya, volví a contemplar la costa: una línea recta y esfumada. Hice un balance, y no me había ido mal en Guatemala; tres cosas veía yo con ternura, allí, en la playa: el diploma de la Academia; mi primer libro publicado, y, poetizándolo todo, los ojos de mi querida, negros, amantes, inolvidables y adorados!....

XII

MI PRIMER LIBRO

La intención de escribir un libro, me vino mucho tiempo antes que mi nombramiento de secretario de legación; me vino a raíz del éxito de «La Señorita Inocencia,» durante una enfermedad que me hizo guardar cama cerca de dos meses. Y me vino, por ambicioso; porque no me conformaba con fabricar revistas semanales para un diario, revistas que podían darse de santos con vivir sólo un día; porque los aplausos que recogí con mi traducción, no me fueron bastantes, precisamente a causa de que me colocaban de traductor, bueno o malo, pero siempre de «traductor.» Quería algo más; hacer algo mío, de los pies a la cabeza, así me saliera un engendro o un aborto. Ser «autor» pésimo, parecíame preferible a ser «traductor» notabilísimo, y sigue pareciéndomelo. Por varios meses, anduve con un libro informe dentro de mi cabeza, que me amargaba diversiones y paseos, que me obligaba a huir de amigos y visitas. Él me pedía salida, y yo

no podía dársela, no sabía cómo se hacían esas cosas; era yo un «primerizo» ignorante y pusilánime. Debía estar imposibilitado para empresas de tal altura, y recordé mi fiasco en *El Diario del Hogar*, cuando Filomeno Mata se empeñó en que escribiera yo historietas o cuentos para los números literarios de los domingos. Me resultó una monstruosidad, que por todas partes mostró su trama mentirosa y burda; quedó demostrado que carecía yo de inventiva, que nunca llenaría un folletín con maniquíes sacados de mi fantasía.

Sin embargo, era la novela la que me atraía y la que se defendía de mis merodeos; testigos: bastantes cuartillas manuscriptas y despedazadas, allá en mi elevado cuarto de Iturbide, porque no me satisfacían. Volví la cara a nuestros novelistas ya consagrados, en busca de rumbos y derroteros; no me remonté mucho, me quedé con los novelistas de ayer, y ningún rumbo me dieron. Llenan una librería, han escrito mucho, mas lo mucho que han escrito, fuera de una que otra página llamada a perdurable vida, antojóseme empolvado, con telarañas casi, y con pequeños resabios de los novelistas españoles anteriores a Alarcón, Pérez Galdós y Pereda. No eran de mi época; hablaban a la manera de los conocidos viejos de mi casa, los que con mis padres lamentaban el desaparecimiento de tiempos mejores y marchitos. Del grupo, y escarbando bien, caíame de cuando en cuando, un brillante, como: «Una Rosa y un Harapo» del viejo Ramírez; obra interesante y romántica, que interesa más todavía al que, cual yo, ha conocido a su autor – muerto hace poco – en su decadencia desconsoladora y prolongada, en su odisea diaria al través de las redacciones; tuteándonos a todos, ancianos y mozos; aquí,

dando hermosura a un período mal nacido; allá, proponiendo en venta una pipa usada, un lapicero de metal; y arrastrando por calles y cafés, su bastón nudoso y sus piernas de valetudinario; encorvado el cuerpo; el bigote, amarillento por el cigarro; a medio caer los anteojos; las canas de la cabeza, escapándosele debajo del sombrero, como copos de nieve; personificación perfecta de lo que era: una víctima de la pluma y un vencido de la vida.

Y fué un contemporáneo, Emilio Rabasa, quien con sus novelas recién publicadas me dió, sin saberlo, la solución que yo necesitaba para aventurar mis tentativas. No pintaba la luna, ni aventuras extraordinarias, ni amores inverosímiles, sino que pintaba sucesos y personas que nos eran conocidísimos, que nos sabíamos de memoria; y sacó a luz nuestros pueblos, nuestra capital; no se sonrojó de hablar de calles como la del Puente de Monzón, ni de nuestras casas de huéspedes; mas lo hizo con tal arte y con tal verdad de colorido, que yo me dije:

—Si el arte te falta, adquiérelo; pero ya tienes ahí el secreto. Pinta y habla acerca de lo que veas y de lo que hayas visto; ésa ès la novela que buscabas, la que siempre interesa y la que siempre vive.

Me asomé entonces a mi humilde paleta, había colores. Juventud pobre; dos años en un juzgado de lo civil, y dos en uno de lo criminal, es decir, de un lado la sociedad culta, la que gasta carruaje y se confiesa, va al club, al teatro, a los bailes, y en sus litigios judiciales pone al desnudo reconditeces asquerosas; y del otro lado, los pobres, los viciosos, los que roban en las casas y los que matan donde pueden: todo un mundo. Unido a esto, mi temperamento de amoroso y de neurótico, mi práctica de pe-

riodista, alguna observación, algunas espinas de los senderos de mi existencia: podía pintar!

Y encontrada la vía, sobraban los viajeros, al alcance de la mano, sin más trabajo que el de selección. En el primer momento, no sabía por cuáles decidirme; estaba yo como los chiquillos que van a una juguetería, y quisieran llevarse todos los jugetes, éste por una cosa, aquél por otra. El título llegó por sí mismo, «Del Natural;» le añadí lo de «esbozos,» porque no me sentía fuerzas para un cuadro; ya vendría él, si el público lo permitía. Y sin saber de teorías ni escuelas dominantes o de moda; sin consultas, censuras ni ayudas; con la secreta convicción de que estaba en lo justo y secretos deseos de arribar a lo bello, me lancé a escribir a la buena de Dios esa obra mía, que es la más espontánea, y consiguientemente, la menos trabajada.

El prólogo y unas dos hojas del primer esbozo: «El Mechero de Gas,» los concluí antes de partir para Guatemala. Que el argumento es cierto y ciertísimo, lo comprueba el que muchos lectores mexicanos hayan reconocido a los protagonistas, por más que procuré disfrazarlos con lo mejorcito que poseía yo en mi guardarropa. Claro que el hecho no acaeció cual yo lo cuento, pero el fondo es el mismo. Conocí a la señora, en el teatro, cuando nada aún se susurraba; a su marido, jamás le he hablado; de intento no quise que nos presentaran, para retratarlo a mis anchas, sin que se me tache de desleal o de indiscreto; y el día en que supe que se habían marchado a vivir a uno de nuestros Estados fronterizos —donde lo supongo todavía, ya maduro y con vástagos— en compañía de su esposa, después de una reconciliación que se ha de haber verificado en el seno de la familia, sin que se enteraran los curiosos,

y por disminuir el escándalo, me alegré por la pobre mujer. Nó, aquella mujer no delinquió por vicio ni por curiosidad malsana; sucumbió porque la empujaron, como sucumbe el cincuenta por ciento de las adúlteras en nuestra América española, principalmente, donde el adulterio es planta exótica, aun que por ley fatal comience a adornar algunos *boudoirs* femeninos de distintas categorías sociales.

Conforme avanzaba yo en mi esbozo, más incongruente me parecía su título; primero, porque en México son pocas las casas con alumbrado de gas; sólo se mira en los teatros, en las calles, en los cafés, en el comercio, en las moradas de los ricos y en los templos protestantes; y segundo, porque aun suponiendo con gas una casa de alquiler ¿de qué diablos iba a servirme para mi asunto? ¿cómo un mechero de gas figuraría por decorosa manera en tan resbaladiza historia? Suprimirlo, me causaba pena, pues en mi opinión, comunicaba a la acuarela toda, cierto tinte de distinción y aristocracia; hasta llegué a prestarle alientos socialistas y destructores, que fuera la causa de un incendio en el hogar mancillado, un incendio purificador, vengativo, con quemaduras para la infiel y para el ministro y para todo el mundo, los bomberos inclusive. Pero la realidad se reía a carcajadas, me llamaba calumniador, novelista de pega, y desistí del incendio, me declaré por las compañías de seguros. Cómo me estorbó el maldito mechero; más de una semana interrumpió el libro, y durante ella, acabé de convencerme de que lo más insuperable para el que principia — y aun para los que terminan — es pintar la verdad, la verdad honrada y bella en arte, la que rechaza falsedades y convencionalismos. La misma verdad me sacó del aprieto; en un caso análogo, ocurrido en

Guatemala, y que me contaron pormenorizadamente, una vela que agonizaba en su candelero, formuló la delación con su chisporroteo de cirio funerario y su pábilo retorcido, hecho pavesas; olvidada en un comedor, había ardido la noche entera, mientras a pocos pasos dos amantes se amaron. Por eso mi mechero de gas arde también toda una noche, y su flama amarillenta, en forma de abanico, que la criada apaga a la llegada de Javier, sírvele a éste de pretexto para reñir en broma a Elisa y para aclarar su desgracia. Los capítulos siguientes los escribí en pocos días, dejando de salir a paseo con Roa y con Le Brun, solo en mi cuarto, el balcón abierto, en medio de ese majestuoso silencio de las noches de Guatemala, que sólo turban las pisadas de raros transeuntes, pisadas cuya resonancia se prolonga tres y cuatro calles, hasta perderse de súbito.

La noche que concluí «El Mechero de Gas,» no cabía en mí de contento; leí alto las 66 cuartillas que lo formaban; corregí pasajes íntegros; redondee otros, y, lo diré de una vez, lo encontré bien ejecutado. Hay que considerar que era eso lo primero del género con que me obsequiaba mi pluma; mi primer trabajo que presentaba cuerpo, por mucho que éste fuera anémico; el comienzo de mi primer libro. Que me valoricen los del gremio, los que por allí hayan pasado o estén pasando ¿tenía o no tenía razón?

* * *

En compensación, el argumento de «La Excursionista,» que es el esbozo número dos del libro, no tiene ni pizca de verdad. Lo imaginé con motivo de un

suceso que pudo ser de consecuencias para México, y que se verificó en la frontera del norte; una mutua demanda entre un mexicano y un individuo de Texas, un tal Cutting, que estuvo preso en la cárcel de Chihuahua, que exigía indemnizaciones y satisfacciones, y que concluyó predicando en sus terrenos la invasión armada a los nuestros. Zanjado el conflicto, y con aplauso halagüeño para nuestra diplomacia, quedaba, a mi entender, un campo fecundo por explotar, nuevo y oportunísimo. Inventé, entonces, lo de un filibustero que, disfrazado de mujer, penetra en México con el fin de palpar por sí mismo, si sus muchos connacionales desperdigados en la República lo ayudarían en su empresa guerrera. Debido a la falsedad de la base en que el cuento reposa, salióme éste el más débil del volumen; y para contrarrestrar sus pocas fuerzas, me esmeré en que el marco y los detalles fueran exactos. Me apropié toda una excusión de americanos, por lo cómico y lo pintoresco que en ellas abunda. Año por año, desde que terminaron el Ferrocarril Central — la primera línea que nos abrió diaria comunicación con los Estados Unidos — nos visitan, a lo menos, dos o tres excursiones de viajeros de ambos sexos. Llegan muchos, muchísimos, cada vez más; hombres, mujeres, señoritas, niños; hay mercaderes, padres protestantes, literatos, dispépticos y millonarios; hay *misses* rubias, encantadoras, que lo miran todo como si prometieran algo con el casto mirar de sus ojos azules; hay chiquitines endemoniados y blancos, vestidos de marinero, que se conducen en los hoteles y en las calles, cual si estudiaran el abordaje por el sistema objetivo; hay solteronas rectas, mal encaradas, la espalda tan lisa como el pecho, lo que al pronto le hace a uno dudar de si van o vienen; hay

periodistas en vacaciones, que nos estudian según su leal saber y entender ¡y así nos ponen! hay uno que otro sensato y concienzudo, y los grupos ente ros son benéficos: protegen la industría, hasta la de ídolos falsificados; animan el comercio; dejan su dinero por dondequiera, sin regatear, francos, ignorantes y serios. Allá, en un principio, hace ocho o diez años, no todo el mundo se aventuraba en las excursiones, eran una hazaña que pedía meditación profunda de parte de los excursionistas, y casi la factura previa del testamento; la prensa de los Estados Unidos, declaraba con tanta formalidad que en los caminos y ciudades de México, los ladrones, los bandidos y los rateros nacían por generación espontánea y liberal, que los miembros de las primeras excursiones, se nos entraron hechos unos arsenales. Todo México ha de recordar aquellas dos *young-ladies* que pasearon las calles de la metrópoli, armada cada cual con un revólver monísimo. Y resultaba triste, en la cintura de dos mujeres bellas, en el voluptuoso calor de su talle, en tuteos con el corsé y oprimidos deliciosamente por el final de sus opulentos bustos, esos dos revólvers mostrando su cañón niquelado, entre las flores del pecho y la «limosnera» del vestido.

Además, y por mi condición de huésped antiguo del hotel de Iturbide – el preferido de las excursiones – éstas quedaban a mi inmediato alcance; las observaba a cualquier hora; cuando salían, cuando entraban atormentadas con sus compras; cuando los pequeños comerciantes, los que nunca están en paz con los gendarmes, invadían el patio con loros y cotorras, con muñecos de cera, de trapo, de barro de Guadalajara; con pájaros pintados a mano, que andaban por el suelo sin fuerza para tender las alas, me-

lancólicos y mudos, martirizados de antemano por los vendedores. Y era aquél, un cuadro lleno de colorido; las excursionistas de gorro y guantes, en discusiones a señas, pasándose los objetos, arreglando los precios a grandes gestos sin palabras, por grupos, por parejas; los vendedores, truhanes, con guiños maliciosos, encareciendo la mercancía, aprovechando el sol para hacer resaltar colorines y plumas, mientras los hombres, sentados en los sillones del salón, formando semicírculos, los pies apoyados en las columnas, mascaban tabaco, aprobaban desde lejos los contratos de sus esposas y de sus hijas, y al fin, sacaban el portamonedas, hacían un recuento sobre la palma de la mano, y alargaban la suma prometida, muy contentos, risueños, satisfechos, pronunciando *Mécsico;* poseídos del secreto alboroto de adornar con aquellas curiosidades el hogar lejano, *the home*, *the sweet home*....

Quise también pintar en mi esbozo, al señorito acomodado de México, al niño fino que vive en preocupación perpetua del cuello de sus camisas, de las herraduras de sus caballos, de la librea de su lacayo, del *baccará* de su club y de las bailarinas del teatro. Tipo que, no obstante su universalidad, difiere en pormenores debidos al medio en que se desarrolla. Cada nación los bautiza de distinta manera; en Londres, se llama *snob;* en Paris, *lyon;* en Madrid, *sietemesino*, y en México *lagartijo*. Llámasele así, porque acostumbra estacionarse contra las paredes y vidrieras de nuestra avenida principal, y estar allí una o dos horas en charla con los amigos, mirando las mujeres que pasan, fumando cigarrillos o pensando qué hará a la tarde; en una quietud y en una ociosidad, sólo comparables a la de las lagartijas cuando toman el sol en los derruídos muros de las

casas de campo o en los troncos de los árboles. Y tenemos el *lagartijo* rico, el *lagartijo* aficionado y el *lagartijo* imitación; yo copié de los primeros, porque son los que más se prestan a emprender la conquista de una extranjera, en razón de que disponen de metales. El muchacho de quien hablo, de quien digo que después de su fiasco «se retiró a la vida privada,» existe todavía, aunque por desgracia suya, continúa en la vida pública y activa.

***

El asunto de mi tercer esbozo, intitulado «El primer caso,» nació de la cruzada intentada por la prensa, para que se admitiese a la mujer en algunas de las oficinas del Estado, correos, telégrafos, etc.; una cruzada nobilísima, llena de considerandos humanitarios, de frases de apóstol; haciendo conocer al público la miseria en que se debate una mujer, cuando no hay hombre que la ayude o la sostenga; los asesinatos que perpetra la máquina de coser; la mezquina retribución que produce la aguja; los abusos de los proveedores del vestuario de la tropa. Una grada más arriba, ocupóse de las institutrices a domicilio, de las maestras de idiomas y de piano; veíaselas, al través de las letras de molde, recorrer la ciudad en sus cuatro vientos, a pie, con un mal traje para todo el año; durante el estío, diezmadas por el tifo, martirizadas por los grandes calores; y durante el invierno, aprovechando el caudal de pulmonías baratas, con que México regala a sus hijos en las heladas tardes de diciembre. Hubo su emoción, sus aplausos, sus arranques; así se hace en

Europa, así en los Estados Unidos ¿qué esperábamos? Y yo el primero, encontré muy bien todo aquello, como en efecto lo es; pero ¿acaso por ser bueno dejan de existir los peligros que siempre ocasiona el acercamiento de los dos sexos? Mientras un hombre viva cerca de una mujer, habrá deseos y tentaciones y riesgos; si son honestos uno y otra, la lucha se llevará a cabo por dentro, con algún relámpago indiscreto, lágrimas ignoradas, risas extemporáneas, horas alegres y noches tristes; y si no son honestos, o aun cuando lo sean, si la pasión es de las fuertes, de las que no se conforman con engañifas ni razonamientos, caerán infaliblemente, con la falsa creencia de que el amor nos desquita y nos cura de las muecas de la vida. Si a ésto se añade el contacto íntimo y diario de una oficina, la mutua libertad en palabras y gestos que consigo trae una labor común, el fastidio que flota por sobre los pupitres y por entre las rejillas de los oficinistas – los que para combatirlo aprovechan la pequeñez más nimia – si se añaden las oportunidades que surgen a millares, los días lluviosos y la salida lado a lado; los malos humores de un jefe, que reclaman la expansión y fomentan el odio sordo del inferior al superior; los almuerzos a hurtadillas; la única copa para tomar el agua; los ocios momentáneos y charlatanes; los días de pago, en que el dinero parece que quisiera salirse del bolsillo, premiar un mes de privaciones y de esclavitud, cuando los casados se permiten comprar un vestido de percal para la esposa o un cartucho de caramelos para los chicos, y cuando los solteros esbozan idas al teatro, se posesionan de la corbata de a peso que lleva una semana de tentarlos detrás de los cristales del camisero a la moda, y fuman un puro de «La Prueba,» y en «La Concordia» piden un café

con *brioche* y dan al mozo una propina de plata, entonces, hay que convenir en que los peligros se aumentan, se multiplican, invaden a la débil muchacha que, de pronto, ha de sentirse mal, fuera de su centro, lastimada con las brutalidades masculinas, hasta que se hace a ellas y les encuentra atractivo, y desvanecida resbala entre los brazos de un jefe calavera o de un compañero pervertido. Mi error, si acaso, consistió en adelantar los sucesos, en dar por hecho lo que sólo fué un proyecto; sírvame de abono uno que otro descalabro de ese género, narrado en corrillo y con pormenores picantes, de maestras municipales consagradas por igual al cultivo del amor y al pastoreo de la infancia. No me importa que de veras hayan sucedido o nó, bástame que el público creyera que sucedieron, y sobre todo, que sean posibles, que las premisas sean reales y sólidas.

Para los accesorios del esbozo, vale decir, para pintar los inconvenientes del acercamiento de ambos sexos, no hice sino acordarme de las cátedras de telegrafía, galvanoplastía, etc., de nuestra Escuela Preparatoria; de las de obstetricia en la de Medicina, a las que asisten señoritas. A pesar de que dentro de clase el orden y el respeto son absolutos, cruzan de tiempo en tiempo miradas que acarician, que ceden y que protestan; y más de un estudiante habrá perdido el curso, por ganar el corazón de alguna condiscípula. Si en aquel entonces hubiera sabido ya de los estragos que en las escuelas europeas hacen las pasiones de sus alumnos; si hubiera sabido cuántas de las rusas nihilistas que concurren a la Sorbona, por ejemplo, han puesto fin a su desgracia en las mansas aguas del Sena, o han perseguido al amante olvidadizo y ligero, por las «casas amue-

bladas» del barrio latino, no habría yo tenido vacilaciones, y habría hecho más hincapié en lo de los peligros de las oficinas; pero los dramas que en las de Europa y en las de los Estados Unidos se verifican, sin que la estadística los divulgue ni prostituya, no los supe hasta muchos años después.

Por último, y para dar vida a la familia de don Isaac Cortijo, me fué suficiente revivir a cualquiera de las familias pobres que son el excedente de todas las ciudades ¡he conocido tantas! Me fijé en una, un matrimonio y dos hijas, de dieciocho años la una y de catorce la otra; el padre, con un empleo mísero, la madre, enferma; viviendo todos en humildísima vivienda de populosa casa de vecindad; el patio empedrado, con su caño en el centro, descubierto y sucio; contra los guijarros, camisas recién lavadas, con los brazos extendidos, como persona desmayada en su caída, y gallinas hambrientas y muchachos desarrapados; la escalera, a la intemperie, un niágara de agua negra en la época de lluvias; los corredores de la vivienda, grises y desconchados. Aun veo la sala, desnuda, los ladrillos del piso, rojos a fuerza de fregarlos; un sofá de crin, con barrancos alpinos en el asiento, una pata de menos y apoyado contra la pared; media docena de sillas de tule; junto al balcón, las muchachas sobre sus bastidores, aprovechando, para los bordados, la última claridad del crepúsculo, y encima de la consola, también de pino, un cuadro de canevá con vidrio, que representa un perro de lanas multicolores, con esta inscripción al pie, hecha de letras doradas y de imprenta:

—«A mi adorado papá en el día de su santo.»

De ahí saqué a mi heroína, de ese medio sombrío, sin apiadarme de su virginidad. Interrumpí su bordado, la arrebaté a sus padres; dejé a éstos a medio

concluir la novela sin empastar, de Pérez Escrich, que les prestaría el vecino de la «principal,» y que leerían por la noche, a la macilenta luz de una vela de sebo; la arranqué de su única distracción: asomarse los domingos al balcón, sonreírle desde ahí a un novio anónimo, que la haría soñar con el casamiento, con su casita «suya,» con los chiquitines que la llamarían mamá, y a los que ella querría con toda su alma....

***

Al cuarto esbozo lo apellidé «Uno de Tantos,» porque el artículo en que me ocupo, abunda más de lo que fuera de desearse. Esos cariños por las actrices francesas, que nos visitan una vez al año, se generalizan hasta alcanzar las proporciones de positiva epidemia; diríase que México, es una de las islas novelescas que carecen de mujeres, y a donde, con caridad intermitente, arriban barcos cargados del delicioso fruto que, de Adán acá, remueve todos nuestros apetitos; tal es la precipitación de los elegantes, en adquirirlos y disfrutarlos a cualquier precio; sin reparar en los desperfectos que traen consigo, desperfectos del camino, de los años, de su ninguna higiene. En nada se repara ¿es mercadería de París, cómicas francesas? y se hace agua la boca, se exponen la salud y la fortuna, se corre tras ellas con ceguedad de hambriento y liberalidades de millonario. Por supuesto, son las coristas las que mejor resisten el asalto, por ser las más en número y las que exigen menos; las primeras partes, se las reservan los audaces y los adinerados. Yo las conozco al palmo, lo mismo a las unas que a las

otras; en mi amor por los escenarios y en mis cinco años de periodista, las traté diariamente, en el hotel, en la redacción, en los ensayos y en los entreactos; poseo, con autógrafos, los retratos de la Judic, de la Théo, de la Pirard; les consagré críticas galantes, ramos de flores baratas, y, Dios me lo perdone, hasta versos! Por la Théo, me firmaba *La Cocardiére*, en recordación de una de las obras que representa con mayor gracia: *La Jolie Parfumeuse;* a la Judic casi la privo, sin quererlo, de una perra diminuta que le habían regalado, y a la que ella dió el pomposo nombre de «Marquise;» resbalóseme de entre las manos, y se le torció el cuello con el golpe; a la Pirard la seguí hasta Puebla, como pretendiente, formando un grupo de familia, ella, su padre y yo. Era belga ésta última, y aproveché su nacionalidad para mostrarle el orgullo de esa ciudad–heroína: los fuertes de Guadalupe y de Loreto, que doblegaron al pabellón francés en la jornada memorable del 5 de mayo del 62. ¡Benditos fuertes! resistióse el padre de la Pirard a subir a ellos – la ascención es penosa – y ella y yo, trepamos de la mano, riendo de las piedras, arrancando rosas, la mañana fresca, el sol acabado de despertar. En una de las fortalezas, tomamos resuello sentándonos en uno de los antiguos cañones españoles, que sirven de cabalgadura a los hijos del guardián; la esposa nos vendió dos vasos de leche; se oía el canto de un gallo oculto; una vaca, con la cara vuelta hacia nosotros, rumiaba yerba, y nos miraba, nos miraba con sus ojos grandes y tristemente curiosos. Le expliqué la batalla a la artista. Recorrimos el fuerte medio derruído, y apoyados en un bastión, le dije que allí había estado el coronel Fulano, y que yo estaba en Puebla porque la quería mucho; tonterías que la

hacían reir, azotarme el rostro con una rama, y que, de cuando en cuando, le coloreaban la cara, defendida con un velito blanco y las grandes alas de su sombrero de paja. El viejo se impacientó, nos llamaba con el pañuelo, y en el descenso, junto a un árbol, sin que supiéramos cómo, perdió ella un beso, que yo encontré acurrucado entre mis propios labios....

Con coristas he cenado más de veinte veces, allá en los gabinetes altos de «La Concordia,» las he oído hablar de grandezas, las he visto dárselas de modales elegantes, distinguidos, y romper una ensaladera o derramar el vino sobre los manteles; las he visto frente a los escaparates de las joyerías, hacer cálculos con los dedos y robos con la mirada; las he oído en los ensayos, formar alianzas defensivas, pasarse el cliente que paga bien, hablar pestes del que paga mal. Y no me indignaban ¿por qué? En su crasa ignorancia, figúranse un viaje a América como una enormidad; nos creen con plumas, y nos hallan con billetes de Banco; nos suponían salvajes, y nos encuentran de frac, tratándolas con más finura que sus amantes de la Villete o de las fortificaciones, y claro, la noticia circula, se hace público que América enriquece, y con cada compañía nueva de Opereta, se nos cuela una nube de langosta de gorro y guantes.

El «caso» que yo pinto es exacto, exceptuando la ida de Carlos a una casa de juego, que no garantizo, pues no me consta. Necesitaba llevarlo, para justificar el que con nada obsequie a la diva en la noche de su beneficio, y también para poner de manifiesto que era un «carácter» más dispuesto a seguir la buena vía que la mala. El resto, es fotográfico; la ida a los toros; la discusión acerca del sexo de la perri-

ta; la borrachera en el *restaurant;* la noche del beneficio, con la música militar en el peristilo del teatro, éste colgado de banderas y coronas, la enorme cantidad de regalos; los celos brutales del corista hombre, por las infidelidades de la corista mujer; la acogida halagüeña de que disfrutan los periodistas, todo es cierto, todo está tomado del natural. Varié el fin de la aventura, debido a que me parece más lógico el que yo le dí, que el que tuvo; es más propio, en efecto, que una de esas mujeres no dé a amorcillos que cosecha en sus viajes una importancia extraordinaria, que se entregue con mayor o menor dosis de capricho al amante de paso, que habita en el propio hotel, sabiendo que es por pocos días, y procurando, en consecuencia, sacarle todo el jugo posible. Después, se paga la posada y se dice adiós al enamorado; una y otro la acompañaron, le dieron lo mejor que tenían; la posada, el cuarto con balcón a la calle, con los muebles de lujo; y el enamorado, la cartera con sus billetes más gruesos, el corazón con sus latidos vírgenes y su sed de afecto. El mar,el camino, las ciudades nuevas le amortiguarán el recuerdo, le harán confundir las caras de los vivos con las caricias de los muertos....

En esta ocasión, falló la lógica; yo vi en la estación, al partir el tren, que la diva y Carlos se abrazaron delante de todo el mundo, conmovidos, diciéndose algo al oído, y cuando levantaron la cara, en la de ella había lágrimas, y en la de él amor y sufrimiento.

* * *

El esbozo «Vendía Cerillos» con que termina el volumen, estaba destinado en un principio a ser

el cuarto; pero me salió tan a gusto, lo escribí con tanto cariño, que le designé el último lugar, para que el lector, si conmigo opinaba, conservara la mejor impresión posible de mi libro, y, por otra parte, para no dar a éste proporciones demasiado grandes. Y lo que sucede siempre: lo que el autor ama, la crítica lo detesta; en México lo encontraron romántico y falso, y aquí, en Buenos Aires, falso y romántico. En cambio, tengo a mi favor algunos llantos femeninos, que yo sé derramados en holocausto de mi pobre fosforero «Sardín,» y la satisfacción íntima de que a mí, la historieta, continúe gustándome como obra ajena.

La genealogía de mis dos protagonistas es muy poco complicada, callejera y vulgar; son dos chicos nacidos de la tierra, que viven en las calles y mueren en la sombra; el varón, vende fósforos, periódicos, reparte programas de toros, revende contraseñas de teatro; la hembra, vende flores y billetes de lotería; entre los dos no alcanzan treinta años. No tienen apellido, porque no tienen padres, y la rara vez en que éstos aparecen, hasta ellos los explotan y los martirizan; son, en fin, dos miembros de ese batallón de infantes que existe en todas las ciudades, y que nos persigue, nos importuna con los diarios, con los fósforos, con su industria.

El original de que me serví para modelar a «Sardín,» llamábase Ismael Millán, y digo llamábase, porque ignoro qué habrá sido de él. Poseía apellido, casualmente, 14 años de edad, un traje de harapos, talento y un sombrero de palma; no poseía zapatos, ni moralidad, ni instrucción; los días en que empleaba el agua, veíase bello, triunfaba la infancia al través de sus arrugas prematuras de perdido, y la infancia será eternamente bella; los días en que no se lavaba

que eran los más, su aspecto no era seductor, parecíase al de sus compañeros, negro, sucio, repulsivo. Tenía Ismael un débil aristocrático: los cigarillos habanos; preferíalos a una propina de cobre, los fumaba con delicias de sibarita y con gestos de refinado, aislándose en la puerta de un café o un el banco de un parque. Iba todos los días al café de Iturbide, con otros cinco o seis desarrapados, que evacuaban nuestras comisiones galantes: llamar un coche, entregar un ramo, vendernos una «vuelta» de teatro, prender un cerillo al aire libre para que encendiéramos el cigarro. Ismael me fué simpático; su viveza, sobre todo, me cautivó, y lo declaré mi edecán; en aquella época no podía permitirme mayores lujos. Servíame a maravilla, conocía a mis *conocidas*, encontrábame en cualquier sitio, sabía quiénes eran mis amigos, cuál mi trabajo, cuáles mis costumbres, y aun alguna ocasión se atrevió a violar la consigna del hotel y se entró en mi cuarto, jadeante, espiritual y hablador. Comencé a protegerlo, pues sólo un sér así podía utilizar por entonces mis protecciones. Lo hice repartidor de planta de *El Diario del Hogar*, y renunció a poco; conveníale más la venta libre, sin responsabilidades ni tanto por ciento. Cuando Isidoro Pastor montó una zarzuela de aparato, en que figuraba un océano, le conseguí un papel que le encantó: hizo de ola! metido debajo de una tela y dando saltos a su capricho, con otros individuos, para simular el oleaje. Ganaba una peseta por cada representación, y quedó ya de artista; el empresario bien podía ocuparlo en las piezas que reclaman niños, y así acaeció en efecto. Era tan tunante y me agradeció tanto mi intervención, que solía exclamar cuando yo le oía:

—Al señor le debo mi carrera!

En lo íntimo, me llamaba «niño.» Sospeché que se torcía, pues una noche que pasaba yo por el portal del Coliseo Viejo, presencié una cosa que no entendí de pronto. Junto a una de las alacenas en que venden panes rellenos y cenas acartonadas y frías, el dueño había cogido de las orejas a un granuja, que chillaba; el dueño debía estar furioso, repetía las frases de «ladrón,» «sin vergüenza,» «canalla.»

—¿Qué le ha sucedido a usted? — le pregunté acercándome.

—Pues una friolera! Guardaba yo en un rincón los pescuezos y las cabezas de las gallinas que mato para mi comercio, significaban mi cena, y desde hace dos semanas que noche a noche desaparecían, sin ruido, como si se las llevaran los ratones. Hoy he pillado a este ladrón, cuando robaba, y no lo suelto hasta que no venga el gendarme.

—¿A cuánto asciende la pérdida?

—Serán tres reales, — repuso, después de un cálculo mental.

—Si se los doy a usted ¿quiere usted soltar a este muchacho?....

El muchacho era Ismael, mi edecán. No me dió las gracia, me acompañó hasta la Plaza, caminando a mi lado, sin chistar. Al separarse, no pude evitarlo, me besó una mano, y por la cara le resbalaban lágrimas, lágrimas que vi brillar con los reflejos de la luz eléctrica.

Lo perdí por mucho tiempo, y otra noche se aproximó a saludarme, cual si surgiera de las piedras.

—¿Dónde has estado?....

—Niño, he estado en la Correccional; le juro a usted que ha sido una injusticia. Nunca he vuelto a robar.... ni volveré.

El chico decía verdad, la sentí, y quise premiarlo.

—Vete a tomar café, guarda esta peseta.

—¿Me permite usted que lo tome a lo decente?....

Subióse al pescante del coche que nos conducía a un amigo y a mí. En la puerta de «La Bella Unión» no lo dejaban entrar. Intervinimos, y se instaló ante una mesilla de mármol, pegó en ella un manazo y pidió café. Echábale el camarero miradas de basilisco, mas tuvo que servir al parroquiano. Y cuando concluyó Ismael, sacrificó la peseta toda, peseta que con su ingenio le representaba muchas cosas; pero eso sí, se pagó un capricho de monarca: tutear al camarero, a la clase a que éste pertenecía, vengó antiguas expulsiones y puntapiés antiguos.

—¿Cuánto debo?—preguntó secándose la boca.

—Un real ¿no lo sabes acaso?....

—Es cierto, *puedes guardarte* de propina el que te sobra!.... Y atravesó el salón, orgulloso, sonriente y descalzo, silbando un trozo de la zarzuela en que había hecho de ola.

Desde aquella noche determiné escribir su biografía, tanto más, cuanto que le conocí su primer amor, una chiquilla despabilada y perversa que si no ha parado en lo que yo la hago parar, será por un milagro inexplicable de casualidades. Prometía ser linda, e Ismael la adoraba; me consta por sus confidencias y por haberlos sorprendido en dos o tres reyertas al aire libre. La crítica me ha echado en cara el suicidio de «Sardín,» sin otra razón que la de ser un pelagatos incapaz de amar hasta el sacrificio, según ella, según yo, nó. Mi «Sardín» pudo muy bien suicidarse por amor, aunque no se llame Werther o René, aunque no supiera leer ni escribir ¿por ventura el corazón entiende de letras? ¿por ventura los fosforeros carecen de corazón? El que de veras quiere, hombre o mujer, pobre o rico, ilustra-

do o ignorante, corre idénticos riesgos: si se ve correspondido, poseer la gloria; si engañado, apurar los infernales tormentos del desengaño, que trae consigo, entre otras cosas, el homicidio, el suicidio del cuerpo, o lo que es mucho peor, el suicidio del alma!

Excusado agregar, que la vida de esas desdichadas criaturas, la aprendí de buena fuente, de la boca misma de Ismael, y que sólo pulimenté la forma, pero sin suprimir o aumentar nada de mi cosecha.

* * *

El libro concluído, ordené la impresión, ayudado de don Ramón Uriarte, director de *La Bandera Nacional.*

Tipográficamente hablando, no me satisfizo, habría podido hacerse algo mejor, pero ¿qué me importaba? Había 3,000 ejemplares nuevecitos, apilados en la legación, y, cada uno de ellos, aunque mudo e impasible, anunciaría a la fuerza una nueva adonde quiera que llegase:

—El aparecimiento de un literato más!

XIII

EN LONDRES

Y lo mismo que un sueño nos hechiza toda una noche, nos acerca lo que tenemos lejos y mece nuestro cerebro, así el *City of Berlin* me meció blandamente en mi travesía de Nueva York a Liverpool; ocho días, en que me creí sonámbulo; ocho días, en los que minuto a minuto me asombraba de que no nos fuéramos a pique; de que el barco no se hundiera con los pasajeros, conmigo, y con el anhelo de toda mi vida: conocer Europa!

En vez del temido siniestro marítimo, un viaje delicioso; dos o tres pasajeras encantadoras; dos bailes sobre cubierta, a beneficio de las viudas y los huérfanos de los marinos; un concierto en que todos tomamos parte, yo, con las coristas, entonando a voz en cuello música inglesa, música que es una mezcla de evangelismo y melancolías de negro esclavo. En el *smoking room*, existencia británica por las noches: pipas pestilentes, *brandy* con soda, alegría seria, pies enormes, baladas irlandesas, narra-

ciones de cacerías en la India; el camarero, de frac y corbata blanca. En el comedor, corrección; con las señoras, intimidad respetuosa; en los camarotes, aseo; en la máquina, velocidad. Al caer la tarde, crepúsculos como impregnados de besos de nodriza; sobre cubierta, ojos azules y cabellos rubios; yo, en mi sillón, fumando un cigarro, cuyas espirales de humo me arrebataba la brisa fresca, la misma que nos obligaba a arrebujarnos con las mantas, mientras por la boca y la nariz se nos entraba con su sabor de fuerza y su perfume indefinible y acre. Allí permanecía yo las horas enteras: a medio cerrar los ojos, el pensamiento a medio abrir; el mar, lamiendo los costados del buque; mis recuerdos recientes y delicados, dos meses en mi tierra, con mi familia, ascendido a primer secretario, mi libro en venta; en el horizonte Europa, y en lontananza, la República Argentina, y en consecuencia, la América del Sur; lo que no conocía, lo que deseaba conocer!

Llegamos de noche a Liverpool, no podíamos desembarcar, y el capitán nos ofreció a bordo una gran cena de despedida. Dormí mal, me levanté temprano; había en el cielo, bruma; en el puerto, un fantástico bosque de mástiles desvanecidos, y frente a nosotros, un muelle colosal, de piedra, coronado de personas con paraguas e impermeables, que se empinaban para distinguir a los viajeros, y de empleados con gruesas botas y gorros de hule, que arrastraban cadenas, soltando de cuando en cuando, para ilustrar la maniobra, voces guturales, roncas, como graznidos de ave salvaje que huye.

Saltamos a tierra, abrimos los baúles, coheché a un aduanero para que no decomisara mis cigarrillos habanos, escribió éste los signos cabalísticos de costumbre, y los baúles y yo nos instalamos den-

tro de un carruaje. Y desde este momento, hasta que tomé el tren para Londres – un par de horas – ordené al auriga que se echara a caminar calles. De suerte que las impresiones que recogí, las recogí a escape, como si viera yo de prisa un estereoscopo perfeccionado; calles rectas, edificios iguales entre sí, abundancia de parques y jardincillos, algunos monumentos, varias estatuas, mucha gente, muchos carros, muchos coches, un hormiguero humano; en el cielo, siempre la bruma, y circundando la ciudad, el mismo bosque de mástiles desvanecidos. Nota curiosa: un exceso de asnos pequeños que tiraban de vehículos, pequeños también; las orejas rectas, cascabeles en el cuello, trotando con un trote menudito y humilde, por sobre el lodo gris y resbaladizo. Da alegría verlos cruzar por aquel *maremagnum*, diríase que coche, conductor y asno, convierten en juego la labor y andan de bureo, cual los mimados del puerto gigantesco. Por lo demás, nada nuevo; Liverpool me hizo el efecto de una ciudad importante de los Estados Unidos; los mismos rostros, los mismos rótulos, espíritus y cervezas a cada paso; los mismos harapos de tiempo en tiempo; la misma potencia y la misma miseria; junto a un Banco un mendigo; junto a un templo una vendedora de violetas; y ruido y movimiento y ansia de oro. El todo, salpicado de gritos religiosos impresos en los techos, con caracteres enormes, es la *Salvation Army* quien lo ejecuta, en forma de amenaza:

—«¿Ha pensado usted en su salvación?....»

Luego, en el paradero, un tren larguísimo. Cierran las portezuelas, está uno prisionero. En las estaciones del tránsito, vendedores vestidos a la manera de lacayos de casa rica, que ofrecen vasos de leche, fruta y pasteles. Ciudades y ciudades, que se

vislumbran llenas de comodidades, de árboles, de dinero; limpias, rectangulares, frías. El campo, que causa envidia, un verdadero tablero de ajedrez, pródigo, rico, trabajado; cada casilla es de un dueño distinto; y granjas y ganado y útiles de labranza; la naturaleza en nupcias perpetuas y fecundas con el hombre. Entonces, es cuando se comprende por qué vale tanto Inglaterra, al mirar sus campos. Y en los peñascos, en cualquier sitio disponible, junto a un anuncio de *whiskey*, la pregunta de la *Salvation Army*, que al fin se le clava a uno, lo preocupa, le amarga el paisaje:

—«¿Ha pensado usted en su salvación?....»

A eso de las tres de la tarde, nos detuvimos dentro de una estación monstruo.

—*London!!!*—gritaron los guarda-frenos, con mucho de orgullo en el modo de pronunciar la palabra.

Antes de descender, asomé la cabeza por una ventanilla y me sentí mareado, estaba yo en *Charing-Cross*.

¡Qué efecto el que causa Londres cuando pisa uno sus fauces! Por lo que a mí toca, declaro que fué idéntico al que me causó un gigante chino, que vi de muchacho en un museo de Nueva York. El gigante, sin duda conoció mis ascos, pues sonriendo, me invitó a montar en uno de sus brazos; y aunque yo sabía que ningún mal iba a hacerme allí, en el museo, no pasé un buen rato en la momentánea cabalgadura. Londres me asustó; quedéme en el andén con mis maletas, estremecido ante el aliento que llegaba hasta mí, un aliento mixto de cuatro millones de individuos, de humo de chimeneas, de lágrimas y de libras esterlinas. Seguí maquinalmente al cochero que había tomado mi equipaje y que me

condujo al hotel, después de rodar por calles y calles, todas largas, larguísimas, severas; en las del gran tráfico, unos postes salvavidas, positivos islotes en el centro de la bocacalle, con capacidad para media docena de personas, y esta ordenanza en alto para los cocheros:

—*Keep to the left!*

Por casual coincidencia, los dos centros más populosos que he conocido, Nueva York y Londres, los he conocido en domingo; cuando el movimiento disminuye un setenta y cinco por ciento, cuando las diversiones se suspenden, cuando aumentan los borrachos en las cantinas, a puerta cerrada, cuando la Biblia triunfa en los templos y en el hogar. El hotel en que fuí a parar, me alivió el ánimo; se halla al fondo de *Arundell Street*, en una especie de patio descubierto y sin salida; es pequeño, propiedad de italianos. En el corazón del *West End*, desembocando en la calle de *Piccadilly*, parece que le hiciera a uno señas desde su lugar, que le llamara y le ofreciera silencio junto al ruido, quietud y reposo con sus ventanas vestidas de cortinas blancas y su suizo de uniforme, que recibe a los huéspedes en la puerta de la casa, la gorra en la mano, hablando cuatro idiomas diversos.

—*¿Il signor desidera?*.... —me preguntó, creyéndome italiano.

—Que siempre me hable usted en esa lengua— le repuse, encantado de la inflexión cariñosa de su pregunta, que me curaba de varios días de idioma inglés.

Permanecí una quincena en la gran ciudad, con los ojos bien abiertos y la retina bien dispuesta; decidido a almacenar el mayor número posible de rostros, fachadas y perspectivas; codeando la vida

opulenta que encierra aquélla en sus recintos; incansable y curioso. Salía por las mañanas, a caminar, a hacer compras; si me cansaba, metíame indistintamente en un ómnibus, en un *cab* o en una *luncheon house*. A la tarde, reuníame con el señor Lizardi, secretario de nuestra legación allí, comíamos juntos casi siempre, en el hotel o en su club, y juntos íbamos después a los teatros y a los paseos. La famosa *season* había concluído ya, Londres estaba triste, según los londinenses; y el miedo que me causó en un principio, miedo de corta duración, dejó el sitio a un sentimiento de gratitud hacia los Estados Unidos. Sí señor, yo, que me habría reído de suponer, verosímil siquiera, el tener gratitud alguna vez en mi vida a los Estados Unidos, la tuve, y muy justificada; me ahorraron esa admiración servil que nos inspira Europa. Al que ha vivido en las grandes ciudades de los Estados Unidos – no hablo de museos ni de obras de arte – Londres y París no le harán abrir la boca, ni pasmarse, ni entusiasmarse. Londres y París, a pesar de sus hermosuras y grandezas, no pueden ofrecer calle ninguna que compita, por ejemplo, con la 5ª Avenida de Nueva York.

Tuve ocasión de mirar el *ballet* a la moda en esa época, el *Excelsior*, que bailaban en el teatro Alhambra, y no le encontré sino un solo defecto: demasiado automático. En compensación, hallé que las mujeres que componen el cuerpo de baile, unas 70 bailarinas, eran todas bonitas; había para todos los gustos, lo mismo un príncipe que el último de los particulares podían hacer una elección a su capricho. ¡Qué maestría y qué precisión en los movimientos, en las figuras, en los grupos! Cuando todas ellas se dirigían corriendo hasta las candilejas, casi tendía

uno los brazos para recibirlas, a las que abarcara, e impedir que aquella coleción de curvas voluptuosas se precipitara sobre la orquesta. Y cuenta que a mí nunca me han hecho feliz los cuerpos de baile; repugnan a mi delicadeza de nervioso; me causan dolor esas piernas nervudas, esas actitudes de saltimbanco, esas carreras de caballo de circo. Quiero que la mujer, sea mujer y nada más que mujer, que no me muestre sus atractivos como la bailarina, así, de una manera brutal, sino que me deje conquistárselos, írselos descubriendo uno a uno, y luego, que me acaricie, que se me muestre femenina en sus actos y en sus caprichos, que con cada placer me traiga un dolor y con cada sonrisa una vibración; que sus biceps no me inspiren temores, sino deseos de defenderlos y de besarlos; que el día, el mes o el año que me consagre, sea mío única y exclusivamente, sin coparticipaciones con un público lascivo que ha comido bien y que exige que lo exciten por su dinero. Por lo cual, me interesó mucho más la cantinera que me quedaba a un lado, tras de su mostrador, defendida por trincheras de copas de cristal y cafeteras de *christofle*, repartiendo promesas, *brandies*, risas y cigarros de Manila a los elegantes que la asediaban. El final del espectáculo me agradó bastante por su significación; es sabido que todas las diversiones en el Reino Unido terminan con el himno *God save the Queen*, que los concurrentes de ambos sexos escuchan de pie, descubiertos, respetuosos. Y aquello resulta grande, conmueve, lo obliga a uno a descubrirse también, a envidiar a la soberana que allá en su castillo, cuenta con una manifestación tan espontánea, tan general y tan significativa; que su pueblo, liberal por esencia, le consagra diariamente un sa-

ludo, la ama a distancia, sin conocerla quizá, sin distinción de partidos ni de posición social.

Lo que ofende de Londres, es el soberano desprecio con que en algunas cosas se diferencia de las demás capitales del mundo. Tomé un *cab* cierta tarde, y mandé al cochero que me llevara al *Hyde Park;* el cochero movió la cabeza sin replicar, pero yo lo atribuí á la distancia que del parque nos separaba, y me apoyé en la especie de balcón que se forma en los *cabs* al cerrar sus puertas, para disfrutar del panorama. En la reja del parque, un guardián nos detuvo:

—¿Ha olvidado usted que ustedes no pueden entrar? – le gritó a mi auriga.

—¿Que no podemos entrar? .... —le pregunté azorado – ¿y por qué? ....

—Porque aquí no entran más que los carruajes particulares, a los de alquiler les está prohibido.

—¿Y qué hago, entonces, para conocer el parque? ....

—Conocerlo a pie o no conocerlo – concluyó, retirándose con un desdén supremo.

No hubo remedio, me apee humildemente, procurando masticar las risas de los ociosos que se nos habían agrupado, recomendé al cochero que me esperara en algún sitio permitido y penetré en el parque, que es una maravilla; casi me hizo olvidar la humillación acabada de sufrir. Sobre todo, los trenes que lo recorren dos o tres horas todas las tardes, son la penúltima palabra de la suntuosidad. ¡Qué coches, qué caballos, qué cocheros y qué lacayos! Éstos, muy especialmente, van elegantísimos; deslumbrante la camisa, el frac bien cortado, afeitada la cara, una rosa en el ojal, altivos, dejando asomar apenas su origen canalla, seguros de su éxito con sus amas. El verlos me explicó esa epidemia que

ataca a varias señoras y señoritas inglesas, de fugarse con ellos para darse un hartazgo de hombre. Cuando en los diarios se leen semejantes cosas, resístese uno a creerlas, mas al mirarlos en su actitud y en su medio, las dudas se van y la convicción es plena; así tienen que ser las golosinas de una raza nutrida con *roast beef*, y a la que sobran glóbulos rojos en la sangre.

Inglaterra es la primera nación del mundo en todos sentidos; es la más rica y la más pobre; la de más virtudes y la de más vicios; la que ha elevado el hogar a una santa altura y la que permite una prostitución callejera desenfrenada y cínica; la que ha producido la mejor poesía y la que incuba la peor *prosa;* la que tiene más beneficencia y la que tiene más desventurados; en ella todo es grande. Hay cuadros en Londres, que se miran una vez y no han de olvidarse nunca, nó, aunque transcurran muchos años. Lo digo, porque yo vi uno horrible, que no es fácil que olvide.

Salía del teatro y entré en una taberna céntrica, con cristales grabados y luces múltiples; hacía frío y había llovido. La taberna estaba concurrida, los taberneros de blanco, los barriles barnizados, sus llaves niqueladas; el mostrador terso, con rebanadas de jamón, de pan, y granos de café tostado en platos de porcelana. Pedí cerveza. Junto al mostrador, un círculo de hombres mal vestidos, con caras de criminales hereditarios, conversaban sin soltar la pipa de la boca, en voz desapacible, la mirada opaca; en un rincón, un grupo de viejas cubiertas de trajes negros, un gorro en la cabeza, apuraban aguardiente en un vaso de estaño que se alargaban una a otra, y del que bebían unos minutos, como sedientas de olvido; entre ellas, hallábase una chiquilla que

lo mismo podía tener quince años que veinte; muy rubio, casi rojo el cabello, muy flaca, mirando sin ver, la cabeza apoyada en la pared, un aspecto de insensible y de embrutecida, que cogía el alma. De cuando en cuando, entraba otro consumidor, de sombrero de seda, de abrigo; ordenaba algo, lo bebía, se marchaba, y las puertas del establecimiento, de resorte automático, se abrían y se cerraban varias veces, sin ruido, cual si fluctuaran entre la calle y la taberna. Observaron las viejas que yo las observaba, y aleccionaron a la muchacha, le hablaban en la oreja, la tiraron de los brazos, hasta que se levantó, y vacilante, pálida, se llegó a mí con un descaro de enferma y una voz de alcohólica.

—¿Nos convida usted a algo?....

El tabernero me comía a señas de que nó, que no les hiciera caso, pero la muchacha me interesaba, parecíame que iba a aliviar una agonía, y las convidé a lo que quisieran, a su eterna ginebra. De pronto, un acceso de tos le coloreó el rostro; una tos seca, de las que desgarran el pecho, tos de tísica, que sonaba a muerte prematura, por envenenamiento; que la condenaba a agonizar en las calles, debajo de un puente, sola, sin más parientes que el vicio y el hambre; que la condenaba a no tener flores en su tumba, a ser arrojada en la fosa común. Su tos me estremecía, me hizo daño; aun la oigo algunas noches, al caminar a pie por las calles solitarias. Pagué y salí; habría dado veinte pasos, cuando me detuvo la tísica de la taberna; imaginé a lo que iría, y preparé cinco chelines.

—¿Quiere usted hacerme un favor muy grande, pero muy grande?....

—Sí, guarde usted éso – y le tendí las monedas.

—Nó – me contestó enfadada – ¿quiere usted darme un beso?....

No sé qué expresión le descubrí en los ojos ¿sería la borrachera, la brillantez de la tisis o una secreta necesidad de cariño? El caso es que, venciendo mis ascos, le dí de prisa el beso que me pedía, en su boca desdentada, en su boca, que olía a aguardiente y a tabaco.... ¿Lo creerán ustedes? Aquella noche dormí satisfecho de haber dado a esa pobre, que quizá moriría al día siguiente, lo que nadie se hubiera atrevido a darle, lo que vale tan poco y lo que una perdida prefiere, sin embargo, al dinero. Es una de mis mejores limosnas, aquel beso nocturno, en una calleja sombría, a una criatura huérfana de afectos y de amores!....

Londres comenzó a entristecerme; hacíame falta el sol, ver menos gente ¡se siente uno tan solo en sus calles, a pesar de sus miles y miles de transeuntes! Diversas noches me acosté temprano, con algún libro, sin experimentar tentaciones por lo de afuera, un rumor poderoso que me llegaba debilitado, como trueno que se aleja. Si hubiera yo conocido alguna familia, me habría reconciliado con la ciudad; sus casas, causan envidia vistas de lejos, adivínase que, adentro, la vida ha de ser dulce y tranquila, y yo no frecuenté ninguna; hube de conformarme con los museos, los hoteles, los teatros, los clubs y los cafés.

A la afamada Abadía de Westminster, le consagré un día entero; parecióme soberbia, y más que nada, simbólica; allí se corona a los reyes de Inglaterra y allí se les sepulta; tal circunstancia comunica al gótico edificio un tinte de solemnidad que me sumió en disquisiciones casi filosóficas. Detalle de im-

portancia: posee un busto de Longfellow, el célebre poeta norteamericano.

En vísperas ya de salir para Francia, visité el Palacio de Cristal, que deslumbra a lo lejos y por dentro seduce. Otra tarde, me la pasé en el Jardín Zoológico; visité algunos teatros más, pero me guardé muy bien de volver a entrar por las noches en las cantinas de *Piccadilly* y de las calles adyacentes. Lo que me entretenía, aunque con una fuerte dosis de amargura y de asco, era provocar a mi paso – lo mismo que cualquier masculino – las ofertas de las mujeres que por allí pululan a tales horas. Es inconcebible su número, la diversidad de tipos, de nacionalidades y de proposiciones. Las hay indiferentes como estatuas; tímidas como colegialas; tercas como hambrientas. Lo siguen a uno, se ayudan entre sí, llaman a los *cabs* con un pequeño silbido, hacen valer sus atractivos en las vidrieras iluminadas de las cigarrerías y de las casas de ostras, no se desaniman ante los empellones, desaires y malas palabras que recogen. Es una verdadera partida de lobas que acechan, persiguen, y no siempre triunfan; unas, dan tentaciones, otras, inspiran piedad, y otras, producen escalofríos. Son el regimiento de un vicio gigantesco; las plenipotenciarias del hambre; las predilectas de la ginebra, ginebra que en ocasiones es su solo alimento de veinticuatro horas! Antes de saberse la razón de la cosa, repugna semejante tolerancia de parte de Inglaterra, que presume, y con justicia, de austeridad y pureza; pero la razón, una vez sabida, la cosa entonces repugna más todavía. Las leyes inglesas, no conocen ni admiten a la prostituta reglamentada, y por mucho que las tales mujeres, con su nocturno *rodeo* desgarren la moral y la higiene, los policías no se

alteran ni las perturban; las dejan formar corrillos, seguir a un hombre; escuchan retazos de contratos rápidos y brutales, en una esquina, bajo un reverbero, junto al pedestal de una estatua, y, en caso necesario, las apoyan y las protegen; para la policía, son *ladies* que salen a tomar el fresco y que tienen el derecho de saludar a sus amigos! A este respecto, el dueño de mi hotel me narró un chasco de que fué víctima un huésped suyo. Paseaba de noche por la calle del Regente, cuando se le acercó una mujer, y colocándose a su lado, lo acompañó varios metros, desarrollándole teóricamente todo un programa de buen gobierno. Al individuo, o no le agradó la mujer o vencería la tentación, y rehusó, rehusó, con política primero, con mal humor después, y con grosería al fin.

—Que no me da la gana, lárguese usted!

A poco, lo detiene un policía:

—Usted acaba de insultar a una señora, y le da usted una satisfacción o me acompaña a la comisaría.

—Hombre, habrá sido sin querer, y le daré no una, sino cuantas satisfacciones desee ¿a dónde está?

Y al encontrarse con la mujer en cuestión, perdió los estribos, supuso mistificado al policía.

—¿Y a esto llama usted una señora? Repare usted....

Mas el otro permaneció firme: o satisfacción o comisaría, y mi hombre optó por la primera, furioso; quitóse el sombrero, y tuvo que pronunciar la frase de rigor:

—Señora, usted perdone!!

En domingo llegué a Londres, y en domingo lo abandoné, por la estación de San Pancracio, rumbo

a Folkstone y a Boulogne-sur-Mer. Dos pasajeros quedamos solos en una berlina; yo y un inglés, que se presentó con varias maletas y un canasto de mimbres en las manos, que no permitía que tocara nadie. Echamos a andar, y como de costumbre, nos encerró el conductor del tren. Consideróme el inglés por sobre su periódico desplegado, e inclinándose hacia el canasto, me dijo antes de abrirlo:

—¿Usted me permite? . . .

Supuse que iría a almorzar, que allí tendría sus provisiones y que por exceso de cortesía solicitaba mi venia.

—Es usted muy dueño—le contesté.

Abrió, y salió del cesto un perro precioso, que se desperezó y se trepó a la banqueta, junto a su amo.

—No puedo estar sin él—agregó el inglés, mientras lo cubría con su propio abrigo—y si los empleados de las aduanas o de los ferrocarriles lo vieran, no lo dejarían viajar conmigo.

Y no volvió a dirigirme la palabra; ni nos despedimos siquiera.

Ya embarcado, púseme a ver a Inglaterra; a repasar mi quincena en Londres; a ordenar mis impresiones y mis recuerdos. Resultó que lo más bello de Londres—y sin duda uno de los espectáculos más bellos que he contemplado en mi vida—había sido la plaza de Trafalgar, en un día de sol.

Un mareo espantoso en el Canal de la Mancha. Un marinero me bajó casi cargado al salón, en donde se hallaban distintas víctimas del mismo mal. No supe sobre qué me acostaba, ni si con los efectos del mareo perjudicaba propiedades ajenas; medio muerto, apenas si me dí cuenta de que el buque paraba. Un grupo de señoras se acerca a donde yo estoy, siento que tiran trapos de bajo mi cabeza, oigo protestas

y frases de cólera, y prolongo mi inmovilidad, hasta que el barco está desierto. ¡Había yo echado a perder una docena de abrigos femeninos!

¿Por qué la vista de la tierra francesa me alegró como si viera yo algo mío? Ello es que el gendarme y los de la aduana, y los ociosos y los letreros, y el *restaurant* en que entré a restaurarme de veras, todo lo encontré conocido, amigo, simpático; y cuando un cargador le gritó a una vieja de cofia y báculo:

—*Eh, la mére, otez-vous de lá!*—yo experimenté algo interno muy agradable, algo que me repetía como una caricia:

—Anda, tonto, ahora sí es verdad, al fin estás en Francia!

Subí al tren, y para que acabara yo de convencerme de que estaba en Francia, ocupaban la berlina de al lado, tres o cuatro mujeres elegantes, que reían, compraban provisiones, y cuyos rostros, dentro del marco de los ventanillos, veíanse picarescos y lindos, sombreados por el sombrero de paja y por los velitos de viaje.

Frente a mi asiento estaba un pasajero, que me habló español; era un cónsul noruego, que volvía con licencia a su país, desde una remota república hispano-americana; explicábame los incidentes del camino, recordó el París de su tiempo, me mostró de lejos la catedral de Rouen, y de repente me dijo:

—Puede usted asomarse, éste es París!

Y para mi coleto, exclamé lo que d'Amicis al pisar Madrid:

—¿Qué bien habré hecho en mi vida, que Dios me permite conocer París?....

XIV

EN PARIS

Gustavo Baz—entonces encargado de negocios—fué a recibirme a la estación; y con el abrazo del arribo, reapareció nuestra antigua intimidad; mi colaboración en un libro suyo; nuestras noches de México pasadas en el teatro, en el café de Iturbide, con el bravo *Paulito;* nuestras mutuas confidencias; el nombre de alguna novia de la juventud, que no puede olvidarse; pequeñeces enmohecidas, a las que devolvimos su brillo, allí, en el paradero, por medio de un interrogatorio insaciable, nervioso, «¿qué hace Fulano? ¿qué hace la botica de Llamas? ¿se casó Zutana? ¿cómo está México?» Yo le respondía, preguntaba a mi vez, nos arrebatábamos el discurso, las reminiscencias, las fechas, hásta que el de la aduana nos bajó a la tierra, política aunque prosaicamente:

—*¿Pas d'alcool? ¿pas de tabac?....*

Después, un *fiacre á galerie*, y en ésta los baúles, nosotros en el interior; el cochero, con un sombrero

blanco, de goma; algunos picos de gas, encendidos, como estrellas caídas; mi domicilio, lejano; calles que no quería yo mirar a las derechas, para mejor saborearlas los días siguientes; no me acuerdo de si cruzamos el Sena. Anochecía.

Pasé una primera noche, conforme con antiquísimos deseos, conociendo gran parte del París que me habían ingurgitado novelas de poco más o menos y revistas ilustradas del *boulevard*. Dí curso libre a mis curiosidades de neófito, a mi mal contenido *americanismo;* quise disfrutar, ante todo, de ese mismo *boulevard*, del que nos cuentan tantas verdades que parecen leyendas, y tantas leyendas que parecen verdades. Los museos y lo notable en ciencias y artes, vendría después, cuando mis nervios se aquietaran, cuando hubiera yo pisado el asfalto, respirado el aire parisiense; cuando hubiera visto con mis ojos, hablado con mis labios y palpado con mis manos, a una o más *cocottes*, aunque me hallara convencido de que era éste un deseo de colegial. Por dicha, fuí a dar con residentes veteranos, Gustavo Baz y el barón Gostkowsky, que templaron mis bríos, rieron de mis impaciencias, y me iniciaron en el bien vivir. Al efecto, principiamos por instalarnos a beber *vermouth* en la nevería de Tortoni, que yo me sabía de memoria, donde se me hacía imposible estar de veras, y donde permanecí soñador y mudo, mientras ellos esperaban a otros invitados para ir a comer. Acababa de llover una lluvia de otoño, torrencial y rápida, de las que arrebatan las hojas de los árboles y las dejan alfombrando las aceras, hojas secas y amarillentas que suenan a viejo, a primavera muerta, y que se agrupan, y agrupadas resisten la escoba del barrendero o la pisada del distraído que ha de convertirlas en polvo. Las aceras relucían de

limpias; aquí y allí, un pequeño charco de agua se evaporaba lentamente; la calle, despedía ese olor de tierra mojada con que la lluvia perfuma, y de algún letrero, de algunas cornisas, de los faroles y de las ramas de los árboles, aun pendían gotas de agua, que el gas delataba con las inquietudes de sus mecheros. Diríase que la ciudad salía del baño, que los ómnibus, los carruajes, la gente de a pie charlatana, continua, expansiva, la enjugaban con sus paseos, con las ruedas, con la respiración, y que arriba, el firmamento estrellado, complacíase en embellecer a la favorita del planeta.

Llegó el que esperábamos, y me llevaron a comer a la casa de Bignon, en la avenida de la Opera. Comida íntima, sazonando los platos todos con nuestro México, bebiendo por él a los postres, grabado en nosotros, más querido mientras más distante. Con el café, cambiamos de rumbos, era yo quien preguntaba, y tal prometía ser mi arsenal de preguntas que, si por sus quehaceres previos, no les ocurre levantar la sesión, los tengo la noche entera dándome informes y referencias. Nos despedimos en la puerta, diéronme bien las señas de mi casa, y me senté en un café sin saber a dónde ir, ni cómo concluir la velada. Volví la cara, casualmente, y en una esquina, como anuncio de incendio, una flecha abajo del letrero, flameaba, en lucha con el viento, esta inscripción de gas hidrógeno:

«*Au Moulin Rouge*»



Algo que yo sabía y algo oído en la mesa, me decidieron a visitarlo. Lo creí a unos pasos, y púseme a seguir la dirección indicada por la flecha, caminan-

do despacio, con la desconfianza instintiva que nos inspiran los lugares en que nunca hemos estado. Anduve mucho, muchísimo, hasta se me figuró que me había extraviado, y sólo me calmé frente a un nuevo anuncio, también de gas hidrógeno, igual al del *boulevard;* estaba yo en la buena vía. Intempestivamente, al fondo de una calle larga, apareció el molino, rojo en efecto, sus cinco o seis aspas girando con pereza, como cansadas de su condena de no triturar sino a los incautos y calaveras que se refugian en sus dominios. Ya no podía perderme, por lo menos afuera; lo que es en el interior, era difícil saberlo.

Un salón espacioso, deslumbrante de luz, casi sin adornos; alrededor de los muros, una infinidad de mesitas; sobre una especie de púlpito semicircular, la orquesta; abiertas las puertas del jardín; un mundo de concurrentes; rumor de multitud; trote de camareros; ráfaga de vals; risas vagabundas, sin dueño; perfumes de mujer, y mujeres en todos los rincones, en todas las mesitas, en todos los asientos; acompañadas de uno, acompañadas de varios; aisladas, las manos dentro de los bolsillos del paletot claro; en parejas, contándose al oído historias que han de entretenerlas, según ríen y se animan sus semblantes, y como allí no se va a luchar, como en el vestuario se dejan los abrigos y las hipocresías, como cada uno sabe a lo que va y por lo que va, reina, en soberana, una confianza extraordinaria; usted está autorizado a interpelar a cualquiera de ellas, cualquiera de ellas está autorizada a interpelarlo a usted, y ni usted ni ellas, obligados a nada. ¿Que no pudo formalizarse el contrato? Pues se ofrece un refresco o se dan simplemente las buenas noches, y a otra cosa; nadie pide afectos, todos piden diver-

tirse en paz. En el acto se impone la enorme diferencia con nuestros pasatiempos análogos en Hispano-América, en los que es de rigor presentarse hecho una armería, no tolerar ni estornudos vecinos, reñir con el primero con que tropezamos – si es agente de policía, mejor que mejor – porque nos miró, porque no nos miró, por nada; y pegarle un tiro al lucero del alba. Allá, una riña es un acontecimiento excepcional, que no se repite, que calman en un minuto, pues no han ido a eso, han ido a divertirse, y lo consiguen. Me topé con dos o tres compatriotas ya acompañados, con los que me instalé en espera de que alguna caritativa se me atreviera. De repente, alguien exclamó:

—¿Quieres conocer el *can-cán?* Acércate allí, en el centro, ahora van a bailarlo.

Me llegué al grupo más compacto, ansioso de saber cómo se bailaba el tal *can-cán*, que tantos apetitos despierta de lejos, que en México es incógnito, pues a lo sumo si nos da a probar una falsificación la diva de alguna compañía de opereta, que pretende no bailarlo como manda el ritual por no descender de su pedestal artístico (¡!). Y hé aquí lo que vi: Dos parejas frente a frente; las dos mujeres, regulares de cara y bastante bien vestidas; los dos acompañantes, con una ropa mucho más anciana y mucho más maltratada que ellos, los rostros cínicos, acanallados, un sombrero de seda echado hacia atrás, sobre la coronilla; los cuatro bailadores, encerrados dentro de un círculo de hombres que se codean, se magullan, apretados, el cigarro en la boca, la lascivia en los ojos.

—¿Quiénes son las bailadoras?—pregunté a mi vecino.

—Son dos celebridades en su género—contestóme muy ancho—la *Goulue* y la *Grille d'égout*.

Y para acabar de asombrarme, añadió:

—Las bautizó Rochefort!

Inclinó la cabeza el director de orquesta, la batuta levantada, y a una aprobación de las dos mujeres, principió la cuadrilla. Primero, dos figuras sin atractivo; reverencias, paseos de la mano y sonrisas al público; apenas asomándose la orilla de la bota y el nacimiento de la pierna; algo así como una promesa de que después, conforme la música se anime, se verá más. Luego, aquello crece, la seda cruge, parten de la orquesta armonías que parecen carcajadas de sátiro, y el círculo se estrecha, la respiración se dificulta, las miradas brillan. Luego, las dos mujeres resbalan con las piernas abiertas, como un cirquero, y el baile adquiere hasta el fin, convulsiones de histerismo y gestos epileptiformes; los bravos y los aplausos, las levantan; uno cree que se han hecho daño, que el paso ejecutado no es natural, y nó, continúan sonriendo, las mejillas teñidas de púrpura, los labios rojos, la nariz palpitante. Luego, la figura final—que es la única que me agradó: las dos mujeres se toman con su propia mano la garganta del pie derecho, y sobre el izquierdo describen media vuelta, mostrando una cascada de blondas y de encajes blanquísimos, castos y libertinos a un mismo tiempo, en artístico contraste con la media negra y estirada, inconscientes, temblorosos, deslumbradores. No hay nada más; la ropa cae, de un solo golpe; la música calla; el grupo se disuelve, y los saludos e invitaciones se multiplican.

Esta cuadrilla se repite toda la noche, con otra pieza cualquiera de por medio; a las veces, son varios los grupos favorecidos, pero en lo general, es

siempre uno el que se lleva la palma. Quizá debido a esta influencia, yo me hallé al salir con una muchacha colgada de mi brazo, muchacha cuya historia he de narrar en el siguiente capítulo. Seríamos ocho personas las que fuimos a parar a un *restaurant* que se llama – para aclarar situaciones – *Abbaye de Théleme.* Allí había, un gabinete con piano, una cena de langostinos y champagne, y un camarero que me explicó a su manera el lema de la histórica abadía:

—*Fais ton plaisir et rien que ton plaisir.*

Y a pesar de mis antecedentes, más caso hice del balcón abierto, que de la muchacha que me pertenecía. Las aspas del molino ya no giraban, ni las luces rojas iluminaban la acera, y yo, apoyado en el barandal, tuve que obligar a mi espíritu a penetrarse de que andaba en su primer descarrilamiento parisiense. Verificábase en mí, la historia eterna: la realidad, la descarnada realidad, estaba muy por abajo de mis ilusiones de americano, de joven y de viajero.

* * *

La casa en que me instalé, es una excepción: tiene tres entradas, y en cambio, no tiene portero, circunstancia que hacía decir a Gustavo Baz, que la había yo preferido, adrede, para ahorrarme testigos en mis malos pasos. Y la preferí porque se halla muy bien situada, cercana al *boulevard:* una puerta al Pasaje de los Príncipes, otra a la calle de Amboise, y la principal a la calle de Richelieu; mi cuarto, en el entresuelo, tenía una ventana sobre la calle de Amboise.

Allí me sorprendió, a la tarde siguiente del paseo narrado, un compatriota amigo, Emilio Pimentel, diputado a nuestro Congreso Nacional, doctor en leyes, y temperamento de artista, según lo acreditan sus composiciones para piano, uno que otro artículo literario, sus tendencias y sus gustos. Nuestra amistad en México, casi no merecía tal nombre; nos saludábamos en donde nos encontrábamos, alguna vez comimos juntos, alguna otra iniciamos charlas de confianza, y pare usted de contar. Había ido a Europa en busca de salud; acababa de tomar unos baños medicinales en no sé qué provincia, y en París paraba en la misma casa de las tres puertas, que me cobijaba a mí. Instintivamente nos reunimos, por mutua simpatía hicimos causa común, y por identidad de pareceres nos declaramos inseparables. Y así fué cómo, la relación superficial de México alcanzó en París las proporciones de afecto verdadero, hasta a tutearnos llegamos.

—Que ¿qué he venido a hacer? A realizar un sueño ¿y usted?

—A lo mismo, con el aditamento de recuperar mi salud, estoy en manos de un especialista, el doctor Potain.

Como ni él ni yo conocíamos París, celebramos el pacto de conocerlo hasta donde más pudiéramos, lo serio y lo alegre; lo serio por la mañana y por la tarde, lo alegre por las noches.

—¿Comenzamos hoy?.... Son las cinco....

Y comenzamos con el Bosque de Boulogne, yendo sin más atavíos que una *victoria* de alquiler, descubierta, el ruedo amarillo, el caballo mártir, el cochero reventando de gordo.

—*Ohé, cocotte!*

Me produjo un gustazo, ver que Emilio y yo está-

bamos de acuerdo en nuestra primera excursión, y sobre todo, en la manera de llevarla a cabo. Nada de vanidades inconducentes ni de *rastaquoerismos* o desperdicio de francos; ni quien pensara en carruajes de *rémise*, Emilio era de los míos.

¡Ah, la deliciosa impresión de los Campos Elíseos y del Bosque de Boulogne! Emilio la había experimentado ya, y no interrumpía mi mutismo; fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y ante las exclamaciones de asombro que se me escapaban de cuando en cuando y sin que pudiera reprimirlas, él se limitaba a doblar la cabeza y a quitar con el dedo la ceniza del cigarrillo.

—Así estuve yo, ni más ni menos, encantado como una criatura.

Después de unas cuantas vueltas en la avenida de las Acacias, hízome ver el café de la Cascada, donde un lacayo de levitón y gorra, está encargado de llamar carruajes y recibir parroquianos; una caricatura de los antiguos *chasseurs*, cuyo nombre conserva; un pobre diablo, que en su interior debe reir en grande de la vanidad humana; de aumentarse sus propinas conforme su gorra desciende más y sus reverencias son más humildes. Son tan tunantes, que ocasión hubo en que un *chasseur* gritó a voz en cuello, refiriéndose al carruaje de un morenito que estropeaba el francés:

—La voiture de M. le Prince!....

Y el pobre morenito, que sabe Dios lo que sería en su tierra, desvanecido con la inesperada candidatura, premió a su partidario con una moneda de dos francos! Procuré sentarme siempre cerca de la entrada, pues gozaba lo que no es decible con los efectos del saludo de los *chasseurs*, en las caras de los visitantes; recorríase la escala toda, desde el

que se cree hombre de mundo si no contesta, hasta el que se emociona y ruboriza.

Á nuestra vuelta, nos invitaron a comer en Asniéres, los diminutos pescados *goujon*. Éramos cuatro, y nos aderezaron la mesa en una terraza alta que daba al Sena, muy próxima al puente del camino de hierro. Asniéres estaba en feria, con muchas luces, allá, lejos, tras una curva del río; de suerte, que amenizaban nuestra comida las músicas de viento, los organillos; escuchábamos los petardos, y los veíamos que subían a desgajarse en el aire; partían del Sena, rumor de remos y fragmentos de voces, y de tiempo en tiempo, cruzaba el tren cual una exhalación, haciendo en el puente un ruido de derrumbe, haciendo estremecer a la terraza, a la mesa, a los platos, haciéndonos hablar alto, mientras él se perdía, apenas dejando adivinar las siluetas de los viajeros dentro del convoy iluminado. Fuimos a la feria, y nos quedamos en ella hasta las 11 de la noche; dijéronnos la buena ventura; oímos charlatanes, cantores ambulantes; vimos una mujer fenómeno, vimos algunas parejas que se perdieron por entre las enramadas, y regresamos en un tren concurridísimo, con restos de la fiesta, estribillos de canciones y botellas a medio vaciar.

A la mañana siguiente, dímos comienzo a la realización de nuestro programa serio; temprano, bien dispuestos, en la imperial de los ómnibus, desde donde mira uno que las calles se deslizan con sus transeuntes, sus árboles, sus Bancos, sus vidrieras cuajadas de mercaderías, los cinco y seis pisos de sus casas; y, empezando por el monumento de Julio, recorrimos París en todas direcciones, entramos en cuanto sitio, edificio y escondrijo permitían la entrada. Entre lo culminante, figuran nuestras

visitas a la Conserjería, a las Catacumbas y a los Albañales.

*
* *

La Conserjería, aun de fuera, emociona hondamente, pero por dentro, enferma y entristece el ánimo; corrige uno entusiasmos políticos, sugeridos; la Revolución francesa se palpa de cerca, y, como todo lo grande, nos asusta y nos horroriza. Un portón de madera con una rejilla, al través de la que nos exigieron nuestras tarjetas, otorgadas por el Municipio para hacer la visita; gimió un cerrojo, y entramos en el primer patio, un patio con muros tan altos, que la luz parece bajar hasta allí de mala gana, ser una prisionera que se resiste, cuando tiene vecindades hermosas para recrearse y pasear libremente; más que patio, es un pozo. Otra puerta de doble espesor, con chapas metálicas y varios cerrojos; dos centinelas, un individuo con llaves, un carcelero común y corriente.

—*Passez!*

Bájanse cinco gradas; estábamos en una especie de sala desnuda, el piso de piedra, el techo de bóveda; a la derecha, una mesa con un empleado que escribe; pegada a la pared, una banqueta de palo bruñida al negro, por el uso; a un lado, la alcaidía, y al fondo, una reja de gruesos barrotes. Los días de visita, acostúmbrase el esperar a que se reunan diversos vistantes, para mostrarles el edificio y economizarse descripciones y paseos. Nos sentamos en el banco—en tanto que se formaba un nuevo grupo—nosotros los curiosos, y junto a mí, una mujer enlutada, algo más que obrera y algo menos que dama,

que tenía a sus pies un cesto que trataba de ocultar, y un chiquitín que se lo impedía, riendo con carcajadas de niño, de su propia travesura. Adivinábase a la legua, que esa mujer no iba a la Conserjería ni por conocerla ni por primera vez; que era su calvario hacía tiempo; que el marido la aguardaba, y los carceleros la distinguían; que el chiquillo no se asustaba más con el local, y por eso se tumbaba en la estera a jugar con el cesto, o permanecía quietecito, un dedo dentro de la boca, el mirar en la bóveda, averiguando por dónde saldría el eco de su risa o por dónde entrarían las arañas grandes que desde arriba le daban miedo.

A poco, abrióse la reja del fondo y salió el grupo cuya visita había concluído; lo despidió el carcelero-*cicerone*, recibiendo de cada persona la tradicional propina de cincuenta céntimos, y a nosotros hízonos seña de que podíamos seguirle: nuestro turno comenzaba. Seríamos una docena, hombres casi todos, y dos señoras a quienes cedimos la cabeza del cortejo; nos precedía el carcelero hablando siempre, con voz gangosa, pesada, relatando por la millonésima vez su lección mal aprendida; mencionando monarcas y sucesos, con la irrespetuosidad de su ignorancia y el sedimento del odio inextinguible que el bajo pueblo profesa a las testas coronadas, es decir, mencionándolas brutalmente, con profanaciones en sus palabras y en sus ademanes. Toda la Conserjería impresiona, pero a mí, sobre todo, me impresionaron fuera de medida el calabozo de María Antonieta, la sala de los Girondinos, que está a su lado, y el patio de los Asesinatos de septiembre, que ilumina con tristísima luz entrambos aposentos. Es el calabozo de la reina decapitada, pequeño, incómodo, bajo de techo y con el piso de ladrillos; no se compren-

de cómo cabrían en él María Antonieta, su cama, el biombo y los dos municipales que, en los últimos días, la vigilaron tan de cerca. El sitio ocupado por la cama, ocúpalo actualmente un altar con lápida conmemorativa en mármol, mandado levantar por Luis Felipe, y respetado por el segundo imperio y por la tercera república. Todos tuvimos que agacharnos mucho para salir, pues la abertura de la puerta le obliga a uno a ello, y el carcelero exclamó:

—Esa puerta es la auténtica, por aquí salió María Antonieta para la guillotina, dándose un fuerte golpe en la frente. Samsón, el verdugo, intentó ayudarla a salir, pero ella, al fin, lo hizo sola!....

Yo admiré a la reina; las verdaderas majestades cuando caen, caen majestuosamente.

Entramos después en la sala de los Girondinos, convertida hoy en capilla dominical para los presos, amplia, alta de techo, con una gran ventana y una gran puerta.

—Aquí fué la última cena de los Girondinos, – seguía hablando el *cicerone* – y aquí también, sobre una mesa en el centro del cuarto, estuvo herido el ciudadano Maximiliano Robespierre.

¡Qué ironía! Víctimas y verdugos en los mismos sitios..

En seguida, el guía nos llevó hasta la ventana, y señalando al patio, murmuró indiferente:

—El patio de las matanzas de septiembre!

Y aquello es una evocación; pluéblase el patio de gritos y de fantasmas; uno se estremece, odia cordialmente a la famosa Revolución. El carcelero, insensible ya a las impresiones que provoca, reserva para el final lo que supone de más efecto:

—Allí, en aquellas piedras, la mancha que ven

ustedes desde aquí, se cree que es mancha de sangre, nunca ha podido borrarse.

Y sin preparación, bruscamente:

—La vista ha concluído, cuando ustedes gusten....

Partimos en silencio, del brazo Pimentel y yo; recorrimos las galerías y los pasillos de antes, dímos su propina al carcelero, y cuando, afuera, el Sena y París entero persistían en ser bellos y en prometer delicias, ni Emilio ni yo nos sentimos con ganas de disfrutarlas; nos recogimos temprano, después de fumar un cigarro con confidencias solemnes en el rincón de nuestro *restaurant.*

*
* *

El interés que despiertan los Albañales, es de naturaleza diversa. Fué también la Municipalidad la que nos proveyó de la licencia respectiva, y con ella nos presentamos una mañana en el atrio de la Magdalena, designado como punto de partida. La mañana estaba hermosísima, llena de sol a pesar de lo avanzado del otoño; los bulevares y la calle Real, cuajados de vehículos y de personas, los techos de aquéllos y las vidrieras de las tiendas, con destellos de piedras preciosas; a un lado del templo, el mercado de flores perfumando el ambiente y halagando la vista; frente a nosotros, la plaza de la Concordia, su obelisco, sus fuentes, y al fondo, el Palacio Legislativo.

Nos habían ponderado tanto los riesgos de la visita, que nos presentamos hechos unos exploradores; con impermeables, botines gruesos, sobretodo, y, en los bolsillos de éste, alcanfor y limones. Pasaron lista, nadie faltaba; y escoltados por unos empleados

de blusa, los operarios, dió principio el descenso de los veinticinco visitantes, uno a uno, por la escalerilla de caracol que conduce a las entrañas parisienses. La transición es violenta; la luz se pierde al fin, y sólo se mira, alzando la cabeza, el hueco de la entrada muy empequeñecido, y como si fuera un ojo compasivo que espiara la incursión. Un rumor de río en creciente, de río que se desborda, nos anunció el arribo; unas gradas más, y nos formaron en una especie de esplanada para dividirnos en grupos y embarcarnos en unas embarcaciones lisas, sin proa ni popa, cerradas con barandales de alambre, y teniendo a cada lado unos bancos forrados de hule, donde nos acomodamos. De la bóveda convexa que forma el techo se cuela, a su través, el ruido de caballos, carruajes y carros que trotan por encima; pero se cuela muy desvanecido, imponente e inexplicable, como si lo produjera una tormenta devastadora, lejana; y uno desconfía del espesor, casi se doblega, cual si aquello pudiera venirse abajo. De la misma bóveda penden, aquí y allí, luces incandescentes, que oscilan contrariadas por no poder desgarrar del todo las sombras que reinan en el inmenso subterráneo, y como para no mirarse reflejadas en las aguas cenagosas que corren y corren, sin parar y sin cansancio. Y los muros, el techo, las dos angostas veredas que sirven de camino a los obreros, las embarcaciones, todo presenta filtraciones que al resbalar y perderse, diríase que es el llanto que todo derrama por vivir en esa noche solitaria, eterna y húmeda. No puede uno quejarse de la atmósfera, ni hay para qué echar mano de los frascos de esencia; ciertamente que allí no huele a perfumería, pero tampoco huele mal, huele raro.

Comenzamos a navegar, remolcados por las filas de

operarios que habíamos visto, de pie, en cada una de las dos veredas angostas; y durante varias calles —en los albañales existe una nomenclatura gemela de la de arriba, en calles y plazas—ninguno habló, ni los capataces y empleados superiores con uniforme, que nos acompañaban; el ruido era complejo y continuo, formábanlo la tormenta de París, las aguas siempre imitando a un río que se desborda, la respiración fatigosa de los operarios, con su cable al hombro, inclinados hacia abajo, dibujando en los muros que lloran, siluetas fantásticas y movedizas, y sus zapatones ferrados que caían como martillazos, secos, acompasados y lúgubres.

Hicimos alto en amplia encrucijada con una gran lámpara, que, si mal no recuerdo, correspondía a la plaza del Teatro Francés; ahí, respiramos los obreros y nosotros, ellos por la larga tirada, nosotros por distensión nerviosa. Cambiamos de vehículos; ahora eran unos tranvías sobre rieles en seco; los que no cambiaron fueron los operarios. Después de unos instantes de reposo, después de enjugarse el sudor, a tirar de nuevo.

La fisonomía de los Albañales no es repugnante, gracias a la higiene excesiva en que los mantienen, pero no es agradable; galerías colosales y galerías pequeñas, a los costados de las otras; los techos bajos, el aire pesado, luz escasa, ningún atractivo. Compréndese que están muy bien construídos, que valen mucho dinero, que comen desperdicios, un fortunón de francos y muchas vidas de los empleados, y con todo, yo deseaba ardientemente que la visita se acabara. Acabó en la plaza del Chatelet; todos subimos corriendo, la escalerilla, y cuando pisé la calle, abrí la boca y me restregué los ojos, como hace uno al despertar de un sueño poco agradable. Los que par-

ten el alma, son los infelices trabajadores ¡con qué buena voluntad les da uno su propina doble! Yo interrogué durante el trayecto al que tenía más cerca, y textualmente reproduzco el diálogo:

—¿Trabajan ustedes contentos?....

—En el verano sí, mas el invierno nos mata.

—¿Y los jornales?

—Regulares.

—¿Ustedes pagan estos uniformes que llevan puestos?

—No señor—terminó sonriendo—estos sólo nos los prestan los días de visita, para que el público crea que la Municipalidad nos viste. Entre nosotros no los llamamos trajes, los llamamos «*la blague.*»

***

En la siguiente semana visitamos las Catacumbas, visita que me tenía alborotado de mucho tiempo atrás, desde México, por no sé qué lectura sobre ellas.

La entrada está en un extremo de París, después de la plaza en que se alza el hermosísimo león de bronce consagrado a la memoria de los heroicos defensores de la ciudad, durante el sitio del 71. En las afueras, venden las velas de estearina de que hay que servirse adentro; en las afueras, lo forman a uno militarmente, de dos en fondo, y en las afueras, lo contempla a uno un mundo de curiosos, de cocheros y de vendedores ambulantes. Juntos Emilio y yo, para comunicarnos nuestras impresiones conforme las recibiéramos, nos tocó el sexto o el séptimo lugar, bloqueados adelante y atrás por súbdi-

tos de ambos sexos de S. M. Británica; no hay inglés que no visite las Catacumbas. La escalera de ésta, difiere mucho de la de los Albañales; aquí no se miran gradas de hierro, ni barandales esbeltos; los escalones son de piedra, desgastados, tallados en la roca. Ya en el interior, el primer aspecto es fatídico, las velas encendidas flamean y proyectan las sombras de sus portadores, en paredes de osamentas humanas; y las sombras tiemblan, huyen, se alargan, se abrazan a las próximas, como amedrentadas del contacto que se las impone. De trecho en trecho, clavan los cuidadores unas teas, que contribuyen a lo macabro del conjunto. Son muchas las galerías, y todas están tapizadas, literalmente, de huesos, del suelo al techo, con una simetría espeluznante y anti-artística; a mi juicio, tal arreglo alcanza la magnitud de una profanación: dábanme ganas de destruir las cruces e inscripciones hechas con tibias, de quitar los opacos cráneos que asoman en determinados sitios, donde los creyó adecuados el infeliz criterio del decorador. Se calcula que las Catacumbas contienen los restos de cerca de tres millones de seres; restos, que en los primitivos tiempos reposaban amontonados, según los deudos o los ayuntamientos los habían encontrado. Y entonces sí que una visita a la gigantesca cripta, ha de haber producido el escalofrío de la tumba—pues no de balde se codea la obra de la muerte—pero ahora, ante ese ordenamiento grosero, o para dar mejor la idea con una palabra francesa, ante ese ordenamiento *cabotin*, que quiere causar un efecto inmediato en los visitantes candorosos y de buena conciencia, tiene uno que compadecer al autor o autores de ese arreglo, digno de un teatro de último orden, en el que se representen mamarrachos

de brocha gorda, sin cuidarse de artes ni estéticas. ¿Quién puede tener derecho para hacinar así, como caigan, las osamentas de tanta gente, y ponerse luego a hacer arabescos y dibujos de pésimo gusto? Estremece el pensar lo que significa contubernio semejante; pensar que una mano extraña haya colocado junto al fémur de un criminal, la tibia de una virgen, que la calavera de un santo corone el esqueleto de una prostituta, que los niños anden revueltos con impurezas y pecados, y que el todo sirva de exhibición al vulgo, a cualquiera que obtiene una tarjeta, a ignorantes que se las dan de espíritus superiores, y a señoras que chillan ante la mirada negra y la eterna mueca de los pobres cráneos, colgados aquí y allí, cual condenados por delitos ignotos, a la peor de las picotas: la curiosidad malsana de las multitudes.

La Municipalidad que tales cosas permite, y los que hemos practicado tales visitas, somos, aunque nos pese, los violadores del sepulcro. Desdichados muertos los dueños de esos huesos, que han de haber contado, al morir, con el dulce y completo reposo de la muerte ¡qué chasco se llevaron! Miraba yo los despojos, con mucho de piedad, con algo de sufragio en mi recogimiento, que los compensara de las manos que se alargan a tocarlos, de los anteojos que se fijan con impertinencia en ellos. La visita no conmueve, entristece; le hace a uno cobrarle mala voluntad a la muerte misma, que consiente desmanes de esa clase ¿quién nos garantizará que dentro de cien años no sirvamos también de diversión y de curiosidad? ¿que de aquí a cien años no seamos como ellos, los proscriptos de la madre tierra?....

Ignoro el nombre del lugar en que salimos, pero

debe de ser muy lejos del centro; sólo recuerdo que en la reja, mujeres y chiquillos nos pidieron los cabos de las velas acabadas de apagar, para usarlas o revenderlas; que pagamos a los guardianes la propina *legal;* que recorrimos parte de un *boulevard* exterior, y que nos sentamos a descansar en una *buvette* campestre con enredaderas y árboles, las mesas debajo de éstos, y sin más camareros que los esposos dueños del establecimiento. Tampoco Emilio se hallaba bien impresionado, y mientras apurábamos nuestras bebidas, arreglamos la cosa a nuestro gusto. Vaciar las Catacumbas, que se las visite sin otros atractivos que sus inscripciones, sus pozos, sus sepulcros desiertos, su forma irregular y única; y las osamentas, reunirlas en una pira colosal para prenderles fuego, un fuego reparador que las premie de las diarias profanaciones.

***

En los días que siguieron, nos consagramos a los museos, que no he de describir, pues no es ése el propósito de mi libro. Al Louvre, le tocaron quince nada menos, sin contar una que otra escapatoria que a él hacíamos, cuando nos hallábamos por sus vecindades. La explicación es, que Emilio Pimentel tenía allí una querida que cuenta, por millares, el número de sus adoradores: la célebre y nunca bien ponderada Venus de Milo. Emilio, estaba de veras enamorado de ella; pasábase allí las horas en muda contemplación; sabía cuál hora y cuál luz la favorecían más; sentía celos por los que la contemplaban entusiastas, e indignación por los que la veían sin

entusiasmo. Conmigo se enojó formalmente, me llamó blasfemo y prosaico, porque no sólo no me entusiasmé con la estatua, sino que mis miradas prefirieron a una parisiense monísima, que la consideraba con algo de envidia plástica. No pudimos entendernos él y yo; mis teorías le lastimaban sus ideales; no se conformaba con que yo prefiriera a una mujer viva, quería que triunfara la estatua, sin saber que no triunfa, precisamente por éso, porque es estatua. Para mí, la suprema obra de arte es la mujer que amo, y en ausencia de ésta, una mujer bella. El mármol, me despierta ideas funerarias, el bronce me da frío, la piedra no me gusta; en las estatuas admiro y me inclino ante el talento del escultor; la estatua en sí, me dice cosas que no entiendo, demasiado elevadas, o no me dice nada.

El museo de Cluny, nos entretuvo con sus pequeños tesoros, los que uno no advierte si no le llaman la atención sobre ellos, los que se descubren por los maliciosos guiños de ojos de los guardianes de las salas que los encierran. Hubo uno, sobre todo, el *cinturón de castidad*, que nos hizo pensar en una porción de romances; que confirma la especie de la volubilidad fisiológica y moral del sexo femenino. Figúrense ustedes a un cruzado de la edad media, lleno de armaduras y de cruces, que al partir teme una catástrofe en la dueña de su castillo y de su alma, a pesar de que el castillo es una fortaleza perdida en la selva, de que el puente levadizo se alza temprano y de que los fosos son profundísimos, y se provee de un cinturón, lo coloca donde colocarse debe, en medio de juramentos y caricias, y la llavecita que oprime en la mano, mientras su caballo se encabrita y sus huestes lo siguen, le garantiza que su joven consorte ha de serle fiel, quiera o no quie-

ra. El aparato, diríase que sonríe irónico dentro de su cárcel actual de cristales; que, viejo calavera, hállase a punto de narrar historias picantes, secretos de otra edad, anécdotas de llaves falsas y pasiones ciertas; una porción de novelas, que formarían grueso y sugestivo volumen, demostrando que, para la mujer que ha de delinquir, no hay cinturón que valga.

En retorno, el museo Carnavalet, que pudiera llamarse galería de la Revolución, no ofrece más que austeridades y objetos solemnes.

Del Luxemburgo, y no obstante que es la antesala del Louvre, conservo muy vagas impresiones; hícele una visita de cumplimiento, y el perjudicado he sido yo. Pudiera, en cambio, hablar extensamente de sus jardines, donde estuve diverso tiempo, mirando poetas en embrión y estudiantes en decadencia, por entre las silenciosas alamedas; mirando niños, ayas y ancianos que tomaban el sol en la glorieta principal, la de la fuente grande, surcada por escuadras infantiles y diminutas.

Otra visita que entraña saludable ejemplo, es la del Panteón, obra de un ingeniero de gran talento, calumniado en los primeros días que siguieron a la conclusión del edificio. Declaróse que se venía abajo, lo reforzaron terceras manos, y hasta últimamente no se han convencido de que el soberbio templo, ni ahora ni nunca amenazó ruina, y que los refuerzos son inútiles. Luego, el recinto ha servido de iglesia y de panteón, según el capricho de los gobiernos; y por final, las urnas de personalidades tan conspicuas como Voltaire y J. J. Rousseau, están vacías. La Restauración, cometió el crimen de arrojar esas cenizas nadie sabe a dónde. Y aun contra la propia voluntad, se impone esta reflexión: en

Francia se puede vivir, pero no se debe morir; si es uno célebre, para no correr la suerte de los dos literatos mencionados; y si es anónimo, si es uno de tantos, para no correr la de los desvelados de las Catacumbas!

Quedan la Morgue y el Pére Lachaise; aquélla, fría e impúdica, el Sena la baña sin cesar, y ella luce desnudeces de anfiteatro y posturas de homicidios, en los huéspedes que lo miran a uno azorados al través de cristal enorme, cual si atisbaran a su matador, o cual si reprobaran la curiosidad bestial que impulsa a ciertos individuos hasta hacer rodeos, con tal de no faltar un solo día al fatídico espectáculo. El Pére Lachaise, nó, nada tiene de repelente; preséntase con todos los caracteres de un parque, y hay entre sus moradores gente tan notable, que es de rigor el conocerlo; el París vivo se complementa con el París muerto; a cada paso tropieza uno con tumbas que jamás ha visto, y que, no obstante, resultan conocidas, empezando por la de Alfredo de Musset, que se halla en la avenida de la entrada, a la izquierda, sombreada por el sauce que pidió a sus amigos, hasta la de Balzac, allá en una glorieta remota, muy cerca de la de Michelet, sin más adornos que su busto en bronce, grande, bien hecho, un retrato perfecto que hace temer que el autor de «La Comedia Humana» esté meditando algún volumen suplementario y póstumo a su obra, al mirar la vanidad de las inscripciones, monumentos y atributos de tanto y tanto sepulcro. A cada instante lanza uno exclamaciones de sorpresas gratas; cada alameda posee un amigo, un entusiasmo juvenil; Chopin, la Rachel, Moliére, La Fontaine, Allan Kardec, Talma, Rossini, Abelardo y Eloisa, estos últimos bajo de un

alto baldaquín gótico, las dos estatuas acostadas lado a lado, ya que sus cuerpos no se juntaron nunca.

Casi al cabo del cementerio está una pirámide de granito, un tanto desamorada y fría, como es siempre la caridad oficial. Allí reposan varios de los defensores de París cuando el sitio del 71, bajo una inscripción espartana:

—«La Patria a sus hijos heroicos.»

Forman la mayoría, soldados de infantería de marina que se enterraron en montón, sin poder identificar a muchos de ellos, en el ansia de la última hora, de cubrir con tierra la horrible catástrofe. Y los deudos van religiosamente a colgar sus coronas de la balaustrada, coronas humildes, de gente pobre; coronas que la lluvia despinta y el viento despedaza, que significan un sacrificio y entonan un poema dolorosísimo, el de la incertidumbre, por no poder precisarse si el destinatario dormirá aquí o allí. Hay, pues, una confraternidad solemne; el desdichado que carece de flores, disfruta de la de sus compañeros. Las inscripciones son gritos del alma: «A mi padre.» «A mi amado.» «A mi hijo.» «A mi hermano,» pero una corona muy especialmente, enternece con su letrero, que sólo dice:

—*¡Pour tous!*....

*
* *

París no es una perfección, cual nosotros creemos desde el fondo de nuestro terruño; tiene muchos y grandes defectos. En mi sentir, descuellan dos principales: el aburrimiento que de cuando en cuando le invade a uno, y la abundancia de hispano-america-

nos. El primero, es más grave que el segundo, porque son pocos los que lo confiesan, aunque lo padezcan todos; se ha hecho ya de rigor el declarar que en la bienaventurada ciudad nadie ha de aburrirse, so pena de pasar por un salvaje, y de ahí que los bostezos se disimulen, y que al fastidio se le llame nostalgia. Sí creo que a los viajeros nos ataca más, por la relativa ociosidad en que lo habitamos; porque no es natural pasársela entretenido en museos y diversiones durante meses y meses, porque la vida no ha sido hecha para eso. París, con alguna ocupación imprescindible, ha de ser delicioso; pero París, con rentas o con tiempo de sobra, es aburridor; a lo menos a mí me aburrió diversas ocasiones, en los siete meses que respiré sus aires.

Respecto a los hispano-americanos en general, y a los compatriotas en particular, hay que convenir en que parecen hallarse en París, sin más propósito que amargarle a uno su permanencia; si son pobres, porque le buscan a usted todo el día, en espera de los dos o tres francos que es fuerza señalarles por vía de pensión; si son ricos, porque como sólo a usted pueden deslumbrar con sus despilfarros, y sólo usted será el heraldo de sus liberalidades y cursilerías, allá en la tierra, también lo buscarán sin tregua; si son sabios, por su sabiduría, y si ignorantes por su ignorancia. Luego, cada colonia tiene establecida una especie de policía secreta implacable y delatora, y así, no es de extrañarse que al visitar alguna familia, el jefe de ella se nos acerque, y con paternal tono, en un rincón del cuarto de un hotel, junto a una sombrerera abierta, nos endilgue su discurso:

—Pero Fulano, hombre, modérese usted; ya sé que anoche, o que esta mañana, o que esta tarde – se-

gún – ha hecho usted y ha tornado ésto y lo otro y lo de más allá; que bebió cerveza en tal parte, y estornudó en tal esquina, y salió matrimoniado de tal baile ¿a dónde va usted a parar?....

Y a uno lo aterra la exactitud de la enumeración, hasta llega a imaginarse que aquel papá ha estado en los mismos sitios (lo que en ocasiones es cierto), cuando llega una carta de casa, en la que igualmente nos espetan la lista de las correrías, delatadas por un compatriota bienintencionado. Por eso Pimentel y yo, fuimos parcos en amistades; disculpábamos el defecto, dado su origen ¿qué ha de hacer en París un americano ocioso? Lo que hace en nuestras existencias provincianas de por acá, censurar al prójimo.

Yo abandoné París sin gran pena, en una mañana de invierno; y cuando le perdí de vista, atiné con la causa de ese estoicismo: a menos de no morir en la Argentina, estoy obligado a volver a verlo.

XV

TRISTEZAS DEL *BOULEVARD*

La conocí en el *Moulin Rouge*, la noche de mi arribo a París. Nos presentaron ante una de las mesitas, tomó algo con nosotros, obligóme a invitarla a dar unas vueltas en los burros de Jerusalem que hay en el jardín; me pareció algo fría y bastante bella. Me aseguró que se llamaba Margarita.

En la *Abbaye de Théleme* se puso de mejor humor, más comunicativa, cantó en el piano, imitó los gestos de las orientales exhibidas el año anterior en la Exposición, cenó mal y bebió a la par nuestra. Cuando salimos y que el grupo se disolvió a la puerta de la fonda, ya muy tarde, sin más testigos que dos municipales con las manos a la espalda, y algunos cocheros cabeceando sobre los pescantes, preguntóme ella:

—¿Quieres que nos vayamos a pie o en coche? Vivo en la calle Ventimille....

—Estoy a tus órdenes, acabo de llegar a París;

15

no conozco tu calle ni ninguna otra, puedes hasta secuestrarme.

Y nos encaminamos a pie por las calles sombrías, del brazo, charlándome ella de mil cosas que, sin duda, no han de haberme interesado, supuesto que no las recuerdo; más me interesaba ese cuerpecito de diecinueve años, que tenía tan cerca, que se me abandonaba, cuyas botitas golpeaban el empedrado, y que se empinaban para soplarme historias multicolores, las que hace nacer el champagne en una mujer galante, con un francés gutural y nervioso, el único posible en las criaturas del *boulevard*. El conserje de su casa, no pareció contento de nuestra alegría, pues en medio de las tinieblas de la escalera, que subimos a tientas, a fuerza de tropiezos y de risas, nos alcanzó su voz desapacible:

—*Pas de tapage ¿voulez vous?*....

No sé qué frase mía, inocente y juguetona, determinó en Margarita, horas después, una crisis de llanto que por poco deja ir inadvertida el sueño que comenzaba a cerrar mis ojos y a retrotraerme a noches análogas de México. Una vez convencido de que eran lágrimas, pero muchas, muchas, de las que nos dilatan el pecho y se amotinan en la garganta, de las que no se fingen, las que son el rédito de los grandes dolores, me incorporé y encendí la vela. No me explicaba la rápida mutación; para que una mujer que vivía de poner buena cara a los parroquianos, con o sin voluntad, me diera espectáculo tan inusitado, necesaria era la existencia de un sufrimiento anormal, arrollador y poderoso. Y antes de compadecerla, cedí a este maldito escepticismo que nos esclaviza a todos los jóvenes de hoy, y llegué a atribuir aquel llanto a efectos del champagne o a un

deseo bastardo de sacarme más dinero. ¡Dios y la pobre Margarita me lo perdonen!

—¿Pero por qué lloras así? ¿Estás enferma, enamorada o necesitas dinero?....

—¿Y crees que si necesitase dinero, te lo pediría llorando?.... — exclamó ella con un desprecio tal por mi brutalidad, en su mirada y en su acento, que me sentí en ridículo, de sobra en la estancia, y mientras me despedía, la satisfice en todos los tonos ¡hasta suprimí el tuteo! Escuchaba ella mis disculpas, sin moverse ni replicar, como se escucha algo desconocido y agradable, con ansia de que yo continuara, de que mis disculpas no concluyeran nunca.

—No te vayas – me dijo – eres el primer hombre que me habla así, que no se ríe o no se incomoda; te contaré lo que me sucede.

Entonces, menos quise quedarme; híceselo comprender lo mejor que pude.

—¿Sabe usted por qué me voy? Porque usted sufre y yo soy un extraño, algo que debe repugnarle, a quien usted jamás había visto, y que ni siquiera curiosidad le inspira. Pero no me voy disgustado, me voy de amigo y la buscaré a usted otra vez. Vamos, deme usted la mano y duérmase.

—Pues ahora no quiero que te vayas, ni tampoco podrías irte ¿no dices que no conoces París?....

Y lo que había principiado por lo que la gente de buena conciencia bautiza de noche pecaminosa, terminó de noche pura; Margarita y yo, reunidos por una simpatía espontánea, sin que supiéramos si volveríamos a vernos. Ya no lloraba; sus ojos, enrojecidos y tristemente verdes, fijábanse en la llama de la vela, en mí, en los rincones de su pueblo que evocaba al decirme la causa de su lloro; apoyado un codo

en la almohada, el otro brazo medio desnudo y libre, paseándose por encima de nosotros, acercando días idos y alejando sucesos ingratos. Su historia, resultó como casi todas las historias de esas mujeres. De veras tenía 19 años; era hija de un carpintero; andaba prófuga, por no ser aún mayor de edad; sólo la madre la había perdonado y le escribía de tiempo en tiempo; tenía dos hermanas, más jóvenes que ella, y un hermano soldado, recién partido para Africa. En sus confidencias no omitió detalle; me habló de sus épocas de chiquilla, de días de sol, junto al río; de robo de cerezas, y de flores cultivadas a escondidas; de días de pobreza y del vestido blanco de su primera comunión. Después, de sus primeras lágrimas, del individuo que la violó, del abandono del hogar y de su viaje a París, hacía cuatro años. Por último, hablóme de su desgracia actual, de por qué había llorado.

—Hoy recibí carta del pueblo; mi madre está muy grave, está muriéndose, y no puedo ir a verla para que me bendiga, porque mi padre no me recibiría, tiene un carácter tremendo; por mis travesuras de muchacha, me pegaba como si fuera yo grande, figúrate lo que ahora me haría....

Al día siguiente la llevé a almorzar conmigo, y no nos vimos más durante una semana, al cabo de la cual, me la encontré en el Jardín de París.

—¿Y tu mamá?....

—Se salvó del ataque, pero todavía no se halla enteramente bien.

Sin ponernos de acuerdo ni fingir amores, establecióse la costumbre de irnos juntos, siempre que nos topábamos en el mismo sitio. Nada nos decíamos; se me acercaba, saludaba a mis amigos y se instalaba en nuestra mesa.

—¿Quieres tomar algo?....

—Nó, luego me llevarás a cenar.

Y la llevaba yo a cenar, solos los dos, o en compañía.

Algunos sábados, cuando yo entraba en casa, me la hallaba en mi cuarto, leyendo mis libros o atizando el fuego de la chimenea. Aquello no me desagradaba, mas para evitar un conflicto posible, le pregunté:

—Y si llegara yo acompañado ¿qué harías?....

—Irme, – repuso, – pero a partir de esta noche, ya procurarás llegar solo los sábados.

Y tuvo razón.

En casa, todos le hacían buena cara; lo mismo las dos señoras mayores, que se pasaban la vida en el despacho, que León el camarero, encargado de salir a llamar el coche en que ella se marchaba.

Su seriedad la hizo acreedora al cariño de mis amigos, que no desdeñaban ir con nosotros a diversiones determinadas, como el teatro de *Folies Bergéres*.

Con ella pasé un domingo lindísimo, en Bougival. Presenciamos las regatas de los *canotiers* de ambos sexos; comimos al aire libre, y nos asomamos al famoso baile de la *Grénouillére*. Anduvimos tan de suerte, que a la vez que tenían lugar las regatas en el Sena, hubo en el pueblo un *corso* de flores. El aspecto del río era una delicia, mucho más ancho allí que dentro de las calles de la ciudad; entrambas márgenes, en declive, míranse tapizadas de césped, y sobre éste, escalonándose, en posturas distintas, caprichosas, un mundo de gente, un mundo de sombreritos de paja, de trajes claros, de sombrillas abiertas; un mundo de muchachas que ríen, que hablan a gritos; un mundo de hombres, que las contempla y las mima y las divierte. Por sobre el río, que parecía retozar con el sol, según los juegos que hacía

con sus reflejos, una diversidad de embarcaciones: vapores, vaporcitos, lanchas de vela, lanchones cargados, y los botes y las canoas de los *canotiers*, deslizándose rápidas al vigoroso impulso de los remos, sin tropezar jamás ni hacer daño a nadie; barnizadas, relucientes, como peces que salieran a nadar a flor de agua. En cambio, son sus tripulantes de lo más bullicioso que se conoce; respiran alegría, salud y fuerza; adivínanseles musculaturas hercúleas, hijas del continuo ejercicio; y en los momentos de la lucha, cuando sus biceps se acentúan, cuando enmudecen, cuando se encorvan y enderezan con mecánica precisión, cuando los remos hienden las aguas sin levantar espuma, y salen chorreando, sueltan un destello y se hunden de nuevo, creeríase que hombres, embarcaciones y remos formaran un ágil cetáceo aun no clasificado.

Las *canotiéres* eran el atractivo de la fiesta, y con sobrada justicia; había cada cuerpo, capaz de hacerle a uno desear que lo convirtieran en remo o en canoa. Sin embargo, a mí me atraían más los botes solitarios, con sólo una pareja a bordo, medio escondidos en los meandros del río, al lado de algún muelle rústico, que se viene abajo; ella, junto al timón, sosteniéndose una rodilla con las dos manos; él, mirándola, reclinado en uno de los atravesaños, la pipa encendida; y el bote, inmóvil, encallado en las plantas de la ribera. Así ha de ser la dicha.

Margarita se divirtió como una chicuela, y yo como un extranjero; aplaudimos, gritamos, anduvimos de la mano, nos sentamos sobre la yerba, deshojamos las flores de su nombre, y, al comprar los billetes para el regreso, en una apretura sin igual, contagiados por el mal ejemplo, no recuerdo si nos dimos un beso o dos.

La noche que la llevé a la Opera, hacían el *Fausto*, que no pudimos ver juntos; yo me quedé en las butacas, y ella subió a las alturas. Reunímonos a la salida, en el elegante tumulto de la plaza; entre los trenes lujosísimos que esperan a los amos, el cochero con el látigo en ristre, los caballos impacientes, echando humo por las narices, el lacayo junto a la portezuela, inmóvil, descubierto mientras la señora entra envuelta en pieles y plumas, inaccesible y perfumada. Nosotros, nos habíamos dado cita en el ángulo izquierdo del frente de la fachada, tras del guardia de París de servicio ahí, montado en un caballazo, la luz eléctrica cintilando en su casco de metal, y las crines de éste, negras y sueltas sobre el abrigo blanco. Margarita cantaba como toda mujer francesa, es decir, cantaba bien; su voz no era extensa ni educada, pero sí era extremadamente simpática. Muchas ocasiones, muchísimas, le rogaba yo que cantara cuando estábamos solos en casa, o cuando por la noche volvíamos de alguna parte. Y por secreto instinto, suprimía las canciones obscenas, cantaba otras cosas, aires de su país, trozos de opereta o de romanzas con letra de Alfredo de Musset. Yo me abandonaba a su vocecita, y cerraba los ojos, para imaginarme lo que sólo a mí puede deleitarme, el caudal de anhelos que no hemos podido o no hemos querido divulgar nunca. Después de la noche del *Fausto*, Margarita, que había retenido diversos pasajes, dió en cantar a menudo el dúo de amor que entonan los artistas al pie de la ventana, a la luz de la luna, cuando Fausto se despide. Segura de su triunfo, esmeraba su voz, la modulación, y colgada de mi brazo, pensando quizá en la madre enferma o en el amante olvidadizo, decíamelo todo:

«Laisse-moi, laisse-moi,
contempler ton visage....»

Como la índole de nuestras relaciones era modernísima, sin compromisos ni engaños, llegué a suponer que éstas no concluirían mientras yo estuviera en París. Los motivos que por lo general determinan los rompimientos amorosos, no eran aplicables a nuestro caso, porque el amor no se nos había interpuesto, ni a ella ni a mí nos ocurrió forzarlo a ser testigo o padrino de nuestros tratos. Fuimos amigos de toda confianza y de distinto sexo ¿qué mejor? No le pedí su amor, porque aun suponiendo que hubiera podido otorgármelo, no me habría hecho feliz ni tengo lugar en qué colocarlo.

De suerte, que me sorprendió el primero y único disgusto que nos separó; disgusto ocasionado por una fruslería, un retrato suyo que me guardé sin su permiso, y que me reclamó en muy descompuesto tono.

Dejamos de vernos. Apenas si nos dirigíamos un frío saludo en los sitios en que nos acercaba la casualidad; saludos de lejos, con la cabeza, o frases tontas, si nos hallábamos mano a mano:

—*¿Tu vas bien?*....

—*Pas mal, et toi?* ....

Cierta noche, en que me tenía suspenso el *can-can* más desenfrenado que he oído tocar en mi vida, – un *can-can* indudablemente compuesto por algún loco, la última palabra del frenesí, en cuya parte principal el director de la orquesta disparaba tres tiros, y los demás músicos se alzaban de sus asientos y gritaban como han de gritar los pieles rojas en sus dominios, – *Jeanne l'Etincelle*, favorita de un compatriota amigo, y antigua amante de un conocido pin-

tor francés, me dijo algo que no entendí de pronto. La fiesta estaba en su apogeo, el *Moulin Rouge* en noche de moda, y el *can-can* aquél, hipnotizando a todos con su ruido de danza infernal.

Desprendióse *Jeanne* de su compañero, y se aproximó a mí, hincando una rodilla sobre la banqueta para alcanzarme, las manos en la baranda de madera que circunda los costados del salón.

—¿Se acuerda usted de Margarita, su amiga?

—Sí,—le contesté, suponiéndola emisaria de aquélla, para reconciliarnos.

—Ha muerto!

—¿Qué cosa?—repuse, y bajé adonde se hallaba,—si no es posible, debe usted confundirla....

—No la confundo, nó.

Y en aquel medio impuro, en aquella especie de saturnal decadente, ansiada por su compañero, que se aburría de la espera y que la llamaba a señas, narróme *Jeanne*, a grandes rasgos, la inesperada y repentina catástrofe. Una pleuresía, complicada con no sé qué otra dolencia fulminante. Margarita, sin recursos, denunciada por el conserje, fué trasladada a un hospital gratuito, donde permaneció cuatro días, sin nadie que fuera a verla, por miedo ignorante a un contagio, que no existía. Al cabo de los cuatro días, la muerte, y en esa misma tarde, el entierro, municipal, con una que otra compañera de profesión, compadecida, y que asistió más por superstición que por cariño.

Me ganaba la emoción, cada detalle era más cruel y más despiadado.

—Pero ¿por qué no me buscó?—exclamé. Demasiado debía saber que yo no la habría rechazado, al contrario, Y.... ¿a dónde la enterraron?....

Aquí, la fisonomía de *Jeanne* se llenó de sombras,

vi en sus ojos la promesa de una lágrima, y con voz tristísima, repuso:

—¿A dónde?.... En el peor de los cementerios, en el que sólo horror inspira y que nadie visita, en el que nos entierran a *todas*, cuando no hay quien nos reclame, en el cementerio de los guillotinados!!....

No le contesté una sola palabra, no podía hablar. *Jeanne* me tomó una mano, y la oprimió, murmurando:

—Gracias, por ella!....

Me fuí a mi casa, dentro del primer carruaje que encontré a la salida, pensando en la pobre muerta, pensando en los buenos ratos que me había dado, en el culto que le tenía a la madre, y sin poder remediarlo, en el dúo del *Fausto*, que tanto le agradaba. Parecíame que iba allí, a mi lado, y que, como siempre, mirando la calle, me repetía la enamorada frase:

«Laisse-moi, laisse-moi,
contempler ton visage....»

Ya yo no la contemplaría más, nó; y aunque no la había amado nunca, aunque quizá no habríamos vuelto a hacer las paces, dolíame la separación, por lo trágica y por lo eterna. Y lo natural, en casos tales, viniéronme a la memoria sus conversaciones, sus ideas, sus gustos, sus teorías; la desconsoladora filosofía que adquieren las pecadoras. Recordé, muy especialmente, su aversión por el *boulevard*, no podía sufrirlo.

—No creas que el *boulevard* es nada más la calle; también nosotras, y los bailes públicos, y los cafés-concierto, somos *boulevard;* y aunque no te lo parezca, por extranjero y porque no lo conoces bien, sábete

que es cruel y es triste, pero muy triste. Mira, a mí me da de comer, y lo odio, como a mi mayor enemigo.

Yo la bromeaba, la llamaba nerviosa, romántica; defendía el *boulevard*. Desde esa noche, le miré otra faz. En efecto, *el boulevard* es triste!

¡Pobre Margarita! Nunca estaré conforme con su sepulcro; no me resigno a que se halle tan cerca de los grandes criminales, de las grandes desgraciadas, aunque perteneciera a éstas. Merecía mucho más; su delicioso cuerpo de 19 años, arrogante de juventud, de blancura y de belleza, tenía derecho a otras vecindades; tenía derecho a flores, y ¿por qué no? tenía derecho a una cruz, a ese emblema elocuente de los que sufren, y sufriendo, perdonan....

XVI

EN BUENOS AIRES

VEINTIDÓS días de Europa a la Argentina, sin más curiosidades que la escala en el puerto africano de Dakar, y una descompostura en la máquina del barco, que se mantuvo al garete treinta horas, en pleno océano.

Dakar, es un paraje digno de ser visitado, no porque encierre nada de extraordinario, sino por hallarse en otro Continente, tener un rey negro, accesible a todos los viajeros, y existir allí un protectorado francés, que protege a su manera, a los que fueron amos y señores de la comarca. La bahía, es bonita; el pueblo, ni a pueblo llega, son dos caseríos; el primero, ocupado por los franceses, fórmanlo grandes barracas con techo de zinc, una fonda, un pseudo-hotel, los almacenes de la aduana y tres o cuatro cuarteles, rellenos de tropa, con el pabellón izado, en destemplado ejercicio clarines y tambores. En el segundo caserío – cabañas con el techo y las paredes de paja – encuéntrase la corte dakarense, las

habitaciones del monarca, de sus ministros, de sus favoritas y de sus súbditos. Para conocer ésta, hay que pasar forzosamente por aquél, que la ataja y vigila como centinela de vista; y el aspecto que ofrece el pobre reino, es grotesco y desconsolador. Carece de calles, las cabañas surgen de aquí y de allí, cual plantas deformes y enfermizas de aquel suelo abrasado por el sol, y los negros, medio desnudos, acostados sobre la yerba anémica, que le ven a uno cruzar sus dominios, y permanecen en su postura, inmóviles casi, con excepción de los ojos, que siguen al intruso con odio histórico, que disfraza la indiferencia actual, parecen los frutos naturales de ese suelo y de esas plantas. Otros, al contrario, se acercan a uno y lo asedian con los objetos que venden, hablando un francés imposible, riendo por todo, porque no entienden o porque no les conviene entender, y principalmente, por mostrar con primitiva coquetería la envidiable blancura de sus dientes. También se tropieza con mujeres que preparan la comida en fogones a la intemperie, o que vuelven de algún arroyo cercano, con un inmenso cántaro en la cabeza, descalzas, las manos en continuo balanceo, las caderas muy marcadas, y los senos lacios, abultados, asomándose por entre las roturas de las ropas, con el aire y los movimientos de reptil adormecido y perezoso. Abundan los chiquillos, que corretean en todas direcciones, en una absoluta y completa desnudez, la que, sin embargo, no tiene nada de impúdica; en parte, porque son niños, y en parte, porque son niños negros. Su color, hace creer que aun deben retirar la última prenda de su vestido para declararse desnudos.

No bien se penetra en la corte africana, cuando os desocupados vecinos proponen su compañía.

—Ustedes van a la casa del rey ¿verdad?

Y recorre uno el trayecto, en medio de una procesión que aumenta sin cesar. Queda lejos la casa, sumida en lo que pudiera llamarse los arrabales de la ciudad, y en ella entra cualquier súbdito, sin anuncios ni antesala; busca al rey hasta por las dependencias íntimas de la morada, espanta a las gallinas, riñe al perro y se marcha cuando le acomada. Nosotros fuimos más felices: S. M. recibía en la segunda pieza de la casa, que a un mismo tiempo le sirve de despacho, de comedor y de dormitorio. Nos recibió acostado en la cama, apoyándose en las almohadas, una humilde cama europea de madera barnizada. Tenía puesto una especie de sombrero de palma, y estaba cubierto con un abrigo muy semejante al poncho argentino y al jorongo mexicano. Es el monarca de Dakar, un mocetón de hasta veinticinco años, corpulento y hermoso, sin pelo de barba, ojos muy expresivos. Ríe a menudo, y nos habló en un francés correctísimo, salpicado de términos parisienses y de expresiones espirituales. Despidió a nuestro numerosísimo cortejo, que se había colado hasta los pies mismos de la real cama, y nos ofreció asientos, asientos que aparecieron conducidos por dos ancianos:

—Son mis consejeros,—exclamó sonriéndoles.

Nuestra visita se redujo a unas cuantas preguntas y respuestas mutuas; curiosidades geográficas y de historia. Al saber que yo era mexicano, quedóse suspenso unos instantes; repetía «México,» «México,» me miraba, y por fin, me preguntó dónde quedaba esa tierra. Se lo expliqué, hícele comprender que la América española no es sólo la del Sur y la del Centro, y él apoyaba mi discurso, díjo-

me que estaba cierto de nunca haber hablado con un mexicano, y me pidió mi tarjeta para guardarla.

—Tengo una colección interesantísima – añadió – va usted a verla.

Gritó un nombre en su lengua, y cuatro mujeres entraron en el aposento, con la cartera de la colección; vistosamente vestidas, con cuentas, pendientes y plumas. Una de ellas, bastante joven y bastante agraciada.

—Mis esposas – me dijo, con un guiño de ojos maliciosamente europeo.

—¿Pues cuántas gasta usted? – le pregunté.

—Aquí, nada más que éstas; pero cuando viajo, todas las que me gustan.

—Viajará usted con frecuencia....

—Nó – repuso riendo de bonísima gana – ¿no ve usted que se acostumbra uno a todo?....

La colección de tarjetas, era, en efecto, interesante, y más interesante todavía, los colgajos y adornos de las mujeres.

—Elija usted lo que le agrade, que éstas, por no contrariarme, se lo darán ¿quiere usted un amuleto?

Volvió a hablar en su lengua, y una de las mujeres se sacó un collar de cuero, con cinco estuches pequeños, que conservo aún.

—*Gri, gri; gri, gri* – masculló al alargármelo.

—Es el nombre del amuleto – terció el monarca – las cajitas tienen dentro, esqueletos de bichos venenosos, y es fama que traen la dicha; no lo pierda usted nunca.

—¿Puedo darle algo en pago?

—Déle usted lo que le parezca. Y le regalé una moneda de cinco francos, precio muy módico para esclavizar la dicha.

Al despedirme, quiso el rey mostrarme sus armas, por las que es apasionado, y, según a bordo me dijeron después, en cuyo manejo no tiene rival. Había dos fusiles grandes, varias escopetas, mucha arma blanca y un rifle Winchester, guardado dentro de una funda.

—Este se llama «el consentido»—prorrumpió acariciándolo. Me lo regaló el capitán de un buque de los Estados Unidos. Lo prefiero a los demás con que me obsequian mis amigos los franceses, y que en ocasiones se descomponen. Este, nó; los dieciséis tiros que aguanta, dirigidos por una mano como la mía, no crea usted, van muy lejos, y pueden hacer muchas cosas....

Y al decir «van muy lejos,» su mano armada, casual o intencionalmente, señalaba allá, al rumbo de los franceses, cuya tricolor bandera flameaba con algo de insolencia, por sobre los enanos edificios. El rey estaba hermoso en aquel arranque de contenido patriotismo, apuntando en sus ojos un odio terrible, odio de oprimido, odio del último vástago de una raza corpulenta y soberana, que acaricia de cuando en cuando ensueños de venganza.

Calmóse pronto, volvió a su amabilidad, me estrechó la mano y me dijo:

—Ahí afuera, le dará usted dos francos por la visita a mi ministro de Hacienda. Es la costumbre.

* * *

Un río inmenso, sin horizontes, con anchuras y cóleras de océano, con celajes de región virgen y rica, surcado por una infinidad de barcos: he ahí el

Plata, que separa a esa coquetería que se llama Montevideo, de esta opulencia que se llama Buenos Aires.

Detúvose el vapor a una gran distancia, y debido a ésta y a la bruma matinal que se alzaba del río, apenas si medio distinguí una línea azulada, enorme, que me aseguraron era la ciudad. A poco, un vaporcito pitaba en uno de los costados del nuestro, llamando pasajeros. Y se llenó en un instante; pasajeros y baúles caíamos uno tras otro, sin distinción de clases ni de tamaños, hasta formar un conjunto abigarrado: los de tercera, en los mejores sitios, ganados a fuerza de puños, y todos como si fuéramos una masa de inmigrantes. A las dos horas, en el muelle, luego en la aduana, luego un carruaje:

—¿A dónde, caballero?....

—Al hotel *Frascati*.

Calles estrechísimas, con carros, coches, tranvías y gente en lugar de aire; bastantes edificios de un piso, viejos, con techo de teja y ventanas a la española antigua; de repente, una casa-palacio pregonando que la ciudad vale la pena, que es una muestra puesta ahí, para que el viajero no se asuste y penetre más. Conforme se avanza, multiplícanse las casas buenas; aparece una plaza, un templo, un edificio público, pero las calles no se enanchan; continúan obstinadas dificultando el tráfico y afeando el conjunto.

Por la angostura de las calles, la primera impresión que Buenos Aires produce, no es agradable; se asoma uno al balcón, sale a la esquina a ver si se descubre mayor amplitud, es inútil; las calles rectas se prolongan con sus dos aceras siempre a la misma distancia, distancia que le hace a uno inverosímil el tráfico enorme que en ellas se efectúa. Las calles anchas se conocen después, después se cono-

cen sus paseos, y cuando se abarca el total, resulta un señor centro. Sus calles elegantes son tantas, que, si pudiera reunírselas, formarían dentro del área de Buenos Aires, una ciudad de palacios. Yo no sé de ninguna otra ciudad hispano-americana que pueda compararse a ésta, en cuanto a construcciones modernas; pues México, por ejemplo, si bien es cierto que en materia de monumentos supera con mucho a Buenos Aires, también lo es que en su parte moderna, tiene que colocarse muy por abajo de ésta.

Buenos Aires, a la larga, llega a convertirse en una necesidad; ama uno sus defectos y sus cualidades, la considera cosa suya, se apasiona por sus progresos y por sus desgracias. Pruébalo el acendrado afecto que le profesan los hijos de extranjeros nacidos aquí; son excepciones los que siguen la nacionalidad del padre: todos se declaran hijos del país, se alistan en la Guardia Nacional, se rompen mutuamente la cabeza en los atrios de las iglesias en la época de las elecciones, y, poco a poco, van desparramándose por los campos argentinos, levantando ciudades nuevas, rejuveneciendo las antiguas y formando esta nación que está llamada, para ventura suya, a ser la admiración de propios y extraños. Algo, pues, debe encerrar la tierra que así se hace querer; que obliga a cualquier extranjero que importa una industria, a bautizarla de argentina, y a aprender el idioma, y ese algo, es una potentísima savia americana, indispensable para que no ahogue al país la ola inmigratoria que viene invadiéndolo.

De mí, sé decir que en dos años y medio de habitar Buenos Aires, es la primera vez que no me ataca ni siquiera un amago de nostalgia; que me parezca lo más natural del mundo ser mexicano, y mexicano que

vive aquí como en su casa, y que ahora que se acerca el momento de decirle adiós, quizá para siempre, tengo el ánimo triste y contrariado. No he recibido sino cariño, y nadie renuncia con gusto a que le prodiguen cariño. Así es que, tratándose de sus defectos, soy un parcial, me hallo muy inclinado a disculpárselos, se los disculpo cada día, y he de hablar de los menos, los que más resaltan, para que no se me tilde de falta de honradez en este libro, que es la honradez misma.

Para explicarme sus defectos, imagínome la Argentina como un muchacho despierto y mimado, que de repente se mira dueño de cuantiosa fortuna, y se entretiene en tirarla por la ventana. Es fuerte, buen mozo, criado en la Pampa y en los Andes, tiene un nombre que es pasado de gloria y una promesa para lo porvenir, se apellida San Martín, y como ninguna puerta se cerraba a su paso, como todos hacían buena cara a sus locuras juveniles, se fué a Europa, a divertirse, y contrajo deudas, malos hábitos y malos amigos. El golpe ha sido rudo, volvió a su casa y comenzó a hacer lo que no había hecho jamás; abrió los viejos armarios de familia, hojeó libros escritos por sus mayores, repasó sus hazañas, y determinó imitarlos. Se ha visto su musculatura material, moral y cerebral; ha visto sus heredades, y ha resuelto ponerse a trabajar todo el año, en el campo, con el ganado y los cereales, y en el invierno en la ciudad, con su prensa periódica, sus instituciones científicas, su recién nacido Ateneo, sus teatros y su creciente movimiento intelectual. Nada puede ya echársele en cara, le ha salido la muela del juicio.

Quédanle, aún, dos o tres muchachadas que desaparecerán con el tiempo, sin que él mismo se dé cuenta. De entre ellas, su mala voluntad a España,

y su creencia de poseer un idioma nacional. La mala voluntad a España, reconoce por causa el despego con que ésta trató a la Argentina cuando la Colonia; los argentinos opinan – y con muchísima justicia – que nada debieron ni deben a España; que España los miraba como a una de sus últimas posesiones, que nada hizo por ellos, a diferencia de lo que se esmeró con otras colonias, México, sin ir muy lejos, en donde somos deudores a España de grandes favores que casi equilibran los horrores de la conquista, y de tres siglos de opresión. Todo esto es la verdad pura, nadie la niega, pero supuesto que las cosas acaecieron hace tantos años, y que los argentinos, por sus propios esfuerzos han subido tan alto ¿no sería hermoso que depusieran sus rencores y dieran el ósculo de paz a la vieja y heroica España, la matrona europea venida a menos, la que al cabo de cuentas, y queramos o nó, es la madre de todos nosotros? Estoy seguro de que el día en que la reconciliación se realice, ni volverán a acordarse de su pretendido idioma nacional; idioma que no existe, porque no puede existir mientras no formen un léxico, y no cambie la estructura general del que ahora hablan, español malo a no dudarlo, pero español al fin.

Yo me encontré con que en la Argentina emplean el *vos* con la mismísima impropiedad que en Guatemala, como tratamiento familiar y de confianza; aquí, lo mismo que allí, se llama al que se tutea diciéndole «vení» y no «ven.» Tiene Buenos Aires, en su habla pintoresca, una sílaba con la que invariablemente se principia toda charla entre amigos, es la sílaba «che,» con la cual se familiariza uno al poco tiempo, la encuentra significado especial y la emplea sin deber emplearla, pues sólo se halla bien en boca por-

teña; los extranjeros la echamos a perder, sale sin gracia y sin gana. Sostienen los argentinos, que la palabra es de estas regiones, que viene del araucano y quiere decir no sé qué; y los valencianos la reclaman, juran que ellos la importaron, y que allá en Valencia, sobre todo entre los granujas, es corriente el oírla. Yo sentiría que no fuera argentina; en Buenos Aires la he oído por vez primera, y, pronunciada por sus mujeres, llega a adquirir hasta modulaciones de caricia. Si todavía la reclamaran las valencianas para sí, la dividiría entre valencianas y argentinas, pero cedérselas a pilletes de playa, francamente no me resigno, aunque de derecho les corresponda. De hoy más, para mí, será un distintivo nacional, y cuando la escuche en tierras extrañas y distantes, ha de parecerme un cariñoso saludo porteño.

En Buenos Aires, la vida material es amplia, bastante refinada y relativamente barata; cuanto Europa ofrece, puede obtenerse aquí; las casas son bonitas por fuera y elegantes por dentro; hay paseos, como el de Palermo, que en ciertas tardes de primavera y de otoño, reune hasta mil trenes, cuyas libreas, caballos y elegancia rivalizan con los de cualquiera otra ciudad culta; y hay teatros, como el de la Opera, que es una pequeña maravilla. Abundan las diversiones de todo género, y noche a noche, los nueve o diez teatros de la ciudad míranse concurridísimos. El argentino – como casi todos sus demás hermanos de Hispano-América – es músico por excelencia; tiene muy buen oído, mucho sentimiento y muchas disposiciones; y desde el «payador» que en la perdida pulpería de la Pampa o en el fogón criollo de una *estancia*, entona milongas afinadas y dulcísimas, en una mala guitarra, hasta la niña que en

el piano de su casa interpreta a Chopin y Beethoven, hasta el *diletante* que ha aplaudido a Gayarre y Tamagno en el antiguo *Colón*, puede decirse que todo argentino se encuentra en su elemento con la música; y pueblo que la ama a tal extremo, es un pueblo sensible que tiene que llegar a pueblo artista. Esta predilección la ha llevado al punto de pagar lo que le han pedido, porque las mejores compañías de ópera vengan a cantar a sus teatros; es una de sus muchas vanidades. Es también partidario – aunque no tan entusiasta – del drama y de la comedia, siempre que comedia y drama sean franceses; los españoles no lo hacen feliz, salvo uno u otro de justificada fama, que de cuando en cuando se digna ir a aplaudir; pues por lo demás, es un adorador de Francia, a la que imita en lo bueno y en lo malo.

Ofrece Buenos Aires, con un intervalo, inapreciable por lo corto, – el crepúsculo vespertino – dos aspectos diametralmente opuestos: la mañana y la tarde, las consagra al trabajo, un trabajo estruendoso y gigantesco, trabajo de medio millón de seres, de puerto de primer orden, de capital de una república; la noche la consagra a divertirse, las diversiones lo asedian a uno, la gente ríe alto, anda de buen humor; los cafés-conciertos surgen a cada paso, los teatros hacen señas con sus arcos de gas, que van de acera a acera, tropieza uno con los organillos, escúchanse carcajadas que nos hacen sonreir a solas, por nervioso contagio, y hasta los cocheros de los tranvías ejecutan en sus bocinas de cuerno, trozos de una música que sólo a ellos y a los caballos complace, pero que aumenta al aliento de formidable alegría que flota entre los aires de la noche. Todo se desvanece al concluir de los teatros, anímanse entonces los cafés y las chocolaterías, y, después,

nada, un silencio de sepulcro y una soledad de desierto, apenas turbados por dos o tres mandolinas y guitarras, que desde lejos envían sus arpegios, soñando a amores; y por el silbido de los vigilantes, agudo, estridente. debilitándose allá, en esquinas remotas, donde muere, como cansado de su peregrinación enorme y quejumbrosa.

Al decir de los argentinos rancios, de los que citan con orgullo tres y cuatro generaciones argentinas, Buenos Aires ha perdido todo su carácter con el cosmopolitismo de que es víctima, de algunos años acá. No se conforman con la sorda y despiadada invasión que hoy destruye una leyenda, ayer rompió una costumbre y mañana ridiculizará lo que se oponga a su paso. Yo les doy la razón, y pienso con secreto júbilo, que en México aun no corremos ese riesgo; me alegran la memoria, los sombreros anchos de nuestro pueblo, y los «rebozos» de nuestras criadas; pienso en esa infinidad de pequeñeces, que de cerca se nos antojan anticuadas o grotescas, pero que en la ausencia poetizan la patria, conservándole la fragancia de su integridad en usos y costumbres, su perfume nacional y característico, lo que es suyo y no tenemos derecho de quitarle. La primera de las civilizaciones, consiste en honrar padre y madre, aunque sus gustos no sean ya los nuestros ni nuestras modas las que usaron ellos.

Así, por ejemplo, la bebida típicamenta argentina, de la que se oye hablar mucho antes de venir a este país, el «mate,» es uno de los pobres desterrados; ninguna familia principal se atreve a ofrecerlo, y si lo toma, lo hace a hurtadillas, cual si ejecutara una acción reprobada. Comprendo que se suprimiera el modo clásico de tomarlo, pero no la supre-

sión total. Servíase dentro de una fruta hueca; ahí iban la yerba, el azúcar y el agua hirviente; una sola bombilla de plata u oro, que había de moverse lo menos posible, para no echar a perder el mixto, era por la que sucesivamente chupaban todas las visitas; cada vez que el agua se consumía, llenábase de nuevo el «mate,» y la cocinera; – negra o blanca – cebaba la bebida, sus labios resolvían si estaba o no de punto. En la actualidad, le ofrecen a uno té, en tazas chinas o de Sévres; el «mate» ha ido relegándose a los criados o a las habitaciones íntimas, como esos parientes mal vestidos que no nos atrevemos a llevar al salón.

Otro tanto puede decirse del «gaucho,» imposible hallarlo en Buenos Aires. Le aseguran que la civilización no gusta de él, y él, resignándose a duras penas, almacenando vagos y justificadísimos rencores, levanta su cabaña, recoge sus «boleadoras,» su poncho, su guitarra; ensilla el caballo, acaricia el facón, y, a galope tendido, se interna y se interna más cada día en los confines de la Pampa majestuosa e inconmensurable. Es un caballero fantasma y errante, dentro de sus propios dominios; apenas si le dan qué hacer en las «estancias» nuevas – y las viejas, tienen completo el cuadro de administrador, mayordomo, domadores de potros y peones de labor – por todas partes tropieza con rivales extranjeros; los hijos de sus antiguos patrones, los que él enseñó a montar en «recado,» montan ahora en silla inglesa, quieren vender la hacienda y marcharse a Europa; las ciudades y las villas se multiplican como por encanto; el silbido del tren le espanta su overo; los rieles le derriban su rancho, y él huye, galopa apesadumbrado, duerme al raso, y allá, en el fondo de las pulperías, al

triunfar de la noche, ahoga sus penas en ginebra, o canta en la guitarra unos aires con letra, a los que llama «tristes,» y que en efecto lo son, como siempre lo han sido las endechas de los grandes despojados.

Va de prisa; yo, para alcanzarlo, tuve que tragarme noventa leguas de camino de hierro, pero lo vi y le dí la mano, y nos separamos de eternos amigos. Con ligeras variantes, es el charro mexicano. Es como éste, alto, fuerte, bien formado; de pocos afectos, pero que llegan hasta el sacrificio; altivo y valiente; apasionado del juego y de las mujeres; idólatra de sus hijos y de su hogar; perito en el cuchillo, y sin rival a caballo; huraño y poeta. Llévale de ventaja a nuestro «charro,» el manejo de las boleadoras, mas en cambio, ignora lo que es un «coleadero;» de suerte, que no se deben ni se envidian nada; salvo la amenaza suspendida sobre el gaucho, de perder dentro de poco hasta su traje, que tiene en tanto, so pena de que este maldito cosmopolitismo, lo arrolle y lo aniquile, dentro de poco, se vestirá como se visten ya el turco y el japonés, a la europea. ¡Permita Dios que nuestros charros no se miren nunca en un martirio igual, así los rodeen millones y millones de forasteros!

Por dicha, la Argentina tiene una excelsa virtud: su patriotismo. Con él hará prodigios, realizará cuanto le convenga y a medida que le convenga. Yo la he visto, cuando la pérdida de un buque de guerra, estremecerse de dolor, primero, cual un solo cuerpo, y después, cubrir una suscripción nacional en pocos días; organizar rifas, fiestas, ventas, servidas por señoritas, y dar el dinero necesario, sin vacilaciones ni mezquindades, como quien cumple con un sagrado deber. Y si le habla usted de gue-

rras posibles con naciones de Europa o de América, no lo deja a usted concluir; bríllanle los ojos, se exalta; sus hijos todos declaran orgullosísimos, que son soldados por la ley y por el corazón; los triunfos de antaño, los estiman como garantía de triunfos nuevos, fatales, y concluyen por mencionar a San Martín con un respeto religioso, y a las proezas de este genio, como acontecimientos que, por su misma magnitud, obligan a sus herederos a ser grandes, fuertes, libres.

Buenos Aires practica algunos hábitos de sultana. En la época del verano, cuando se respira fuego, hay la costumbre de llevar a cabo, de noche, el paseo de carruajes en las avenidas de Palermo, iluminadas con luz eléctrica. Y el golpe de vista es encantador; los carruajes, descubiertos; las señoras que los ocupan, con trajes vaporosos, reclinadas voluptuosamente en los respaldos; las palmeras que bordean la avenida, con intranquilidades y rumores; la música militar, tocando; los policías, inmóviles; los elegantes, a caballo; por las aceras, gente de a pie; los cafés campestres, con sus lucecitas por entre los árboles, su ruido de platos, y, de tiempo en tiempo, el delantal blanco de los camareros, que se asoma y se pierde, como animal que escapa; el cielo estrellado, la atmósfera tibia, y, a lo lejos, el Plata que besa a la ribera. Aquello es tan agradable, que se prolonga hasta después de media noche, hasta que la luz eléctrica se extingue y los faroles de los carruajes, en el desfile final, simulan un enjambre de luciérnagas que arrastrara un torbellino.

Y a esa hora no debe uno regresar, debe decir al cochero que siga hasta el final de la avenida, cruzando la vía férrea; debe uno estacionarse en una plazoleta semicircular. Aunque haya otros carrua-

jes, no importa; nadie se mezclará con usted. Allí se está junto al río, que, en ocasiones, viene a lamer los cascos de los caballos, y las ruedas de los carruajes más cercanos de la orilla; desde allí, se contempla el río en una gran extensión. Si es noche de luna, el espectáculo es sorprendente; si no hay luna, la claridad disminuye, y el misterio aumenta. De repente, ha de escuchar usted el eco de una risa o el de un beso; no vuelva usted la cara, no debe perturbarse el amor, no debe uno minorar dichas ajenas. Estése usted quieto, y como lo he hecho yo, sueñe con los ojos abiertos, sueñe con la mujer amada; deje usted que el pensamiento forje un palacio de quimeras sobre las ondas del Plata, y que su espíritu se adormezca y olvide la prosa a que está encadenado....

No he de pasar por alto algo que, en mi sentir, es un defecto culminante de Buenos Aires: el comportamiento de los bonaerenses en las defunciones y en los entierros de la gente. Cuando alguien muere, no se reparten esquelas de aviso, anúnciase el hecho en los diarios de la mañana o de la tarde, según la hora del fallecimiento, indícase la del entierro y el nombre del cementerio. Esto, paréceme cómodo y digno de imitarse. Lo malo, se halla en la casa mortuoria; han colocado el cuerpo en la sala, colgada de crespones; los deudos femeninos, pasan a las piezas interiores, y los masculinos se quedan esperando a los amigos y conocidos, que llegarán sin cesar durante la noche entera, conforme vayan sabiendo la noticia. Sitúanse en la antesala, en el patio, en los corredores; se agrupan, de acuerdo con sus simpatías, y comienza a iniciarse una charla en voz baja, que nada tiene que ver con el muerto; hay de todo, carreras de caballos, teatros, política,

anécdotas. Los criados, no hacen más que ofrecer té, mate, oporto, pasteles y cigarros, que dan fuerzas para terminar la velada, pero también el deseo de olvidar en pláticas y diálogos, la fúnebre vecindad. Y aunque el deudo se sienta lastimado en su interior, la costumbre impera, y él atenderá a los que lo favorecen con su espontánea compañía. A las cuantas horas, el acompañamiento, que por lo general, supera en lujo a los posibles de la familia; que es ostentoso; el carro, tirado por dos, tres y cuatro troncos de caballos rusos; cocheros, lacayos y palafreneros, con ropa de magnífico paño, sombreros montados, calzón corto y guantes de cabritilla; los coches, de luto, en consonancia con el carro, y, en seguida, un sinnúmero de carruajes de *rémise*, para los acompañantes. Se llega al cementerio de la Recoleta, que es el cementerio de lujo, y que, gracias al pésimo sistema que en él se observa, ha convertido en irrisoria la clausura municipal. En él no se entierra, propiamente hablando, se depositan los ataúdes por tiempo indefinido, con riesgo inminente de la higiene. Debajo de cada monumento, y por escalera practicable, que sólo defiende una reja con candado, está una bóveda con hierros escalonados, donde se colocan los féretros, y bóveda hay que encierra hasta cuarenta y cincuenta. Allí también se dejan las coronas y las flores, y da miedo pensar en la cantidad de miasmas que despide cada sepulcro, no obstante ser obligatorio el encajonar a los cuerpos en cajas de zinc o de plomo, además de las cajas de madera.

Otra circunstancia, que llama mucho la atención, es la de que en los carros fúnebres que conducen los despojos de un soltero, así haya fenecido muy

entrado en años, los adornos son blancos. ¡Los equiparan a las vírgenes!

Lo desconsolador de todo lo apuntado, está en que al poco tiempo — haciendo a un lado las excepciones que confirman la regla — se encuentra uno a los deudos en diversiones y paseos, sin más distintivo que sus trajes negros. El dolor pasa pronto, quizá porque comprenden que la vida es corta y amarga; que su reclusión en nada beneficiaría al viajero que no ha de tornar nunca, y que más necesitan de pasatiempos los tristes que los alegres.

Debe ser también razón principal, el exceso de vida que se respira en la ciudad; la vida se desborda, alegra los semblantes, multiplica los matrimonios y los enlaces de contrabando, afina la raza, en las mujeres, sobre todo.

Hablar de la mujer porteña es asunto delicado, porque tiene uno que caer en el ditirambo; porque yo no la conozco en su lado íntimo para poder apreciar sus condiciones morales, y he de limitar mi juicio a sus lados social y plástico, que sí me son conocidos, y que se llevan la palma del más exigente y rigorista. Sé que es virtuosa, por ser hispano-americana, y porque en los cuatro o cinco hogares a que me he asomado, en los que me han permitido contar mis melancolías de proscripto voluntario, mitigándomelas con el pan y la sal de la hospitalidad; en los que me han llevado de la mano hasta la cuna donde duerme el hijo que se muestra con orgullo, en esos hogares, digo, me he sentido feliz, he sentido — como en los análogos de mi tierra — una aura de ventura que orea el alma y reconcilia con la especie; he sentido una envidia muy noble y muy acentuada, y la tentación de tender el brazo y solicitar una limosna de esa dicha que puede alcanzarse a precio tan

cómodo. De manera, que sostengo y sostendré que el hogar argentino, el bueno, existe, y existe inconmovible.

La porteña es bella, y más que nada, hermosa. Es alta, erguida de pecho, opulenta de formas, de talle delgado, de ojos lindísimos, valientes, que miran con fijeza, con interrogación comprometedora, cual si dijeran a quien los contempla:

—«Díme lo que tengas que decirme; si no me conviene, me basto y sobro para castigarte, pero si me conviene ¡oh entonces! te voy a querer con toda mi alma, con mi cuerpo todo, como jamás te hayan querido, y como jamás volverán a quererte....»

Y adormece los ojos, los entorna, y al entornarlos, obliga a que el registro civil y la vicaría abran sus puertas respectivas. La mujer porteña no desdeña el matrimonio con extranjeros, porque sabe que al contraerlo no ha de abandonar la Argentina, porque sabe que, por el contrario, su marido ha de procurar «argentinizarse» lo más que pueda, y si es protestante se volverá católico, o, por lo menos, prescindirá de la prédica, no hablará más su idioma, ni tendrá otra familia que la de su mujer; y en las horas de amorosa intimidad ha de aprender a llamarla «che,» que es lo que a ella le gusta, a lo que está acostumbrada. La mujer argentina en su matrimonio con extranjeros, realiza inconscientemente obra patriótica; la patria no sólo no pierde algunas de sus hijas, sino que gana dinastías enteras de hijos varones, que mañana han de servirle en todo y para todo.

La porteña es elegante, le encanta salir bien vestida, tener carruaje y tener palco; hasta creo que ha de ser un tantico gastadora, sin que esta creencia provenga de indiscreciones de esposos; proviene,

entre otras observaciones, del caserón que ha hecho construir en el punto más céntrico de la ciudad y a todo costo, una antigua y conocidísima modista francesa. Alarma considerar el número de vestidos que representa esa construcción, por mucho que los tales vestidos hayan estado muy bien empleados en sus portadoras. En compensación, es caritativa; lo mismo sola que en corporación. Protege a la infancia, a la mujer; organiza tómbolas en las que ella se pone de vendedora, y en las que no deja a ningún masculino, si éste no contribuye con su óbolo.

Durante el Carnaval, hay en Buenos Aires dos faces curiosísimas, tan censurable la una como encantadora la otra. La censurable tiende a desaparecer, y ya era tiempo; consiste en empapar a los que van por la calle, desde las puertas, ventanas y azoteas de las casas, sin quejarse de que aquéllos, en indicada represalia, empapen a los fortificados. En la actualidad, sólo se permiten semejantes descargas con agua de olor, que ni mancha ni enferma; pero es de suponer y de desearse, que cuanto antes ni siquiera esto permitan. La cultura de que con razón alardea Buenos Aires, está pidiéndolo a gritos.

La faz encantadora se lleva a cabo en los salones de los clubs de tono, en las noches de bailes de máscaras; es sencilla: las muchachas disfrazadas, son las que se acercan a los caballeros, las que solicitan su compañía para bailar, las que sufren negativas, las que insisten, tuteándolo a uno, amparadas de la careta. Por desgracia, aquello no es sino una broma de Carnaval; los entusiasmos que origina hay que olvidarlos para siempre, después de unas cuantas horas; horas que vuelan por lo dulcemente anormales. No sé de ninguna otra ciudad del mundo, en que se practique esta costumbre deliciosa.

¿Por qué Buenos Aires, que posee merecimientos de sobra para adornarse con el título de centro ilustrado, no ofrece al extranjero ni un mal museo de Bellas Artes? Es inconcebible, y, sin embargo, así es. No hay nada, lo que se llama nada; se topará usted con un palacio asombroso en la calle de Río Bamba, y sabrá que es para las Aguas Corrientes; encontrará otros varios edificios más o menos notables, ninguno es museo de bellas artes, en ninguno podrá usted ver una escultura ni aplaudir un cuadro.

* * *

En México, Rafael Obligado es un amigo íntimo; sus versos son conocidos y admirados por los amantes de las Bellas Letras; prestan el volumen los que lo tienen, a los que carecen de él; reprodúcense las poesías en los periódicos principales de la capital y de los Estados más remotos. De manera, que no bien llegué a Buenos Aires, mi encuentro y acercamiento con Obligado los clasifiqué dentro del orden de los hechos indispensables y naturales. Y fué un mexicano quien me llevó a su casa, a los pocos días de mi arribo.

Recibióme en su biblioteca, sin etiquetas ni fórmulas, como se recibe a un pariente que hemos dejado de ver, con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios. Obligado, se desnuda por dentro cuando simpatiza con alguien; sus afanes, sus ideales, su credo político y artístico, todo lo muestra con su voz cariñosa, interrumpiéndose con paseos inconscientes y nerviosos por la habitación, y con una crecida cantidad de cigarrillos que fuma uno tras otro. Y en

todo es poeta Obligado; sus sueños de americanismo, sus sueños de arte nacional, sus sueños de sistemas de gobierno, hasta sus sueños místicos, todo es bello, todo es poético. Tiene dos idolatrías: su patria y su hogar. Entusiasma oirle hablar de la Argentina; adquiere entonaciones de profeta, describe curvas en la atmósfera, curvas lentas, delicadas, cual si quisiera acariciar con ellas a la República toda.

Yo no juzgo sus versos porque me conformo con aplaudirlos; Obligado alcanza notas intensas, que se nos graban por su sencillez y por su pureza. Hay en «Rosa,» su poema en preparación, su poema isleño —pues se desenvuelve en las islas del Paraná—estrofas que se quedan vibrando en el espíritu, con rumor de césped del campo y de órgano de iglesia, como la en que cuenta que:

....
«Los cariñosos rayos de la luna
A través de las hojas se filtraban,
Y al dar de lleno en el cristal del cuadro
Una celeste irradiación lanzaban.
El viento, en ocasiones,
Movia mansamente la palmera,
Y, haciendo palpitar los corazones,
La Virgen se agitaba,
Cual si contarles su dolor quisiera
Mientras su hijo expiraba.
Y entonces, Rosa, la plegaria alzando,
Con más fervor decía,
Toda trémula ya, casi llorando:
—«Dios te salve, María....»

Que lo juzguen otros; yo, en cuestión de sentimientos, soy un avaro: me los guardo hondo, y los hago salir cuando me conviene, cuando estoy solo y cuando sufro.

Desde hace más de veinte años tiene Obligado

reuniones semanarias, que se han convertido ya en tradicionales. A ellas me invitó desde luego, y a ellas he concurrido en calidad de infaltable, creyendo que a eso debo el estar relacionado con la mayoría de los literatos argentinos. He sacado de ahí dos o tres amistades preciosas, las que se encuentra uno muy de tiempo en tiempo, y sirven, sin embargo, en todos los tiempos. La reunión semanaria, es una reunión de amigos, en la que cada cual está autorizado a decir lo que primero le ocurre y en la forma que le ocurre; en la que nacen discusiones reñidísimas, a propósito de una fruslería o de una cosa trascendental; en las que se hacen lecturas del trabajo en obra, próximo a publicarse, y por las que hay que aguantar críticas de distintos matices, que, en ocasiones, alcanzan la magnitud de una destrucción. Yo puedo declararlo bien alto, con motivo de algunos capítulos de «Apariencias,» que me mataron apenas nacidos, y de algunos otros, que salieron apaleados y cojitrancos. La crítica se ejerce a cara descubierta, sin andarse por las ramas, ni meterse a averiguar cómo quedará el ánimo del autor.

Este conocimiento mío con los literatos de Buenos Aires, me permite aseverar que el movimiento intelectual—por lo que a la literatura corresponde—es mucho mayor de lo que los mismos bonaerenses se sospechan.

La literatura marcha a buen paso: ni adelante ni atrás de las demás repúblicas ibero-americanas. Domina, es cierto, la poesía lírica, defecto o exuberancia común en nuestro Continente, pero no carecen de críticos, historiadores y novelistas. Lo único que se halla en sensible retardo, es el teatro: aparte de Martín Coronado, que se dedica a él, formal y

honradamente, y de un señor Onrubia, no se distinguen en el horizonte autores nuevos; algunos muchachos, con piececitas en un acto, que han vivido pocas semanas, que no revelan personalidades artísticas, y pare usted de contar, pues la boga de los llamados «dramas criollos» como el «Juan Moreira,» el «Juan Cuello» y otros Juanes por el estilo, es sólo debida a que en ellos se halaga los instintos perversos de la multitud, la lucha con la policía y el triunfo de gauchos enamorados y cuchilleros. Y precisamente porque no hay teatro todavía, los tales «dramas criollos» debían prohibirlos, amén de otras causas, porque son anti-artísticos, hasta rayar en perniciosos.

Muchos libros de distinta índole, han visto la luz durante mi permanencia en el país; sólo novelas, hay unas ocho o diez, «La Bolsa,» de Julián Martel; «Alma de Niña,» de Podestá; «Entre dos luces,» de Ocantos, y qué sé yo cuántas más; obteniéndose un promedio anual y aproximativo, de 20 a 30 volúmenes, dignos de ser tenidos en cuenta. ¿No es esto movimiento intelectual?

La prensa periódica no me satisface, a pesar de las enormes dimensiones de sus diarios; encuéntrase dominada por un mercantilismo enteramente yanqui; todo lo sacrifica a la ganancia, multiplicando los avisos. Es una de «amas de leche,» de «sirvientes para comedor,» y «de cocineras con cama o sin ella,» que los artículos de verdadero interés pasan inadvertidos, y, o no se leen, o se leen de mala gana. Gastan los principales diarios, gruesas sumas en informaciones cablegráficas, y por la incuria de los agentes, sabe uno muchas menudencias europeas y hasta asiáticas, pero en tanto, ignora bastantes acontecimientos de importancia que se

verifican en nuestra América. Hay, pues, que refugiarse en las revistas, que ni todos buscan, ni todos pueden pagar. Por lo demás, yo envidio, y desearía para mi tierra, el tiro respetable de ejemplares que hacen aquí *La Prensa* o *La Nación*, por ejemplo. Respecto a esta última, tengo que reconocer, que de cuando en cuando hace positivos sacrificios en obsequio de sus lectores; que publica—como está publicando en la actualidad—al mismo tiempo que París, libros de Zola o de otros autores de nota; logra que Buenos Aires y París caminen de la mano por artísticos senderos. Realiza obra buena.

Para este año, hay en perspectiva un gran número de libros nuevos. De entre ellos, uno de Rafael Obligado, que parece decidido a vencer su pereza, pereza de la que él mismo se ríe y que él mismo confiesa. Se llamará «Héroes y Tradiciones,» en las que el cantor de Santos Vega, el continuador de Echeverría, pinta con más delicado pincel que su antecesor, una buena parte de esas leyendas y tradiciones que tienen todos los pueblos, que conservan los humildes, los edificios ruinosos, los campos desamparados, y que para tomar forma imperecedera, sólo esperan que las toque la mano del artista, y Rafael lo es en grado sumo.

Rafael Obligado quiere mucho a México; conoce sus hombres y se interesa por sus cosas; siempre le tiene guardada alguna frase de afecto, que a uno le suena dulcemente. En pago de ese afecto, y si es cierto que los poetas son uno de los pocos símbolos de las naciones, como prueba de mi cariño a la Argentina, cariño de hermano, de igual, mezclado a gratitud de huésped, he intimado con Rafael, le hablo de tú, que es el idioma que se emplea con los que llevamos siempre cerca del corazón.

XVII

HISTORIA DE «APARIENCIAS»

No bien terminó la publicación de *Del Natural*, cuando me propuse escribir otro libro, más por el pueril afán de ostentar en su frontispicio mi reciente título de académico, que por el libro mismo. Fué una vanidad, necia como todas las vanidades, la que de nuevo me puso la pluma en las manos. Afortunadamente, otros acontecimientos me hicieron abandonar Guatemala e interrumpir el trabajo, comenzado sobre intención tan mezquina; había una hoja concluída, el título, pero el plan no estaba resuelto, fluctuaba yo entre dos o tres argumentos diversos. Sirvióme la interrupción de diez meses, con mi permanencia en México y Europa, para adoptar el plan definitivo, el que desenvolví y llevé a término aquí, en Buenos Aires, durante quince meses de trabajo consecutivo.

Hacía mucho tiempo que anhelaba ocuparme en la época de la Intervención francesa, porque tenía la convicción, —y teniéndola sigo— de que ofrece una

mina inagotable y apenas explotada, de cuadros interesantes, desconocidos y artísticos. Pocos escritores mexicanos la han tratado hasta ahora; prefieren asuntos distintos, anteriores o posteriores a aquella época, que debiéramos todos sabernos de memoria. Hablar sólo de la guerra, como quería yo hablar, incidentalmente, podía salirme excesivo o corto, y entonces reapareció un antiguo deseo, dejado siempre para más tarde, de intentar una novela moderna, sin salir de México. Y además de que el adulterio me tentaba de suyo, mis observaciones a ese respecto, las confidencias secretas de dos amigos, en cuyos dramas respectivos fuí el diario testigo, hiciéronme preferir tan escabroso tema. Con un poco más de práctica, pasé revista a mis tropas, dentro de mí, y aunque bisoñas, las hallé resueltas a librar la batalla; prometiéronme no quejarse de heridas ni de tropiezos, y el libro comenzó a nacer, hoja por hoja, capítulo por capítulo; con sus horas amargas, de desconfianza; horas en que la propia y mimada labor se nos antoja fría, desprovista de encantos; con sus frases rebeldes, las que se encabritan al asirlas o las que huyen de nosotros, muy lejos, sin importarles nuestra desesperación, ni que el párrafo quede trunco; con sus páginas, que nos dejan sin dormir toda una noche, de codos sobre la mesa, y nos envenenamos a fuerza de cigarrillos, y nuestra lámpara oscila, como si nos pidiera permiso de marcharse a descansar; pero, también de cuando en cuando, con sus instantes de premio inefable y sus horas de triunfo íntimo; con sus frases dóciles y armoniosas, que suenan a orquesta extrahumana; con sus páginas, que creemos perfectas, que creemos que nos servirán de tarjeta en las antesalas de la fama; todas las alternativas, en fin, de

los que vivimos enamorados de nuestro oficio, y de los que lo bendecimos o maldecimos, según nos trata.

Leí el primer capítulo en la reunión de Obligado, me lo aplaudieron y obraron mal, porque las censuras alcanzadas con capítulos posteriores me supieron a acíbar. Publicóse el tal capítulo en uno de los diarios de la tarde, y yo me sentí alentado, con más ánimos para continuar en la brecha. Desde el principio, proseguí un propósito, demostrar que el castigo del adulterio existe dentro del adulterio mismo, pues tal es y ha sido mi creencia, sobre todo, desde que conocí en uno de los amigos de que hablo arriba, el martirio letal en que vivieron él y su cómplice. No hay palabras con qué pintarlo. Por eso, en mi libro sigo a los adúlteros paso a paso; por eso, me esmeré en desmenuzar hasta sus menores sensaciones.

Y ya que de adulterio se trata, he de levantar, siquiera sea de paso, algunas de las inculpaciones de la crítica.

Achácasele a mi libro, la influencia de la literatura francesa, por haber elegido el adulterio, y niego el cargo. El adulterio, aunque en mucha menor escala, tiene en el mundo entero condiciones de viabilidad; es hijo del matrimonio. Matrimonios, hay que no lo engendran; matrimonios, en que resulta primogénito, matrimonios en que resulta ultimogénito. En unos y en otros, vive o muere conforme lo reciben o lo rechazan. En mi opinión, hay tres clases de adulterio: por vicio, por accidente y por pasión. Nada disculpable ofrece el primero; todo es bajo, es inmundo, es morboso; es también el dominante en Europa y en los Estados Unidos, donde la mujer mundana se casa sin amor, y donde entre la ociosidad y la abundancia de inmoralidades que componen la vi-

da elegante, asoman y desaparecen los amoríos; amoríos que a nada han de saber y que no han de dejar huella interna; sin celos, sin lágrimas, sin emociones; amoríos de frac y corbata blanca, que se inician mordiendo el abanico en una gran *soirée*, y fenecen en los bordes de una taza de té, en el ángulo de un saloncito tibio y capitonado. Ese adulterio, por dicha nuestra, sólo lo conocemos en libros extranjeros, y de desear es que su importación sea muy tardía.

El adulterio por accidente, puede ocurrirle a la mujer más santa; a veces, es inevitable, lo determinan un conjunto desgraciado de factores, y ni ha de manchar; pero escaso partido sacaría un novelista de esta catástrofe aislada.

Queda el adulterio pasional, el que sí vale la pena de que se le estudie, el que puede atacar a cualquiera mujer, y el que puede presentar circunstancias que lo hagan disculpable ante el criterio exigente, estrecho y falso de esa hidra que llamanos sociedad, la que empuja y no perdona nunca. ¿Por qué asustarse de que un libro nos hable de cosas reales, de cosas que han sucedido, que suceden, y que sucederán en esta lucha eterna de los dos sexos; lucha de acercamiento, de compenetración; lucha fatal, fisiológica y humana? Suprímanse las pasiones con su séquito de horrores, con sus chispazos de odio, sus relámpagos de cariño, sus besos homicidas, sus remordimientos dantescos, y el mundo sería idéntico a un gran teatro en las noches en que no hay función, y que por loca ocurrencia se llenara de espectadores. Saldríamos riendo de nosotros mismos, en lugar de salir llorando, como salimos ahora del espectáculo de nuestras pasiones.

Claro que mi ensayo, con tales intenciones, natu-

ralista había de ser, vale decir, sincero y franco, dentro del único orden posible en arte.

Por eso es que no me explico los disparos de los últimos recalcitrantes, contra lo que a falta de nombre más apropiado se denomina «naturalismo.» Admiro su valor, eso sí, pero me sorprendo de que no se convenzan todavía, de que ya ni lucha hay siquiera; que el «naturalismo» ha triunfado, que es dueño absoluto del campo, y que esos disparos postrimeros sólo sirven para que los rezagados como yo, apretemos el paso y vayamos a reunirnos con el grueso de las tropas que ha tiempo disfrutan de los aplausos de la victoria. Al método privativo de Zola, la crítica lo declara en desuso, pero lo declara arbitrariamente, sin dar ninguna razón, lo afirma porque sí, en tanto que el maestro pudiera oponer a la gratuita afirmación, el número colosal de ejemplares de sus obras que se venden y se venden en el extranjero, y muy especialmente en la América española. ¿No es éste, indicio positivo de que *continúa de moda?* Y suponiendo que a Zola su obra y sus teorías le salgan equivocadas y defectuosas, no veo por qué ha de barrerse con el sistema en que milita él, en que han militado los clásicos de todos los tiempos, el sistema honrado, valiente, de decir la verdad, decir lo vivido, lo visto, lo que codeamos, lo que nos es familiar. Demuéstrese la falsedad de la escuela, demuéstrese que la verdad es falsa, y entonces sí habrá que someterse al fallo de sus enemigos, de los que prefieren los castillos feudales, y los trovadores pálidos, y las pelucas empolvadas, a las mil tragedias de la existencia moderna que presenciamos diariamente más o menos cerca. Castillos, trovadores y pelucas nos quedan a millones de leguas, los conocemos mal, al través de lecturas no digeridas, mientras que las tragedias

contemporáneas – morales y materiales – están a nuestro alcance, las sentimos palpitar, estremecerse, y hasta hemos tenido que enjugar las lágrimas de algún extraño, o que enlutarnos por la muerte de un corazón amigo. Es más, yo creo que en América, el neo–clasicismo y el romanticismo sólo en verso excelente deben tolerarse; pero la prosa no puede ser más que naturalista; a nuestra literatura, que apenas comienza los pininos de su primera edad, le ha tocado una época en que a las cosas se las llama por su nombre ¿cómo vamos a exigirle que ella las llame de otra manera?

La belleza eterna de los clásicos, radica en su amor a la verdad, amor que los hace acreedores al título de grandes naturalistas. Nos hablan de su vida diaria, con una frescura que seduce; píntannos sus hábitos y sucesos, poniendo los puntos sobre las *íes;* y el Dafnis y Cloe, por ejemplo, lleva el sincerismo a término tan minucioso, que la asendereada «Nana» del maestro Zola, tendría que ruborizarse del aprendizaje amoroso y por sistema objetivo, de la cándida y encantadora pastorcita. Diga usted, sin embargo, en cualquiera reunión, que ha leído el idilio griego, y lo considerarán hombre de provecho; diga usted que leyó «Nana,» y es muy posible que lo echen a la calle por pervertido, por inmoral.

La célebre cuestión de la moral en el arte, ha sido venero de discusiones complicadísimas; críticos hay que pondrán un vestido, siquiera escotado, a la radiante mutilada de Milo, y otros que quisieran desnudar a la casta Gioconda. Yo tengo para mí, que el arte no es moral ni inmoral, es arte; debe ser arte, y como tal, purificar lo impuro, que sin aquél, se quedaría de impuro para siempre. Pero no voy a cerrar los museos ni a intentar autos de fe con las obras li-

terarias, para evitar rubores de niñas casaderas, miedos de letrados asustadizos o de viejos libidinosos e impotentes. La condición esencial del arte legítimo, es la verdad; la verdad implacable, la que nos horroriza porque sale a contar en letras de molde lo que ha visto dentro de nosotros, la que se torna en acusador de nuestros vicios y de nuestros defectos, la que podría delatarnos con los que nos estiman, probando que no somos santos, ni podemos serlo, ni lo seremos jamás. Esa verdad es poco cómoda; preséntase inopinadamente en la forma atractiva de novela, y turba nuestras fiestas, nos disminuye las fuerzas para seguir declamando nuestro papel en el gigantesco escenario del mundo. Bien pueden, pues, perdonársele las inexactitudes y las exageraciones que se le escapan; se equivoca de buena fe, como todo el que se halla en las inexperiencias del ensayo, como todo el que busca lo relativamente definitivo. Pero si se compara la idealización romántica, que producía engendros calenturientos, incestos, adulterios, infamias que exigen ducha helada en quien las inventa, con la novela actual, documentada, reposada y sincera, muy pocos preferirían aquélla. El novelista de hoy, es un obrero que recoge los materiales del camino, los que pierden los parientes, los amigos, los conocidos, y que se encierra a trabajarlos, a pulirlos, a darles belleza artística; el novelista de ayer, era un enfermo que se torturaba el cráneo hasta no extraerle algo formidable y enmarañado, que se vendiera pronto, aunque fuera la más absurda de las mentiras. El lector quedaba complacidísimo, se le había hecho agua la boca con las picardías leídas, mas al cerrar el libro, tranquilizábase con la consideración de que aquello no era cierto. Ahora, nó; si acaso concluye un libro, quédale ingrata impresión,

precisamente porque lo leído es verdadero; parécele que en vez de a una lectura, asiste como testigo a un proceso real, ante un tribunal incorruptible, el de la propia conciencia. Ha visto su retrato, o su caricatura, y se indigna; no le place que se lo echen en cara; prefiere el engaño, las hipocresías; que los periódicos y las relaciones y los indiferentes lo desvanezcan a fuerza de adjetivos encomiásticos y mentidos.

En buenhora que se clame contra los falsificadores del naturalismo, contra los pornográficos; lo merecen, y ojalá que desaparecieran de un solo golpe y para una sola vez; pero los otros, los austeros, respetémoslos.

Además, yo vuelvo la cara, y por todas partes me encuentro con el naturalismo triunfante. Francia, España, Italia, Bélgica, Rusia, Inglaterra, los Estados Unidos, Noruega, están dadas al naturalismo en arte, y en literatura muy principalmente; naturalismo excesivo, como en Francia; aterrador, en Rusia; dulzón, en Inglaterra; penetrante, como el de Ibsen; delicioso, como el de Pereda; admirable, como el de los «Bocetos Californianos,» de Bret Hart, mas naturalismo siempre. ¿Deberá uno decir que ha pasado de moda? A lo sumo, declarar que no nos gusta. Y si Europa, con sus tradiciones medioevales, ha renunciado al romanticismo ¿cómo vamos a sacar de América una Edad Media que nos sirva para nuestros propósitos literarios? Fuera de las tradiciones del virreinato, que son contemporáneas y en las que tanto y con tanta justicia se ha distinguido el señor Palma, su inventor, no es prudente ni meterse con los indios del período precolombino, so pena de caer en lo artificioso y en lo falso; no los conocemos lo bastante para resucitarlos en libros y poemas; la historia nos habla de ellos,

según su leal saber y entender, y es arriesgado el calumniarlos. Conformémonos con pintarnos a nosotros mismos, desarrollando escenas y peripecias dentro de nuestros dominios respectivos, con la mayor fidelidad, sin avergonzarnos de ciertos vocablos que pueden no ser comprendidos en Madrid o Barcelona. Tengamos literatura propia y sincera, no literatura refleja de libros o autores que nos cautivan. ¿Qué interés va a despertarnos una campesina de las nuestras, hablando en versos dignos de Garcilaso, o un presidente americano en prosa de Felipe II? Probará el autor que ha leído con provecho una biblioteca, y también que está tan lejos de sus criaturas como de los personajes cuyo estilo imita. El novelista se limita a copiar, y si Dios lo tiene de la mano, a copiar con arte; si vence en la empresa, mejor para él; si no, que se dedique a otra cosa.

En cuanto al otro romanticismo, el que todos llevamos en el alma, y los hispano-americanos más que cualquiera, por el complejo heredismo de que somos usufructuarios, en vez de dañar a la sinceridad artística, la ensancha y hermosea. Es un romanticismo que cautiva, muy hondo; un hambre de ideal, de ser poeta, de ser amado por mujeres excepcionales, de salir avante de peligros y de aventuras caballerescas; una mezcla dulcísima, que nos reanima en las horas negras, mezcla de recuerdos de infancia, de caricias de nuestra madre, confundidas con el tenue roce de los cabellos negros de la primera novia, cuando la novia y nosotros éramos igualmente puros, igualmente niños e igualmente bienaventurados; ese romanticismo está bien como está, será perdurable, y hay que emplearlo en la obra, porque es cierto, porque afirmo que lo experimentamos todos, con la convicción de que ni el

más escéptico ha de desmentirme. Yo mismo, por mucho que pretendo ser escéptico experimental, lo llevo tan lejos, que si me toca morir en mi México, encargaré que me entierren en el cementerio de un pueblecito llamado Chimalistac, a orillas del de San Angel; un cementerio enteramente de aldea, pequeño, lleno de árboles y de yerba, que crecen a sus anchas por entre las rústicas tumbas y por entre las grietas de las paredes de adobe, y donde un día sorprendí a una vaca paciendo la yerba; vaca que me miró sin dejar de mascar, agitó la cola, y de nuevo se inclinó a seguir su comida. Por las tapias medio derruídas, corren lagartos y se asoman enredaderas, hasta uno que otro árbol frutal, y muy debilitado, llega el ruido de la cascada de agua que sale por los dos enormes arcos de piedra, de la huerta del convento del Carmen. Sé que mi deseo es exageradamente romántico, con sus ribetes de tonto, supuesto que después de la muerte, para el cuerpo todo es igual, y sin embargo, persisto en él, vivo enamorado del apacible y verde cementerio.

Con «Apariencias,» creo haber hecho obra moral; creo que de su lectura han de nacer ascos y miedos hacia el adulterio, contra esa llaga, que, al decir de los que la han sufrido, no cicatriza nunca, sino que de tiempo en tiempo reábrese, y uno grita, implora, se arrepiente. En este sentido, el esposo, en tanto que ignora, es un feliz al lado del amante, que entra en la empresa, sabiendo que es el número dos, y así consagra su cuerpo y su alma a la mujer amada, aunque jamás alcanzará las prerrogativas del número uno. Cierto que yo, para el marido, preferiría que lo abandonara su mujer a que descubra el engaño por sí mismo; amar es bello y es noble, engañar es infame; pero si hubiera dado yo ese corte a

mi libro, no habría podido estudiar, cual quería, el infierno de la posesión en comandita. Reconozco que dos adúlteros que se van, son más dignos de aprecio que dos adúlteros que se quedan; mas aquéllos representan la excepción, y éstos la regla. Hay también que, para pintar con exactitud la vida de los que se van, tendría uno que acompañarlos o seguir con ellos una correspondencia casi imposible; mientras que con los que se quedan, la cosa cambia, todos procuraremos apretar la venda al marido, y divertirnos, lamentarlo o aprovecharlo, según nuestro temperamento y nuestras condiciones. Eso de decirle a un hombre «tu mujer te engaña,» se le resiste al más pintado; un amigo verdadero, un hermano amigo, hasta un padre, procurarán primero corregir ellos el descalabro, y al fin y al postre, quién sabe si optarán por la delación. Porque así es la condición humana; si en la calle se le caen a usted papeles inservibles, diez acomedidos lo alcanzarán y le darán lo perdido; si es la mujer de usted la que se cae, esté usted seguro de que no se lo avisarán y de que nadie la levantará, ni usted mismo!

Ofrece mi libro dos grandes defectos, sin contar los pequeños: unas cincuenta páginas que huelgan, y decir la verdad. Por este último, no será perdonado. Y lo que es la diferencia de pareceres; si tuviera que escribirlo de nuevo, no le variaría ni una coma; lo dejaría tal como está, con defectos y todo. Será su asunto cuanto inmoral se quiera, con que sea posible, me basta; para defenderme, puedo exclamar que más inmoral es la vida, que engendra asuntos semejantes. Cada individuo es un conjunto de pasiones buenas y malas, heredadas o adquiridas, y cada novela debe ser la historia de esas pasiones cuando entran en la lid, la historia del com-

bate y la historia de los resultados. Si el novelista es atildado y falso, sólo escogerá flores, su libro vendrá a ser una perfumería impresa; si es honrado, su libro llevará también abrojos y espinas sueltas, las que se hallan junto a las flores, las que lo mismo hieren al jardinero que al curioso, al niño que persigue mariposas, que al hombre y la mujer que persiguen el amor, la más bella y la más delicada de las mariposas, la que conviene no aprisionar, pues nos deja, al hacerlo, el polvo de la desilusión entre los dedos.

Ahora bien, de todas las pasiones ¿cuál es la predominante? El amor, el eterno amor; el amor en todos sus senderos, legales e ilegales, puros e impuros. Por lo que yo, que no tengo hecho voto de castidad, ni para el mundo ni para la literatura, he de ocuparme preferentemente en el amor, en los pocos o muchos volúmenes que formen mi obra. Quizá vaya errado, pero es un yerro que vigoriza, y al que no he de renunciar; y sin sujeciones a escuela determinada, he de ser sincero y he de decir la verdad. Si con esta profesión de fe literaria, resulto en las filas del naturalismo, *naturalista* me quedo, o *verista* o *realista*, o lo que sea.

***

Concluí «Apariencias» cuando comenzaba el estío. Al sentarme a escribir en las mañanas, al levantarme en las tardes, el grito de un napolitano vendedor de violetas, me alegraba el ánimo; y el día que puse «Fin» al pie de la última página, antojóseme un presagio:

—*Fiores, fiores,* lindas *fiores!*....

Salió el libro durante un viaje mío a Río de Janeiro; no pude tenerlo en la pila bautismal. La crítica se dividió en dos bandos: el del pro y el del contra. Me callo en este punto, porque hace tiempo que resolví dejar encomendados mis libros a sus propios esfuerzos; el autor no tiene derecho de protestar, así lo calumniaran, acerca de sus propósitos y tendencias, hasta la crueldad. El autor no debe argumentar ni discutir; el autor produce, la crítica tercia, y el público falla.

Buenos Aires: 29 de septiembre de 1892.
17 de abril de 1893.

INDICE

ACABÓSE DE IMPRIMIR
LA NUEVA EDICIÓN DE ESTA OBRA
EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1922 EN LA TIPOGRAFÍA
DE EUSEBIO GÓMEZ DE LA PUENTE,
NÚM. 65 DE LA CALLE
DE ARANDA, EN LA
CIUDAD DE
MÉXICO